



# JUNTOS

LIBERACIÓN

ALLY CONDIE

Lectulandia

¿Es posible el amor sin libertad para amar? Cassia y Ky creen que no. Por ello, tras tanto tiempo luchando por estar juntos, cuando por fin lo logran... vuelven a separarse. Y es que, ahora, deben combatir por un fin superior: la libertad.

Cassia y Ky abandonaron la Sociedad tras la promesa de un mundo más libre en el que poder estar juntos, lejos de las Autoridades y de sus tiránicas normas. Pero ahora que lo han encontrado deben volver a separarse: a Cassia el Alzamiento le ha asignado un puesto como infiltrada en el corazón de la Sociedad; mientras que Ky deberá trabajar en la rebelión desde el otro lado de la frontera.

Sin embargo, nada saldrá como estaba previsto y pronto se darán cuenta de que la libertad es una peligrosa arma de doble filo...

**Lectulandia**

Ally Condie

# **Liberación**

**Juntos 3**

ePub r1.2

Fauvar 03.03.14

Título original: *Reached*  
Ally Condie, 2012  
Traducción: Rosa Pérez Pérez  
Retoque de portada: Fauvar

Editor digital: Fauvar  
ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Para Calvin, a quien nunca le ha asustado soñar con lugares recónditos.

## La historia del Piloto

*Un hombre empujó una piedra colina arriba. Cuando llegó a la cima, la piedra rodó hasta abajo y él volvió a empezar. En el pueblo cercano, la gente lo vio. «Un castigo», dijo. Nadie lo acompañó ni trató de ayudarlo, porque temían a quienes habían impuesto el castigo. El hombre siguió empujando. La gente continuó mirando.*

*Años después, una nueva generación se dio cuenta de que la colina estaba engullendo al hombre y su piedra igual que la noche engulle al día. Ya solo se veía parte de la piedra y del hombre mientras la empujaba por la cima.*

*Una niña sintió curiosidad y, un buen día, subió a la colina. Cuando se halló más cerca, le sorprendió ver que la piedra tenía grabados nombres, fechas y lugares.*

*—¿Qué son todas esas palabras? —preguntó.*

*—Las penas del mundo —respondió el hombre—. Las cargo hasta la cima, una y otra vez.*

*—Las utilizas para desgastar la colina —dijo la niña al ver el hondo surco que había abierto la piedra.*

*—Construyo una cosa —contestó el hombre—. Cuando termine, tú ocuparás mi lugar.*

*La niña no tuvo miedo.*

*—¿Qué construyes?*

*—Un río —respondió el hombre.*

*La niña bajó de la colina, extrañada de que alguien pudiera construir un río. Pero no mucho después, cuando llegaron las lluvias y el agua inundó el largo surco y se llevó al hombre a algún lugar lejano, vio que él tenía razón y ocupó su lugar: empujó la piedra y cargó con las penas del mundo.*

*Así es como nació el Piloto.*

*El Piloto es un hombre que empujó una piedra y el agua se lo llevó. Es una mujer que atravesó el río y miró el cielo. El Piloto es joven y viejo, y tiene los ojos de todos los colores y el pelo de todos los tonos; vive en desiertos, islas, bosques, montañas y llanuras.*

*El Piloto encabeza el Alzamiento, la rebelión contra la Sociedad, y no muere nunca. Cuando el tiempo de un Piloto se agota, otro ocupa su lugar.*

*Y así sucesivamente, una y otra vez, como una piedra cuando rueda.*

*En un lugar que no sale en los mapas de la Sociedad, el Piloto vivirá y gobernará siempre.*

**PRIMERA PARTE**  
**El piloto**

# Capítulo 1

## Xander

«Todas las mañanas, el sol sale y tiñe la tierra de rojo, y yo pienso: “este puede ser el día en que todo cambie”. Quizá hoy caiga la Sociedad. Vuelve a hacerse de noche y todos seguimos esperando. Pero sé que el Piloto existe.»

Tres funcionarios se dirigen a la puerta de una casita al atardecer. La casa es como todas las otras de la calle: dos postigos en las tres ventanas de la fachada, cinco escalones hasta la puerta y un pequeño arbusto espinoso plantado a la derecha del camino.

El funcionario de más edad, un hombre de pelo cano, levanta la mano para llamar a la puerta.

«Un. Dos. Tres.»

Los funcionarios están tan cerca del cristal que veo la insignia circular cosida al bolsillo derecho del uniforme del más joven. El círculo es rojo y parece una gota de sangre.

Sonrío, y también lo hace él. Porque el funcionario soy yo.

Antes la ceremonia del funcionario se celebraba por todo lo alto. La Sociedad organizaba una cena de gala en el Ayuntamiento, y los candidatos podían llevar a sus padres y a su pareja. Pero, al no tratarse de una de las tres grandes ceremonias (la ceremonia de bienvenida, el banquete de emparejamiento y el banquete final), ya no es lo que era. La Sociedad ha comenzado a recortar gastos y supone que los funcionarios son lo suficientemente leales para no quejarse de que su ceremonia ya no sea tan lujosa.

Asistimos otros cuatro candidatos y yo, todos con nuestro nuevo uniforme blanco. El funcionario superior me prendió la insignia al bolsillo: el círculo rojo que representa al Ministerio Médico. Después prometimos no defraudar a la Sociedad, y nuestras voces resonaron bajo la bóveda del Ayuntamiento casi vacío. Eso fue todo. A mí no me importó que la ceremonia no tuviera nada de especial. Porque, de hecho, no soy funcionario. Es decir, lo soy, pero en realidad soy leal al Ayuntamiento.

Una chica que lleva un vestido violeta pasa por detrás de nosotros a buen paso. Veo su reflejo en la ventana. Lleva la cabeza gacha, como si no quisiera que reparáramos en ella. Va seguida de sus padres, y los tres se dirigen a la parada del tren aéreo más cercana. Hoy es día quince, de manera que el banquete de emparejamiento se celebra esta noche. Ni siquiera ha transcurrido un año desde que subí las escaleras del Ayuntamiento con Cassia. Ahora los dos estamos muy lejos de Oria.

Una mujer abre la puerta de la casa. Lleva en brazos a su hijo recién nacido, el niño al que hemos venido a poner nombre.

—Pasen, por favor —nos dice—. Les esperábamos.



Parece cansada, incluso este día, que debería ser uno de los más felices de su vida. La Sociedad prefiere eludir el tema, pero la situación es más cruda en las provincias exteriores. Parece que los recursos partan de Central y vayan menguando conforme se alejan de la urbe. En la provincia de Camas, todo está sucio y deslucido.

Cuando la puerta se cierra detrás de nosotros, la mujer nos enseña a su hijo.

—Hoy cumple siete días —dice, aunque, naturalmente, nosotros ya lo sabemos. Por eso estamos aquí. La ceremonia de bienvenida siempre se celebra una semana después del parto.

El niño tiene los ojos cerrados, pero sabemos, gracias a nuestros datos, que son muy azules. Y que tiene el pelo castaño. También sabemos que nació a término y que, bajo la manta que lo ciñe, tiene diez deditos en las manos y diez en los pies. La primera muestra de tejido que le extrajeron en el centro médico parecía excelente.

—¿Están todos listos para empezar? —pregunta el funcionario Brewer. Al ser el funcionario más antiguo de nuestro comité, es el que está al mando. Su voz tiene el equilibrio justo de benevolencia y autoridad. Ha hecho esto miles de veces. En determinado momento me pregunté si no sería el Piloto. Desde luego lo parece. Y es muy organizado y eficiente.

Naturalmente, el Piloto podría ser cualquiera.

Los padres asienten.

—Según nuestros datos, falta el hermano mayor —declara Lei, la segunda en la cadena de mando, con su dulzura habitual—. ¿Quieren que esté presente en la ceremonia?

—Estaba cansado después de cenar —responde la madre, con aire de disculpa—. Se le cerraban los ojos. Lo he acostado temprano.

—No se preocupe —dice la funcionaria Lei. Como el niño solo tiene dos años prácticamente recién cumplidos (una diferencia de edad casi ideal entre hermanos), no se requiere su presencia. Además es poco probable que recuerde la ceremonia.

—¿Qué nombre han decidido ponerle? —El funcionario Brewer se acerca al terminal del recibidor.

—Ory —responde la madre.

Brewer introduce el nombre en el terminal, y la madre cambia al niño de postura.

—Ory —repite Brewer—. ¿Y de segundo nombre?

—Burton —responde el padre—. Un apellido.

La funcionaria Lei sonrío.

—Es un nombre precioso.

—Vengan a ver cómo queda —les invita el funcionario Brewer.

Los padres se acercan al terminal para leer el nombre de su hijo: Ory Burton Farnsworth. Debajo de las letras, aparece el código de barras que la Sociedad ha asignado al niño. Si Ory lleva una vida ideal, la Sociedad utilizará el mismo código

de barras para identificar la muestra de tejido que le extraerán en su banquete final.

Pero la Sociedad no va a durar tanto.

—Voy a mandarlo —dice el funcionario Brewer—, si no hay ningún cambio o corrección que deseen hacer.

Los padres se acercan más para comprobar el nombre por última vez. La madre sonríe y sostiene a su hijo cerca de la pantalla, como si él pudiera leer su nombre.

Brewer me mira.

—Funcionario Carrow —dice—, hora de la pastilla.

Es mi turno.

—Tenemos que administrarle la pastilla delante del terminal —recuerdo a los padres.

La madre levanta a Ory todavía más para que el terminal pueda grabarle bien la cabeza y la cara.

Siempre me ha gustado el aspecto de las pastillitas inmunizantes que administramos en la ceremonia de bienvenida. Son redondas y parecen compuestas por tres pedacitos de tarta: uno azul, uno verde y uno rojo. Aunque su contenido es completamente distinto de las tres pastillas que el niño llevará consigo más adelante, el uso de los mismos colores simboliza la vida que tendrá en la Sociedad. Las pastillas inmunizantes tienen un aire infantil y mucho colorido. Siempre me recuerdan las paletas de pinturas de los terminales de nuestro centro de primera enseñanza.

La Sociedad administra la pastilla inmunizante a todos los niños recién nacidos para protegerlos de enfermedades e infecciones. Los bebés la toman sin problemas porque se disuelve de forma instantánea. El procedimiento es mucho más humano que las vacunas administradas por las sociedades anteriores, que se inyectaban con una aguja. Incluso el Alzamiento planea seguir administrando la pastilla inmunizante cuando suba al poder, pero con una serie de modificaciones.

El niño se despierta cuando desenvuelvo la pastilla.

—¿Le importaría abrirle la boca? —pido a la madre.

Cuando ella lo intenta, Ory vuelve la cabeza en busca de alimento y trata de mamar. Todos nos reímos y, mientras tiene la boca abierta, le introduzco la pastilla. Se le disuelve por completo en la lengua. Solo queda esperar a que trague saliva, y el niño lo hace en el momento justo.

—Ory Burton Farnsworth —dice el funcionario Brewer—, te damos la bienvenida a la Sociedad.

—Gracias —responden los padres al unísono.

«Como siempre, nadie ha notado el cambio.»

La funcionaria Lei me mira y sonríe. La larga melena negra le cae sobre el hombro. A veces pienso que también forma parte de la rebelión y sabe lo que hago:

cambiar las pastillas inmunizantes por las que me ha dado el Alzamiento. Casi todos los niños que han nacido en las provincias en estos dos últimos años han tomado pastillas inmunizantes del Alzamiento, no de la Sociedad. Otros partidarios del Alzamiento como yo han estado sustituyéndolas.

Gracias al Alzamiento, este bebé no solo será inmune a la mayoría de las enfermedades. También lo será a la pastilla roja, para que la Sociedad no pueda robarle los recuerdos. Alguien hizo eso por mí cuando nació. Y también por Ky. Y probablemente por Cassia.

Hace años el Alzamiento se infiltró en los laboratorios donde la Sociedad confecciona las pastillas inmunizantes. Por ese motivo, además de las pastillas elaboradas según la fórmula de la Sociedad, hay otras confeccionadas para el Alzamiento. Nuestras pastillas, aparte de utilizar todos los ingredientes de la Sociedad, tienen, entre otras cosas, la propiedad de inmunizar contra la pastilla roja.

Cuando nosotros nacimos el Alzamiento no disponía de suficientes recursos para confeccionar y administrar pastillas a todo el mundo. Tuvo que elegir solo a algunos, basándose en quién creía que podría serle útil más adelante. Ahora por fin tiene suficientes pastillas para todos.

El Alzamiento es para todos.

Y no va... no vamos a fracasar.

Como la acera es estrecha, camino detrás de los funcionarios Brewer y Lei cuando regresamos al automóvil aéreo. Otra familia con una hija vestida para el banquete de emparejamiento se apresura calle abajo. Van con retraso, y la madre no está nada contenta.

—Mira que te lo he dicho veces —reprocha al padre. Entonces nos ve y se para en seco.

—Hola —digo al cruzarme con ellos—. Enhorabuena.

—¿Cuándo verás a tu pareja? —me pregunta la funcionaria Lei.

—No lo sé —respondo—. La Sociedad aún no ha fijado nuestra próxima comunicación por terminal.

La funcionaria Lei es un poco mayor que yo. Al menos tiene veintiún años, porque ya ha formalizado su contrato matrimonial. Desde que la conozco, su marido está destacado con el ejército en algún lugar próximo a las provincias fronterizas. No puedo preguntarle cuándo va a regresar. Es información confidencial. Creo que ni siquiera ella lo sabe.

A la Sociedad no le gusta que demos demasiados detalles cuando hablamos de nuestra profesión. Cassia sabe que soy funcionario, pero no tiene una idea precisa de lo que hago. Hay funcionarios en todos los ministerios de la Sociedad.

La Sociedad forma a trabajadores de muchos tipos en el centro médico. Todo el

mundo conoce a los médicos porque realizan diagnósticos y ayudan a las personas. También hay quirurgos, que operan, farmacólogos que confeccionan medicamentos, enfermeros, que atienden a los pacientes, y doctores como yo. Nuestro cometido consiste en supervisar aspectos del ámbito médico, por ejemplo, gestionar centros médicos. O, si nos nombran funcionarios, a menudo nos piden que trabajemos en comités, que es lo que hago yo. Nos ocupamos de la distribución de pastillas a los bebés y colaboramos en la extracción de muestras de tejido en los banquetes finales. Según la Sociedad, este es uno de los cometidos más importantes que puede tener un funcionario.

—¿Qué color eligió? —me pregunta la funcionaria Lei cuando estamos cerca del automóvil aéreo.

Por un instante, no sé a qué se refiere, pero enseguida comprendo que pregunta por el vestido de Cassia.

—El verde —respondo—. Estaba preciosa.

Oímos un grito y nos volvemos a la vez. Es el padre del bebé. Se acerca corriendo con todas sus fuerzas.

—¡No puedo despertar a mi hijo mayor! —grita—. He ido a ver si seguía dormido y... le pasa algo.

—¡Póngase en contacto con los médicos por el terminal! —grita el funcionario Brewer, y los tres echamos a correr hacia la casa.

Entramos sin llamar y nos dirigimos a la parte de atrás, donde siempre están las habitaciones. La funcionaria Lei se apoya en la pared con una mano antes de que el funcionario Brewer abra la puerta de la habitación.

—¿Te encuentras bien? —le pregunto. Ella asiente.

La madre nos mira, blanca como el papel. Aún tiene al bebé en brazos. El otro niño yace inmóvil en la cama.

Está acostado de lado y nos da la espalda. Respira, pero despacio, y la ropa de diario le queda un poco holgada alrededor del cuello. Parece tener buen color. Le veo una pequeña marca roja entre los omóplatos y siento lástima combinada con exultación.

«Ya está aquí.»

El Alzamiento dijo que tendría este aspecto.

Tengo que contenerme para no mirar a nadie. «¿Quién más lo sabe?» ¿Hay algún otro rebelde aquí? ¿Han visto la misma información que yo sobre cómo tendrá lugar la rebelión?

«Aunque el período de incubación puede variar, una vez que la enfermedad se manifiesta, el paciente empeora con rapidez. Comienza a balbucear y sufre un deterioro que lo sume en un estado casi comatoso. El signo más revelador del virus vivo de la Plaga es una o más pequeñas marcas rojas en la espalda del paciente.

Cuando la Plaga se haya extendido entre la población general y la Sociedad ya no pueda seguir ocultándola, comenzará el Alzamiento.»

—¿Qué es? —pregunta la madre—. ¿Está enfermo?

Una vez más, los tres nos movemos a un tiempo. La funcionaria Lei toma el pulso al niño en la muñeca. El funcionario Brewer se vuelve hacia la mujer. Yo trato de colocarme entre ella y el niño que yace inmóvil en la cama. Mientras no tenga la certeza de que el Alzamiento ha comenzado, debo proceder como de costumbre.

—Respira —dice el funcionario Brewer.

—Tiene buen pulso —añade la funcionaria Lei.

—Los médicos llegarán enseguida —informo a la madre.

—¿No pueden hacer nada por él? —pregunta—. Darle alguna medicina o tratamiento...

—Lo siento —se disculpa el funcionario Brewer—. Necesitamos ir al centro médico antes de poder hacer nada más.

—Pero está estable —le aseguro. «No se preocupe», quiero añadir. «El Alzamiento tiene una cura.» Espero que perciba la esperanza en mi voz, ya que no puedo explicarle cómo sé que todo irá bien.

«Ya está aquí. El comienzo del Alzamiento.»

Una vez que el Alzamiento suba al poder, todos podremos decidir. ¿Quién sabe lo que sucederá entonces? Cuando la besé en el distrito, Cassia se quedó sin aliento debido a lo que creo que fue sorpresa. No por el beso: eso ya se lo esperaba. Creo que le asombró lo que sintió.

En cuanto tenga ocasión, quiero volver a decírselo, en persona: «Cassia, estoy enamorado de ti y te deseo. ¿Qué hace falta para que tú sientas lo mismo? ¿Un mundo nuevo?».

Porque es lo que vamos a tener.

La madre se acerca un poco más a su hijo.

—Es solo —dice, y se le entrecorta la voz— que está muy quieto.

## Capítulo 2

### Cassia

Ky dijo que se reuniría conmigo esta noche, junto al lago.

Cuando lo vea le besaré primero yo a él.

Él me abrazará tan fuerte que los poemas que guardo bajo la camisa, cerca del corazón, crujirán, un sonido tan tenue que solo lo oiremos los dos. Y la música de sus latidos, su respiración, la cadencia y el timbre de su voz me harán cantar.

Él me explicará dónde ha estado.

Yo le diré adónde quiero ir.

Estiro los brazos para asegurarme de que no me asoma nada por los puños de la camisa. El vestido rojo de seda que llevo debajo queda bien disimulado por el corte poco favorecedor de mi ropa de diario. Es uno de los Cien Vestidos, posiblemente robado, que apareció en un intercambio. Tener una prenda de color como esta para ponerla a contraluz y pasármela por la cabeza, poder sentirme así de radiante, bien vale el precio que pagué: un poema.

Clasifico para la Sociedad en Central, su capital, pero el Alzamiento me ha encargado un trabajo, y también colaboro con los archivistas. Externamente soy una chica de la Sociedad que viste ropa de diario. Pero, debajo, llevo seda y papel sobre la piel.

He descubierto que este es el mejor modo de llevar los poemas; me los enrolló alrededor de las muñecas, me los coloco sobre el corazón. Por supuesto, no llevo todas las páginas conmigo. He encontrado un lugar donde esconder la mayoría. Sin embargo, hay unos pocos poemas de los que nunca me desprendo.

Abro el pastillero. Dentro veo las tres pastillas: la azul, la verde y la roja. Y otra cosa. Un papelito en el que he escrito la palabra «recuerda». Si la Sociedad alguna vez me obliga a tomar la pastilla roja, me lo meteré en la manga y así sabré que me ha borrado la memoria.

No puedo ser la primera persona en hacer una cosa como esta. ¿Cuánta gente sabe algo que no debería, no lo que ha olvidado, sino el hecho de que ha olvidado?

Y también es posible de que no olvide nada, que sea inmune como Indie, Xander y Ky.

La Sociedad cree que la pastilla roja me hace efecto. Pero no lo sabe todo. Según ella, nunca he estado en las provincias exteriores. Nunca he atravesado cañones ni navegado río abajo bajo un cielo cuajado de estrellas envuelta en una lluvia de espuma plateada. Que ella sepa, nunca me he ido.

—Esta es tu historia —me dijo el militar del Alzamiento antes de que me enviaran a Central—. Esto es lo que dirás cuando te pregunten dónde has estado.

Me entregó una hoja de papel. Leí las palabras impresas: «Los militares me

encontraron en el bosque de Tana, cerca de mi campo de trabajo. No recuerdo nada de la última tarde y noche que pasé allí. Lo único que sé es que terminé en el bosque».

Lo miré.

—Tenemos a un militar que está dispuesto a corroborar tu historia y a decir que te encontró en el bosque —añadió.

—Y la idea es que me dieron una pastilla roja —dije—. Para que me olvidara de que los vi llevarse a las otras chicas en aeronaves.

Él asintió.

—Al parecer una de ellas armó alboroto. Tuvieron que dar pastillas rojas a varias chicas que se despertaron y la vieron.

«Indie», pensé. Ella es la que echó a correr y se puso a gritar. Sabía lo que iba a suceder.

—Diremos que desapareciste después de eso —prosiguió el militar—. Te perdieron de vista durante un momento, y tú te alejaste mientras la pastilla roja te hacía efecto. Te encontraron al cabo de varios días.

—¿Cómo sobreviví? —pregunté.

Puso un dedo en la hoja de papel.

«Tuve suerte. Mi madre me había explicado cómo identificar las plantas venenosas, así que busqué plantas. En noviembre, aún hay algunas que son comestibles.»

En cierto modo, esa parte era cierta. Las palabras de mi madre me ayudaron a sobrevivir, pero fue en la Talla, no en el bosque.

—Tu madre trabajaba en un arboreto —dijo el militar—. Y tú ya has estado en el bosque.

—Sí —respondí. Era el bosque de la Loma, no el de Tana, pero, con un poco de suerte, se parecerían lo suficiente.

—Así todo cuadra —concluyó.

—A menos que la Sociedad me interrogue demasiado a fondo —objeté.

—No lo hará —me aseguró—. Aquí tienes una caja plateada y un pastillero para reponer los que has perdido.

Los cogí y abrí el pastillero. Una pastilla azul, una verde. Y una roja, para sustituir la que supuestamente había tomado por orden de un funcionario en Tana. Pensé en las otras chicas que sí la tomaron; la mayoría no recordarían a Indie ni sus gritos. Ella habría desaparecido. Igual que yo.

—Recuerda —dijo—. Puedes acordarte de que estabas sola en el bosque y del tiempo que pasaste alimentándote a base de plantas. Pero se te ha olvidado todo lo que pasó doce horas antes de que subieras a la aeronave.

—¿Qué quieren que haga cuando esté en Central? —le pregunté—. ¿Por qué me

han dicho que donde más útil seré al Alzamiento es dentro de la Sociedad?

Vi que trataba de formarse una opinión de mí, de decidir si me veía capaz de desempeñar lo que estaba a punto de encargarme.

—La Sociedad planeaba darte tu puesto de trabajo definitivo en Central —respondió. Yo asentí—. Eres clasificadora. Y buena, según los datos de la Sociedad. Ahora que creen que te has rehabilitado en el campo de trabajo, te recibirán con los brazos abiertos, y el Alzamiento puede sacar partido de eso. —Entonces me explicó a qué clase de clasificación debía estar atenta y qué debía hacer cuando apareciera—. Tendremos que ser pacientes —añadió—. Puede tardar.

Al parecer fue un buen consejo, porque, de momento, todavía no he clasificado nada fuera de lo normal. Al menos que yo recuerde. Pero me da igual. No necesito que el Alzamiento me diga cómo luchar contra la Sociedad.

Siempre que tengo ocasión, escribo letras. Las he hecho de muchas maneras: una «K» con briznas de hierba; una «X» con dos palos cruzados cuya negra corteza mojada contrastaba con la plateada superficie metálica de un banco del espacio verde próximo al trabajo. Dibujé una «O» con un circulito de piedras que parecía una boca abierta. Y, por supuesto, también escribo como Ky me enseñó.

A dondequiera que voy, busco letras. De momento nadie más escribe o, si lo hace, yo no lo he visto. Pero sucederá. Puede que, ahora mismo, alguien esté chamuscando un palito como Ky me explicó que hacía él, disponiéndose a escribir el nombre de un ser querido.

Sé que no soy la única que hace estas cosas, que comete pequeños actos de rebelión. Hay personas que nadan contracorriente, y sombras que avanzan lentamente por el fondo. Yo fui la que miró arriba cuando algo oscuro pasó por delante del sol. Y he sido la propia sombra, apenas visible en el lugar donde la tierra y el agua se juntan con el cielo.

Día tras día empujo colina arriba la piedra que me ha dado la Sociedad, una y otra vez. Dentro de mí llevo todo lo que me da fuerza, mis ideas, las piedrecitas que elijo. Me ruedan por la cabeza, algunas ya lisas de tanto girar, otras todavía irregulares, y las hay que cortan.

Segura de que llevo los poemas bien escondidos bajo la ropa, recorro el pasillo de mi minúsculo piso y llego al recibidor. Estoy a punto de salir cuando alguien llama a la puerta. Me sobresalto un poco. ¿Quién puede ser a estas horas? Como muchos de los ciudadanos que ya tienen un puesto de trabajo definitivo pero todavía no han formalizado su contrato matrimonial, yo vivo sola. Y, al igual que ocurre en los distritos, la Sociedad no nos anima a visitarnos en nuestros domicilios.

Hay una funcionaria en la puerta que me sonrío con amabilidad. Está sola, y eso me llama la atención. Los funcionarios casi siempre van en grupos de tres.



—¿Cassia Reyes? —pregunta.

—Sí —respondo.

—Necesito que vengas conmigo —dice—. Tienes que hacer horas extra en el centro de clasificación.

«Pero esta noche tengo que reunirme con Ky.» Parecía que finalmente la suerte comenzaba a sonreírnos: Ky por fin tiene un vuelo a Central, y el mensaje que me mandó diciendo dónde podíamos vernos llegó justo a tiempo. A veces, nuestras cartas tardan semanas en llegar, no días, aunque esta lo hizo enseguida. Me inunda la impaciencia mientras miro a la funcionaria, con su uniforme blanco, su rostro impasible y su pulcra insignia. «Dejadnos en paz —pienso—. Utilizad los ordenadores. Que hagan ellos todo el trabajo.» Pero eso es contrario a uno de los principios clave de la Sociedad, un principio que nos inculcan desde que somos pequeños: «La tecnología puede fallarnos, igual que les ocurrió a las sociedades que nos precedieron».

Entonces comprendo que la petición de la funcionaria podría ocultar algo más: ¿habrá llegado el momento de que haga lo que me ha pedido el Alzamiento? La expresión de la funcionaria sigue tranquila. Es imposible saber qué datos tiene y para quién trabaja.

—Los demás se reunirán con nosotras en la parada del tren aéreo.

—¿Tardaremos mucho? —pregunto.

No me responde.

Mientras viajamos en el tren aéreo, pasamos por delante del lago, ahora sumido en la oscuridad.

En Central nadie va al lago. La Sociedad aún no ha conseguido descontaminarlo, y no es seguro bañarse en él ni beber su agua. La Sociedad ha derribado casi todo los embarcaderos donde los ciudadanos amarraban antiguamente sus barcos. Pero, cuando es de día, se ven los tres que quedan en una parte. Parecen tres dedos que se adentran en el agua, todos de la misma longitud, todos extendidos hacia la otra orilla. Hace meses, cuando llegué a Central, hablé a Ky de este sitio y le dije que sería un buen lugar para reunirnos, un enclave que él vería desde arriba que a mí me ha llamado la atención desde abajo.

Ahora, por las ventanillas del otro lado del tren aéreo, veo aparecer la cúpula del Ayuntamiento, una luna demasiado próxima que nunca se oculta. Muy a mi pesar, cada vez que veo su familiar silueta, siento una pizca de orgullo y oigo los compases del himno de la Sociedad sonándose en la cabeza.

Nadie va al Ayuntamiento de Central.

Hay un alto muro blanco alrededor del Ayuntamiento y los edificios aledaños. Ya estaba construido cuando llegué. «Reformas —dice todo el mundo—. La Sociedad

volverá a abrir la zona inerte enseguida.»

Estoy fascinada por la zona inerte, y por su nombre, que nadie parece capaz de explicarme. También estoy intrigada por lo que hay al otro lado de la barrera y, a veces, cuando regreso a casa después del trabajo, doy un pequeño rodeo para caminar junto a su lisa superficie blanca. Siempre pienso en cuántas pinturas podría haber pintado la madre de Ky en el muro, que se curva en lo que yo imagino como un círculo perfecto. Nunca lo he rodeado del todo, de manera que no estoy segura.

Las personas a las que he preguntado no saben a ciencia cierta cuánto tiempo lleva en pie. Todas dicen que se construyó el año pasado. No parecen recordar cuál es su verdadera función y, si lo hacen, no lo dicen.

Quiero saber qué hay detrás de esa pared.

Quiero tantas cosas: felicidad, libertad, amor. Y también quiero algunas que son tangibles.

Como un poema, y una microficha. Aún espero dos intercambios. Cambié dos de mis poemas por el final de otro, un poema cuyo comienzo es «No te alcancé» y narra un viaje. Encontré el principio en la Talla y supe que tenía que conseguir el final.

Y el otro intercambio es incluso más caro y arriesgado: di siete poemas para que trajeran a Central la microficha de mi abuelo desde la casa de mis padres en Keya. Pedí al archivista que primero abordara a Bram con una nota en clave. Estaba segura de que sabría descifrarla. Al fin y al cabo, había resuelto todos los juegos que inventé para su calígrafo cuando era pequeño. Y pensé que sería menos reacio a mandarme la microficha que mis padres.

Bram. Me gustaría regalarle un reloj plateado para reponer el que le arrebató la Sociedad. Sin embargo, hasta ahora, el precio ha sido demasiado alto. Esta mañana, camino del trabajo, he rechazado un reloj en el tren aéreo. Pagaré un precio justo, pero no excesivo. Quizá sea esto lo que aprendí en los cañones: qué soy, qué no soy, qué estoy dispuesta a dar, y qué no.

El centro de clasificación se encuentra al completo. Somos de los últimos en llegar, y una funcionaria nos acompaña a nuestros cubículos vacíos.

—Por favor, comiencen de inmediato —dice, y apenas he tomado asiento cuando aparecen palabras en la pantalla: «Siguiendo clasificación: correlación exponencial por pares».

Mantengo los ojos fijos en la pantalla y la expresión neutra. Interiormente me embarga el entusiasmo, y el corazón me da un vuelco.

Esta es la clase de clasificación para la que el Alzamiento me pidió ayuda.

Los trabajadores que me rodean no muestran ninguna señal de que la clasificación signifique algo para ellos. Pero estoy segura de que hay otras personas en la sala que miran estas palabras y se preguntan: «¿Por fin ha llegado el momento?».

«Espera a ver los datos» me recuerdo. No solo debo estar atenta a una determinada clasificación; también debo estarlo a una serie concreta de datos, que debo correlacionar mal.

En la correlación exponencial por pares, cada elemento se puntúa asignando una importancia a cada una de sus propiedades y, después, se correlaciona con otro elemento cuya puntuación global de sus propiedades es similar. Es una clasificación compleja y tediosa, el tipo de clasificación que exige total atención y concentración.

La pantalla parpadea y aparecen los datos.

«Esta es.»

La clasificación que esperaba. Los datos que esperaba.

¿Es el comienzo del Alzamiento?

Por un breve instante, vacilo. ¿Estoy segura de que los rebeldes han introducido un virus en el algoritmo que comprueba los errores? ¿Y si no lo han hecho? Mis fallos se detectarán. Saltará la alarma, y un funcionario vendrá a ver qué hago.

Los dedos no me tiemblan cuando desplazo un elemento por la pantalla contra mi impulso natural de colocarlo donde sé que debería ir. Despacio, lo guío hacia su nueva ubicación y levanto el dedo, sin atreverme a respirar.

No salta ninguna alarma.

El virus del Alzamiento ha hecho su trabajo.

Me parece oír un suspiro de alivio, una minúscula exhalación en alguna otra parte de la sala. Y tengo la sensación de que algo pasa por delante de mí, un vago recuerdo tan liviano como una semilla de álamo de Virginia arrastrada por el viento.

«¿He hecho esto antes?»

Pero no tengo tiempo para seguir este hilo de memoria. Debo clasificar.

A estas alturas de mi vida, casi me resulta más difícil clasificar de forma incorrecta. Llevo tantos meses y años tratando de hacer bien las cosas que esto parece atentar contra el sentido común. Sin embargo, es lo que quiere el Alzamiento.

En general los datos nos llegan con rapidez y sin interrupción. Pero, en un determinado momento, tenemos que esperar a que el programa cargue más. Eso significa que parte son externos.

El hecho de que realicemos la clasificación en tiempo real parece indicar que corre prisa. ¿Puede haber comenzado el Alzamiento?

¿Estaremos juntos Ky y yo cuando lo haga?

Por un momento, imagino las aeronaves negras cerniéndose sobre la cúpula blanca del Ayuntamiento y siento el aire fresco en los cabellos mientras corro a su encuentro. Después la cálida presión de sus labios en los míos, y esta vez no es un adiós, sino un nuevo comienzo.

—Estamos formando parejas —dice un hombre en voz muy alta.

Me desconcentra. Despego los ojos de la pantalla y parpadeo.

¿Cuánto tiempo llevamos aquí? He estado empleándome a fondo, tratando de hacer lo que me pidió el Alzamiento. En algún momento, me he quedado absorta en los datos, en la clasificación.

Con el rabillo del ojo, veo algo verde: militares de uniforme acercándose al hombre que acaba de hablar.

He visto a los funcionarios cuando hemos entrado, pero ¿cuánto tiempo llevan aquí los militares?

—Para el banquete —continúa el hombre. Se ríe—. Ha pasado algo. Estamos formando parejas para el banquete. La Sociedad ya no da abasto.

Pese a que mantengo la cabeza gacha y continúo clasificando, cuando los militares pasan por mi lado con él a rastras, alzo la vista. Lleva una mordaza que le impide hablar y, por un instante, nuestras miradas se cruzan cuando se lo llevan.

Me tiemblan las manos sobre la pantalla. ¿Tiene razón?

¿Estamos emparejando a gente?

Hoy es día quince. El banquete se celebra esta noche.

La funcionaria de mi distrito me explicó que las parejas se forman una semana antes del banquete. ¿Han modificado el procedimiento? ¿Qué ha sucedido para que la Sociedad tenga tanta prisa? Los datos correlacionados el mismo día del banquete presentarán más errores porque apenas habrá tiempo para verificarlos.

Y, además, el Ministerio de Emparejamientos cuenta con sus propios clasificadores. Las parejas son de suma importancia para la Sociedad. Tendría que haber personas de mayor categoría que nosotros para ocuparse de los emparejamientos.

Puede que la Sociedad no disponga de más tiempo. Puede que no cuente con suficiente personal. Algo ocurre. Casi parece que las parejas ya estuvieran formadas pero hubiera que repetir la clasificación a última hora.

Puede que los datos hayan cambiado.

Si estamos formando parejas, los datos hacen referencia a personas: color de ojos, color de pelo, carácter, actividad de ocio preferida. ¿Qué puede haber cambiado en tantas personas en tan poco tiempo?

«A lo mejor no han cambiado. A lo mejor ya no están.»

¿Qué ha podido diezmar de esta forma los datos de la Sociedad? ¿Habrá tiempo para confeccionar las microfichas o esta noche las cajas plateadas estarán vacías?

Un dato aparece en la pantalla y se archiva casi antes de que alcance a verlo.

Como la cara de Ky en mi microficha.

«¿Por qué intentan celebrar el banquete así? ¿Cuando el margen de error es tan grande?»

Porque el banquete es la ceremonia más importante de la Sociedad. Sin emparejamientos no habría ninguna otra ceremonia; las parejas son el mayor logro de

la Sociedad. Si el banquete deja de celebrarse, aunque solo sea un mes, los ciudadanos sabrán que sucede algo grave.

Por eso ha introducido el Alzamiento el virus, advierto, para que algunos de nosotros podamos formar parejas incorrectas sin que nadie se dé cuenta. Estamos sembrando más caos en unos datos que ya son cuestionables.

—Levántense, por favor —dice la funcionaria—. Saquen los pastilleros.

Me levanto, y también lo hace el resto. Veo asomar sus caras por encima de las mamparas: tienen mirada de desconcierto, cara de preocupación.

«¿Sois inmunes? —me gustaría preguntarles—. ¿Vais a recordar esto?»

¿Voy a recordarlo yo?

—Saquen la pastilla roja —continúa la funcionaria—. Por favor, esperen a tomársela en presencia de un funcionario. No hay nada de que preocuparse.

Los funcionarios se despliegan por la sala. Están preparados. Cuando alguien toma una pastilla roja, la reponen de inmediato.

Sabían que esta noche tendrían que utilizarlas.

Manos llevadas a la boca, recuerdos relegados al olvido, gargantas manchadas de rojo.

El recuerdo vuelve a revolotear por delante de mí. Tengo la molesta sensación de que está relacionado con esta clasificación. Ojalá pudiera recordar...

«Recuerda.» Oigo pasos. Se acercan. Antes no me habría atrevido a hacer esto, pero colaborar con los archivistas me ha enseñado a ser sigilosa, hábil con las manos. Abro el pastillero y me escondo en la manga el papelito con la palabra «recuerda».

—Tómate la pastilla, por favor —me ordena el funcionario.

Esta vez no es como en el distrito. El funcionario que me observa no va a hacerse el distraído, y no tengo hierba bajo los pies para pisotear la pastilla y mezclarla con sus briznas.

No quiero tomar la pastilla. No quiero olvidar mis recuerdos.

Pero quizá sea inmune a la pastilla roja, como Ky, Xander e Indie. Puede que lo recuerde todo.

Y, pase lo que pase, recordaré a Ky. Ya no están a tiempo de arrebatármelo.

—¡Ahora! —me ordena el funcionario.

Me meto la pastilla en la boca.

Sabe a sal. Una gota de sudor me baja por la garganta, o una lágrima, o quizá un sorbo del mar.

## Capítulo 3

### Ky

El Piloto vive en la provincia fronteriza de Camas.

El Piloto no vive en ninguna parte. No tiene domicilio fijo.

El Piloto está muerto.

El Piloto es inmortal.

Son rumores que corren por el campamento. No sabemos quién es el Piloto, ni siquiera si es hombre o mujer, joven o viejo.

Nuestros comandantes nos dicen que el Piloto nos necesita y no puede hacer esto solo. Nosotros somos la fuerza que utilizará para derribar a la Sociedad, y será pronto.

Naturalmente los reclutas no pueden evitar hablar de él a la menor ocasión. Algunos creen que el piloto mayor, el militar que supervisa nuestra instrucción, es el Piloto, el líder del Alzamiento.

La mayoría de los reclutas tienen tantas ganas de complacer al piloto mayor que su entusiasmo es casi palpable. A mí me da igual. No estoy en el Alzamiento por el Piloto. Estoy aquí por Cassia.

Cuando llegué a este campamento, me preocupaba que el Alzamiento nos utilizara como señuelos igual que había hecho la Sociedad, aunque la rebelión ha invertido demasiado en nuestra instrucción. No creo que nos haya adiestrado para morir.

No obstante, tampoco sé para qué clase de vida nos ha preparado. Si el Alzamiento triunfa, ¿qué vendrá después? Los rebeldes rara vez abordan ese tema. Afirman que todos dispondremos de más libertad y que ya no habrá aberrantes ni anómalos. Pero apenas dicen nada más.

La Sociedad no se equivoca con los aberrantes. Somos peligrosos. Yo soy la clase de persona a la que un buen ciudadano imagina acechando en la noche, una sombra negra con los ojos vacíos. Pero, por supuesto, la Sociedad cree que ya he muerto en las provincias exteriores, otro aberrante eliminado.

«Soy un muerto que pilota una aeronave.»

—Ejecuta un par de virajes cerrados —me ordena el comandante por el altavoz del cuadro de instrumentos—. Quiero que hagas un giro a la izquierda en dirección sur y otro a la derecha en dirección norte, los dos de ciento ochenta grados.

—Sí, señor —respondo.

Está poniendo a prueba mi coordinación y mi dominio de la aeronave. Un giro coordinado de sesenta grados de inclinación multiplica por dos la fuerza de gravedad que se ejerce en el aparato y en mí. No puedo realizar ninguna corrección ni cambio brusco, porque la aeronave podría pararse o hacerse pedazos.

Mientras ejecuto los giros, noto que la cabeza, los brazos, el cuerpo entero, se me hundan en el asiento, y tengo que hacer un esfuerzo por mantener la espalda recta. Cuando termino tengo el corazón desbocado y me noto el cuerpo extrañamente liviano al verse liberado de tanta presión.

—Magnífico —opina mi comandante.

Dicen que el piloto mayor nos observa. Algunos reclutas creen que han viajado con él, que iba disfrazado de instructor. Yo no lo creo. Pero es cierto que podría estar observándonos.

Finjo que también lo hace ella.

Trazo un giro en el cielo. La primera vez que monté en aeronave llovía, aunque todo eso ya ha quedado atrás.

Ella está lejos ahora mismo. Pero siempre espero que nuestro deseo acorte mágicamente la distancia y que, cuando mire el cielo, vea un punto negro y sepa que soy yo por mi modo de pilotar. Cosas más raras se han visto.

Y pronto terminaré este vuelo de prácticas y partiré a mi destino de esta noche. Cuando distribuyeron las misiones la semana pasada, no podía dar crédito a mi buena suerte. Central. Por fin. Esta noche puede que ella me vea volar, si mira el cielo cuando debe.

Vuelvo a ladear la aeronave y comienzo a ganar altura. Únicamente pilotamos en solitario en los vuelos de prácticas. En general operamos en grupos de tres: un piloto, un copiloto y un mensajero que viaja en la bodega y se ocupa de penetrar en las líneas enemigas con el mayor sigilo posible. Cuando más disfruto es cuando permiten que los pilotos y los copilotos ayudemos a los mensajeros y recorremos furtivamente las calles de una ciudad en misión para el Alzamiento.

Esta noche, no debo abandonar la aeronave, pero hallaré la manera de escabullirme. No pienso quedarme a bordo estando tan cerca de Cassia. Encontraré algún pretexto para apearme y correr al lago. Puede que no regrese, aunque, en ciertos aspectos, el Alzamiento parece hecho a mi medida.

He recibido la educación ideal para servir perfectamente a la rebelión. Dedicé años a perfeccionar el arte de pasar inadvertido en la Sociedad, y tuve un padre que no aceptaba cómo eran las cosas. Lo comprendo mejor aquí arriba, donde él no estuvo jamás, de lo que nunca lo hice en tierra. A veces me vienen a la mente dos versos del poema de Thomas:

*Y tú, padre mío, allá en tu cima triste,  
maldíceme o bendíceme con tus fieras lágrimas, lo ruego.*

Si pudiera hacer lo que verdaderamente deseo, reuniría a todas las personas a las que quiero y me las llevaría a otro lugar. Primero recogería a Cassia en Central y

después iría en busca de todas las demás, dondequiera que estuvieran. Encontraría a mis tíos, Patrick y Aida. Recogería a los padres de Cassia y a su hermano Bram. Y a Xander, a Em y a mis otros amigos del distrito donde crecí. Encontraría a Eli. Y, después, volvería a alzar el vuelo.

Sería imposible transportar a tantas personas en esta aeronave. No cabrían.

Pero, si pudiera, me iría con ellas a un lugar seguro. Todavía no sé dónde, aunque lo sabría cuando lo viera. Puede que sea una isla rodeada de agua, donde Indie creyó una vez que podría encontrar el Alzamiento.

Pese a que no creo que la Talla siga siendo segura, pero estoy convencido de que, en el territorio que antes ocupaba el enemigo, debe de existir algún otro lugar recóndito al que podríamos escapar. Quien visite un museo en este momento, verá que la Sociedad ha modificado las provincias exteriores, que ha reducido su extensión en el mapa. Si el Alzamiento no consigue derrocarla, es posible que, dentro de una generación, las provincias exteriores ya no aparezcan en los mapas. Eso me hace pensar que tiene que haber algo más al otro lado de la frontera, que, con el paso de los años, la Sociedad ha modificado los mapas en más de un sentido. Debe de existir todo un mundo más allá del país enemigo. ¿Qué más ha borrado y nos ha arrebatado la Sociedad?

No me importaría lo pequeño que se volviera el mundo siempre que Cassia continuara siendo el centro del mío. Me uní al Alzamiento para que pudiéramos estar juntos. Pero los rebeldes la destinaron a Central y, desde entonces, no he dejado de volar, porque no se me ocurre mejor forma de llegar hasta ella, siempre que la Sociedad no me derribe.

Siempre cabe esa posibilidad. Pero tengo cuidado. No corro riesgos innecesarios como algunos de los reclutas que quieren impresionar al piloto mayor. Si muero, no le serviré de nada a Cassia. Y quiero encontrar a Patrick y a Aida. No quiero que piensen que han perdido a otro hijo. Con uno basta.

Ellos me consideran suyo, aunque siempre supieron quién era. Ky. No su hijo Matthew, el cual murió antes de que yo fuera a vivir con ellos.

No sé mucho de Matthew. No llegamos a conocernos. Pero sé que sus padres lo querían mucho, y que Patrick pensaba que un día sería clasificador. Sé que Matthew había ido a visitarlo al trabajo cuando un anómalo los atacó.

Patrick sobrevivió. Matthew no. Solo era un niño. Aún no tenía edad para que lo emparejaran. Ni para que le asignaran un puesto de trabajo definitivo. Ni, por supuesto, para morir.

No sé qué sucede cuando fallecemos. No me parece posible que haya mucho más después de la muerte. Pero supongo que puedo imaginar que nuestros actos perduran cuando ya no estamos. Quizá en otro lugar, en un plano distinto.

Así pues, tal vez querría llevarnos a todos bien arriba, muy por encima del



mundo. El frío aumenta con la altitud. Puede que, si ascendiera lo suficiente, todas las pinturas de mi madre nos estuvieran aguardando, congeladas.

«Soy un muerto que respira.»

Recuerdo la última vez que vi a Cassia, a orillas de un río. La lluvia se había tornado nieve, y ella me dijo que me quería.

«Soy un muerto que revive.»

Me poso con rapidez y suavidad. El suelo viene a mi encuentro, y el cielo deja de ocupar todo mi campo visual hasta quedar reducido a una línea en el horizonte. Ya es casi de noche.

No estoy muerto en absoluto. Jamás he estado tan vivo.

Esta noche hay mucho ajeteo en el campamento. «Ky», dice alguien al cruzarse conmigo. Yo le saludo con la cabeza, pero no dejo de mirar las montañas. No he cometido el error de encariñarme con mis compañeros. He aprendido la lección, por segunda vez. Los dos amigos que tenía en los campos de señuelos ya no están. Vick ha muerto, y Eli se encuentra en alguna parte de esas montañas. No sé qué ha sido de él.

En este campamento solo hay una persona de quien me considero amigo, y la conozco de la Talla.

La veo cuando abro la puerta del comedor. Como de costumbre, aunque está cerca de algunos compañeros, la envuelve un halo de soledad, y los reclutas la miran con cara de admiración y perplejidad. En general todos la consideran una de los mejores pilotos del campamento. Pero sigue habiendo espacio entre ella y el resto del mundo. No sé si lo nota ni si le importa.

—Indie —digo, y me acerco. Siempre me alivia ver que sigue viva. Aunque es piloto de transporte como yo, no piloto de combate, siempre pienso que podría no regresar. La Sociedad aún nos acecha. Y ella sigue igual de imprevisible.

—Ky —dice, sin más preámbulos—, hemos estado hablando. ¿Cómo crees tú que vendrá el Piloto? —Tiene la voz potente, y los reclutas se vuelven para mirarnos—. Yo pensaba que el Piloto vendría del mar —continúa—. Es lo que siempre me decía mi madre. Pero ya no lo pienso. Seguro que viene del cielo. ¿No crees? El agua no está en todas partes. El cielo sí.

—No lo sé —respondo. Cuando estoy con ella, siempre siento esta misma mezcla de diversión, admiración y exasperación.

Los pocos reclutas que no se han alejado mascullan algún pretexto y nos dejan solos.

—¿Vuelas esta noche? —le pregunto.

—Esta noche no —contesta—. ¿Tú también libras? ¿Te apetece ir al río?

—Hoy trabajo —digo.

—¿Adónde vas?

No debemos desvelar nuestro destino, pero me acerco más a ella, tanto que veo las motas azules más oscuras de sus ojos celestes.

—A Central —respondo. He esperado hasta ahora para infringir las normas y decírselo porque no quería que intentara convencerme de que no vaya. Sabe que, una vez que esté en Central, es posible que decida quedarme.

No pestañea.

—Llevabas mucho tiempo esperando ese destino —dice. Separa la silla de la mesa, se levanta y se dispone a marcharse—. Asegúrate de volver —añade.

No le prometo nada. Jamás he podido mentirle.

Acabo de empezar a comer cuando suena la sirena.

«Un simulacro no, por favor. Esta noche no. No puede pasarme esto.»

Me levanto con el resto de los reclutas y salgo afuera. Figuras, raudas y oscuras como yo, corren a las aeronaves. Al parecer se trata de un simulacro en toda regla. Las pistas de despegue y los campos de aterrizaje están atestados de aeronaves y reclutas. Todos siguen el procedimiento y se preparan para el momento en que nuestro ejército invada la Sociedad. Enciendo mi miniterminal. «Preséntate en la pista 13 —reza el mensaje—. Grupo tres. Aeronave C-5. Copiloto.»

Creo que nunca he pilotado esa aeronave, aunque, de hecho, da igual. Habré pilotado una similar. Pero ¿por qué soy el copiloto? Suelo ser el piloto, no importa con quién vuele.

—¡A las aeronaves! —ordenan los comandantes. Las sirenas continúan sonando.

Cuando estoy cerca de la aeronave, veo que ya tiene las luces encendidas y que hay alguien moviéndose en la cabina. El piloto ya debe de estar a bordo.

Subo la escalera y abro la escotilla.

Indie se vuelve y, al verme, pone los ojos como platos.

—¿Qué haces? —pregunta.

—Soy el copiloto —digo—. ¿Eres tú la piloto?

—Sí —responde.

—¿Sabías que iban a ponernos juntos?

—No. —Se concentra en el cuadro de instrumentos para encender los motores, un sonido familiar y a la vez desconcertante. Luego vuelve la cabeza hacia mí y su larga trenza azota el aire. Parece enfadada—. ¿Por qué nos ponen en la misma aeronave? Es un desperdicio. Los dos somos buenos.

Oímos la voz del comandante de nuestro grupo en el altavoz de la cabina.

—Haced las últimas comprobaciones antes de despegar.

Maldigo entre dientes. Se trata de un simulacro en toda regla. Estamos a punto de despegar. Siento que mi oportunidad de viajar a Central se esfuma.

A menos que sea el destino de este simulacro. Aún hay una posibilidad.

Indie se acerca al altavoz.

—Nos falta el mensajero.

La puerta se abre y entra otra figura vestida de negro. Por un momento, no vemos quién es, y pienso: «A lo mejor es Vick, o Eli». ¿Por qué no? Me han emparejado con Indie, lo cual parece casi igual de improbable.

Pero Vick ha muerto, y Eli no está.

—¿Eres el mensajero? —pregunta Indie.

—Sí —responde el chico. Es más o menos de nuestra edad, quizá uno o dos años mayor. Creo que es la primera vez que lo veo, pero cada día llegan reclutas nuevos al campamento. Cuento unas cuantas muescas en sus botas cuando se dirige a la escotilla de la bodega.

—Has estado en los campos de señuelos —digo. Muchos de los reclutas hemos sido señuelos en un momento u otro.

Su tono de voz es monótono.

—Sí —contesta—. Me llamo Caleb.

—Creo que no te conozco —digo.

—No me conoces —afirma, antes de bajar a la bodega.

Indie enarca las cejas.

—Quizá lo hayan puesto con nosotros para compensar —dice—. Dos listos y un tonto.

—¿Transportamos carga? —pregunto.

—Suministros médicos —responde Indie.

—¿De qué clase? —pregunto—. ¿Son auténticos?

—No lo sé —responde—. Los maletines están cerrados con llave.

Momentos después de que Indie haya despegado, el ordenador de la cabina comienza a imprimir nuestro código de vuelo.

Arranco el papel y lo leo.

—¿Qué pone? —pregunta Indie.

—Ciudad de Grandia —respondo. «No Central.»

Pero Grandia está más o menos en la misma dirección. Quizá podríamos pasar de largo y seguir hasta Central.

No digo nada a Indie, aún no.

Dejamos atrás las zonas sin luz próximas a las montañas donde están instalados nuestros campamentos y sobrevolamos los distritos que circundan la ciudad de Camas. Luego pasamos por encima de la propia ciudad. Veo el río que la atraviesa y los edificios más altos, como el Ayuntamiento.

Están rodeados por un círculo de color blanco.

—¿Desde cuándo está eso ahí? —pregunto. Hace casi una semana que no

sobrevolaba la ciudad.

—No lo sé —responde Indie—. ¿Ves qué es?

—Parece un muro —contesto—. Construido alrededor del Ayuntamiento y varios edificios más.

Mi inquietud aumenta. Mantengo la vista clavada en el cuadro de mandos para no ceder al impulso de mirar a Indie. ¿Por qué hay un muro en torno al centro de la ciudad de Camas? E Indie y yo jamás habíamos formado equipo. ¿Por qué ahora?

¿Es así como Cassia o Xander se sintieron al descubrir que los habían emparejado? «Tiene que ser una equivocación. Parece imposible. Entonces, ¿por qué está pasando?»

Indie debe de pensar lo mismo que yo.

—El Alzamiento nos ha puesto juntos —dice y, cuando dejamos atrás la ciudad de Camas, se acerca más a mí para susurrarme—: Esto no es un simulacro. Es el principio.

Creo que tiene razón.

## Capítulo 4

### Xander

El médico termina de explorar al niño y se pone de pie.

—Su hijo está estable —comunica a los padres—. Ya hemos visto esta enfermedad. Los afectados se aletargan y se quedan como dormidos. —Hace un gesto a sus compañeros, que entran con una camilla—. Lo trasladaremos al centro médico de inmediato, donde podremos atenderlo como es debido.

La madre asiente, blanca como el papel. El padre se levanta para echar una mano, pero los camilleros lo sortean.

—Tendrán que acompañarnos —dice el médico a los padres. También nos señala a los tres funcionarios—. Tendremos que ponerles a todos en cuarentena por precaución.

Lanzo una ojeada a la funcionaria Lei. Está mirando por la ventana, en la dirección de las montañas. La gente que ha nacido en esta provincia lo hace. Me he fijado. Siempre mira hacia las montañas. A lo mejor sabe algo que yo no sé. ¿Es ahí donde se encuentra el Piloto?

Ojalá pudiera decir a los padres del niño que todo irá bien. El miedo que veo en sus caras me indica que no forman parte del Alzamiento. No saben que hay un Piloto o una cura.

Sin embargo, la hay. Yo lo sé. El Alzamiento lo tiene todo planeado.

«La Plaga lleva meses penetrando en las provincias. Hasta ahora, la Sociedad ha conseguido contenerla, pero un día estallará, y la Sociedad ya no podrá frenar su propagación. En ese momento, los ciudadanos sabrán lo que ya sospechaban: hay una enfermedad que la Sociedad no puede curar.

»Cuando la Plaga estalle, empezará la rebelión.»

Yo formo parte de la segunda fase del Alzamiento, lo que significa que, antes de actuar, debo esperar a oír la voz del Piloto. Cuando él hable, tengo que presentarme en el centro médico principal lo antes posible. No sé qué voz tiene, pero mi contacto del Alzamiento me ha asegurado que la reconoceré cuando llegue el momento.

Esto va a ser incluso más fácil de lo que creía. La Sociedad va a ponerme en cuarentena. Estaré preparado cuando el Piloto por fin hable.

Los médicos nos dan mascarillas y guantes a todos antes de que subamos al automóvil aéreo. Me pongo la mascarilla, pese a saber que, en mi caso, ninguna de las precauciones es necesaria. No puedo contraer la Plaga.

Esa es la otra propiedad de las pastillas del Alzamiento. No solo inmunizan contra la pastilla roja, sino también contra la Plaga.

El bebé llora cuando le ponen la mascarilla y yo lo miro con preocupación. Podría caer enfermo, ya que ha estado expuesto al virus antes de tomar la pastilla

inmunizante.

«Pero, si cae enfermo —me recuerdo—, el Alzamiento tiene una cura.»

Un río serpentea por el centro de la ciudad de Camas. De día, el agua es azul. Esta noche parece una ancha calle negra. Sobrevolamos un tramo de su oscura superficie camino del centro urbano.

Los principales edificios de la ciudad, incluido el mayor centro médico de Camas, están circundados por un muro blanco.

—¿Cuándo lo han construido? —pregunta el padre, pero los médicos no responden.

El muro es nuevo. La Sociedad lo ha erigido para contener la Plaga. Es uno de los muchos muros que el Alzamiento tendrá que echar abajo.

—No me digan que no lo saben —insiste el padre—. Los funcionarios lo saben todo. —Ahora habla con dureza e irritación. Mira al funcionario Brewer, después a la funcionaria Lei y por último a mí.

Le sostengo la mirada.

—Les hemos dicho cuanto podemos —contesta el funcionario Brewer—. Su familia ya está sufriendo bastante. Preferiría no agravar sus problemas con una citación.

—Lo siento —dice la funcionaria Lei al padre. Percibo una empatía casi perfecta en su voz. Ojalá sea así la voz del Piloto.

El padre se vuelve y mira de nuevo al frente, con los hombros tensos. No dice nada más. Estoy deseando quitarme este uniforme. Promete más de lo que puede dar, y representa algo en lo que no creo desde hace tiempo. Hasta Cassia cambió de cara la primera vez que me vio con él.

—¿Qué te parece? —le pregunté. Me puse delante del terminal, levanté los brazos, di una vuelta y sonreí, tal como la Sociedad esperaba que hiciera, porque sabía que me observaba.

—Pensaba que estaría contigo cuando pasara —respondió ella, con los ojos como platos. Supe, por su voz forzada, que ocultaba algo. ¿Sorpresa? ¿Enfado? ¿Tristeza?

—Lo sé —dije—. La ceremonia ha cambiado. Mis padres tampoco estuvieron.

—Oh, Xander —se lamentó—. Lo siento.

—No te preocupes —dije, con tono jocos—. Estaremos juntos cuando formalicemos nuestro contrato matrimonial.

No lo negó: no con la Sociedad observándonos. Nos miramos. Yo solo quería tocarla y no podía, porque ella estaba en Central y yo en Camas, y hablábamos por los terminales de nuestros pisos.

—Tu turno debe de haber terminado hace horas —dijo—. ¿Significa eso que te has dejado el uniforme puesto para presumir? —Me había devuelto la broma y me

relajé.

—No —repliqué—. Las reglas han cambiado. Ahora tenemos que llevar el uniforme siempre. No solo en el trabajo.

—¿Incluso cuando dormís? —preguntó.

Me reí.

—No —contesté—. Entonces no.

Ella asintió y se ruborizó un poco. Me pregunté en qué estaría pensando. Ojalá estuviéramos juntos: uno frente al otro en la misma habitación. Cara a cara, es mucho más fácil comunicar a alguien lo que en verdad queremos decirle.

Todo lo que quería preguntarle se me agolpaba en la mente.

«¿De verdad estás bien? ¿Qué pasó en las provincias exteriores?»

«¿Te fueron bien las pastillas azules? ¿Leíste mis mensajes? ¿Has deducido mi secreto? ¿Sabes que formo parte del Alzamiento? ¿Te lo dijo Ky? ¿También estás en el Alzamiento?»

«¿Amabas a Ky cuando entraste en los cañones? ¿Seguías amándolo cuando saliste?»

No odio a Ky. Lo respeto. Sin embargo, eso no significa que crea que deba estar con Cassia. Creo que Cassia debe estar con quien ella quiera, y aún pienso que al final podría ser yo.

—Es agradable, ¿verdad? —dijo, y se puso seria—, formar parte de algo que es más grande que tú.

—Sí —respondí, y nos miramos a los ojos. Pese a la distancia que nos separaba, lo supe. No se refería a la Sociedad. Se refería al Alzamiento. «Los dos estamos en el Alzamiento.» De pronto, tuve ganas de gritar y cantar, pero no pude hacer ninguna de las dos cosas—. Tienes razón —añadí—. Lo es.

—Me gusta la insignia roja —observó, cambiando de tema—. Tu color favorito.

Sonreí. Había leído los papelitos que introduje en las pastillas azules. No me había olvidado mientras estuvo con Ky.

—Quería comentarte una cosa —añadió—. Sé que siempre he dicho que mi color preferido es el verde. Es lo que pone en mi microficha. Pero he cambiado de idea.

—¿Y ahora cuál es? —le pregunté.

—El azul —respondió—. Como tus ojos. —Se acercó un poco más a la pantalla—. Fueron una sorpresa.

Pese a que me habría gustado tomármelo como un cumplido, no lo era. Cassia quería decirme algo más. Supe que sus palabras tenían un doble sentido, pero ¿cuál? ¿Por qué había hablado en plural? ¿Por qué no había dicho «Fue una sorpresa»?

Creo que se refería a las pastillas azules que le di en el distrito. ¿Trataba de decirme que la salvaron, como siempre habíamos creído? Todos sabíamos que las pastillas debían mantenernos con vida si ocurría una catástrofe. Yo quería que tuviera

todas las posibles cuando se marchara, solo por si acaso.

Cuando le di las pastillas, no le dije cómo las había conseguido. Traté de darle la explicación que menos la preocupara. No me arrepiento en absoluto de lo que tuve que hacer para obtener los papelitos y las pastillas. Me lo digo continuamente y, la mayoría de las veces, me lo creo.

No veo ningún indicio de rebelión cuando aterrizamos detrás de la barricada blanca. La Sociedad parece tener la situación bajo control. Una enorme carpa blanca señala la zona de recepción de enfermos, y han instalado luces provisionales en todo el recinto. Funcionarios con trajes protectores lo supervisan todo. Otros automóviles aéreos repletos de médicos y pacientes aterrizan cerca de nosotros.

No estoy preocupado. Sé que el Alzamiento está a punto de empezar. Y, sin saberlo, la Sociedad casi me ha traído al lugar donde tendré que presentarme. Me gustaría que Cassia y yo estuviéramos juntos para ver cómo sucede todo y oír por primera vez la voz del Piloto. Me pregunto qué piensa ella de todo esto. Forma parte del Alzamiento. También debe de tener conocimiento de la Plaga.

—Infectados a la derecha —nos dice un funcionario que lleva un traje protector—. Cuarentena a la izquierda.

Miro a la izquierda para ver dónde señala. El Ayuntamiento de la ciudad de Camas.

—Deben de haberse quedado sin sitio en el centro médico —me susurra la funcionaria Lei.

Es buena señal: muy buena señal. La Plaga avanza deprisa. Solo es cuestión de tiempo que el Alzamiento tenga que intervenir. La mayoría de los funcionarios ya parecen desbordados mientras dirigen el trasiego de gente.

Subimos la escalera del Ayuntamiento. Por un instante imagino que Cassia me acompaña y nos dirigimos al banquete de emparejamiento.

La funcionaria Lei abre las puertas.

—No se detengan —nos ordena alguien desde dentro, y comprendo por qué puede quedarse parada la gente. El Ayuntamiento ha cambiado.

El vasto espacio que hay bajo la bóveda está ocupado por incontables hileras de diminutas celdas transparentes. Sé lo que son: centros de contención provisionales que pueden instalarse en cualquier lugar en caso de epidemia o pandemia. Los estudié durante mi formación, pero es la primera vez que los veo con mis propios ojos.

Las celdas se pueden separar y unir en distintas configuraciones, como las piezas de un puzzle. Tienen su propio sistema de fontanería y evacuación debajo del suelo, y los sistemas pueden conectarse a la instalación de un edificio más grande. Cada celda está provista de un camastro, una ranura para pasar la bandeja de la comida y un espacio en la parte de atrás separado por una mampara donde cabe una letrina. Más



allá del tamaño, las paredes, en su mayor parte transparentes, son el rasgo más distintivo de las celdas.

«Transparencia en la asistencia», lo llama la Sociedad. Todo el mundo ve lo que les sucede a los demás, y los funcionarios del Ministerio Médico pueden observar a los pacientes a todas horas.

Corre el rumor de que la Sociedad perfeccionó este sistema en los tiempos en que los funcionarios recorrían las provincias en busca de anómalos. A veces la Sociedad tenía que montar centros para contener a los anómalos que encontraba con el fin de evaluarlos, y fue entonces cuando desarrolló las celdas. Cuando los funcionarios del Ministerio de Seguridad terminaron de localizar a la mayoría de los individuos a los que consideraban peligrosos, cedieron las celdas al Ministerio Médico para que las aprovechara. La versión oficial reza que la Sociedad siempre las ha utilizado exclusivamente para la cuarentena médica y la contención de enfermedades.

Antes de unirme al Alzamiento, apenas sabía nada de cómo la Sociedad eliminó metódicamente a los anómalos, pero sí creo que lo hizo. ¿Por qué iba a ser de otro modo? Volvió a hacer algo parecido años después, con Ky y otros aberrantes.

Realizo un rápido cálculo mental mientras miro todas las celdas. Más de la mitad están ocupadas. Sé que no tardarán mucho en llenarse todas.

—Usted se queda aquí —dice un funcionario, y señala a Brewer.

Él se despide de nosotros con un gesto de la cabeza, entra y se sienta obedientemente en la cama.

Pasamos junto a varias celdas vacías antes de volver a detenernos. Imagino que no quieren poner juntas a personas que se conocen, lo cual es lógico. Ya es bastante alarmante ver cómo la enfermedad mina a un desconocido, aunque se sepa que mejorará.

—Aquí —dicen a la funcionaria Lei, y ella entra en la celda.

Le sonrío cuando cierran la puerta, y ella también me sonrío. Lo sabe. Tiene que formar parte del Alzamiento.

Unas cuantas celdas más y me toca a mí. La celda parece incluso más pequeña desde dentro. Cuando estiro los brazos, toco las dos paredes. De ellas sale un hilo musical. Nos ponen las Cien Canciones para que el aburrimiento no nos desquicie.

Yo tengo suerte. Sé que el Piloto va a salvarnos, y también sé que no voy a contraer la Plaga. Y, cuando se tiene suerte, como mi familia ha tenido siempre, también se tiene la responsabilidad de hacer lo correcto. Nos lo decían mis padres. «La Sociedad nos considera buenos ciudadanos —solía comentar mi padre—, pero bien podría haber sido al revés. El mundo no es justo. Nuestro deber es hacer todo lo posible para cambiar eso.»

Cuando mis padres descubrieron que mi hermano Tannen y yo éramos inmunes a la pastilla roja, adoptaron una actitud más protectora porque comprendieron que

íbamos a recordar cosas que ni tan siquiera ellos recordarían. Sin embargo, también nos dijeron que nuestra inmunidad era importante. Gracias a ella sabríamos qué sucedía realmente, y ese conocimiento nos permitiría mejorar las cosas.

Por eso, cuando el Alzamiento se puso en contacto conmigo, supe de inmediato que quería participar.

Oigo un golpe sordo en la pared de la celda contigua y me vuelvo. Es otro paciente, un chico de unos trece o catorce años. Ha perdido el conocimiento y se ha desplomado contra la pared sin poder agarrarse a nada. Se da un fuerte golpe contra el suelo.

Los médicos aparecen casi de inmediato. Abren la puerta de la celda y entran, provistos de mascarillas y guantes. Lo levantan del suelo, lo sacan de la celda y se lo llevan fuera del Ayuntamiento, deduzco que al centro médico. Una capa líquida recubre las paredes y un vapor químico emana del suelo. Están esterilizando la celda para el próximo paciente.

Pobre chico. Ojalá hubiera podido ayudarlo.

Vuelvo a estirar los brazos y presiono contra las paredes. Vuelvo a hacer fuerza para notar cómo se me tensan los músculos de los brazos. No voy a tener que sentirme impotente durante mucho más tiempo.

## Capítulo 5

### Cassia

Hay una chica sentada cerca de mí en el tren aéreo. Lleva un bonito vestido largo, pero no parece contenta. Su expresión perpleja refleja mi propio desconcierto. Sé que regreso a casa después del trabajo; sin embargo, ¿por qué lo hago tan tarde? Me noto la mente nublada y muy cansada. Y estoy nerviosa, crispada. Tengo una sensación parecida a la mañana en que se llevaron a Ky del distrito. El aire es frío, y el viento parece transportar el eco de un grito.

—¿Te han emparejado esta noche? —le pregunto a la chica y, en cuanto lo digo, pienso: «Qué pregunta más tonta». Claro que sí. Nadie se pondría un vestido así para asistir a una ceremonia que no fuera el banquete. El suyo es amarillo, el mismo color que mi amiga Em llevó a su banquete de emparejamiento.

La chica me mira con cara de incertidumbre. Después se mira las manos en busca de una respuesta. Y la encuentra, en forma de cajita plateada.

—Sí —dice, y se le iluminan los ojos—. Claro.

—El banquete no ha podido celebrarse en el Ayuntamiento —observo, al recordar otra cosa—. Porque lo están reformando.

—Así es —responde, y su padre me mira con cara de preocupación.

—Entonces, ¿dónde ha sido? —pregunto.

La chica no me contesta; abre y cierra la caja plateada.

—Todo ha pasado muy deprisa —aduce—. Voy a tener que ver la microficha otra vez cuando llegue a casa.

Le sonrío.

—Recuerdo esa sensación —digo, y es cierto.

«Recuerda.»

Oh, no.

Metó la mano en la manga y toco un papelito que es demasiado pequeño para ser un poema. No me atrevo a sacarlo en el tren aéreo delante de tantos ojos, pero creo que sé qué ha sucedido.

En el distrito, cuando el resto de mi familia tomó la pastilla roja y yo no, todos estaban como yo me siento ahora. Confundidos, pero no totalmente. Sabían quiénes eran y comprendían casi todo lo que hacían.

El tren aéreo se detiene. La chica y su familia se apean. En el último momento, me levanto y me cuelo entre las puertas. Aunque no es mi parada, ya no aguanto más tiempo sentada.

El aire de Central es húmedo y frío. Aún no es de noche, pero veo un gajo de luna en las oscuras aguas del cielo vespertino. Respiro hondo, bajo la escalera metálica y me aparto para dejar pasar al resto de los pasajeros. Me saco el papelito de la manga,

procurando esconder las manos y sus movimientos en las sombras que proyecta la escalera.

En él leo «recuerda».

He tomado la pastilla roja. Y me ha hecho efecto.

No soy inmune.

Una parte de mí, la que esperaba y deseaba serlo, se disuelve y desaparece.

—No —susurro.

No puede ser cierto. Soy inmune. Tengo que serlo.

En mi fuero interno, estaba convencida de mi inmunidad. Pensaba que sería como Ky, como Xander e Indie. Al fin y al cabo, he ganado la batalla a las otras dos pastillas. Neutralicé el efecto de la azul en la Talla, aunque tendría que haberme quedado paralizada. Y nunca he tomado la verde.

La faceta clasificadora de mi mente me dice: «Estabas equivocada. No eres inmune. Ahora ya lo sabes».

Si no soy inmune, ¿qué he olvidado? ¿Qué es lo que he perdido para siempre?

La boca me sabe a lágrimas. Me paso la lengua por los dientes para ver si quedan restos de la pastilla.

«Cálmate. Piensa en lo que recuerdas.»

Lo último que recuerdo antes del tren aéreo es que he salido del centro de clasificación. Pero ¿qué hacía allí tan tarde? Cambio de postura y noto algo bajo la ropa de diario, algo que no son los poemas. «El vestido rojo.» Lo llevo puesto. ¿Por qué?

Porque esta noche viene Ky. De eso me acuerdo.

Pongo la mano sobre mi corazón palpitante y noto un murmullo de papel.

Y recuerdo que tengo poemas para intercambiar y que los llevo pegados a la piel.

Sé cómo los obtuve, poco después de mi llegada. Lo recuerdo perfectamente.

Cuando llevaba unos días en Central, caminé por el borde de la barrera blanca que circunda la zona inerte. Por un momento fingí que volvía a estar en la Talla; que el muro era una de las paredes del cañón y las ventanas de los altos bloques de pisos eran las cuevas de las provincias exteriores; fisuras en la roca donde las personas podían esconderse, vivir, pintar.

«Pero —pensé mientras caminaba— las paredes de los edificios son tan lisas y regulares que ni siquiera Indie podría encontrar un asidero para escalarlas.»

El césped de los espacios verdes estaba nevado. El aire era tan denso y frío como el de Oria en invierno. La fuente que ocupaba el centro de un espacio verde tenía una bola de mármol colocada sobre una peana. «Una fuente de Sísifo —pensé, y me dije —: Tengo que haberme ido antes de la primavera, antes de que el agua vuelva a correr por ella.»

Pensé en Eli. «Esta es su ciudad, su lugar de origen. ¿Sentirá por ella lo que yo siento por Oria, que, pese a todo lo que ha pasado, sigue siendo mi hogar?» Me acordé de cuando lo vi marcharse a las montañas en compañía de Hunter, ambos con la esperanza de encontrar a los labradores que llevaban tanto tiempo eludiendo a la Sociedad.

Me pregunté si la barricada ya estaba construida cuando Eli vivió aquí.

Y lo eché de menos casi tanto como a Bram.

Las ramas de los árboles estaban secas, muertas, con los brotes pelados, desprovistos de hojas. Alcé la mano y rompí una.

Agucé el oído, atenta a cualquier sonido que me indicara que había vida en aquel círculo de silencio. Sin embargo, no oí ninguno, aparte de los sonidos que no pueden acallarse, como el viento entre los árboles.

Pero comprendí que eso no significaba nada.

En la Sociedad nuestros gritos jamás rebasan los confines de nuestro cuerpo, las paredes de nuestra habitación. Cuando gritamos, solo lo hacemos en sueños, y nunca he estado segura de quién nos oye.

Miré atrás para asegurarme de que nadie me observaba, me agaché y escribí la «E» de Eli en la nieve, cerca del muro.

Cuando terminé quise más.

«Estas ramas serán mis huesos —pensé—, y el papel será mi corazón y mi piel, las partes que todo lo sienten.» Rompí más ramas: una tibia, un fémur, un húmero. Las partí en segmentos para que se movieran cuando lo hiciera yo. Me las metí en las perneras del pantalón y en las mangas.

Luego me erguí y eché a andar.

«Es una sensación extraña —pensé—, como si tuviera los huesos por fuera del cuerpo.»

—Cassia Reyes —dijo alguien detrás de mí.

Me volví, sorprendida. Una mujer me miraba. Tenía un rostro muy corriente, llevaba un abrigo gris reglamentario, como el mío, y sus ojos eran castaños o grises; costaba distinguirlo. Parecía aterida. No supe cuánto tiempo llevaba observándome.

—Tengo algo que te pertenece —añadió—. Nos ha llegado de las provincias exteriores.

No respondí. Ky me había enseñado que a veces el silencio era la mejor estrategia.

—No puedo garantizar tu seguridad —continuó la mujer—. Solamente puedo garantizar la autenticidad de los artículos. Pero, si me acompañas, te conduciré hasta ellos.

Se puso de pie y echó a andar. Pronto la perdería de vista.

Decidí seguirla. Cuando oyó que me acercaba, aflojó el paso y dejó que la

alcanzara. Caminamos, sin hablar, por calles y junto a edificios, más allá de los charcos de luz vertidos por las farolas, hasta llegar a una cerca de alambre enmarañado que rodeaba un vasto prado herboso sembrado de hoyos y cascotes. El viento hinchaba y deshinchaba los fantasmales plásticos blancos que los cubrían.

La mujer se coló por una abertura de la cerca, y yo la seguí.

—No te separes de mí —dijo—. Este campo es un proyecto de restauración abandonado. Hay hoyos por todas partes.

Mientras la seguía, comprendí, entusiasmada, adónde me dirigía. Al verdadero escondrijo de los archivistas, no al museo donde se realizaban los intercambios menos importantes. Me llevaba al lugar donde los archivistas guardaban sus tesoros, a donde acudían para intercambiar poemas, documentos, información y quién sabía qué más. Mientras rodeaba los hoyos y escuchaba los chasquidos de los plásticos azotados por el viento, supe que tendría que estar asustada y, muy en el fondo, lo estaba.

—Vas a tener que ponértela —me indicó la mujer cuando estuvimos en mitad del campo. Sacó un trozo de tela negra—. Necesito que te vendas los ojos.

«No puedo garantizar tu seguridad.»

—Está bien —convine, y le di la espalda.

Cuando me hube atado la venda, me cogió por los hombros.

—Voy a darte unas vueltas —me informó.

Se me escapó una risita. No pude evitarlo.

—Igual que en el centro de primera enseñanza —dije, al recordar la época en la que nos tapábamos los ojos con las manos y jugábamos en los espacios verdes del distrito durante nuestras horas de ocio.

—Parecido —convino.

Empezó a darme vueltas, y el mundo giró a mi alrededor, oscuro, frío y susurrante. Pensé en la brújula de Ky, cuya flecha siempre señalaba el norte por muchas vueltas que le dieran, y sentí el familiar dolor punzante que me atenaza cada vez que pienso en su regalo y en cómo lo intercambié.

—Eres muy confiada —dijo la mujer.

No respondí. En Oria Ky me había dicho que los archivistas no eran ni mejores ni peores que nadie, así que no estaba segura de poder fiarme de ella, pero me parecía que debía arriesgarme. Me cogió del brazo y eché a andar, levantando torpemente los pies, tratando de no tropezar con nada. El suelo que pisaba estaba frío y duro, aunque, de vez en cuando, notaba la blandura de la hierba, de plantas marchitas.

La mujer se detuvo y le oí apartar algo. «Plástico —pensé—. El plástico blanco que cubre las ruinas.»

—Está bajo tierra —dijo—. Bajaremos unas escaleras y llegaremos a un largo pasillo. Ve muy despacio.

Esperé, pero ella no se movió.

—Tú primera —añadió.

Alcé las manos para tocar las paredes, que estaban muy próximas entre ellas, y palpé ladrillos viejos tapizados de musgo. Arrastré un pie hacia delante y bajé un peldaño.

—¿Cómo sabré que me acerco al final? —le pregunté, y las palabras y mi modo de decirlas me hicieron pensar en el poema de la Talla, el que más me gustó de los que encontré en la biblioteca de la cueva, el que siempre parecía hablar de mi viaje hacia Ky:

*No te alcancé,  
pero mis pies se acercan día a día.  
Tres ríos y una loma que cruzar  
un desierto y un mar.  
No llamaré viaje al viaje  
cuando a ti te lo cuente.*

Cuando llegué al último peldaño, pisé un charco de agua y me pareció que cruzaba el primer río del poema.

—Sigue —me dijo la mujer detrás de mí—. Utiliza la pared para guiarte.

Pasé la mano derecha por los ladrillos y noté tierra desmenuzándose entre mis dedos. Al cabo de un rato, las paredes terminaron y entramos en un espacio más amplio. Oí el eco de mis pasos, mezclado con otros ruidos; pies caminando, personas respirando. Supe que no estábamos solas.

—Detente —ordenó la mujer—. Cuando te quite la venda —añadió—, verás los artículos que te han mandado. Descubrirás que faltan algunos. Fueron el pago por el envío, convenido por el remitente.

—De acuerdo —dije.

—Tómate el tiempo que necesites para mirarlo todo bien —me aconsejó—. Cuando termines vendrá alguien para acompañarte a la entrada.

Me costó un poco situarme: estaba desorientada, y apenas había luz en el sótano. Al cabo de un momento, descubrí que me flanqueaban dos largas hileras de estantes metálicos vacíos. Estaban impecables, como si alguien cuidara de ellos y limpiara el polvo, pero, aun así, me recordaron la cripta de una tumba que una vez vimos en una de las Cien Lecciones de Historia, donde había cuevecitas llenas de huesos y cajas con personas esculpidas en la tapa. «Tanta muerte —nos dijo la Sociedad—, sin ninguna posibilidad de vida futura. Por aquel entonces no se conservaban muestras de tejido.»

Delante de mí, en el centro del estante, vi un voluminoso paquete envuelto en

recio plástico. Cuando retiré la parte de arriba del plástico, hallé papel. «Las páginas que me llevé de la Talla.» Me pareció que las páginas olían a agua y a tierra, a piedra.

«Ky. Ha conseguido mandármelas.»

Puse las manos extendidas sobre ellas, inspiré y retuve el aire. «Él también las ha tocado.»

Imaginé un río, y nieve cayendo. Recordé nuestra despedida en la orilla. Me vi navegando y lo vi corriendo junto al agua, transportando estas palabras hasta la desembocadura del río.

Pasé las páginas, las miré una a una. Y sola en aquel frío pasillo metálico, lo deseé. Deseé notar sus manos en mi espalda y sentir sus labios en los míos, recitándome poemas. Y deseé que nuestro viaje para reunirnos terminara, que los kilómetros que nos separaban se consumieran y la distancia se disipara.

Apareció una figura al final de los estantes. Sujeté los papeles contra mi pecho y retrocedí unos pasos.

—¿Va todo bien? —me preguntó, y supe que se trataba de la misma la mujer que me había llevado allí. Al acercarse, me dirigió a los pies el pálido círculo amarillo de la linterna para no cegarme—. ¿Te ha dado tiempo a mirarlo todo?

—Parece que no falta nada —respondí—. Excepto tres poemas, que supongo que son el precio del intercambio que ha mencionado.

—Sí —dijo—. Si no necesitas nada más, puedes irte. Llega al final de los estantes y cruza la sala. Solo hay una puerta. Sube las escaleras y sal.

¿Sin venda?

—Pero sabré dónde estamos —aduje—. Sabré volver.

La mujer sonrió.

—Exacto. —No despegó los ojos de mis papeles—. Puedes realizar tus intercambios aquí, si quieres. Con un alijo como este, no hace falta que vayas al museo.

—¿Me convertiría eso en archivista? —pregunté.

—No —respondió—. Te convertiría en colaboradora.

Por un momento, me pareció que había dicho «traidora», y yo lo era, por supuesto, para la Sociedad. Pero siguió hablando.

—Los archivistas trabajamos con los colaboradores. Pero somos distintos. Hemos tenido una formación específica y reconocemos falsificaciones que un colaborador corriente no detectaría nunca. —Se calló, y yo asentí para demostrar que comprendía la importancia de lo que decía—. Si tratas con un colaborador, no tienes ninguna garantía de autenticidad. Los archivistas somos los únicos con suficientes conocimientos y recursos para determinar si una información o un artículo son auténticos. Hay quien dice que la facción de los archivistas es más antigua que la Sociedad.



Lanzó una ojeada a los papeles que yo sujetaba y volvió a mirarme.

—A veces, nos llega un intercambio de especial interés —explicó—. Tus papeles, por ejemplo. Puedes intercambiarlos por separado, si quieres. Pero tendrán más valor si los agrupas. Cuanto mayor es la colección, más se puede obtener por ella. Y, si vemos potencial en ti, te dejaremos negociar los intercambios de otras personas en nuestro nombre y quedarte con parte de la comisión.

—Gracias —dije. Pensé en los versos del poema de Thomas, el que Ky siempre creyó que yo podría intercambiar, y le pregunté—: ¿Y los poemas que nos sabemos de memoria?

—¿Te refieres a poemas sin ningún documento en papel que los certifique? —preguntó.

—Sí.

—Antiguamente los aceptábamos, aunque valían menos —dijo—. Pero ahora ya no.

Debería haberlo supuesto, por la reacción que tuvo el archivista de Tana cuando traté de intercambiar el poema de Tennyson. Pero pensaba que el poema de Thomas, que nadie conocía aparte de Ky y yo, podía ser una excepción. Aun así, tenía infinitas posibilidades, gracias a Ky.

—Puedes guardar tus artículos aquí —me informó la archivista—. Vale muy poco.

Me aparté de forma instintiva.

—No —dije—. Encontraré otro sitio.

Ella enarcó las cejas.

—¿Estás segura de que conoces un buen sitio? —preguntó, y yo pensé en la cueva que había protegido las páginas durante tanto tiempo, y en la polvera en la que mi abuelo tuvo escondidos los primeros poemas durante años. Y supe dónde podía guardar mis papeles.

«Quemé palabras y las enterré —pensé—, pero aún no he probado el agua.»

En cierto sentido, creo que fue Indie la que me dio la idea de dónde esconder los papeles. Ella siempre hablaba del mar, aunque, más que eso, quizá fuera su forma poco ortodoxa de pensar, su enfoque indirecto y creativo, su modo de plantearlo todo desde ángulos que no eran los habituales.

—Quiero hacer un intercambio, esta noche —dije a la archivista, y ella pareció decepcionada, como si yo fuera una niña a punto de gastar todas aquellas palabras frágiles y hermosas en oropeles.

—¿Qué necesitas? —preguntó.

—Una caja —respondí—. Una caja que el fuego no pueda quemar, y en la que no entre agua, aire ni tierra. ¿Tiene algo así?

Su expresión cambió un poco, se tornó más aprobatoria.

—Por supuesto —contestó—. Espera aquí. No tardaré. —Volvió a perderse de vista entre los estantes.

Aquel fue nuestro primer intercambio. Más adelante descubrí la identidad de la mujer y supe que era la archivista mayor de la ciudad de Central, quien supervisa y dirige los intercambios pero rara vez los realiza. Aunque, desde el principio, ha mostrado un interés especial en las páginas que Ky me envió. Colaboro con ella desde entonces.

Cuando salí del sótano aquella noche, con la caja llena de papeles en las manos congeladas, me detuve un momento en la linde del campo. La hierba plateada estaba sembrada de cascotes grises y negros. Distinguí el plástico blanco que cubría las otras excavaciones para protegerlas de una restauración que se interrumpió y ya no se reanudó. Me pregunté qué había sido aquel lugar y por qué decidió la Sociedad abandonar cualquier intento de revivirlo.

«¿Y qué pasó luego? —me pregunto—. ¿Dónde puse las páginas cuando me las llevé del escondrijo de los archivistas?»

Por un momento el recuerdo intenta escurrírseme como un pez plateado en un riachuelo, pero consigo agarrarlo.

«Escondí los papeles en el lago.»

Aunque la Sociedad nos ha dicho que el lago está muerto, me atreví a meterme en el agua porque vi señales de vida. La orilla se parecía a los ríos de aguas limpias de la Talla, no al río junto al que Vick murió envenenado. Vi restos de la hierba que había crecido la primavera anterior; en una parte donde un manantial templaba el agua, incluso vi peces desplazándose con lentitud, invernando en las profundidades del lago.

Caminé sigilosa entre la maleza que crecía hasta la orilla del lago y enterré la caja bajo el embarcadero central, bajo el agua y las piedras ajedrezadas de la parte poco profunda, donde el lago lame la orilla.

Y entonces recupero un recuerdo más reciente.

«El lago. Ky dijo que se reuniría conmigo allí.»

En cuanto llego al lago, enciendo la linterna que tengo escondida entre la maleza de las afueras de la ciudad, donde terminan las calles y comienza el pantanal.

No creo que Ky haya llegado ya.

Cuando vengo, siempre tengo un momento de pánico: ¿habrán desaparecido los papeles? Pero respiro hondo, meto las manos en el agua, aparto las piedras y saco una caja mojada y preñada de poesía.

Cuando intercambio páginas, casi siempre lo hago para costear los mensajes que

Ky y yo nos enviamos.

No sé por cuántas ni por qué manos pasarán las notas antes de que Ky las reciba. Por ese motivo, mandé mi primer mensaje en clave, una clave que inventé durante largas horas de clasificaciones que no exigían toda mi atención. Ky la descifró y la modificó ligeramente cuando me respondió. Cada vez mejoramos un poco la clave original, la variamos y desarrollamos para que cueste más leer los mensajes. No es un sistema ideal (estoy segura de que la clave puede descifrarse), pero no sabemos hacerlo mejor.

Cuanto más me acerco al agua, más claro tengo que algo va mal.

Hay un grupo de pájaros negros apiñados al borde del primer embarcadero, y otro se ha reunido un poco más adelante junto a la orilla. Se graznan entre ellos y picotean el suelo, que está tapizado de algo que no alcanzo a ver. Los enfoco con la linterna.

Los pájaros negros vuelan y me graznan. Me quedo petrificada.

Hay peces muertos en la orilla, enredados en los juncos. Están boca arriba y tienen los ojos vidriosos. Y recuerdo lo que Ky dijo sobre Vick y su muerte; recuerdo el turbio riachuelo envenenado de las provincias exteriores y otros ríos que la Sociedad contaminó porque fluían hacia el país enemigo.

«¿Quién está envenenando los suministros de agua de la Sociedad?»

Tirito un poco y me abrazo el cuerpo con más fuerza. Los papeles que llevo bajo la ropa crujen. Debajo de toda esta muerte, dentro del agua, hay más papeles sepultados. La primavera ya ha empezado, pero el agua está congelada. Si me meto para sacar la caja, no podré esperar a Ky durante tanto tiempo.

¿Y si llega y ya me he ido por culpa del frío?

## Capítulo 6

### Ky

Cada vez estamos más cerca de Grandia. Es hora de que explique a Indie lo que quiero hacer.

Hay altavoces en la cabina y también abajo, en la bodega. El comandante de nuestra flota puede oír todo lo que digo, y también Caleb. Por lo tanto, voy a tener que escribírselo. Me meto la mano en el bolsillo y saco una barra de carboncillo y una servilleta del comedor del campamento. Siempre llevo ambas cosas encima. Nunca se sabe cuándo puede surgir una oportunidad de enviar un mensaje a Cassia.

Indie me mira y enarca las cejas. Me pregunta, articulando para que le lea los labios:

—¿A quién escribes?

La señalo, y la cara se le ilumina.

Trato de pensar en el mejor modo de pedírselo. «En la Talla, dije que deberíamos intentar huir de todo esto, ¿te acuerdas? Escapemos ahora.»

Si Indie accede a acompañarme, quizá encontremos la forma de recoger a Cassia y huir juntos en la aeronave. Solo consigo escribir una palabra, «En», antes de que una voz inunde la cabina.

—Os habla el piloto mayor.

Aunque es la primera vez que lo oigo hablar, tengo la extraña sensación de haber reconocido su voz. Indie contiene la respiración, y yo vuelvo a meterme la barra de carboncillo y la servilleta en el bolsillo, como si el piloto mayor pudiera vernos. Su voz es sonora y musical, agradable pero firme. Proviene del cuadro de mandos, pero la calidad de la transmisión es mucho mejor que de costumbre. De hecho, parece que esté dentro de la aeronave.

—También soy el Piloto del Alzamiento.

Indie y yo nos miramos. Ella tenía razón, aunque no veo triunfo en su cara, sino solo convicción.

—Pronto me dirigiré a los habitantes de todas las provincias —continúa el Piloto—, pero los que formáis parte de esta avanzadilla tenéis derecho a ser los primeros en saber de mí. Estáis aquí gracias a vuestra decisión de uniros al Alzamiento y a vuestros propios méritos como participantes de esta rebelión. Y también lo estáis gracias a otra importante característica por la que no podéis atribuirnos el mérito.

Miro a Indie. Su cara irradia hermosura, luz. Tiene fe en el Piloto. ¿La tengo yo, ahora que he oído su voz?

—La pastilla roja no os hace efecto —dice el Piloto—. Vosotros recordáis lo que la Sociedad os haría olvidar. Como muchos sospecháis desde hace tiempo, eso es obra del Alzamiento: nosotros os hicimos inmunes a la pastilla roja. Y hay más.

También sois inmunes a una enfermedad que en este momento se está propagando por las ciudades y distritos de todas las provincias.

Nunca han dicho nada de una enfermedad. Me pongo tenso. ¿Cómo afecta eso a Cassia?

—Algunos ya habéis oído hablar de la Plaga.

Indie me mira.

—¿Tú? —me pregunta, mudamente.

Casi digo «no», pero entonces caigo en la cuenta de que tal vez lo haya hecho. «La misteriosa enfermedad que mató a los padres de Eli.»

—Eli —respondo, sin voz, e Indie asiente.

—La Sociedad creó la Plaga para vencer al enemigo —prosigue el Piloto—. Envenenó algunos de sus ríos y liberó la Plaga en otros. Eso, combinado con constantes ataques aéreos, aniquiló por completo al enemigo. Pero la Sociedad ha fingido que el enemigo todavía existe. Necesitaba un chivo expiatorio para las muertes que siguieron produciéndose entre los habitantes de las provincias exteriores.

»Algunos de vosotros habéis estado en esos campos. Sabéis que la Sociedad quería acabar con todos los aberrantes y anómalos. Y que utilizaba vuestras muertes para recoger datos e información.

Silencio. Todos sabemos que lo que dice es cierto.

—Nos habría gustado intervenir y rescataros antes —continúa el Piloto—, sin embargo, no estábamos preparados. Tuvimos que esperar un poco más. Pero no os olvidamos.

«Ah, ¿no?», quiero replicar. Me embarga parte de mi antiguo rencor contra el Alzamiento. Me agarro a los mandos de la aeronave y me quedo con la mirada fija en la noche.

—Cuando la Sociedad creó la Plaga —dice el Piloto—, había personas que recordaban que todo acto tiene consecuencias. Sabían que, de algún modo, la enfermedad se volvería contra nosotros, por muchas precauciones que se tomaran. Eso provocó un cisma entre los científicos de la Sociedad, y muchos se unieron al Alzamiento en secreto. Algunos de nuestros científicos descubrieron la forma de inmunizar a las personas contra la pastilla roja y también la Plaga. Al principio, no contábamos con suficientes recursos para inmunizar a todo el mundo. Por eso tuvimos que elegir. Y os elegimos a vosotros.

—Él nos eligió —susurra Indie.

—Vosotros no habéis olvidado las cosas que la Sociedad quería que olvidarais. Y no podéis contraer la Plaga. Os hemos protegido de ambas cosas. —El Piloto se calla un momento—. Siempre habéis sabido que os estábamos preparando para la misión más importante de todas: iniciar el Alzamiento. Pero no sabíais qué carga ibais a transportar.

»Transportáis la cura —anuncia—. En este momento las aeronaves de transporte, respaldadas por las aeronaves de combate, lleváis la cura a las ciudades más afectadas: a Central, Grandia, Oria, Arcadia.

«Central es una de las ciudades más afectadas.» ¿Está Cassia enferma? Nunca supimos si era inmune a la pastilla roja. Yo creo que no lo es.

¿Y por qué está tan extendida la Plaga? ¿Todas las grandes ciudades afectadas al mismo tiempo? ¿No debería tardar más en propagarse, en lugar de estallar en todos los sitios a la vez?

Es una pregunta para Xander. Ojalá se la pudiera hacer.

Indie me mira.

—No —dice. Sabe qué quiero hacer. Sabe que, a pesar de todo, quiero tratar de reunirme con Cassia.

Tiene razón. Eso es lo que quiero hacer. Y si estuviera solo, me arriesgaría. Intentaría dar esquinazo al Alzamiento.

Pero no estoy solo.

—Muchos de vosotros —añade el Piloto— viajáis con alguien al que conocéis. Lo hemos hecho a propósito. Sabíamos que, para los que aún tenéis seres queridos en la Sociedad, sería difícil resistiros a llevar la cura a vuestros familiares y amigos. No podemos poner en peligro la eficacia de esta misión y tendremos que derribaros si intentáis desviaros de la ruta que os hemos asignado.

El Alzamiento es inteligente. Me han emparejado con la única persona del campamento a la que aprecio. Lo que demuestra que apreciar a alguien nos hace vulnerables. Lo sé desde hace años, pero, a pesar de ello, no puedo evitarlo.

—Tenemos curas suficientes —dice el Piloto—. Pero no nos sobran. Por favor, no malgastéis los recursos que nos han costado tantos sacrificios.

Todo está perfectamente calculado: su forma de emparejarnos, el hecho de que solo hayan elaborado la cantidad justa de cura.

—Esto me recuerda a la Sociedad —digo en voz alta.

—Nosotros no somos la Sociedad —replica el Piloto—, pero reconocemos que tenemos que salvar a la gente antes de hacerla libre.

Indie y yo nos miramos. ¿Me ha respondido a mí? Indie se tapa la boca con la mano, y yo, sin saber por qué, tengo que hacer un esfuerzo por no reírme.

—La Sociedad ha construido barricadas y muros para intentar contener la enfermedad —prosigue el Piloto—. Ha confinado a la gente en los centros médicos y, cuando se ha quedado sin espacio, en edificios del gobierno.

»Los últimos días han sido decisivos. Hemos confirmado que el número de personas afectadas ha alcanzado una masa crítica. Esta noche, los banquetes de emparejamiento han fracasado en toda la Sociedad: en Camas, en Central y en muchas otras ciudades. La Sociedad ha estado intentando reconfigurar los datos hasta

el último momento, pero no ha sido lo bastante rápida. Y nosotros nos hemos infiltrado en los centros de clasificación para agravar el problema. En todas las provincias se han entregado cajas plateadas sin microficha, y las pantallas donde debían aparecer las parejas se han quedado en blanco.

»Muchas personas han tomado la pastilla roja esta noche, pero no todas van a olvidar. El banquete de emparejamiento es la ceremonia que define a la Sociedad, la ceremonia de la que dependen todas las demás. Su desmoronamiento representa la incapacidad de la Sociedad para velar por sus ciudadanos. Incluso los que sí han olvidado pronto descubrirán que no tienen pareja y que algo va mal. Descubrirán que personas a las que conocen, demasiadas personas, han desaparecido detrás de barricadas y ya no vuelven. La Sociedad está agonizando, y ha llegado nuestro momento.

»El Alzamiento es para todos. —El Piloto habla más bajo, con la voz velada por la emoción—. Pero vosotros sois quienes lo iniciaréis. Vosotros sois quienes los salvaréis.

Aguardamos. Sin embargo, el Piloto ha terminado de hablar. La aeronave parece más vacía sin su voz.

—Nosotros los salvaremos —dice Indie—. A todos. ¿Te lo puedes creer?

—Me lo tengo que creer —respondo. Porque, si no creo en el Alzamiento y la cura, ¿qué esperanza hay para Cassia?

—No le pasará nada —dice Indie—. Está en el Alzamiento. Cuidarán de ella.

Espero que Indie tenga razón. Cassia quiso unirse al Alzamiento y yo la seguí. Pero ahora lo único que me importa es encontrarla y dejar todo esto atrás, la Sociedad, el Alzamiento, el Piloto, la Plaga, lo antes posible.

Desde arriba, la rebelión contra la Sociedad parece una fotografía en blanco y negro. La noche negra envuelve la barricada blanca que circunda el centro de la ciudad de Grandia.

Indie desciende y se dispone a aterrizar.

—Sed los primeros —nos ordena el comandante—. Enseñad al resto cómo se hace. —Indie tiene que tomar tierra dentro de la barricada, en la calle que discurre por delante del Ayuntamiento. Hay muy poco sitio.

El suelo se aproxima. Cada vez más. El mundo viene a nuestro encuentro. Desde algún lugar el Piloto nos observa.

Aeronaves negras, edificios de mármol blanco.

Indie se posa con tanta suavidad que apenas parece que haya aterrizado. Observo su expresión. El triunfo que trata de contener se desborda en una sonrisa de pura alegría cuando la aeronave detiene motores, me mira y pulsa el botón que abre la escotilla.

—Pilotos, quedaos en la aeronave —ordena el comandante—. Copilotos y mensajeros, bajad las curas.

Caleb sube los maletines de la bodega, y cogemos dos cada uno.

—Tú primero —dice.

Bajo y echo a correr en cuanto piso el suelo. El Alzamiento ha abierto un camino entre la gente que va directo al centro médico. Apenas se oye nada, aparte del ruido de las aeronaves de combate que nos cubren desde arriba. Mantengo la cabeza gacha, pero, con el rabillo del ojo, veo a militares del Alzamiento vestidos de negro que retienen a funcionarios vestidos de blanco.

«No te pares.» Eso no es solo lo que nos ha pedido el Alzamiento; también es mi norma personal. Por eso sigo adelante, incluso cuando oigo lo que están retransmitiendo los terminales del centro médico.

Ahora que conozco la voz del Piloto, sé que el que canta es él. Y conozco la melodía. Es el himno de la Sociedad. Sé, por su modo de cantarlo, que se ha convertido en un réquiem, en una canción para los muertos.

«Me encuentro otra vez en las provincias exteriores. Tengo las manos negras, y las piedras son rojas. Vick y yo intentamos encontrar una forma de disparar las pistolas. Los otros señuelos nos ayudan recogiendo pólvora. Tararean el himno de la Sociedad mientras trabajan. Es la única canción que conocen.»

—Por aquí —nos indica una rebelde vestida de negro, y Caleb y yo la seguimos por el vestíbulo del centro médico, que está atestado de personas postradas en camillas. La mujer abre la puerta de un almacén y nos indica que entremos.

—Dejadlos en la mesa —ordena, y nosotros obedecemos.

La militar del Alzamiento pasa su miniterminal por uno de los maletines que hemos traído, y el aparato emite un pitido. Introduce la combinación de la cerradura, y el aire atrapado en su interior silba al escapar cuando la tapa se abre.

Dentro hay montones de tubos rojos con dosis de la cura.

—Qué preciosidad —dice. Nos mira—. Traed el resto —añade—. Pediré a algunos de mis soldados que os ayuden.

Cuando salgo me atrevo a mirar a un paciente a la cara. Tiene los ojos vidriosos y no se mueve.

Está ausente, con la cara descompuesta. ¿Sigue siquiera aquí? ¿O ya está muy lejos? ¿Y si sabe qué sucede pero está atrapado en su cuerpo, esperando?

Me estremezco. Yo no sería capaz. Yo tengo que moverme.

Preferiría morir a estar postrado de ese modo.

Por primera vez siento cierta lealtad hacia el Alzamiento. Si me ha salvado, puede que sí le deba algo. No mi vida, pero sí unos cuantos viajes para distribuir curas. Y ahora que he visto a los enfermos, no puedo poner en peligro su acceso a lo único capaz de ayudarles.



La mente se me dispara. El Alzamiento debería hacerse con el control de los trenes y transportar la cura también por esa vía. Más vale que tenga a una persona capaz al frente de su distribución. A lo mejor es el cometido de Cassia.

Y este es el mío.

He cambiado desde que escapé a la Talla y abandoné a los señuelos a su suerte. He cambiado por todo lo que he visto desde entonces, y por Cassia. No puedo volver a abandonar a nadie. Tengo que seguir distribuyendo esta maldita cura aunque eso retrase mi reencuentro con Cassia.

En la aeronave ocupo mi puesto de copiloto, y Caleb sube a bordo detrás de mí.

—Un momento —dice Indie—. ¿Qué es eso?

Caleb ha regresado con un maletín.

—Necesitan todas las curas —arguye Indie.

—Esto es cargamento que tenemos que llevar a la base —explica él. Nos enseña el maletín, pero eso no demuestra nada. Es idéntico a los que acabamos de bajar—. Es parte de la misión.

—No sabía nada —dice Indie, recelosa.

—¿Por qué ibas a saberlo? —pregunta Caleb. Percibo cierto desdén en su tono—. Eres la piloto. No el mensajero.

—Indie —nos interrumpe el comandante—. Subid.

—Ya estamos todos —dice ella—, pero no vamos vacíos. Nuestro mensajero ha vuelto con un maletín.

—Tiene mi autorización —afirma el comandante—. ¿Alguna otra cosa?

—No —responde Indie—. Estamos listos. —Me mira, y yo me encojo de hombros. Al parecer no van a darnos detalles sobre la segunda misión de Caleb.

Esperamos a que las otras aeronaves despeguen una a una de la calle que discurre por delante de los edificios. El ordenador vuelve a mandarnos un código con nuestro destino. Indie coge la hoja.

—Y ahora, ¿adónde? —le pregunto, aunque creo que sé la respuesta.

—Volvemos a Camas —dice—, a recoger más curas.

—¿Y luego?

—Luego venimos otra vez aquí. Es nuestra ruta, de momento. —Percibo un dejo de compasión en su voz—. Otros llevarán las curas a Central.

—Más les vale —replico. Me da igual que el Piloto me oiga. De hecho, espero que lo haga. ¿Por qué no? Hace mucho tiempo, la gente decía lo que quería en voz alta y esperaba que se lo concedieran. Lo llamaban rezar.

No obstante, Cassia tiene algo tangible: los papeles de la Talla. Solo ha utilizado unos pocos para mandarme mensajes. Aún deben de quedarle muchos para utilizarlos en lo que necesite, quizá incluso en conseguir la cura. Ella sabe realizar intercambios.

Comenzamos a rodar por la pista de despegue improvisada.

Los uniformes blancos y negros van alejándose. Despegamos. Los edificios tampoco tardan en perderse de vista. Luego todo desaparece.

Aún oigo al Piloto cantando el himno de la Sociedad.

«Estoy cavando una tumba para Vick. Se pasa todo el día hablándome. Sé que eso significa que estoy loco, pero no puedo evitar oír su voz.

»Me habla mientras Eli y yo sacamos esferas del río. Vick cuenta su historia sobre Laney, la chica a la que quería, una y otra vez. Lo imagino enamorándose de una anómala y declarándole su amor. Viendo la trucha arcoíris y corriendo a hablar con los padres de su amada. Poniéndose en pie para celebrar su contrato matrimonial y sonriendo al cogerle la mano, decidido a ser feliz pese a la Sociedad. Descubriendo, a su regreso, que ella no está.»

¿Va a sucederme lo mismo a mí cuando por fin vaya en busca de Cassia?

Cassia me ha cambiado. Soy mejor persona gracias a ella, pero también va a costarme más que nunca volver a verla.

Indie nos lleva más alto.

Algunas personas creen que las estrellas deben de parecer más próximas desde aquí.

Se equivocan.

Cuando estoy aquí arriba, me doy cuenta de lo lejos que están en realidad, de lo imposible que es alcanzarlas.

## Capítulo 7

### Xander

Algo sucede. Pero, como las celdas de confinamiento están insonorizadas, no oigo nada aparte de las manidas notas de las Cien Canciones.

A través de las paredes de mi celda, veo que los funcionarios miran sus miniterminales y los terminales más grandes distribuidos por todo el Ayuntamiento. Durante unos segundos, todos parecen paralizados, atentos a lo que sea que retransmiten los terminales, y después algunos se mueven. Un militar se dirige a una celda de confinamiento e introduce una clave. El hombre que la ocupa sale y se dirige a la entrada del Ayuntamiento. Otro militar le cierra el paso y trata de impedir que escape, pero, en ese momento, las puertas del Ayuntamiento se abren de golpe. Figuras vestidas de negro irrumpen en tropel.

El Alzamiento ha comenzado. El Piloto está hablando, y yo no puedo oírlo.

El militar libera a la ocupante de otra celda. La mujer también se dirige a la entrada, y los militares vestidos de negro del Alzamiento retienen a los que pretenden impedir que salga. Algunos trabajadores parecen desconcertados. La mayoría levanta las manos y se rinde cuando ve a los rebeldes.

Pronto me tocará a mí.

«Vamos.»

Un militar del Alzamiento se detiene delante de mi celda.

—Xander Carrow —dice. Asiento. Levanta su miniterminal, comprueba que mi cara se corresponda con la fotografía e introduce una clave en el teclado de la celda. La puerta se abre y salgo.

Oigo la voz del Piloto en los terminales.

—Esta rebelión —afirma— es distinta. Comenzará y terminará salvándoos la vida, no derramando vuestra sangre.

Cierro los ojos un instante.

Sí me parece la voz del Piloto.

Este es el Piloto, y esto es el Alzamiento.

Ojalá Cassia y yo estuviéramos juntos para verlo comenzar.

Me dirijo a la puerta. Lo único que tengo que hacer es salir del Ayuntamiento, atravesar el espacio verde y entrar en el centro médico. Pero me detengo. La funcionaria Lei sigue atrapada dentro de la celda. Nadie la ha sacado.

Me mira.

¿Es un error que siga encerrada? Me detengo un momento en la puerta de su celda. Pero ella mueve la cabeza. «No.»

—Vamos —dice un militar, y me señala la puerta. Tengo que irme. El Alzamiento ha comenzado.

Fuera reina el caos. Los militares del Alzamiento han despejado el camino entre el Ayuntamiento y el centro médico, pero están haciendo retroceder a funcionarios, algunos de los cuales han decidido pelear. Una aeronave ruge sobre nosotros, aunque no estoy seguro de si es nuestra hasta que la veo disparar una ráfaga de advertencia en una parte vacía próxima a la barricada. La gente grita y se echa atrás.

El Alzamiento se ha infiltrado en todo el ejército a lo largo de los años. Es más fuerte en Camas, donde está estacionada la mayor parte del ejército. Aquí todo debería ir sobre ruedas. Es en el seno de la Sociedad donde podríamos toparnos con cierta resistencia. Pero, si el Piloto es el único que habla por los terminales, todos deberían seguirle muy pronto.

Otra aeronave de combate se abate para proteger una aeronave de aspecto más pesado que se dispone a aterrizar. Cuando llego a la puerta del centro médico, la vigilan militares del Alzamiento. Ya deben de haber tomado el edificio.

—Xander Carrow, doctor —digo a uno.

El militar echa un vistazo a su miniterminal para comprobar mis datos. Mensajeros vestidos de negro vienen corriendo desde el campo donde ha aterrizado la aeronave. Llevan maletines con la insignia médica.

¿Es lo que creo?

¡La cura!

El militar me indica que pase.

—Los doctores deben presentarse en el despacho de la planta baja —señala.

Cuando entro, vuelvo a oír la voz del Piloto en los terminales de todo el edificio. Canta el himno de la Sociedad. «¿Cómo sería —me pregunto— oír la música en la cabeza y conseguir que suene bien cuando la sacamos?»

Dos militares pasan por mi lado arrastrando a un funcionario. El hombre llora y apoya una mano sobre el corazón mientras mueve los labios al compás del himno. Me da lástima: ojalá supiera que no es el fin del mundo. Comprendo por qué puede parecerlo.

Cuando llego al despacho, me entregan un uniforme negro y me lo pongo en el mismo pasillo, como los demás. Me remango, porque es hora de trabajar, y arrojo mi uniforme blanco de funcionario al conducto de incineración más cercano. No volveré a ponérmelo nunca.

—Dividimos a los pacientes en grupos de cien —me explica el doctor responsable. Sonríe—. Como ha dicho el Piloto, de momento conservaremos algunos de los antiguos sistemas de la Sociedad. —Señala las hileras de pacientes, a quienes el personal del Alzamiento se ha venido refiriendo como a los «inertes»—. Tú te asegurarás de que reciben la atención adecuada y supervisarás la administración de la cura. En cuanto se recuperen, te mandaremos pacientes nuevos.

Los terminales han enmudecido. En las pantallas, empiezan a aparecer imágenes de los inertes de Central.

Central: donde está Cassia. Por primera vez, siento una cierta preocupación. ¿Y si no se ha unido a la rebelión y está viendo esto? ¿Y si tiene miedo?

Estaba convencido de que la funcionaria Lei formaba parte del Alzamiento.

¿Podría haberme equivocado con Cassia?

No. Ella me lo insinuó el día que hablamos por el terminal. No pudo decírmelo abiertamente, pero lo percibí en su voz. Sé escuchar, y supe que lo había hecho.

—Estamos esperando más enfermeros y médicos —continúa el doctor responsable—. De momento, ¿te importa administrar la cura tú mismo?

Esto no es como la Sociedad. Los límites ya han empezado a difuminarse. La Sociedad jamás me habría permitido desempeñar el cometido de un médico después de haberme ascendido a doctor.

—En absoluto —respondo.

Me lavo las manos y saco un tubo del maletín. A mi lado, una enfermera hace lo mismo.

—Son preciosos —dice, sin volver la cabeza, y tengo que darle la razón.

Retiro el envoltorio de la jeringuilla e inyecto la cura en la vía para que fluya a la vena del paciente. Vuelvo a oír la voz del Piloto en los terminales del centro médico y tengo que sonreír porque sus palabras no podían ser más oportunas.

—La Sociedad está enferma —nos dice, repitiendo su mensaje—, y nosotros tenemos la cura.

## Capítulo 8

### Cassia

No puedo seguir esperando. Estoy aterida.

¿Dónde está Ky?

Ojalá pudiera recordar lo que ha sucedido hace unas horas. ¿Ha llegado la clasificación del Alzamiento? ¿He hecho lo que ellos necesitaban?

Por un momento, tiemblo de ira y no solo de frío. Yo no quería venir a Central. Quería que el Alzamiento me destinara a Camas, como a Ky y a Indie. Pero no me consideró apta para pilotar ni combatir, sino solo para clasificar.

No me importa. Estoy aliada con el Alzamiento, no definida por él. Tengo poemas, y sé realizar intercambios. Tal vez sea hora de que utilice los papeles de la Talla para irme de aquí. Ya he esperado suficiente.

Miro los pececillos muertos que se agolpan en la orilla. Sus ojos vidriosos e inertes me estremecen; sus cuerpos resbaladizos y escamosos apestan. Me rozarán las manos cuando las meta en el agua para sacar la caja. Huelen tan fuerte que noto el sabor de su carne en la boca. Se me quedará adherido a la piel cuando termine.

«No mires. Hazlo.»

Debajo del embarcadero, apoyo la linterna en una piedra, me saco los papeles de las muñecas y los dejo en el suelo. Me bajo las mangas hasta que me cubren las manos para tener una barrera entre la piel y el agua. Cuando entro en el lago, trato de ignorar los peces que me rozan las piernas, el constante golpeteo de sus cuerpecillos sin vida en un lago que antes era un lugar seguro. Espero que la ropa baste para protegerme de la sustancia tóxica que hayan vertido en él.

El hedor es fortísimo, y no puedo respirar cuando meto las manos en el agua. Tengo que esforzarme para no vomitar cuando noto escamas, aletas, ojos y colas rozándose los brazos.

La caja aún está. La saco lo más deprisa posible, y los peces, empujados por el agua, se me arremolinan alrededor de las pantorrillas. Cuando regreso a la orilla, sus cuerpecillos sin vida se separan de mí y me siguen.

Llevo la caja a la hierba y me quedo un momento agazapada, escondida entre la maleza. Cuando me enjugo las manos en una parte seca de la camisa, me aseguro de no mojar los papeles que he dejado en el suelo.

¿Conocería el valor de estas frágiles páginas si no hubiera visto el lugar donde estaban escondidas? ¿Si no pudiera imaginar a Hunter hojeándolas en busca de un poema que grabar en la lápida de su hija? Quizá por eso las llevo pegadas a la piel. No solo para ocultarlas, sino para sentirlas, para recordar qué son.

Pienso en confeccionarme una prenda de palabras; algo laminado e imbricado, como las escamas de los peces que flotan en el lago. Cada página me protegería;

cuando me moviera, los párrafos y oraciones se reordenarían para cubrirme.

Sin embargo, al final, las escamas no han protegido a estos peces y, cuando abro la caja, descubro una cosa de la que debería haberme dado cuenta al sacarla. Pero estaba demasiado distraída por los pececillos muertos.

La caja está vacía.

Alguien se ha llevado mis poemas.

Alguien se ha llevado mis poemas, y Ky no ha acudido a la cita. Y hace frío.

Sé que ya es demasiado tarde, pero ojalá no hubiera venido al lago esta noche. Así no sabría todo lo que he perdido.

Cuando estoy cerca de la ciudad, miro los bloques de pisos y comprendo que algo más va mal, no solo el lago.

Es plena noche. Pero la ciudad sigue despierta.

El color de las luces me parece extraño (son azules en lugar de doradas) y tardo un momento en comprender la razón. Todos los pisos tienen el terminal encendido. Ya he visto retransmisiones a escala nacional como estas en invierno, cuando el sol se pone temprano y pasamos despiertos parte de la noche.

Pero nunca había visto los terminales encendidos tan tarde.

Al menos que recuerde.

¿Qué puede ser tan importante para que la Sociedad despierte a todo el mundo?

Paso por varios espacios verdes, que ahora son azules y grises, llego a mi bloque de pisos y entro con mucho sigilo después de introducir la clave que abre la pesada puerta metálica. La Sociedad tomará nota de mi retraso, y sé que alguien querrá hablar conmigo sobre el asunto. Una o dos horas sin justificar son una cosa; pero esto es media noche, tiempo suficiente para hacer un sinfín de cosas no permitidas.

El ascensor, tan silencioso como un tren aéreo, me lleva hasta mi planta, la diecisiete, y no veo a nadie en el pasillo. Las puertas de los pisos encajan bien, y la luz de los terminales no se cuele por ninguna rendija, pero, cuando abro la mía, el terminal aguarda en el recibidor, como de costumbre.

Me llevo las manos a la boca, pues mi cuerpo ha anticipado mi necesidad de gritar antes de que mi mente haya asimilado lo que tengo ante mí.

Incluso después de estar en la Talla, jamás habría podido imaginarme esto.

En la pantalla del terminal aparecen cadáveres.

Son incluso peores que los cadáveres quemados y marcados de azul abandonados en lo alto de la Talla. Peores que las hileras de losas del caserío en el que Hunter dijo su último adiós a su querida hija. La cantidad de muertos es tan atroz que mi mente apenas puede asimilarla. La cámara recorre las filas de arriba abajo para que veamos cuántos cadáveres hay. De arriba abajo. De arriba abajo.

¿Por qué miramos?

Porque nos enseñan las caras. La cámara se detiene en cada persona, lo suficiente para que tengamos tiempo de reconocerla o sentirnos aliviados. Luego sigue adelante, y volvemos a tener miedo.

Me asalta otro recuerdo, los tubos de la Caverna de la Talla a la que Hunter nos llevó.

«¿Se trata de eso? ¿Acaso han encontrado otra manera de almacenarnos?»

Pero reparo en que las personas de la pantalla están vivas, si bien demasiado quietas y calladas. Tienen los ojos vidriosos, aunque respiran. Y la piel de una extraña tonalidad azul.

Esto no es la muerte, aunque es casi igual de horrible. Están aquí y en otra parte. Con nosotros y ausentes. Las vemos, pero están fuera de nuestro alcance.

Cada persona está conectada a una bolsa transparente mediante un tubito insertado en el brazo. ¿Recorren los tubos todo el sistema venoso de los pacientes? ¿Se han quedado sin sus verdaderas venas y ahora las tienen únicamente de plástico? ¿Es este un nuevo plan de la Sociedad? ¿Primero nos arrebató los recuerdos y luego nos desangra, hasta que solo somos piel frágil y ojos ausentes, una sombra de lo que fuimos?

Recuerdo el panal del que Indie en ningún momento se separó mientras estuvimos en la Talla, las delicadas celdillas que habían estado brevemente habitadas por hacendosas criaturas de corta vida que zumbaban y picaban.

Muy a mi pesar, me siento atraída por los ojos vacuos y ciegos de los pacientes. No parece que sientan dolor. Aunque tampoco parece que sientan ninguna otra cosa.

La perspectiva cambia, y creo que ahora miramos desde los terminales empotrados en las paredes del edificio que alberga a estas personas. El ángulo es distinto, pero la cámara sigue enfocando a los enfermos.

Hombre, mujer, niño, niño, mujer, hombre, hombre, niño.

No se acaba nunca.

¿Cuánto llevan los terminales retransmitiendo esto? ¿Toda la noche? ¿Cuándo ha empezado?

Veo la cara de un hombre de pelo castaño.

«Lo conozco —pienso, consternada—. Clasifiqué con él, aquí en Central. ¿Están en Central estas personas?»

El terminal sigue retransmitiendo secuencias de forma implacable, imágenes de personas que no pueden cerrar los ojos. Pero yo sí puedo cerrar los míos. Lo hago. No quiero seguir mirando. Pienso en salir huyendo y me vuelvo hacia la puerta, sin abrir los ojos.

Y entonces oigo una voz masculina, sonora, melódica y clara.

—La Sociedad está enferma —declara—, y nosotros tenemos la cura.

Me vuelvo despacio. Pero no hay ninguna cara que poner a la voz; solo el sonido.



Los terminales siguen enfocando a las personas postradas en sus camas.

—Esto es el Alzamiento —dice—. Yo soy el Piloto.

En el minúsculo recibidor, las palabras rebotan en las paredes y me llueven desde todos los ángulos, todas las superficies de la habitación.

«Piloto.»

«Piloto.»

«Piloto.»

Llevo meses preguntándome qué se sentiría al oír la voz del Piloto.

Pensaba que a lo mejor sentiría miedo, sorpresa, alegría, emoción, aprensión.

No pensaba que sentiría esto.

«Decepción.»

Es tan honda que me acongoja. Me froto los ojos con el dorso de la mano.

Hasta ahora, no me había dado cuenta de que esperaba reconocer la voz del Piloto. «¿Creía que se parecería a la voz de mi abuelo? ¿Creía que, de algún modo, el Piloto sería mi abuelo?»

—Llamamos a esta enfermedad la Plaga —continúa el Piloto—. La Sociedad la creó y la propagó al país enemigo a través del agua.

Sus palabras llenan el silencio como semillas o bulbos escogidos con cuidado y depositados en espacios huecos del suelo. «El Alzamiento ha abierto esos espacios —pienso—, y ahora los está llenando. Este es el momento en que sube al poder.»

La perspectiva cambia; ahora estamos fuera, siguiendo a alguien que sube por la escalera del Ayuntamiento de Central. La imagen es clara, incluso de noche, y, aunque el edificio no tiene el alumbrado de las ocasiones especiales, la escalera de mármol y las puertas cerradas del final me recuerdan el banquete de emparejamiento. Hace menos de un año, subí por una escalera muy similar en Oria. ¿Qué hay ahora detrás de las puertas de los Ayuntamientos de la Sociedad?

La cámara entra.

—El enemigo ya no existe —dice el Piloto—. Pero la Plaga que la Sociedad le contagió pervive en nosotros. Mirad qué ha ocurrido en la capital de la propia Sociedad, la primera ciudad que se vio afectada por la Plaga. La Sociedad ya no puede contener la Plaga en los centros médicos. Ha tenido que alojar a los enfermos en otros edificios y pisos del gobierno.

El Ayuntamiento está lleno a rebosar de más pacientes si cabe.

La cámara vuelve a salir y nos ofrece una vista aérea de la barricada blanca que circunda el Ayuntamiento de Central.

—Han construido barricadas como esta en todas las provincias —explica el Piloto—. La Sociedad ha intentado impedir que la Plaga se propague, pero no lo ha conseguido. Hay tantos enfermos que ni siquiera puede seguir celebrando sus ceremonias más importantes. Esta noche, los banquetes de emparejamiento han sido

un fracaso. Algunos de vosotros lo recordaréis.

Cuando me acerco a la ventana, veo movimiento.

El Alzamiento está aquí, ya no se esconde. Sus partidarios nos sobrevuelan en aeronaves; se encuentran entre nosotros vestidos de negro. ¿Cuántos han bajado del cielo? ¿Cuántos se han limitado a cambiarse de ropa? ¿Hasta qué punto y con qué eficacia se había infiltrado el Alzamiento en Central? ¿Por qué sé tan poco de lo que está sucediendo? ¿Es culpa de la Sociedad, por obligarme a olvidar, o del Alzamiento, por no contarme lo suficiente?

—Cuando la Plaga se desarrolló —prosigue el Piloto—, algunos de los nuestros anticiparon lo que iba ocurrir. Pudimos vacunar a algunos de vosotros. Para el resto, tenemos una cura. —La voz del Piloto se torna más emotiva, más persuasiva, más grande; colma nuestro vacío, nos inunda el corazón—. Conservaremos todas las cosas buenas de la Sociedad, las mejores partes de nuestro estilo de vida. No perderemos todo lo que habéis construido con tanto esfuerzo. Nos desharemos de los males de la Sociedad.

»Esta rebelión —continúa— es distinta de todas las demás. Comenzará y terminará salvándoos la vida, no derramando vuestra sangre.

Despacio, me dirijo a la puerta. Necesito correr. Ir en busca de Ky. Esta noche no ha acudido al lago; quizá sea por esto. No ha podido escabullirse. Pero tal vez siga en Central, en alguna parte.

—Lo único que lamentamos —dice el Piloto— es no haber podido intervenir a tiempo para que no muriera nadie. La Sociedad era más fuerte que nosotros, hasta este momento. Ahora podemos salvaros a todos.

En la pantalla, un hombre vestido de negro abre un maletín. Está lleno de tubitos rojos.

«Como los tubos de la Caverna —vuelvo a pensar—, solo que esos parecían azules.»

—Esta es la cura —afirma el Piloto—. Y ahora, por fin, hemos elaborado suficiente para todos.

El hombre de la pantalla saca un tubo del maletín y quita el capuchón a la aguja del extremo. Con la seguridad de un médico, inyecta el contenido en una vía intravenosa. Respiro hondo.

—Esta enfermedad puede parecer indolora, pero os aseguro que es mortal. Sin atención médica, el organismo no tarda en fallar. Los pacientes se deshidratan y mueren. Puede haber infección. Si os encontramos a tiempo, podemos curaros, si intentáis huir, en cambio, no hay garantía de que os recuperéis.

El terminal se queda oscuro. Aunque no mudo.

Probablemente hay muchas razones para que hayan escogido a este Piloto. Pero una tiene que ser la voz.

Porque, cuando empieza a cantar, yo dejo de oír.

Es el himno de la Sociedad, una canción que conozco desde que era pequeña, que me siguió hasta los cañones, que no olvidaré jamás.

La versión del Piloto es lenta y triste.

La Sociedad está muriendo, está muerta.

Me corren lágrimas por las mejillas. Muy a mi pesar, comprendo que lloro por la Sociedad, por su final. Por la muerte de lo que nos ha protegido durante tanto tiempo.

El Alzamiento me ha dicho que espere.

Pero eso ya no se me da bien.

Avanzo a tientas por el largo pasillo subterráneo. El musgo de las paredes se desprende cuando paso las manos y me asombro de cuánto crece la vegetación aquí abajo. De algún modo apenas me cruzo con nadie, aunque no dejo de temer que, al alargar la mano, palpe piel en vez de piedra.

Como no he podido encontrar a Ky, he venido a preguntar a los archivistas qué saben. Puede que tomen partido en uno u otro sentido, que apoyen a la Sociedad o al Alzamiento, pero me parece que, ante todo, son archivistas.

Hoy no hay nadie escondido entre los estantes, absorto en sus intercambios. Los archivistas y colaboradores se han reunido en la sala central y conversan en grupos. Por supuesto, el grupo más numeroso se ha congregado alrededor de la archivista mayor. Puede que tenga que esperar mucho tiempo para hablar con ella. Para mi sorpresa, en cuanto me ve, se separa del grupo y se acerca a mí.

—¿Es la Plaga real? —pregunto.

—Esa información es bastante valiosa —responde, con una sonrisa—. Debería pedirte algo a cambio.

—Mis papeles han desaparecido —digo.

Le cambia la cara. Su pena parece sincera.

—No —se lamenta—. ¿Cómo?

—Me los han robado —contesto.

Dulcifica la expresión. Me entrega un papelito enrollado impreso por uno de los terminales ilegales de los archivistas. Cuando miro a mi alrededor, veo que muchas otras personas sostienen papelitos similares.

—No eres la única que quiere saber si la Plaga es real —dice—. Lo es.

—¡No! —exclamo.

—Ya sospechamos de su existencia incluso antes de que levantaran el muro de la zona inerte —explica—. La Sociedad ha podido contenerla durante mucho tiempo, pero ahora se está propagando. Y, además, deprisa.

—¿Quién te lo ha dicho? —le pregunto—. ¿Ha sido el Alzamiento?

Sonríe.

—Los archivistas obtenemos información del Alzamiento y de la Sociedad. Pero hemos aprendido a desconfiar de ambos. —Señala el papelito de mi mano—. Tenemos una clave para momentos como este. La utilizamos desde hace mucho tiempo para avisarnos unos a otros de que hay una enfermedad. Los versos pertenecen a un poema muy antiguo.

Miro el papel y lo leo.

*El doctor fenecer debe,  
pues toda vida es breve.  
La plaga, cruel enemigo,  
a mí me llevará consigo.*

Estrujo el papelito.

—¿Quién es el doctor? —pregunto, y pienso en Xander.

—Nadie —responde—. Nada. La palabra que importa es «plaga». El doctor no es nadie concreto. —Ladea la cabeza—. ¿Por qué? ¿Quién pensabas que podía ser?

—El líder de la Sociedad —respondo, con evasivas. Aunque ya llevo tiempo colaborando con la archivista mayor, todavía no me he decidido a hablarle de Xander o Ky.

Sonríe.

—La Sociedad no tiene líder —dice—. Los que gobiernan son los comités de funcionarios de los diversos ministerios. Ya debes de haberlo deducido, ¿no?

Tiene razón. Lo he deducido. Pero es extraño oír confirmadas mis sospechas.

—¿Y qué se sabe de la Plaga? —pregunto—. Debe de mencionarse más veces en vuestros archivos.

—Oh, sí —repite—. Se mencionan plagas en todas partes, en estudios, historias, incluso poemas, como has visto. Pero todas las fuentes coinciden. La gente muere hasta que alguien encuentra una cura.

—Si mis papeles aparecen —digo—, si alguien los trae para intercambiarlos, ¿me lo dirás?

Ya conozco la respuesta, pero me resulta difícil oírla.

—No —contesta—. Nuestro cometido solo consiste en certificar la autenticidad de los artículos y no perder de vista a nuestros colaboradores. Nunca pedimos explicaciones de lo que nos traen.

Naturalmente, yo ya lo sabía. De lo contrario habría tenido que explicar el origen de mis papeles. En cierto sentido yo también los robé.

—Podría escribir algunos poemas —sugiero—. Ya los tengo en la cabeza...

La archivista mayor me interrumpe.

—No hay demanda de eso —observa, con pragmatismo—. Nosotros

comerciamos con artículos antiguos de valor reconocido. Y con algunos artículos nuevos cuyo valor es obvio.

—Un momento —digo.

Mi idea cobra forma y me torna audaz. No puedo evitar imaginármelo: nos veo a todos reuniéndonos para realizar intercambios. Por alguna razón, sitúo la escena en un Ayuntamiento, bajo la bóveda, solo que en vez de llevar coloridos vestidos portamos coloridas pinturas, sostenemos palabras de colores, tarareamos retazos de nuevas melodías, sin temor a que nos descubran, preparados para que nos pregunten: «¿Qué cantas?».

—¿Y si —pregunto— comenzáramos a realizar intercambios de otra clase, utilizando artículos nuevos confeccionados por nosotros? A mí podría interesarme el cuadro de otra persona. Ella quizá querría mi poema. O...

La archivista niega con la cabeza.

—No hay demanda de eso —repite—. Pero lamento lo de tus papeles. —En su voz percibo el vacío que solo un experto puede sentir. Conoce el valor de mis papeles. Ha visto las palabras, ha olido el tenue aroma a piedra y tierra que las impregna.

—Y yo —contesto.

Y mi vacío es mucho más hondo, más interno y esencial. He perdido lo único que podría llevarme hasta Ky, mi baza para reunirme con él y mi familia si algún día dejara de creer en el Alzamiento o todo saliera terriblemente mal. Ahora apenas me queda nada, y el poema de Thomas, que nadie más conoce, nunca me servirá de nada sin el documento propiamente dicho.

—Por supuesto, tienes dos artículos en tránsito —dice la archivista—. Te los entregaremos en cuanto los recibamos, dado que ya los has pagado.

Claro. El poema que comienza «No te alcancé». La microficha de mi abuelo. ¿Aún llegarán?

—Y puedes seguir colaborando con nosotros —añade—, siempre que nos demuestres que eres digna de confianza.

—Gracias —digo. Algo es algo. La reducida comisión que obtenga por cada intercambio no será mucho, pero quizá pueda empezar a ahorrar.

—Algunas cosas seguirán siendo valiosas gobierne quien gobierne —afirma la archivista—. Otras cambiarán. Los precios cambiarán. —Sonríe—. Siempre —añade— resulta sumamente interesante presenciarlo.

**SEGUNDA PARTE**  
**La poeta**

## Capítulo 9

### Xander

—Me muero —dice el paciente. Abre los ojos—. No es tan duro.

—No se muere —le aseguro mientras saco una cura del maletín. Cada vez veo más casos como este conforme pasan las semanas. Los ciudadanos ya conocen los síntomas de la Plaga y a menudo se presentan antes de quedarse inertes—. ¿Y este color rojo? Es por el tubo, no por la cura. Pronto le hará efecto. —El hombre es mayor y, cuando le doy una palmadita en la mano, su piel me parece muy frágil. En la Sociedad, habría podido contar con morir en los años siguientes. Ahora, ¿quién sabe? A lo mejor le queda mucha vida por delante. Nosotros solo debemos asegurarnos de que sobreviva a la Plaga.

—Prométamelo —pide, y me mira a los ojos—. Deme su palabra de doctor.

Se lo prometo.

Lo conecto a un monitor de signos vitales para que el aparato nos avise si el corazón le falla o deja de respirar. Luego me dedico al siguiente paciente. No vamos retrasados, pero no podemos parar ni un segundo.

La Plaga ha estallado antes de lo que había previsto el Alzamiento. En general, la toma de poder ha ido bien, aunque no ha sido perfecta. La gente ha aceptado al Alzamiento porque quiere la cura. De momento nos es leal. Pero todavía hay partidarios de la Sociedad, y personas que simplemente están asustadas por lo que pasa. No se fían de nadie. Eso es lo que tratamos de cambiar. Cuanta más gente llegue enferma y salga curada, mejor. Entonces todos verán que estamos aquí para ayudar.

—Carrow. —Oigo la voz del doctor responsable en mi miniterminal—. Se está reuniendo un grupo nuevo en la sala de actos para la charla de bienvenida.

—Claro —contesto. Esto también forma parte de mi cometido—. Voy ahora mismo.

De camino a la puerta, me despido de los enfermeros con un gesto de la cabeza. Cuando dé la charla de bienvenida, habré acabado mi turno, por lo que esta noche ya no vuelvo, a menos que haya una emergencia.

—Hasta mañana —digo.

Me uno al resto de la gente que se dirige a la sala de actos. Apenas he dado unos pasos cuando alguien exclama mi nombre:

—¡Carrow!

El pasillo está atestado de personas vestidas de negro, y tardo un momento en saber quién me ha llamado, pero entonces la veo.

—Funcionaria Lei —digo, antes de recordar que ahora es Lei a secas. El Alzamiento ha eliminado los títulos. Solo utilizamos los apellidos. La última vez que la vi fue hace casi dos meses, cuando la Plaga empezó y Lei se quedó en su celda de

confinamiento. Seguro que salió pronto: el Alzamiento mandó a casa a todos los ocupantes de las celdas en cuanto los distritos y las ciudades fueron lugares seguros. De todos modos, yo me fui y la dejé allí.

—Lo siento —comienzo a decir, pero ella niega con la cabeza.

—Hiciste lo que tenías que hacer —afirma—. Me alegro de verte.

—Lo mismo digo —respondo—. Sobre todo aquí. ¿Significa esto que te has unido al Alzamiento?

—Sí —contesta—, pero, para quedarme, voy a necesitar tu ayuda.

—Claro. ¿Qué puedo hacer?

—Esperaba que respondieras por mí —explica—. Si no lo haces, no podré quedarme.

Cada miembro del Alzamiento puede responder únicamente por otras tres personas. Con el tiempo, claro está, queremos que todos se unan a nosotros, pero, ahora mismo, debemos ser cautos. Responder por otra persona no es una decisión que pueda tomarse a la ligera. Siempre he dado por supuesto que mis tres personas serían mis padres y Cassia, si a ella le hiciera falta, por si yo estuviera equivocado y ella no formara parte del Alzamiento.

Si respondes por alguien que resulta ser un traidor, también te investigan a ti. Así pues, ¿cuánto confío en Lei?

Estoy a punto de preguntarle si no se lo puede pedir a nadie más, pero, por su forma de apretar los dientes y poner la espalda recta (su postura es incluso más impecable que de costumbre), comprendo que no tiene a nadie más. No me rehúye la mirada. Había olvidado que casi somos de la misma estatura.

—Claro —digo. Aún me quedan dos personas. Si ocurre algo y estoy equivocado con Cassia, Tannen, mi hermano, puede responder por uno de mis padres. Probablemente ya tiene intención de hacerlo. No por primera vez, pienso en que ojalá hubiera podido hablar con él sobre el Alzamiento.

Lei me pone la mano en el brazo, un instante.

—Gracias —dice. Su voz es preciosa y parece sincera, y también un poco sorprendida. Creía que iba a negarme.

—De nada —respondo.

—Si estáis aquí —explico a los nuevos trabajadores—, significa que reunís los tres requisitos fundamentales para trabajar en un centro médico. En primer lugar, habéis recibido formación médica. En segundo lugar, estáis protegidos porque contrajisteis la Plaga enseguida y ya estáis curados o porque os vacunasteis cuando solicitasteis reincorporaros al trabajo. En tercer lugar, os habéis unido al Alzamiento.

Dejo que se haga un silencio antes de continuar.

—Ahora formáis parte de esta rebelión. Es posible que no supierais que el Alzamiento existía hasta que oísteis hablar al Piloto, o que solo hayáis empezado a



creer en él ahora que habéis visto y conocéis nuestra cura, o porque queréis nuestra vacuna. No os lo reprochamos, por supuesto. Agradecemos vuestra ayuda. Nuestro objetivo inmediato es salvar a todas las personas que han contraído la Plaga.

Les sonrío, y casi todos me devuelven la sonrisa. Les alegra volver a trabajar y formar parte de la solución. Algunos parecen muy ilusionados.

Entonces, una mujer pregunta:

—Si eso es cierto, ¿por qué no vacunasteis, es decir, por qué no vacunamos a todos antes de que cayeran enfermos? ¿Por qué esperar a que necesiten la cura?

Uno de los militares apostados al final de la sala da un paso al frente, pero yo levanto la mano. El Alzamiento me ha proporcionado toda la información que necesito para responder a una pregunta como esta. Y es una buena pregunta.

—¿Por qué no nos dedicamos a elaborar vacunas además de curas? —pregunto—. Lo que quieres saber es eso, ¿no?

—Sí —responde—. Habría sido más fácil y eficaz impedir que la gente cayera enferma.

—Los recursos del Alzamiento eran limitados —arguyo—. Decidimos que la mejor forma de utilizarlos era centrarse en la cura. No podíamos advertir a la población de una posible Plaga antes de que estallara sin sembrar el pánico. Y el Alzamiento no quería vacunar a nadie sin su permiso. No somos la Sociedad.

—Pero vacunasteis... vacunamos a los bebés —señala la mujer—. Sin su permiso.

—Es cierto —reconozco—. Al Alzamiento le parecía que vacunar a los bebés era tan importante que desviamos parte de los recursos en esa dirección. Como todos sabéis, los bebés son los que más sufren con las enfermedades y, en niños tan pequeños, ninguna cura es eficaz al cien por cien. En ese caso se tomó la decisión de vacunar sin permiso. Y el resultado es que ningún niño menor de dos años ha caído enfermo. —Dejo que mis oyentes asimilen la información—. Ahora que el Alzamiento se ha asentado en el poder, hemos podido destinar más recursos a elaborar vacunas. De una forma u otra, al final salvaremos a todo el mundo.

La mujer asiente y parece satisfecha.

Hay otra razón, por supuesto, pero no la digo en voz alta: si el Alzamiento hubiera vacunado a todo el mundo en secreto, la gente no sabría a quién dar las gracias por librarla de la muerte. Ni siquiera sabría que se había librado. El Alzamiento no empezó esta Plaga. La ha resuelto. Y el pueblo tiene que saberlo. No puede valorar la solución a menos que sepa que había un problema.

Por ese motivo el Alzamiento ha tenido que permitir que algunas personas enfermen. Pero en la mayoría de las revoluciones mueren muchas personas.

Esto es infinitamente mejor.

—Es mi deber recordaros —digo, y miro a todo el grupo— que estáis aquí porque

miembros del Alzamiento han respondido por vosotros. Se han arriesgado porque creen que merecía la pena. Os pido que no los defraudéis, ni a ellos ni a nosotros, intentando sabotear lo que hacemos aquí. Nuestro cometido es salvar vidas.

No sé dónde está Lei y me alegro. Les hablo a todos, no solo a ella.

—Y ahora —continúo—, permitid que os describa los procedimientos básicos para atender a los enfermos. Os darán instrucciones más precisas y vuestro horario de trabajo cuando salgáis de la sala. Algunos os incorporaréis de inmediato, y otros iréis a descansar y empezareis más tarde.

Reviso los pasos básicos del protocolo y recuerdo a los trabajadores procedimientos y técnicas de desinfección necesarios como lavarse las manos y esterilizar el material y el instrumental. Estas prácticas son de especial importancia, porque el virus puede contagiarse por contacto con los fluidos corporales. Describo el sistema de admisión y las exploraciones médicas iniciales. Explico que disponemos de pocos colchones neumáticos y, por tanto, tenemos que cambiar manualmente de postura a algunos pacientes para evitar que se llaguen. Describo las ventosas que utilizamos para aislar las lesiones e intentar que no se infecten.

No se oye ni una mosca cuando llego a la parte que a todos les parece más interesante: la cura.

—Administrar la cura es muy parecido a lo que visteis en los terminales cuando el Piloto nos habló por primera vez —digo—. Rara vez se produce una reacción adversa, pero, si ocurre, lo hará durante la primera media hora después de su administración.

—¿En qué consiste la reacción adversa? —pregunta un hombre.

—Los pacientes dejan de respirar —respondo—. Hay que intubarlos. Aunque la cura sigue siendo eficaz. Solo necesitan ayuda para respirar durante un tiempo. Obviamente solo los médicos pueden intubar.

—¿Has visto alguna vez una reacción adversa? —me pregunta el hombre.

—Tres veces —contesto—. Y trabajo en este centro médico desde que el Alzamiento lo tomó. —En ciertos aspectos, me parece que fue ayer y, en otros, que ya ha pasado una eternidad.

—¿Cuánto tarda en hacer efecto? —pregunta otro trabajador.

—A menudo los pacientes están lúcidos al cabo de tres o cuatro días —explico—, y hacia el sexto los trasladamos al área de recuperación. Permanecen ahí unos días más antes de volver con sus familias y amigos. La cura es extremadamente potente.

Algunos ponen los ojos como platos, y todos se miran sorprendidos. Ya han visto salir a gente de los centros médicos, por supuesto, pero no sabían que la cura actuara con tanta rapidez.

—Eso es todo —digo. Sonrío al grupo—. Bienvenidos al Alzamiento.

Todos se ponen a aplaudir, y alguien da fuertes vivas. La sala rebosa entusiasmo.

Todos se alegran de poder contribuir en lugar de quedarse cruzados de brazos fuera de la barricada. Lo comprendo. Cuando administro la cura, sé que hago lo correcto.

Clavo la vista en el techo de la habitación donde descansamos y escucho las respiraciones de todos.

En alguna parte del centro médico, Lei atiende a los pacientes. Me alegro de que se haya unido al Alzamiento: cuidará bien de los inertes. Me pregunto por qué no lo hizo antes. Puede que, simplemente, no supiera que existía. De hecho nadie hablaba de la rebelión en público.

Estoy seguro de que Tannen forma parte del Alzamiento. Al igual que yo, debió de reconocer que la rebelión era responsabilidad nuestra en cuanto oyó hablar de ella, y también es inmune a la pastilla roja. Es el candidato ideal.

Nunca he sabido por qué Ky no se unió a los rebeldes la primera vez que nos lo pidieron. Ellos podrían haberle ayudado. Pero él no lo hizo, y se negó a explicarme el motivo.

Incluso antes de que Cassia partiera a las provincias exteriores en busca de Ky, ya se veía que podía hacer algo arriesgado. Como el día que por fin se decidió a tirarse a la piscina: saltó al agua sin mirar atrás. Por eso no debería haberme sorprendido su forma de enamorarse de Ky, porque así era como yo quería que se enamorara de mí: hasta el tuétano.

La única vez que estuve tentado de dejar el Alzamiento fue cuando me emparejaron con Cassia. Durante unos meses, jugué a dos bandas, sirviendo al Alzamiento y fingiéndome leal a la Sociedad para seguir emparejado con ella. Pero enseguida lo comprendí: quería que fuera ella la que me eligiera. En ciertos sentidos, nuestro emparejamiento ha sido mi peor enemigo. ¿Cómo se suponía que iba a amarme cuando la Sociedad le ordenaba que lo hiciera?

Cuando Cassia me dijo que estaba enamorándose de Ky, comprendí que, si él se marchaba, también lo haría ella. Se tiraría a la piscina. No era difícil suponer que la Sociedad no iba a permitir que Ky se quedara en el distrito de los Arces de forma indefinida, y dondequiera que fuera podía ser peligroso.

Cassia tenía que llevarse algo mío al viaje: algo que pudiera serle útil y le recordara a mí.

Imprimí el cuadro y salí a buscar los pétalos de neorrosas. Pero ambas cosas le recordarían el pasado. No era suficiente. Quería darle algo que pudiera ayudarla en el futuro y le hiciera pensar en mí.

Paradójicamente fue Ky quien me habló de los archivistas. Sin él tal vez no habría sabido tratar con ellos.

Lo único que tuve que darles fue la caja plateada de mi banquete. A cambio me entregaron un papel impreso en uno de sus terminales: toda la información que les

había dado de mi microficha oficial, junto con una serie de cambios y adiciones de mi cosecha.

«Color preferido: rojo.»

«Tiene un secreto que contar a su pareja cuando vuelva a verla.»

Esa fue la parte fácil. Conseguir las pastillas me costó más. Cuando accedí al intercambio, no tenía una idea clara de lo que me pedían los archivistas.

Pero no me arrepiento. Las pastillas azules protegieron a Cassia. Ella me lo dijo cuando hablamos por el terminal. «Me dieron una sorpresa.»

Me vuelvo en la cama y miro la pared.

La noche del banquete, mientras estaba en la parada del tren aéreo con mis padres y mi hermano, esperaba que Cassia y yo cogiéramos el mismo tren. Así al menos podríamos viajar juntos al Ayuntamiento antes de que todo cambiara. Y ella subió la escalera, agarrándose la falda del vestido verde. Primero le vi la coronilla, seguida de los hombros, y después vi el verde de la seda sobre su piel. Finalmente, alzó la vista y le vi los ojos.

La conocía entonces y la conozco ahora. Estoy casi seguro de eso.

## Capítulo 10

### Cassia

Camino a buen paso junto al muro blanco, que se extiende cerca del museo. Antes de que el Alzamiento tapiara las ventanas del edificio, los restos de cristales rotos parecían estrellas. La gente trató de entrar a robar la noche que el Piloto nos habló por primera vez. No sé qué esperaban encontrar allí. La mayoría comprendimos hace tiempo que el museo no alberga nada de valor. Salvo para los archivistas, claro está, pero ellos siempre saben cuándo es hora de esconderse.

En las semanas que han transcurrido desde que el Alzamiento subió al poder, tenemos más que antes y también tenemos menos.

Todos los días llego tarde a casa porque siempre voy a realizar intercambios después del trabajo. Aunque un militar del Alzamiento puede decirme que me apresure, no me mandará una citación ni me amonestará, así que tengo un poco más de libertad. Y ahora disponemos de más información sobre la Plaga. El Alzamiento ha revelado que inmunizó a determinadas personas contra la Plaga y la pastilla roja desde que nacieron. Eso explica la capacidad de Ky y Xander para recordarlo todo pese a haber tomado la pastilla roja. También significa que, tiempo atrás, el Alzamiento no me eligió.

Por otra parte tenemos menos seguridad. ¿Qué va a suceder?

El Piloto dice que el Alzamiento nos salvará a todos, pero nosotros tenemos que colaborar. Nada de viajes: debemos intentar que la Plaga no se propague y centrarnos en curar a los enfermos. Según el Piloto, eso es lo más importante: poner fin a la Plaga para que podamos volver a empezar de verdad. Ahora estoy vacunada contra la Plaga, como la mayoría de los partidarios del Alzamiento, y pronto, de un modo u otro, todos estaremos protegidos. Entonces, promete el Piloto, podremos comenzar a cambiar las cosas.

Cuando el Piloto nos habla, su voz es tan perfecta como el día que la oímos por primera vez en los terminales y, ahora que también lo vemos, resulta difícil apartar la vista de sus ojos azules y la convicción que transmiten. «El Alzamiento —dice— es para todos», y se nota que lo cree.

Sé que mi familia está bien. He hablado con ellos unas cuantas veces por el terminal. Bram contrajo la Plaga al principio, pero se ha recuperado, tal como prometió el Alzamiento, y mis padres estuvieron en observación y recibieron la vacuna. Pero no me atrevo a preguntar a Bram qué sintió mientras estaba enfermo: aún somos cautelosos cuando conversamos; sonreímos y no decimos mucho más que cuando gobernaba la Sociedad. No estamos muy seguros de quién podría estar escuchando.

Quiero hablar sin que haya nadie escuchando.

El Alzamiento solo ha puesto en contacto a los familiares más cercanos. En su opinión las parejas jóvenes que todavía no han formalizado su contrato matrimonial ya no existen. Además no dispone de tiempo para localizar a los amigos de todo el mundo. «¿Preferís que nos dediquemos a restablecer las comunicaciones? —nos pregunta el Piloto—. ¿O deberíamos emplear nuestros recursos en salvar vidas?»

Así pues, no he podido preguntar a Xander cuál es su secreto, el que mencionó en uno de los papelitos que leí en la Talla. En ocasiones creo que ya lo sé, que solo se refería a su adhesión al Alzamiento. En otras no estoy segura.

No me cuesta imaginar cómo deben de sentirse los enfermos cuando Xander se acerca a ayudarlos. Se agacha para escucharles. Les coge la mano. Les habla con la misma franqueza y dulzura que a mí cuando me dijo que tenía que abrir los ojos en mi sueño de la Talla. Los pacientes deben de sentirse curados con solo verlo.

Cuando estalló la Plaga, mandé un mensaje a Xander y a Ky para que supieran que estoy bien. Ese intercambio me costó más de lo que podía permitirme después del robo del lago, pero tuve que realizarlo. No quería que se preocuparan.

No he tenido noticias de ninguno de los dos. Ni una sola palabra escrita en una hoja o impresa en un trocito de papel. Y sigo sin recibir el final del poema que comienza con «No te alcancé» y la microficha de mi abuelo. Ha pasado mucho tiempo.

A veces pienso que la microficha debe de estar en manos de un colaborador que yace inerte en un lugar remoto; que se ha perdido para siempre. Porque Bram me la habría enviado. Eso lo sé.

Cuando estuve trabajando en la provincia de Tana, antes de escapar a la Talla, mi hermano me mandó un mensaje sobre la microficha, y a mí me entraron ganas de volver a verla. En su mensaje, describía parte de lo que había visto esa segunda vez: «Al final de todo, hay una lista de sus recuerdos preferidos. Tenía uno de cada uno de nosotros. Su recuerdo preferido de mí era cuando dije mi primera palabra y fue “más”. Su recuerdo preferido de ti era lo que él llamaba “el día del jardín rojo”.».

En Tana, me convencí de que mi abuelo había cometido un pequeño error, de que había querido decir «los días del jardín rojo», en plural. Los días de primavera, verano y otoño que estuvimos sentados conversando fuera de su bloque de pisos.

Pero, últimamente, estoy convencida de que no es así. Mi abuelo era inteligente y metódico. Si mencionó el día del jardín rojo, en singular, como su recuerdo preferido de mí, se refería a un día concreto. Y yo no me acuerdo.

¿Me obligó la Sociedad a tomarme la pastilla roja el día del jardín rojo?

Mi abuelo siempre tuvo fe en mí. Fue el primero en decirme que no tomara la pastilla verde, que no la necesitaba. Fue quien me dio los dos poemas, el de Thomas que exhorta a la lucha y el de Tennyson sobre cruzar el rompiente y ver al Piloto. Aún no sé cuál quería que tomara como ejemplo, pero me confió los dos.

Hay alguien fuera del museo, una mujer de aspecto triste que aguarda bajo el cielo gris de esta tarde de primavera que anuncia lluvia.

—Quiero saber más cosas de la gloriosa historia de Central —me dice. Tiene una cara interesante, unas facciones que yo reconocería si volviera a verlas. Me recuerda un poco a mi madre. Parece esperanzada y asustada, como casi todas las personas que vienen aquí por primera vez. Se ha corrido la voz sobre los archivistas.

—No soy archivista —explico—. Pero estoy autorizada a realizar intercambios en su nombre. —Ahora, los colaboradores acreditados llevamos una fina pulsera roja debajo de la manga para enseñarla a las personas que acuden a nosotros. Los colaboradores que no llevan pulsera no duran mucho, al menos en este punto de reunión. La gente que viene al museo busca seguridad y autenticidad. Sonrío a la mujer e intento que se relaje. Luego, doy un paso hacia ella y le enseño la pulsera.

—¡Para! —exclama, y yo me quedo petrificada.

»Lo siento —añade—. Pero he visto... que estabas a punto de pisar esto. — Señala el suelo.

Es una letra escrita en el barro; no es mía. Me da un vuelco el corazón.

—¿La ha escrito usted? —pregunto.

—No —responde—. ¿Tú también la ves?

—Sí —digo—. Parece una «E».

En la Talla tuve la sensación de que veía mi nombre en todas partes, lo cual no fue cierto hasta que encontré el árbol donde Ky lo había grabado para mí. Pero esto también es real, una letra escrita en el barro con trazo firme y vehemente, como si su autor quisiera comunicar intención, propósito.

«Eli.» Pienso en su nombre, aunque, que yo sepa, él no sabe escribir. Y no está en Central, pese a haberse criado aquí. Ahora está en las montañas, más allá de las provincias exteriores.

«Hay personas atentas —pienso—. Puede que también ellas se decidan a empujar la piedra.»

—Alguien sabe escribir —observa la mujer. Parece asombrada.

—Es fácil —digo—. Solo tiene que dibujar lo que ve.

Ella mueve la cabeza; no entiende a qué me refiero.

—No lo he escrito yo, pero sé hacerlo —aclaro—. Hay que mirar las letras. Dibujarlas. Solo se necesita práctica.

La mujer parece preocupada y triste. Tiene ojeras y está cohibida, tensa.

—¿Va todo bien? —le pregunto.

Ella sonrío; me da la respuesta a la que nos habituó la Sociedad.

—Sí, claro.

Miro la cúpula del Ayuntamiento y espero. Si quiere decir algo puede hacerlo.

Aprendí esta estrategia observando primero a Ky y luego a los archivistas: si no rehuimos el silencio de una persona, es posible que hable.

—Es mi hijo —dice, en voz baja—. Desde que estalló la Plaga, no ha pegado ojo. No me canso de repetirle que hay una cura, pero tiene miedo de ponerse enfermo. Se despierta continuamente. Aunque está vacunado, sigue asustado.

—Oh, no —me lamento.

—Estamos agotados —continúa—. Necesito pastillas verdes, todas las que puedas darme por esto. —Me enseña una sortija con una piedra roja. ¿Cómo y dónde la ha encontrado? No debo preguntárselo. Pero, si es auténtica, tendrá valor—. Tiene miedo. No sabemos qué más hacer.

Cojo la sortija. Cada vez vemos más casos como este desde que el Alzamiento retiró las pastillas y los pastilleros que nos proporcionaba la Sociedad. Aunque me alegra ver que ya no hay pastillas rojas ni azules, sé que hay personas que necesitan las verdes y tienen dificultades para pasar sin ellas. Incluso mi madre tuvo que tomar una en una ocasión.

Pienso en ella, la veo inclinada sobre mi cama cuando me desvelaba, y la imagen me desgarrar el corazón y me recuerda cómo me describía flores para ayudarme a conciliar el sueño. «Pendientes de la reina —decía en voz baja, despacio—. Fucsias. Les gustan la sombra y el agua. Y son de un rosa muy vivo. Parecen pendientes.»

En una ocasión, la Sociedad la mandó a ver flores de otras provincias. Quería que investigara unos cultivos extraños que sospechaba que la gente utilizaba para alimentarse, como parte de una rebelión. Mi madre me explicó que en la provincia de Grandia había un campo entero de zanahorias y que, en otra provincia, vio un campo de unas flores blancas distintas incluso más bonitas. Habló con los cultivadores de ambos campos. Percibió en sus ojos el temor a que los descubrieran, pero cumplió con su deber y los delató porque quería proteger a su familia. La Sociedad permitió que se acordara de lo que había hecho. No le robó ese recuerdo.

Mi madre lleva toda la vida cultivando plantas. ¿Es posible que el día del jardín rojo que mencionó mi abuelo guarde alguna relación con ella?

El viento me envuelve y arranca las últimas hojas que se aferran a las ramas de los arbustos. Me azota la ropa e imagino que, si me la quitara, los últimos papeles que me quedan alzarían el vuelo camino del ancho mundo, y sé que es hora de desprenderme de determinadas cosas.

La mujer se ha vuelto para mirar el lago, esa larga extensión de agua que reluce bajo el sol.

«Agua, río, piedra y sol.»

Tal vez sea lo que la madre de Ky le habría cantado mientras pintaba sobre las piedras en las provincias exteriores.

Devuelvo la sortija a la mujer.



—No le dé pastillas verdes —digo—. No aún. Puede cantarle. Pruebe antes con eso.

—¿Qué? —pregunta, y me mira con franca sorpresa.

—Podría cantarle —insisto—. A lo mejor da resultado.

Se le agrandan un poco los ojos.

—Sí, podría cantarle. Llevo música dentro. Siempre la he llevado. —Su tono es casi vehemente—. Pero ¿qué palabras le canto?

¿Qué habría cantado Hunter a su hija Sarah, que murió en el caserío? Sarah tenía fe, y él carecía de ella. ¿Qué habría podido decir él para salvar esa brecha?

¿Qué cantaría Ky? Pienso en todos los lugares en los que hemos estado juntos, en todo lo que hemos visto.

*Viento en la loma y agua que corre  
más allá del último confín conocido.*

Aquí, junto a la madre del niño insomne, vuelvo a hacerme la misma pregunta de otras veces: cuando Sísifo llegaba arriba, ¿había alguien en lo alto de la colina? ¿Intercambiaba alguna fugaz caricia antes de volver a encontrarse al pie de la colina con la piedra que debía subir? ¿Sonreía para sus adentros cuando empezaba, otra vez, a empujarla por la cuesta?

Nunca he escrito una canción, pero sí he comenzado un poema, un poema que no pude terminar. Era para Ky, y empezaba así:

*Escalo en la oscuridad por ti.  
¿Me esperas tú en las estrellas?*

—Espere —digo, y me saco un palo calcinado de la manga y un papel de la muñeca.

Escribo con cuidado. Las palabras jamás me habían fluido con tanta facilidad, pero no puedo cometer ningún error al anotarlas o tendré que ir a buscar más papel al escondrijo de los archivistas. Y tengo todo el poema en la cabeza, ahora mismo, de modo que escribo deprisa por temor a que se me olvide una parte.

Siempre había creído que mi primer poema completo sería para Ky. Pero esto me parece bien. Este poema es de los dos, pero también es para otras personas. Trata de todos los lugares donde reside el amor.

*Neorrosa, fucsia, protorrosa.  
Agua, río, piedra y sol.  
Viento en la loma y agua que corre*

*más allá del último confín conocido.*  
*Escalo en la oscuridad por ti.*  
*¿Me esperas tú en las estrellas?*

He convertido uno de los poemas que comencé para Ky en el final de otro. He escrito algo de principio a fin. Tras vacilar un momento, firmo con mi nombre al pie de la página.

—Tenga —le ofrezco—. Puede ponerle música y será todo suyo. —Y me doy cuenta de que escribir consiste precisamente en esto. Es una colaboración entre quien regala las palabras y quien las toma y les confiere un sentido, les pone música o las aparta porque no son lo que necesita.

Al principio la mujer no coge el papel. Cree que tiene que ofrecerme algo a cambio.

En este momento comprendo que mi idea de intercambiar arte es una equivocación.

—Es un regalo, para su hijo —le indico—. Un regalo mío. No de los archivistas. No quiero nada a cambio.

—Gracias —dice—. Eres muy amable. —Parece sorprendida y agradecida, y se esconde el papel en la manga, imitándome—. Pero si no da resultado... —añade.

—Entonces vuelva —sugiero—. Le conseguiré pastillas verdes.

Cuando me separo de la mujer, me dirijo al escondrijo de los archivistas para ver si me encargan algún otro intercambio y echar un vistazo a mis cosas. Después del robo pedí a los archivistas que me guardaran la caja. Está en una cámara secreta que no he visto. Solo unos pocos archivistas tienen la llave.

Me traen la caja y miro en su interior. Antes estaba llena de páginas valiosísimas, pero ahora solo contiene un rollo de papel de terminal, un par de zapatos reglamentarios de la Sociedad, la camisa blanca del uniforme de algún funcionario y el vestido rojo de seda que me puse cuando creía que vería a Ky en el lago. Los poemas que me quedan los llevo siempre conmigo. No es mucho, aunque es un comienzo. Solamente han pasado unas semanas. Y si el Alzamiento no me lleva junto a las personas a las que quiero, encontraré el modo de hacerlo yo misma.

—Está todo —digo al archivista que me ayuda—. Gracias. ¿Me necesitáis para algún otro intercambio?

—No —responde—. Aunque ya sabes que puedes esperar fuera del museo por si alguien te aborda.

Asiento. Si no hubiera disuadido a la madre del niño de que realizara el intercambio, estaría camino de conseguir otro artículo para mi colección.

Arranco una larga tira de papel de terminal y me la enrolló en la muñeca, debajo de mi ropa de diario.

—Ya estoy —le explico al archivista—. Gracias.

Veo a la archivista mayor al salir. Hace un gesto negativo con la cabeza. «Todavía no.» Aún no han recibido mi poema ni la microficha.

A veces me pregunto si la archivista mayor no será el verdadero Piloto, la persona que nos guía por las aguas de nuestras necesidades y carencias y nos ayuda a salir de ellas indemnes en barquitos llenos de los objetos que cada uno necesita para comenzar a vivir como le corresponde.

No es imposible.

¿Qué mejor lugar para dirigir una rebelión que estas cámaras subterráneas?

Cuando subo la escalera y salgo al exterior, huelo a hierba reverdecida, y un manto de noche me envuelve.

Una vez en la ciudad no sé si seré capaz de hacerlo. Llevo tanto tiempo aferrándome al poema que esto quizá sea demasiado derroche, demasiada entrega.

Pero, si de algo me arrepiento en esta vida, es de no haber sido suficientemente desprendida. Guardé los poemas durante demasiado tiempo y me los robaron; nunca enseñé a escribir ni a Xander ni a Bram. ¿Por qué no se me ocurrió hacerlo? Ambos son inteligentes; podían aprender solos, pero a veces viene bien tener un poco de ayuda al principio.

Avanzo con cautela en la oscuridad y saco el papel que llevo enrollado en la muñeca. Lo extiendo sobre la superficie lisa y fresca de uno de los bancos metálicos del espacio verde y me pongo a escribir, sin apenas apretar, con una barra de carboncillo. Es muy fácil fabricarlas, si se sabe cómo: basta con meter una ramita en el incinerador. Cuando termino, tengo las manos negras y frías, y me noto el corazón rojo, caliente.

Los árboles tienen los brazos extendidos, y yo los cubro con el papel. Sopla un viento suave, y parece que las ramas acunen las palabras con el mismo cuidado que una madre sostendría a su hijo. Con el mismo cuidado que Hunter sostuvo a Sarah cuando la llevó a su tumba en la Talla.

Bañado por la luz blanca de las farolas, este espacio verde parece fruto de un sueño o de la imaginación. Me pregunto si podría despertar y descubrir que no existe. Estos árboles de papel, esta noche blanca. Mis palabras oscuras, a la espera de que alguien las lea.

Sé que Ky comprenderá por qué tengo que escribir esto, por qué ninguna otra cosa sería suficiente.

*No entres dócil en esa buena noche.  
Enfurécete, enfurécete por la muerte de la luz.*

Aunque sea un partidario de la Sociedad quien descuelgue el papel de los árboles, verá las palabras mientras lo hace. Aunque las queme, se le habrán escapado de las manos camino del fuego. Sea como fuere las palabras se compartirán.

*Llorando los hombres buenos, al llegar la última ola,  
por el brillo con que sus frágiles obras pudieron haber danzado en  
una verde bahía,  
se enfurecen, se enfurecen ante la muerte de la luz.*

El mundo está repleto de hombres y mujeres buenos con sus frágiles obras, pienso, que se preguntan cómo podría haber sido su vida, cómo podrían haber danzado sus obras, si nos hubiéramos atrevido a brillar.

Yo he sido una de ellos.

Sigo desenrollando más papel y leo el verso.

*Y los locos, que al sol cogieron al vuelo en sus cantares.*

Paso el papel entre las ramas. Una larga estela de palabras. Me agacho y vuelvo a erguirme. Levanto los brazos por encima de la cabeza, como las chicas a las que vi una vez en la pintura de una cueva. Me muevo con ritmo, sigo el compás.

¿Estoy bailando?

## Capítulo 11

### Ky

—¿Vas a saltar hoy? —me pregunta uno de los pilotos.

Nuestro escuadrón camina junto a la orilla del río que serpentea por la ciudad de Camas. En un tramo próximo al Ayuntamiento y la barricada, el río se convierte en una serie de cascadas. Una garza real corta el agua a unos metros de nosotros.

—No —respondo, sin molestarme en disimular mi irritación—. No le veo sentido.

—Es un signo de unión —dice.

Me vuelvo para mirarlo con un poco más de atención.

—Todos servimos al Alzamiento, ¿no? —replico—. ¿No es esa suficiente unión?

El piloto, Luke, se queda callado. Aprieta un poco el paso, y yo me quedo solo a la cola del grupo. Nos han dado unas horas libres, y todos hemos querido ir a pasarlas a la ciudad. A muchos pasear a nuestras anchas por las calles de una ciudad que antes pertenecía a la Sociedad sigue pareciéndonos una experiencia peligrosa y emocionante, aunque el Alzamiento tiene pleno control de Camas desde hace varias semanas. Como era de esperar, esta fue la primera provincia que tomó y la que opuso menos resistencia: aquí viven y trabajan muchísimos insurgentes.

Indie se rezaga para caminar a mi lado.

—Deberías saltar —dice—. Todos quieren que lo hagas.

Algunos de los otros escuadrones han empezado a tirarse al río. Aunque oficialmente ya es primavera, el agua baja de las montañas y está helada. No tengo ninguna intención de meterme en el río. No soy cobarde, pero tampoco soy imbécil. Esto no es la segura piscina de agua tibia y azul del distrito. Después del río Sísifo y lo que sucedió cuando Vick murió...

Ya no me fío del agua.

Hoy veo a mucha gente paseando por la orilla del río. El sol nos caldea la espalda. El Alzamiento ha pedido que nadie deje el trabajo que desempeñaba para la Sociedad hasta que la Plaga esté completamente bajo control, de modo que casi todo el mundo está trabajando. Pero, aun así, hay canguros que han traído a niños para que arrojen piedras al río y trabajadores con bandejas de papel de aluminio que disfrutan de la nueva libertad de almorzar donde les apetezca. Todas estas personas deben de estar vacunadas o curadas para pasearse con tanta tranquilidad. Son como nosotros. Saben que no corren peligro.

Miro la barricada, que discurre cerca del río. Aunque el Alzamiento ya está firmemente al mando, aún no podemos ir y venir a nuestras anchas. Los médicos y trabajadores que viven detrás del muro no pueden salir. Comen, duermen y respiran la Plaga.

Cassia me dijo que Xander fue destinado a Camas. Me resulta extraño pensar que está al otro lado de la barricada, trabajando en el centro médico. Nuestros caminos no se han cruzado ni una sola vez, aunque ambos llevamos varios meses en Camas. Ojalá lo hubiera visto. Me gustaría hablar con él. Me interesaría saber qué opina del Alzamiento, si es lo que esperaba.

No me pregunto si aún quiere a Cassia. Sé que lo hace.

No he tenido noticias de ella desde que estalló la Plaga, pero han vacunado a todos los partidarios del Alzamiento que no eran inmunes. Por tanto, creo que, de una u otra forma, no corre peligro. Aunque no lo sé con certeza.

Le mandé un mensaje en cuanto pude para decirle cuánto sentía no haber podido reunirme con ella en el lago esa noche. Le preguntaba si estaba bien y le decía que la quería.

A cambio tuve que dar cuatro de mis bandejas de comida. Mereció la pena, pero no puedo hacerlo muy a menudo o tendré problemas.

El silencio de Cassia me está volviendo loco. Cada vez que despego, tengo que contener las ganas de arriesgarlo todo para tratar de reunirme con ella. Aunque consiguiera robar una aeronave, el Alzamiento me derribaría. «Muerto, no vas a servirle de mucho», me recuerdo.

Pero tampoco le sirvo de mucho vivo. No sé cuánto tiempo más voy a poder esperar antes de correr riesgos.

—¿Por qué no saltas? —pregunta Indie, pinchándome—. Sabes nadar.

—¿Y tú? ¿Vas a meterte? —le pregunto.

—Puede —responde. Pese a que todos siguen un poco desconcertados con ella, también la respetan cada vez más. Es difícil no hacerlo después de verla volar.

Estoy a punto de hablar cuando reconozco una cara entre la multitud. Una de las colaboradoras que solía traerme notas de Cassia. Llevo mucho tiempo sin verla. ¿Tiene algo para mí?

Ahora los archivistas trabajan de otra forma. El Alzamiento ha cerrado los museos de la Sociedad porque, a su juicio, no contenían nada aparte de propaganda. Así pues, para entrar en contacto con ellos, tenemos que esperar fuera de los museos o buscarlos entre la multitud.

La entrega es rápida, como de costumbre. La archivera camina hacia mí sin dejar de mirar al frente y me roza al pasar, algo perfectamente normal en un sendero tan concurrido. Por fuera, estoy seguro de que todo parece normalísimo, pero me ha entregado algo, un mensaje.

—Lo siento —dice, y me mira un instante a los ojos—. Llego tarde.

Pese a que actúa como si hubiera chocado conmigo porque tiene prisa por llegar a algún sitio, sé a qué se refiere. El mensaje ha llegado tarde, probablemente porque ella ha tenido la Plaga. ¿Cómo ha logrado conservar el papel? ¿Lo leyó alguien más

mientras estaba inerte?

El corazón me late a la velocidad a la que correría un conejo en busca de cobijo. La nota tiene que ser de Cassia. Nadie más me ha enviado nunca nada. Ojalá pudiera leerla ahora. Pero tendré que esperar a estar solo.

—Si pudieras volar a cualquier parte, ¿adónde irías? —pregunta Indie.

—Creo que ya sabes la respuesta —contesto. Me meto el papel en el bolsillo.

—Central —deduce—. Irías a Central.

—Iría a donde estuviera Cassia.

Caleb se vuelve para mirarnos, y me pregunto si ha visto la entrega. Lo dudo. La colaboradora ha sido rápida. No tengo calado a Caleb. Es el único que regresa con un maletín cuando distribuimos curas. El resto de los mensajeros vuelven con las manos vacías. El comandante siempre dice que está autorizado, pero creo que hay cosas que no sabemos. Y creo que lo han asignado a nuestra aeronave para vigilarnos a uno de los dos, aunque no sé a cuál. Quizá a ambos.

—¿Y tú? —pregunto a Indie, con tono alegre—. Si pudieras volar a cualquier parte, ¿adónde irías? ¿Volverías a Sonoma?

—¡No! —responde, como si mi sugerencia fuera absurda—. No volvería a mi lugar de origen. Iría a algún sitio que no conozco.

Estrujo el papel que tengo en el bolsillo. Cassia me dijo una vez que lleva algunos poemas pegados a la piel. En este momento esto es lo más cerca que puedo estar de tocarla o verla.

Indie me observa. Luego, como a menudo hace, dice algo desconcertante. Inesperado. Se acerca más a mí y baja la voz para que el resto no pueda oírnos.

—Te lo quiero preguntar desde hace tiempo. ¿Por qué no robaste ningún tubo cuando estuvimos en la Caverna? Vi que Cassia y Eli se llevaban uno cada uno. Pero tú no.

Indie tiene razón. Yo no me llevé ningún tubo. Cassia y Eli, sí. Cassia cogió el de su abuelo. Eli robó el tubo de Vick. Más adelante ambos me confiaron los tubos para que los pusiera a buen recaudo. Los escondí en el nudo de un árbol cerca del río que conducía al campamento del Alzamiento.

—No necesitaba ninguno —digo.

Indie y yo nos detenemos. Nuestros compañeros se ponen a dar gritos. Han encontrado el lugar en el que quieren tirarse, una honda poza situada debajo de una de las cascadas. Es donde los otros escuadrones suelen saltar y está lo bastante cerca del camino para que la gente se pare a mirar.

—¡Vamos! —grita Connor, uno de los pilotos. Nos mira de hito en hito.

»¿Os da miedo? —pregunta.

No me molesto en contestar. Connor es arrogante y mediocre. Se cree un líder. Yo sé que no lo es.

—No —responde Indie, e inmediatamente se quita el uniforme, echa a correr y salta al río, vestida únicamente con la ceñida camiseta y el apretado pantalón corto que todos llevamos. Yo contengo la respiración al pensar en lo fría que debe de estar el agua.

Y, acto seguido, estoy pensando en Cassia, recordando el día ya lejano en que saltó a la tibia piscina azul de Oria.

Indie sale a la superficie, mojada, riéndose, tiritando.

Aunque es hermosa, con la mirada un tanto salvaje, no puedo evitar pensar: «Ojalá estuviera aquí Cassia».

Indie se da cuenta. El brillo de sus ojos se apaga un poco cuando deja de mirarme y sale del agua. Recoge su uniforme y se pone a chocar esos cinco con los demás. Otro piloto salta y el grupo vuelve a gritar.

Indie tiritita mientras se escurre la larga melena.

Y pienso: «Tengo que parar esto. No hace falta que ame a Indie como amo a Cassia, pero tengo que dejar de pensar en Cassia cuando miro a Indie». Sé lo que se siente cuando alguien nos mira sin vernos o, peor aún, cuando nos ve como algo o a alguien distinto de lo que somos.

Una formación de aeronaves nos sobrevuela, y todos miramos el cielo, un reflejo ahora que pasamos tanto tiempo en él.

Indie se encarama a una roca próxima al río y mira cómo saltan los demás. Apoya la cabeza en la roca y cierra los ojos. Me recuerda las lagartijas de las provincias exteriores. Pueden parecer perezosas, pero, si alguien intenta atraparlas, escapan veloces como el rayo que escinde el cielo del desierto antes de una tormenta estival.

Me siento a su lado y observo el río y todo lo que flota y surca sus aguas: aves, madera de las montañas. En una o dos horas, podrían construirse montones de barcos con todo lo que arrastra la rápida corriente, sobre todo en primavera.

—¿Creéis que van a dejaros volar separados alguna vez? —pregunta Connor. Por supuesto, lo ha dicho en voz muy alta para que todos lo oigan. Se acerca más, en actitud intimidatoria. Es un gigante de casi metro noventa. Yo solo mido metro ochenta, pero soy mucho más rápido, de modo que no me preocupa pelearme con él. No nos alcanzará si Indie y yo decidimos echar a correr—. Parece que el Piloto siempre os pone juntos. Como si pensara que sois incapaces de volar el uno sin el otro.

Indie se ríe a carcajadas.

—Vaya estupidez —afirma—. El Piloto sabe que puedo volar sola.

—A lo mejor os pone juntos —repite Connor, y es tan previsible que todos sabemos la cochinada que está a punto de decir incluso antes de que la suelte—, porque sois...

—Los mejores —lo interrumpe Indie—. Desde luego. Lo somos.



Connor se ríe. Sigue empapado después de saltar al río. Parece un ridículo pollo mojado, no un hermoso cisne como Indie.

—Eres una presuntuosa —espetea Connor—. ¿Crees que un día serás el Piloto? —Vuelve la cabeza para ver si el resto también se ríe de lo ridículo que es pensar eso. Pero nadie lo hace.

—Pues claro —replica Indie, como si la mera pregunta le extrañara.

—Todos tenemos esa esperanza —observa una chica llamada Rae—. ¿Por qué no? Ahora podemos soñar.

—Pero tú no —dice Indie a Connor—. Tú no puedes soñar con eso. No das la talla para ser el Piloto. Ni la darás nunca.

—Ah, ¿no? —pregunta él. Se acerca más a Indie, con cara de desprecio—. ¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque he volado contigo —responde ella—, y nunca te entregas al cielo. —Connor se ríe y empieza a protestar, pero Indie sigue hablando—. Solo piensas en ti mismo. En la impresión que das. En quién va a fijarse en lo que haces.

Connor se aleja de Indie. Vuelve la cabeza y le dice otra cochinada: qué le haría y qué haría con ella si no estuviera loca. Me dispongo a encararme con él.

—Da igual —dice Indie, sin inmutarse.

Quiero decirle que es peligroso mostrarse tan indiferente con personas como Connor. Pero ¿serviría de algo?

Se ha acabado la diversión. Es hora de regresar al campamento para ponernos ropa seca. Algunos pilotos y mensajeros siguen tiritando. Casi todos se han tirado al río.

Mientras caminamos Indie comienza a trenzarse el largo cabello mojado.

—¿Y si pudieras recuperar a alguien que ya no está? —me pregunta, retomando el hilo de la conversación—. Y no digas Cassia —añade, con un leve resoplido de impaciencia—. Ella no cuenta. No está muerta.

Es agradable oírsele decir, a pesar de que no pueda saberlo a ciencia cierta. Aunque, si Cassia me ha enviado un mensaje, es buena señal. Vuelvo a estrujar el papel y sonrío.

—¿A quién resucitarías tú? —digo—. ¿Por qué me preguntas una cosa así?

Indie aprieta los labios. Creo que no va a responder, si bien, al cabo de un momento, dice:

—Ahora todo es posible.

—¿Crees que el Alzamiento puede conseguir lo que la Sociedad no logró nunca? —pregunto—. ¿Crees que ha descubierto la forma de resucitar a los muertos?

—Todavía no —me responde—, pero ¿no crees que algún día lo hará? ¿No te parece que ese es el fin último del Piloto? Todas las historias y canciones antiguas cuentan cómo nos salva. Es posible que no solo se refieran a la Sociedad o a la Plaga,

sino a la propia muerte...

—No. —Hablo en voz baja—. Tú viste las muestras de la Talla. ¿Te parece posible revivir a alguien a partir de eso? Y aunque las muestras pudieran utilizarse para crear individuos muy parecidos a los originales, nunca serían la misma persona. Nadie puede volver de la muerte, nunca. ¿Entiendes a qué me refiero?

Indie niega tercamente con la cabeza.

En ese momento me empujan por detrás. Pierdo el equilibrio y caigo al río. Apenas tengo tiempo de meter la mano en el bolsillo y sacar el papel antes de zambullirme. Mantengo el puño en alto y, cuando toco el fondo, me doy un fuerte impulso con los pies.

Pero sé que el papel se ha mojado.

Los demás interpretan mi puño alzado como una especie de saludo militar y responden dando gritos de júbilo y levantando también el puño. Tengo que disimular, de manera que grito:

—¡El Alzamiento! —Y todos repiten la consigna.

Estoy seguro de que ha sido Connor quien me ha empujado. Me observa desde la orilla, cruzado de brazos.

El río Camas también pasa por las proximidades del campamento y, en cuanto todos entran en los barracones para cambiarse de ropa, corro a las piedras planas de la orilla y despliego el papel. «Como Connor haya estropeado el mensaje de Cassia...»

La tinta del final se ha corrido. Se me encoge el corazón. Sin embargo, puede leerse casi todo, y está manuscrito por Cassia. Reconocería su letra en cualquier parte. Ha modificado un poco la clave, como siempre hacemos, pero no tardo en descifrarla.

*Estoy bien, aunque me han robado casi todos los papeles.*

*Así que no te preocupes si no tienes noticias mías tan a menudo. Me reuniré contigo en cuanto pueda. Tengo un plan. Ky, sé que querrás venir a buscarme, que querrás salvarme. Pero necesito que confíes en que puedo salvarme yo.*

*Llega la primavera. Lo noto. Pese a que sigo clasificando y esperando, escribo letras en todos los lugares que puedo.*

Yo estaba en lo cierto. Este mensaje es viejo. Con la Plaga, algunas cosas van más rápido, y otras, más lento. Los intercambios ya no son tan fiables como antes. ¿Cuándo escribió esto? ¿Una semana después de que estallara la Plaga? ¿Dos? ¿Le ha llegado mi mensaje o aún está en el bolsillo de un archivista que yace inerte en un

centro médico?

*A veces, cuando pienso que no es justo que otra vez nos estemos contando la vida a retazos, me recuerdo que somos más afortunados que la mayoría porque tenemos la posibilidad de escribirnos. Este regalo, el primero de los muchos que me has hecho, significa más para mí día a día. Tenemos una forma de seguir en contacto hasta que podamos volver a estar juntos.*

*Te amo, Ky.*

Así es como siempre nos despedimos. Aunque esta vez hay más.

*No me puedo permitir mandar dos mensajes a Camas. Nunca te había pedido esto; he tratado de comunicarme con él por distintas vías para que no tuvierais que compartir el mismo mensaje. Pero ¿puedes encontrar una forma de que Xander lea esto? La parte que sigue es para él y es importante.*

Veo que la clave cambia de letras a números a mitad de página. Parece una clave numérica sencilla y, hacia el final, la tinta se emborrona en la parte que se ha mojado cuando me han arrojado al río.

Estoy tentado de descifrarla. Cassia sabe que podría hacerlo, pero piensa que puede confiar en mí.

No se equivoca. Nunca olvidaré cómo me miró en la casita de la Talla cuando descubrió que le había ocultado el mapa del Alzamiento. En ese momento me prometí que no permitiría que el miedo me convirtiera en alguien que no quería ser. Ahora puedo confiar y pueden confiar en mí.

Tengo que encontrar una forma de entregar este mensaje a Xander, aunque esté incompleto. Aunque, al recibirlo, él pueda pensar que no soy de fiar porque una parte está estropeada.

Sujeto el papel con una piedrecita para que el viento se lleve el agua. El mensaje no tardará en secarse. Con un poco de suerte, mis compañeros no me echarán de menos.

Cuando me vuelvo, veo a Indie caminando por las piedras. Se ha puesto un uniforme seco y se sienta a mi lado. Sujeto el papel por una esquina para evitar que vuele si el viento arrecia. Por una vez Indie no dice nada. No hace preguntas.

Decido hacerlas yo.

—¿Cuál es el secreto? —digo.

Me mira y enarca las cejas. «¿A qué te refieres?»

—¿Cuál es el secreto para volar como tú? —aclaro—. Como esa vez que el tren de aterrizaje se atascó y aterrizaste sin problemas. —Nos deslizamos por el asfalto de

la pista y el vientre de la aeronave despidió chispas, pero Indie no pareció ponerse nerviosa en absoluto.

—Sé cómo encajan los espacios —responde—. Cuando miro las cosas, tienen sentido para mí.

Es cierto. Siempre ha tenido buen sentido de la proporción y el espacio cuando se trata de objetos concretos. Llevaba el panal consigo porque le gustaba cómo encajaban las celdillas. Cuando escaló las paredes del cañón, hizo que pareciera fácil. Pero, incluso así, un razonamiento espacial óptimo, aunque en su caso sea casi intuitivo, no justifica por sí solo su facilidad para pilotar ni lo rápido que ha aprendido. A mí no se me da mal, pero no puedo compararme con ella.

—Y sé cómo se mueven las cosas —añade—. Así.

Señala otra garza que sobrevuela el río. Esta se desliza muy cerca de la superficie del agua, con las alas extendidas, impulsada por una corriente de aire. Miro a Indie y se me parte el corazón al percibirla tan sola, como si fuera la garza. Sabe cómo encajan y se mueven las cosas, pero muy pocas personas la comprenden. Es la persona más solitaria que he conocido jamás.

¿Ha sido siempre así?

—Indie —le digo—, ¿te llevaste tú algún tubo de la Caverna?

—Claro —responde.

—¿Cuántos? —pregunto.

—Solo uno.

—¿De quién?

—De nadie en concreto —responde.

—¿Dónde lo escondiste?

—No me duró mucho. Se perdió en el río que nos condujo al campamento del Alzamiento.

No dice toda la verdad. No sé en qué mente, pero es imposible hacerle hablar de lo que ha decidido mantener en secreto.

—Tú y Hunter fuisteis los únicos que no lo hicisteis —observa—. Me refiero a coger un tubo.

Claro. Porque Hunter y yo aceptamos la verdad sobre la muerte.

—He visto a personas muertas —digo—. Tú también. Cuando mueren se van. Es imposible revivirlas.

Somos nosotros los que estamos vivos. Aquí. Con todo que perder.

—¿Y si tuvieras que llevar algo al otro lado de la barricada? —le pregunto, cambiando de tema—. ¿Dirías que es imposible?

—Claro que no —contesta. Justo como sabía que haría—. Hay muchas formas de hacerlo.

—¿Por ejemplo? —pregunto, y sonrío. No puedo evitarlo.

—Podemos escalar el muro —responde.

—Nos verán.

—No, si somos rápidos —dice—. O podríamos ir en aeronave.

—Así seguro que nos pillarían.

—No si nos envía el Piloto —aclara.

## Capítulo 12

### Xander

Siempre reina un clima de animación en el centro médico cuando recibimos las curas. Es una de las pocas ocasiones que tenemos de ver a personas que son verdaderamente del otro lado de la barricada. Los médicos y pacientes no dejan de llegar, pero los pilotos y mensajeros que traen las curas son distintos. No están vinculados al centro médico, ni siquiera a Camas.

Y cabe la posibilidad de que veamos al Piloto. Corre el rumor de que trae personalmente parte de las curas de la ciudad de Camas. Al parecer, solo los mejores pilotos son capaces de aterrizar dentro de nuestra barricada.

La primera aeronave baja del cielo y se posa en la calle que sirve de pista de aterrizaje. El piloto la detiene a unos metros de la escalinata del Ayuntamiento.

—No sé cómo lo hacen —dice una doctora, moviendo la cabeza.

—Ni yo —reconozco. La aeronave gira y rueda hacia nosotros. Se desplaza mucho más despacio por tierra que por aire. Mientras la miro, me pregunto si algún día tendré la posibilidad de viajar en una. Son tantas las cosas que podremos hacer cuando hayamos curado a todo el mundo...

Los doctores abrimos los maletines en el almacén del centro médico y escaneamos los tubos con los miniterminales. Bip. Bip. Bip. Los mensajeros de las aeronaves traen un maletín tras otro.

Termino de escanear los tubos del primer maletín. Al momento aparece otro delante de mí.

—Gracias. —Alargo la mano para cogerlo y alzo la vista hacia el mensajero.

Es Ky.

—Carrow —dice.

—Markham —respondo—. Me resulta extraño utilizar su apellido—. Estás en el Alzamiento.

—Por supuesto —declara—. Siempre. —Me sonrío, porque los dos sabemos que es mentira. Quiero preguntarle miles de cosas, pero no hay tiempo. El reparto de curas no puede interrumpirse.

De pronto eso deja de parecerme lo más importante del mundo. Quiero preguntarle cómo y dónde está ella, y si tiene noticias suyas.

—Me alegro de verte —dice Ky.

—Yo también —respondo. Y es cierto. Ky me estrecha la mano con fuerza y noto que me pone un papelito en la palma.

—Es suya. —Habla en voz baja, para que nadie le oiga.

Antes de que alguien pueda decirnos que volvamos al trabajo, se dirige a la puerta. Cuando lo pierdo de vista, me fijo en las otras personas que traen curas y veo a una chica pelirroja que me está mirando.

—Tú no me conoces —afirma.

—No —convengo.

Ladea la cabeza y me escruta.

—Me llamo Indie —dice.

Cuando sonrío, veo lo guapa que es.

Le sonrío a mi vez y, después, también ella se marcha.

Me meto el papel en el bolsillo. Ky no regresa, al menos que yo vea. No puedo evitar sentir que volvemos a estar jugando en el centro recreativo del distrito, el día que perdió a propósito y solo yo me di cuenta. Ahora tenemos otro secreto. ¿Qué pone en el papel? Ojalá pudiera leerlo ya, pero mi turno no ha terminado. Cuando trabajamos no hay tiempo para nada más.

Ky y yo nos hicimos amigos poco después de que llegara al distrito. Al principio tuve celos de él. Lo desafié a que robara las pastillas rojas, y él las robó. Después de aquello ambos nos respetamos.

Recuerdo otra época de nuestra vida. Debíamos de tener unos trece años y los dos estábamos enamorados de Cassia. Nos quedábamos charlando cerca de donde vivía y fingíamos que nos interesaba lo que decíamos, pero, en realidad, hacíamos tiempo para verla cuando regresara a casa.

Llegó un momento en el que dejamos de fingir.

—No viene —dije.

—A lo mejor ha ido a ver a su abuelo —sugirió Ky.

Asentí.

—Acabará viniendo —añadió—. Así que no sé por qué importa tanto que ahora no esté.

En ese momento supe que sentíamos lo mismo. Supe que amábamos a Cassia, si no exactamente del mismo modo, sí en igual medida. Por completo, al cien por cien.

La Sociedad sostenía que esa clase de cifras no existe, pero a Ky y a mí nos daba lo mismo. También respetaba eso de él. Y siempre admiré su forma de no quejarse ni disgustarse nunca por nada, pese a lo difícil que tuvo que ser para él vivir en el distrito. Allí casi todo el mundo lo consideraba el sustituto de otra persona.

Es una cuestión en la que pienso a menudo. ¿Qué le sucedió realmente a Matthew Markham? La Sociedad nos dijo que murió, pero, a veces, no estoy seguro de que sea así.

La noche en que Patrick Markham salió a la calle en pijama, fue mi padre quien le convenció para que regresara a casa antes de que algún vecino llamara a los

funcionarios.

—Estaba trastornado —le susurró a mi madre en la entrada de casa después de acompañar a Patrick a la suya. Yo escuché a través de la puerta—. Decía cosas que no pueden ser ciertas.

—¿Qué cosas? —preguntó mi madre.

Mi padre se quedó callado un buen rato. Justo cuando yo creía que no se lo iba a explicar, dijo:

—Patrick no hacía más que preguntarme: «¿Por qué lo he hecho?».

Mi madre respiró hondo. Yo también. Los dos se volvieron y me vieron detrás de la mosquitera.

—Vuelve a la cama, Xander —dijo mi madre—. No hay por qué preocuparse. Patrick ya está en su casa.

Mi padre nunca contó a los funcionarios lo que Patrick había dicho. Y los vecinos sabíamos que Patrick salió esa noche a la calle porque estaba afligido por la muerte de su hijo: no hacía falta dar a nadie una pastilla roja para que olvidara lo sucedido. Además, el dolor de Patrick nos recordaba la necesidad de mantener a los anómalos alejados del resto de la Sociedad.

Pero yo recuerdo lo que mi padre susurró a mi madre esa noche cuando echaron a andar por el pasillo.

—Me ha parecido ver otra cosa en los ojos de Patrick aparte de dolor —dijo.

—¿El qué? —preguntó mi madre.

—Culpa —respondió él.

—¿Porque todo pasó en su trabajo? —razonó ella—. No debería echarse la culpa. No podía saberlo.

—No —dijo mi padre—. Era culpa. Culpa real, fundada.

Entraron en su dormitorio, y ya no pude oír nada más.

No creo que Patrick matara a su hijo. Pero sucedió algo que sigo sin comprender.

Cuando mi turno por fin termina, me dirijo al patio. Hay uno en cada pabellón, y son los únicos espacios al aire libre del centro médico. Tengo suerte: solo hay un hombre y una mujer enfrascados en una conversación. Voy al otro extremo para que tengan intimidad y me coloco de forma que no me vean desplegar el papel, de espaldas a ellos.

Al principio, lo único que hago es mirar la letra de Cassia.

Es bonita. Ojalá supiera escribir. Ojalá me hubiera enseñado. Siento un rencor repentino, como si alguien me lo hubiera inyectado directamente en las venas. Pero sé cómo sobreponerme al sentimiento: me recuerdo que no me hace ningún bien. Ya he sentido rencor por haberla perdido y nunca me conduce a nada. Además, esa no es la clase de persona que llevo toda la vida queriendo ser.



Solo tardo un momento en descifrar la clave: una sustitución numérica básica como las que aprendíamos cuando éramos pequeños y la Sociedad evaluaba nuestras dotes para la clasificación. Me pregunto si la ha descifrado alguien más antes de que el mensaje haya llegado a mis manos. ¿Lo ha leído Ky?

*Xander, quería decirte que estoy bien, y también varias cosas más. En primer lugar, nunca tomes una pastilla azul. Sé que el Alzamiento ha retirado todas las pastillas, pero si, de algún modo, cae alguna azul en tus manos, deshazte de ella. La pastilla azul puede matar.*

Un momento. Vuelvo a leerlo. Eso no puede ser. ¿Verdad? Supuestamente, las pastillas azules nos salvan la vida. Si no fuera cierto el Alzamiento me lo habría dicho. ¿No? ¿Lo saben ellos? La frase siguiente me despeja la duda.

*Al parecer en el Alzamiento todos saben que las pastillas azules son tóxicas, pero prefiero asegurarme de que lo sabes a dejar que lo descubras por tu cuenta. Traté de decírtelo por el terminal y creía que lo habías captado, pero últimamente me preocupaba que no fuera así. La Sociedad nos decía que las pastillas nos salvarían, pero mentía. Las azules te paralizan. Si alguien no te socorre, mueres. Lo vi en la Talla.*

Lo vio. Lo sabe por experiencia.

«Me dio una sorpresa.» Trató de decírmelo. Me entran náuseas. ¿Por qué no me dijo nada el Alzamiento? Las pastillas podrían haberla matado. Y habría sido culpa mía. ¿Cómo pude cometer semejante error?

La pareja del patio ha levantado la voz. No me vuelvo y continuó leyendo, con la mente disparada. Las frases siguientes me producen cierto alivio: al menos, no me equivocaba en que Cassia forma parte del Alzamiento.

*Estoy en el Alzamiento.*

*También intenté decirte eso.*

*Debería haberte escrito antes, pero eras un funcionario. No quería arriesgarme a meterte en líos. Y no conoces mi letra. ¿Cómo sabrías que el mensaje era mío, aunque los archivistas te lo aseguraran? Entonces se me ocurrió que había una forma de hacerte llegar un mensaje: a través de Ky. Él conoce mi letra. Puede asegurarte que esto lo he escrito yo.*

*Sé que estás en el Alzamiento. Te entendí cuando trataste de decírmelo por el terminal. Tendría que haberme dado cuenta: siempre has sido el primero de nosotros en hacer lo correcto.*

*Hay otra cosa que quería decirte personalmente, que no quería escribir en una carta. Quería hablar contigo cara a cara. Aunque al final he pensado que debería escribirte, por si todavía tardamos un tiempo en vernos.*

*Sé que me quieres. Yo te quiero, y siempre te querré, pero...*

El mensaje acaba ahí. El agua ha dañado el papel, y el resto es ilegible. Me exaspero. ¿Es casualidad que se haya emborronado precisamente en este punto tan decisivo? ¿Qué iba a decirme Cassia? Asegura que siempre me querrá, pero...

Una parte de mí querría que el mensaje terminara justo antes de esa última palabra.

¿Qué ha sucedido? ¿Ha estropeado Ky el papel sin querer? ¿O lo ha hecho a propósito? En el centro recreativo, siempre jugaba limpio. Más vale que también lo haga ahora.

Vuelvo a doblar el papel y me lo meto en el bolsillo. En los minutos que he pasado leyendo la nota, ha anochecido. El sol ha debido de ponerse detrás de la barricada. La puerta del patio se abre y entra Lei, justo cuando la pareja se marcha.

—Carrow —dice—. Te buscaba.

—¿Pasa algo? —pregunto. Llevo varios días sin verla. Como tardó un tiempo en unirse al Alzamiento, en vez de trabajar como doctora lo hace como auxiliar médica general, en el equipo y el turno que más la necesitan.

—No. Estoy bien. Me gusta trabajar con los pacientes. ¿Y tú?

—También —digo.

Me mira, y veo en sus ojos la misma pregunta que sé que había en los míos cuando tuve que decidir si respondía o no por ella. Se pregunta si puede confiar en mí, y si me conoce de verdad.

—Quería preguntarte —dice por fin— por la marca roja que los pacientes tienen en la espalda. ¿Qué es?

—Es una infección localizada en los nervios —le explico—. Se presenta en los dermatomas de la espalda o el cuello cuando se activa el virus. —Me callo, pero Lei ya forma parte del Alzamiento, de manera que puedo contárselo todo—. El Alzamiento nos dijo a algunos que estuviéramos atentos a su aparición, porque es una señal inconfundible de la Plaga.

—Y solo la tienen las personas que han pasado la enfermedad.

—Así es —contesto—. La forma muerta del virus que se utiliza en las vacunas es prácticamente asintomática. Pero, cuando el virus vivo de la Plaga infecta a una persona, los nervios se ven afectados, y el resultado es esa marquita roja.

—¿Has visto algo anómalo? —me pregunta—. ¿Alguna variación del virus básico? —Trata de entender el mecanismo de la Plaga por sí misma y no da por hecho lo que dice el Alzamiento. Su actitud debería incomodarme por haber

respondido por ella, pero no lo hace.

—De hecho, no —confieso—. De vez en cuando hay algún paciente que viene antes de quedarse inerte. Uno estuvo hablando conmigo mientras le administraba la cura.

—¿Qué dijo? —inquire.

—Quería que le prometiera que se pondría bien —respondo—. Y yo se lo prometí.

Cuando Lei asiente, me doy cuenta de que parece agotada.

—¿Te toca descansar ahora? —le pregunto.

—Aún me quedan unas horas —contesta—. De todas maneras, da bastante igual. No he dormido bien desde que él se fue. No puedo soñar. En algunos sentidos eso es lo más duro de que no esté.

La comprendo.

—Porque, si no puedes soñar, no puedes fingir que sigue aquí —razono—. Es lo que yo hago cuando sueño: vuelvo a estar con Cassia en el distrito.

—No —dice—. No puedo. —Me mira y oigo lo que se calla.

«Su pareja no está, y ya nada es igual.»

Se acerca un poco más y, para mi sorpresa, me apoya la mano en la cara, un instante. Es la primera vez que alguien lo hace después de Cassia y tengo que resistirme para no pegar la mejilla a su palma.

—Tienes los ojos azules —dice. Retira la mano—. Él también. —Percibo soledad en su voz, y también nostalgia: de él.

## Capítulo 13

### Cassia

Al principio el exterior del museo parece vacío, y aprieto los dientes con frustración. ¿Cómo se supone que voy a irme de Central si no encuentro a nadie interesado en realizar intercambios? Necesito las comisiones.

«Ten paciencia —me recuerdo—. Nunca sabemos cuándo puede haber alguien observando, decidiendo si quiere romper o no el silencio.»

En este momento soy la única colaboradora que hay, lo cual no durará mucho. Vendrán otros.

Percibo movimiento con el rabillo del ojo, y veo que una chica rubia con el cabello corto y unos ojos preciosos rodea la esquina del museo. Lleva algo en las manos. Por un instante pienso en Indie y en su panal, y recuerdo el cuidado con el que siempre lo transportaba en los cañones.

La chica se acerca.

—¿Puedo hablar contigo? —pregunta.

—Por supuesto —respondo. Últimamente, casi nadie utiliza ya la contraseña de preguntar por la historia de la Sociedad. Ya no es tan necesaria como antes.

La chica abre las manos y, acurrucado en ellas, veo un pajarillo pardo y verde.

La situación es tan extraña que, por un momento, me quedo mirando el pájaro. Está inmóvil, salvo por el viento que le desordena un poco las plumas.

Son de un tono verde que reconozco.

—Lo he hecho yo —me explica—, para agradecerte lo que escribiste para mi hermano. Ten.

Me da el pajarillo. Es minúsculo y está hecho de arcilla. Noto su peso en la palma, su textura terrosa, y las plumas, diminutos jirones de seda verde, solo le cubren las alas.

—Es precioso —digo—. Las plumas..., ¿son...?

—Del retal de seda que la Sociedad me envió hace unos meses después de mi banquete —responde—. He pensado que ya no lo necesitaría.

También fue vestida de verde.

—No cojas el pájaro demasiado fuerte —añade—. Podrías cortarte. —Me aparta de la sombra del árbol y las partes del pájaro que carecen de plumas se cuajan de estrellas. Brillan bajo el sol.

—Tuve que romper el cristal para sacar el retal —continúa— y se me ocurrió aprovecharlo. Lo trituré y, después de modelar el pájaro, lo hice rodar por encima de los trocitos. Eran casi tan pequeños como granos de arena.

Cierro los ojos. Yo hice algo parecido, en el distrito, cuando regalé a Ky el retal de mi vestido. Recuerdo claramente el chasquido del cristal cuando saqué la seda.

El pájaro brilla y parece moverse. Centelleo de cristal, plumas de seda.

Parece tan cerca de cobrar vida que me entran ganas de lanzarlo al aire para ver si alza el vuelo. Pero sé que solo oíré un golpetazo y veré el suelo sembrado de verde, que solo lograré destruir la forma que lo convertía en «pájaro», en «criatura voladora». Por eso prefiero seguir acunándolo, oír la melodía de mis pensamientos.

«No soy la única que escribe.»

«No soy la única que crea.»

Pese a que la Sociedad nos ha arrebatado muchas cosas, todavía oímos murmullos de música, susurros de poesía; todavía vemos vestigios de arte en el mundo que nos rodea. Nunca han logrado apartarnos de él por completo. Lo hemos asimilado, a veces sin saberlo, y muchos aún suspiramos por hallar un modo de expresarlo.

Comprendo, otra vez, que no necesitamos «intercambiar» nuestro arte: podríamos regalarlo, compartirlo. Una persona podría aportar un poema, otra un cuadro. Aunque no nos lleváramos nada, todos tendríamos más después de haber contemplado algo hermoso u oído algo verdadero.

La brisa desordena las plumas verdes del pájaro.

—Es demasiado bonito —sostengo—, para quedármelo yo.

—Con tu poema me pasó lo mismo —dice la chica, con entusiasmo—. Me entraron ganas de enseñárselo a todo el mundo.

—¿Y si tuviéramos una forma de hacerlo? —pregunto—. ¿Y si pudiéramos reunirnos para enseñarnos lo que hemos creado?

«¿Dónde?»

El museo es el primer lugar que se me ocurre. Me vuelvo y miro sus puertas tapiadas. Si encontráramos la forma de entrar, tiene vitrinas y brillantes luces doradas. Están rotas, pero quizá podríamos repararlas. Me imagino abriendo una de las vitrinas, colgando mis poemas dentro y retirándome para mirarlos.

Siento un leve escalofrío. «No.» No es el sitio adecuado.

Cuando me vuelvo la chica me escruta con la mirada.

—Soy Dalton Fuller —se presenta.

Los colaboradores no debemos revelar nuestros nombres, pero esto no es ningún intercambio.

—Yo me llamo Cassia Reyes —digo.

—Lo sé —observa Dalton—. Firmaste el poema que escribiste. —Se queda callada—. Creo que conozco un sitio que servirá.

—Aquí no viene nadie —me explica Dalton—, por culpa del olor. Pero ya no huele tan mal.

Estamos al borde de la vegetación que circunda el lago. Desde aquí, alcanzamos a ver el agua, aunque no lo que lleva a la orilla.

He reflexionado sobre aquellos peces muertos arrastrados contra el embarcadero, mis pantorrillas, mis manos: ¿fue una última maniobra desesperada de la Sociedad para envenenar más agua, tal como hizo en las provincias exteriores y el país enemigo? Pero ¿qué razón podía tener para contaminar uno de sus propios lagos?

A medida que cura la Plaga, el Alzamiento va reduciendo la zona inerte. He visto aeronaves izando tramos de barricada y acercando más los que quedan. Algunos de los edificios encerrados por el muro vuelven a estar fuera de él.

El Alzamiento trae los trozos de barricada sobrantes a este terreno baldío próximo al lago. Por separado, los segmentos blancos parecen piezas de arte curvas y colosales, como plumas arrojadas al suelo por seres gigantes que se han transformado en mármol, como huesos surgidos del suelo que se han convertido en piedra. Son un cañón hecho pedazos, con espacios entre los que caminar.

—Lo he visto desde las paradas del tren aéreo —digo—, pero no sabía cómo era de cerca.

En una parte, hay dos trozos de barricada que están más próximos entre sí que el resto. Forman una especie de largo pasillo y se inclinan el uno hacia el otro, aunque no se juntan en la parte de arriba. Entro y el espacio que cobijan es fresco y un poco oscuro, con una definida línea de cielo azul por la que entra luz. Apoyo la mano en una pared y miro arriba.

—La lluvia seguirá entrando —dice Dalton—. Pero creo que está suficientemente protegido.

—Podríamos colgar los cuadros y los poemas en las paredes —sugiero, y ella asiente—. Y construir alguna clase de plataforma para colocar objetos como tu pájaro.

Y, si alguien supiera cantar, podría hacerlo aquí y nosotros podríamos escucharle. Por un momento, imagino que la música resuena en las paredes y flota sobre el solitario lago envenenado.

Sé que tengo que continuar colaborando con los archivistas para reunirme con mi familia y debo conservar mi puesto de clasificadora para seguir en el Alzamiento, pero esto también me parece importante. Creo que mi abuelo lo entendería.

# **TERCERA PARTE**

## **El doctor**

## Capítulo 14

### Xander

—Te mando a otro grupo de pacientes —me informa el doctor responsable por el miniterminal.

—Bien —contesto—. Estamos listos para recibirlos.

Ahora tenemos camas libres. Tres meses después del brote epidémico, la cifra de infectados por fin ha comenzado a menguar, gracias, en gran parte, a la mayor producción de vacunas. Los científicos, pilotos y trabajadores sanitarios han hecho todo lo posible y han salvado cientos de miles de vidas. Es un honor formar parte del Alzamiento.

Abro la puerta al equipo móvil de médicos.

—Parece que hemos tenido un brote poco importante en uno de los barrios residenciales —comenta un médico cuando entra empujando una camilla. El sudor le corre por la cara y parece agotado. Admiro a estos médicos casi más que a cualquier otro miembro del Alzamiento. Su trabajo es físico y agotador—. Supongo que, de algún modo, se nos pasó vacunarlos.

—Podéis ponerlo ahí —indico.

Pasan al paciente a una cama. Una enfermera comienza a desvestirlo para ponerle una bata y suelta una exclamación de sorpresa.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—La erupción —responde. Señala al paciente y veo que tiene el pecho surcado de listas rojas—. Es grave en este paciente.

Aunque la marquita roja es más frecuente, de vez en cuando tenemos casos en los que la erupción se ha extendido al torso.

—Vamos a darle la vuelta para verle la espalda.

Lo hacemos. La erupción está extendida por toda la espalda. Me dispongo a escribir una nota en mi miniterminal.

—¿Están los demás así?

—No, que nosotros hayamos visto —contesta el médico.

Los médicos y yo examinamos al resto de los pacientes nuevos. Ninguno presenta esta erupción aguda o tiene siquiera la marca roja.

—Probablemente, no es nada —digo—, pero llamaré a uno de los virólogos.

El virólogo no tarda mucho en venir.

—¿Qué tenemos? —pregunta, con tono confidencial. Aunque no hemos hablado nunca, lo conozco de vista y sé que es uno de los mejores médicos investigadores del Alzamiento—. ¿Una variación?



—Eso parece —respondo—. La erupción vírica aguda, antes pequeña y localizada, afecta ahora a los dermatomas de todo el torso.

El virólogo me mira con cara de sorpresa, como si le extrañara mi dominio de la jerga médica. Pero llevo aquí tres meses. Sé qué términos debo utilizar y, sobre todo, sé qué significan.

Llevamos guantes y mascarilla, como dicta el protocolo. El virólogo saca una cura del maletín.

—Tráeme un monitor de signos vitales —dice a un médico—. Y tú —Se dirige a mí—, extráele una muestra de sangre y ponle una vía.

»Esto no es ninguna sorpresa —añade mientras inserto la aguja en la vena del paciente. El doctor responsable nos observa por el terminal empotrado en la pared—. Los virus mutan continuamente. Es posible ver distintas mutaciones de un solo virus en diferentes tejidos, incluso en el mismo organismo.

Cuelgo la bolsa de suero y abro el gotero.

—Para que una mutación prospere —continúa el virólogo—, tendría que haber alguna clase de presión selectiva. Algo que volviera la mutación más viable que el virus original.

Advierto que me está aleccionando, lo cual no es necesario. Y creo que sé a qué se refiere.

—¿Como una cura? —pregunto—. ¿Podría ser esa la presión selectiva? ¿Es posible que este nuevo virus haya prosperado gracias a nosotros?

—No te preocupes —contesta—. Lo más probable es que tengamos un sistema inmunitario que está manifestando una reacción excepcional al virus.

Mira al paciente y escribe una anotación en su miniterminal. Como soy el doctor de turno, también aparece en el mío. «Cambiar al paciente de postura cada dos horas para que no se llague. Esterilizar y aislar las heridas para contener la infección.» Las instrucciones son las mismas que para el resto de los pacientes.

—Pobre hombre —dice—. Quizá sea mejor que pase un tiempo inerte. Va a dolerle antes de que se le cure.

—¿Crees que deberíamos aislar a los pacientes de este grupo en una zona aparte del centro? —pregunto al doctor responsable por el terminal.

—Solo si prefieres no tenerlos en tu pabellón —responde.

—No —digo—. Podemos hacerlo más adelante si es necesario.

El virólogo asiente.

—Te informaré en cuanto tengamos los resultados de la muestra —asegura—. Tardaremos una o dos horas.

—Entretanto empieza a administrarles la cura —me instruye el doctor responsable.

—Una extracción de sangre impecable —observa el virólogo al salir—. Se diría

que aún eres médico.

—Gracias —respondo.

—Carrow —dice el doctor responsable—, hace rato que tendrías que estar descansando. Para ahora, mientras analizan la muestra.

—Estoy bien —protesto.

—Esta es la segunda vez que alargas el turno —insiste—. Los enfermeros y médicos pueden ocuparse de esto.

Ahora, siempre que dispongo de un descanso, salgo al patio. Incluso me llevo la comida para tomármela allí. Es un rinconcito con árboles y flores que han empezado a marchitarse porque nadie tiene tiempo de cuidarlas, pero, al menos, cuando estoy aquí sé si es de día o de noche.

Además, calculo que, si frecuento el mismo sitio, es más probable que Lei y yo nos veamos y podamos hablar del trabajo y lo que hemos observado.

Al principio creo que no tengo suerte, porque no está en el patio. Pero, cuando casi he terminado de comer, la puerta se abre, y es ella.

—Carrow. —Parece contenta de verme. También debía de querer verme, lo cual es agradable. Sonríe y señala a los otros ocupantes del patio—. Todo el mundo ha descubierto este sitio.

Tiene razón. Cuento al menos otras catorce personas sentadas al sol.

—Quería hablar contigo —digo—. Ha pasado una cosa interesante en el último grupo de pacientes que han traído.

—¿Qué es? —pregunta.

—Un paciente ha ingresado con una erupción más aguda.

—¿Qué aspecto tiene?

Le describo las lesiones y le cuento lo que ha dicho el virólogo. Trato de explicarle el concepto de presión selectiva, pero no lo hago nada bien. Aun así capta la idea.

—Entonces es posible que la cura haya causado la mutación —deduce.

—Si es que se trata de una mutación —preciso—. Ningún paciente más tiene una erupción como esa. Naturalmente, es posible que todavía no se haya manifestado.

—Ojalá pudiera verlas —dice. Al principio creo que se refiere a las lesiones, pero después veo que señala el lugar donde estarían las montañas si las paredes no le impidieran verlas—. Solía preguntarme cómo podía vivir la gente sin montañas que le indicaran dónde estaba. Ahora supongo que lo sé.

—Yo nunca las he echado de menos —reconozco.

Lo único que había en Oria era la Loma, y jamás me interesó. Prefería los espacios pequeños, como el césped del centro de primera enseñanza o el vivo color azul de la piscina. Y me gustaban los arcos del distrito antes de que los talaran.

Quiero volver a construir todas esas cosas, pero sin la Sociedad.

—Mi nombre es Xander —digo, de repente, y ambos nos sorprendemos—. No creo que te lo haya dicho nunca.

—Yo me llamo Nea —responde.

—Es bueno saberlo —comento. Y lo es, aunque no vamos a violar el protocolo y llamarnos por nuestros nombres de pila mientras trabajamos.

—Lo que más me gusta de él —dice Lei, casi cortante en su cambio de tono y tema— es que nunca tiene miedo. Excepto cuando se enamoró de mí. Pero ni siquiera entonces se echó atrás.

Tardo más de lo habitual en saber qué decir y, antes de que se me ocurra algo apropiado, Lei vuelve a hablar.

—¿Qué te gusta de ella? —pregunta—. ¿De tu pareja?

—Todo —respondo—. Toda ella. —Extiendo los brazos. Una vez más me faltan las palabras. Es una sensación extraña, y no estoy seguro de por qué me cuesta tanto hablar de Cassia.

Creo que Lei va a impacientarse conmigo, aunque me equivoco. Asiente.

—Lo entiendo —constata.

Mi descanso ha terminado.

—Tengo que volver —digo—. Es hora de ver cómo evolucionan.

—Esto no te supone ningún esfuerzo, ¿verdad? —observa Lei.

—¿A qué te refieres?

—A cuidar de las personas. —Vuelve a mirar en la dirección de las montañas—. ¿Dónde vivías el verano pasado? —añade—. ¿Ya te habían destinado a Camas?

—No —respondo. Entonces estaba en Oria, mi hogar, intentando que Cassia se enamorara de mí. Parece que haya pasado mucho más tiempo—. ¿Por qué?

—Me recuerdas a una clase de peces que vienen al río en verano —responde.

Me río.

—¿Debería sentirme halagado?

Pese a que Lei sonrío, parece triste.

—Vienen del mar, nada menos.

—Parece imposible —digo.

—Lo es —responde—. Pero ellos lo hacen. Y cambian por completo durante el trayecto. Cuando viven en el mar, son azules con el lomo plateado. En cambio, cuando llegan aquí, tienen unos colores vivísimos. Son rojos con la cabeza verde.

No estoy seguro de qué relación cree que tiene eso conmigo.

Trata de explicarse.

—Lo que quiero decir es que has encontrado el camino a casa. Has nacido para ayudar a las personas y siempre encontrarás una manera de hacerlo, estés donde estés. De igual forma que los peces rojos han nacido para encontrar el camino que los lleva

del mar al río.

—Gracias —digo.

Por un momento me planteo contárselo todo, incluso lo que realmente hice para conseguir las pastillas azules. Pero me contengo.

—Es hora de que vuelva al trabajo —arguyo. Vacío el agua de la cantimplora en las neorrosas próximas a nuestro banco y me dirijo a la puerta.

Camino por la parte trasera de las casas del distrito de los Arces, junto a las vías de las carretas que reparten la comida. Aunque es tarde y están paradas, me parece oír su traqueteo. Cuando paso por delante de la casa de Cassia, quiero alargar la mano para tocar un postigo o llamar a una ventana, pero, naturalmente, no lo hago.

Llego a la zona comunitaria del distrito, donde se apiñan los centros recreativos, y antes incluso de que pueda preguntarme dónde está el archivista, él aparece a mi lado.

—Estamos detrás de la piscina —me informa.

—Lo sé —contesto.

Este es mi distrito y sé exactamente dónde me encuentro. Veo el borde del trampolín blanco delante de nosotros. El murmullo de nuestras voces en esta noche húmeda me recuerda al zumbido de las cigarras.

El archivista salta rápidamente la cerca, y yo lo sigo. Casi digo «La piscina está cerrada. No podemos entrar», pero es evidente que hemos entrado.

Un grupo de personas aguarda bajo el trampolín.

—Lo único que tienes que hacer es sacarles sangre —me instruye el archivista.

—¿Por qué? —pregunto, y se me hiela la sangre.

—Estamos recogiendo muestras para conservarlas —me responde—. Todos queremos ser dueños de nuestras propias vidas. Eso ya lo sabías.

—Creía que recogeríamos las muestras de la forma habitual —objeto—. Con bastoncillos de algodón, no con agujas. Hace falta muy poco tejido.

—Así es mejor —sostiene el archivista.

—No vas a robarnos como hace la Sociedad —me dice una de las mujeres, con serenidad—. Vas a sacarnos sangre para dárnosla. —Me enseña el brazo—. Estoy lista.

El archivista me entrega un maletín. Cuando lo abro veo tubos esterilizados y jeringuillas con envoltorios de plástico.

—Adelante —me indica—. Todo está resuelto. He traído las pastillas y te las daré cuando acabes. No necesitas saber nada más.

Tiene razón. No quiero intentar comprender el complejo sistema de intercambios y compensaciones. Y, desde luego, no quiero saber qué han pagado estas personas para estar aquí. ¿Se trata siquiera de un intercambio autorizado por el resto de los archivistas o es una transacción prohibida? ¿En qué me he metido? No era consciente

de que esta sangre para el mercado negro sería el precio de las pastillas azules.

—Van a descubrirte —digo.

—No —responde el archivista—. No lo harán.

—Por favor —me suplica la mujer—. Quiero volver a casa.

Me pongo unos guantes y preparo una jeringuilla. Ella no abre los ojos en ningún momento. Le clavo la aguja en la cara interna del codo. Ella emite un sonido de sorpresa.

—Ya casi está —le informo—. Aguanta un poco. —Saco la jeringuilla y la levanto. La sangre es oscura.

—Gracias —dice, y el archivista le da un algodón con el que ella se aprieta el pinchazo.

Cuando he terminado, el archivista me da las pastillas azules. Luego se dirige al grupo.

—Volveremos a estar aquí la semana próxima. Traed a vuestros hijos. ¿No queréis asegurarnos de tener también muestras suyas?

—Yo no estaré aquí la semana próxima —digo al archivista.

—¿Por qué? —me pregunta—. Les haces un favor.

—No —objeto—. No se lo hago. Todavía no existe un método científico para resucitar a los muertos.

Si existiera estoy seguro de que la gente lo utilizaría. Como Patrick y Aida Markham. Si hubiera un modo de resucitar a su hijo, ellos lo revivirían.

En casa, con un pequeño bisturí que he robado del centro médico, realizo la única operación que es probable que practique nunca. Hago un fino corte en el reverso de los envases de pastillas, corto el papel de los archivistas en tiras, las introduzco en los compartimientos y caliento los envases en el incinerador para que el adhesivo se derrita y vuelva a soldarse.

Me lleva casi toda la noche y, por la mañana, me despiertan los gritos de Patrick y Aida cuando los funcionarios se llevan a Ky. No mucho después, Cassia también se va y, gracias a mí, tiene pastillas azules que llevarse.

Entro en mi pabellón para ver cómo siguen los pacientes.

—¿Alguna reacción adversa a la cura? —pregunto.

La enfermera niega con la cabeza.

—No —contesta—. Cinco responden bien. Pero el resto no, incluido el paciente que tiene la erupción. Por supuesto, todavía es pronto.

No necesita decir en voz alta lo que ambos sabemos: habitualmente, ya hemos observado alguna clase de reacción en esta fase. No es buena señal.

—¿Se ha manifestado la erupción en algún otro paciente?

—No lo hemos comprobado desde que han ingresado —responde—. Ha pasado menos de una hora.

—Lo haremos ahora —digo.

Volvemos a uno de los pacientes con cuidado. Nada. Pasamos al siguiente. Nada.

Pero la tercera paciente tiene ronchas en todo el cuerpo. Aún no están tan rojas como las del primer paciente, aunque se trata, sin duda, de una reacción atípica.

—Llama al virólogo —pido a un médico.

Cuando ponemos a la mujer boca arriba, se me corta la respiración. Le sangran la boca y la nariz.

—Tenemos una paciente con síntomas distintos —informo al doctor responsable por el terminal.

Antes de que me responda, oigo otra voz en mi miniterminal. Es el virólogo.

—Carrow, he analizado el genoma vírico del paciente con la erupción aguda —dice—. Revela una copia adicional del gen de la envoltura de la proteína de inserción nerviosa. ¿Sabes qué significa?

Sí.

Tenemos una mutación entre manos.

## Capítulo 15

### Cassia

Al atardecer la luz dora la barricada blanca y el cielo adquiere una intensa tonalidad azul excepto en el lugar donde el sol se consume más allá del horizonte. Es entonces cuando nos reunimos, y cada vez somos más. Una persona se lo cuenta a dos, dos se lo cuentan a cuatro, y la cifra aumenta de forma exponencial hasta que, unas semanas después de haber comenzado, tenemos lo que yo considero nuestro propio estallido.

No sé quién empezó a referirse a este lugar como a «la Galería», pero el nombre ha cuajado. Me alegro de que la gente se haya interesado tanto como para ponerle nombre. Lo que más me gusta es oír los murmullos de las personas que visitan la Galería por primera vez, verlas paradas delante de la pared con la mano en la boca y lágrimas en los ojos. Aunque podría estar equivocada, creo que muchas de ellas se sienten como yo siempre que vengo aquí.

«No estoy sola.»

Si tengo tiempo y puedo quedarme un rato, enseño a escribir a todos los que quieran aprender. Una vez que ven cómo lo hago, ellos dibujan sus propios signos, al principio bastante toscos, y después más claros, seguros.

Les enseño la letra de molde, no la florida letra ligada que me enseñó Ky. La letra de molde es más fácil por sus caracteres separados. Ligar las letras, escribir sin interrumpir el trazo, es lo que más cuesta aprender, lo que parece tan impropio de nuestras manos. De vez en cuando, escribo en letra ligada para no perder el sentido de conexión con las palabras y, sobre todo, con Ky. Cuando escribo sin levantar el palo del suelo o el carboncillo del papel, me acuerdo de Hunter y los labradores, de cómo se dibujaban líneas azules en la piel y las continuaban en la persona de su lado.

—Eso es más difícil —observa un hombre mientras ve cómo escribo en letra ligada—. Pero la forma normal... no es tan difícil.

—No —digo.

—Entonces, ¿por qué no lo hemos hecho siempre? —pregunta.

—Creo que hay personas que sí lo han hecho —respondo, y él asiente.

Tenemos que ser cautelosos. Todavía hay partidarios de la Sociedad con sed de lucha y destrucción que pueden resultar peligrosos. El Alzamiento no nos ha prohibido reunirnos, pero el Piloto nos ha pedido que nos concentremos en trabajar y poner fin a la Plaga. Sostiene que salvar vidas es lo más importante, y yo opino como él, aunque creo que, a su manera, la Galería también salva vidas. Son muchas las personas que llevan tiempo esperando a poder crear o han tenido que esconder los frutos de su creatividad.

Traemos a la Galería todo lo que hacemos. Hay muchos cuadros y poemas

pegados con savia a la pared. Parecen banderas hechas jirones: papel de terminal, servilletas, incluso retales.

Hay una mujer que graba dibujos en planchas de madera, los espolvorea con ceniza y los transfiere a papel para estampar su mundo en el nuestro.

Hay un hombre que debió de ser funcionario y ha encontrado la forma de teñir sus uniformes blancos de diversos colores. Corta patrones y confecciona ropa de un estilo distinto de todos los que he visto, con ángulos, adornos y líneas que sorprenden por su originalidad. Cuelga sus creaciones en lo alto de la Galería y sus prendas parecen un presagio de cómo seremos en el futuro.

Está Dalton, que siempre aparece con objetos bonitos e interesantes, fabricados a partir de otras cosas. Hoy ha traído a una persona hecha con trocitos de ropa y papel que tiene piedras por ojos y semillas por dientes. Me parece tan bonita como temible.

—Oh, Dalton —exclamo.

Ella sonrío, y yo me inclino para mirar su estatuilla con más detenimiento. Percibo el fuerte olor de la savia que utiliza como adhesivo en todas sus obras.

—Se rumorea —dice, en voz baja— que, cuando se haga de noche, alguien va a cantar.

—¿Es seguro esta vez? —pregunto—. Ya ha corrido ese rumor. Pero nunca se materializa. Con los poemas y los objetos artísticos, es más fácil; no tenemos que colocarnos delante de los demás y verles la cara mientras les hacemos la ofrenda de nuestro don.

Antes de que Dalton responda, alguien me toca el codo. Me vuelvo y veo a un archivista que conozco. Por un momento, siento pánico: ¿cómo ha encontrado la Galería? Entonces recuerdo que los archivistas no son la Sociedad y que nosotros no competimos con ellos. Aquí compartimos, no realizamos intercambios.

El hombre se saca algo blanco del abrigo y me lo da. Un papel. ¿Puede ser un mensaje de Ky? ¿O de Xander?

¿Qué pensó Xander de mi mensaje? Es la nota más difícil que he tenido que escribir nunca. Comienzo a desplegar el papel.

—No lo leas —dice el archivista, como si le diera vergüenza—. No mientras estoy aquí. Me preguntaba... ¿podrías colgarlo? ¿Cuando me haya ido? Es un relato que he escrito...

—Claro —prometo—. Lo colgaré esta noche. —No debería haber supuesto que solo es archivista. Naturalmente, también puede tener algo que aportar a la Galería.

—Hay personas que vienen a preguntarnos si las cosas que han hecho tienen algún valor —explica—. Yo tengo que decirles que para nosotros no. Las mando aquí. Pero no sé cómo llamáis a este sitio.

Vacilo un momento, pero me recuerdo que la Galería no es un secreto que pueda ocultarse.



—Lo llamamos «la Galería» —respondo.

El archivista asiente.

—Deberíais tener cuidado con reuniros en grupo —me advierte—. Se rumorea que la Plaga ha mutado.

—Hace semanas que oímos esos rumores —objeto.

—Lo sé —contesta—, pero un día pueden ser ciertos. Por eso he venido esta noche. Tenía que poner esto por escrito, por si se nos acaba el tiempo.

Lo comprendo. He aprendido que, incluso sin una Plaga o una mutación, siempre tenemos poco tiempo. Por eso me vi obligada a escribir el mensaje a Xander, aunque casi me resultó imposible. Debía decirle la verdad, porque el poco tiempo que tiene no debería pasarlo esperando:

*Sé que me quieres. Yo te quiero, y siempre te querré, pero no podemos seguir así. Esta situación debe terminar. Tú dices que no te importa, que me esperarás, pero yo creo que te importa, y debería hacerlo. Porque ya hemos esperado demasiado en la vida, Xander. No me esperes más.*

*Te deseo todo el amor de mundo.*

Lo deseo más que ninguna otra cosa, quizá incluso más que mi propia felicidad. Y, en cierto sentido, eso quizá signifique que quiero a Xander más que a nadie.

## Capítulo 16

### Ky

—¿Adónde vamos? —me pregunta Indie cuando subimos a la aeronave.

Hoy me toca pilotar a mí. Por eso ocupo el asiento del piloto.

—Ni idea —respondo—. Como siempre.

Desde que gobierna, el Alzamiento ha dejado de informarnos con antelación de nuestros destinos. Empiezo a comprobar los mandos. Indie me ayuda.

—La aeronave de hoy es más vieja —dice—. Bien.

Asiento. Indie y yo preferimos las aeronaves antiguas. Aunque pueden ser más caprichosas que las nuevas, la sensación de pilotarlas es muy distinta. Con las nuevas a veces me parece que son ellas las que me llevan y no al revés.

Todo está en orden, de manera que aguardamos instrucciones. Vuelve a llover, e Indie canturrea. Verla contenta me hace sonreír.

—Me alegro de que formemos equipo —digo—. Ya no te veo nunca, ni en los barracones ni en el comedor.

—He estado ocupada —aduce. Se inclina hacia mí—. Cuando acabe la Plaga —pregunta—, ¿vas a pedir que te adiestren como piloto de combate?

¿Por eso la veo menos? ¿Se está planteando cambiar de profesión? Los pilotos de combate, los que nos cubren cuando transportamos cargamentos, tienen que adiestrarse durante años. Y, por supuesto, aprenden a combatir y a matar.

—No —contesto—. ¿Y tú?

Antes de que pueda responderme, el terminal comienza a imprimir nuestro plan de vuelo. Indie se dispone a coger el papel, pero yo me adelanto y me saca la lengua como si fuéramos niños. Miro la ruta y me da un vuelco el corazón.

—¿Qué pasa? —Indie estira el cuello para leer el papel.

—Vamos a Oria —respondo, aturdido.

—Qué raro —dice.

Lo es. Al Alzamiento no le gusta que viajemos a provincias en las que hemos vivido. Cree que intentaremos repartir las curas entre las personas a las que conocemos en lugar de permitirle distribuir las según sea necesario. «La tentación es demasiado fuerte», arguyen los comandantes.

—Puede ser interesante —opina Indie—. Dicen que Oria y Central son los sitios donde hay más partidarios de la Sociedad.

Me pregunto si queda en Oria alguien a quien yo conozca. A la familia de Cassia la trasladaron a Keya, y a mis padres se los llevaron. ¿Sigue viviendo allí la familia de Em? ¿Y los Carrow?

No he visto a Xander desde que le entregué la nota de Cassia. Unos días después de que hablara con Indie sobre cómo franquear la barricada de la ciudad de Camas, el

Alzamiento nos mandó allí con un cargamento de curas. Creo que ella tuvo algo que ver con la misión, pero, siempre que se lo pregunto, se encoge de hombros. «Seguramente solo querían ver si éramos capaces de realizar el aterrizaje —arguye—, porque es uno de los más difíciles dentro de una ciudad.» Sin embargo, por cómo le brillan los ojos, sé que no me lo dice todo. Eso me preocupa, pero, si Indie no quiere contar algo, es inútil insistir.

No obstante, franqueamos el muro, ayudamos a Caleb con el reparto de las curas y yo entregué a Xander el mensaje de Cassia. Me gustó verlo. Y él también se alegró de verme a mí. Me pregunto cuánto le duró la alegría después de descubrir que parte del mensaje era ilegible.

Como de costumbre, durante casi todo el trayecto solo vemos cielo.

Después, iniciamos el descenso. Pongo rumbo a la barricada. Aunque estas barreras blancas fueron erigidas por la Sociedad, de momento, el Alzamiento ha decidido dejarlas en pie para separar a los enfermos de los sanos.

—Oria es como cualquier otro sitio —dice Indie, decepcionada.

Jamás me lo había planteado así. Pero tiene razón. Esa siempre fue la característica más importante de Oria: era tan representativa de la Sociedad que apenas tenía identidad propia. No como Camas, que se distingue por las montañas, o Arcadia, que tiene el mar Oriental y una costa rocosa, o Central, que está repleta de lagos. Las provincias intermedias, Oria, Grandia, Bria y Keya, son muy parecidas.

Salvo en una cosa.

—Tenemos la Loma —contesto—. La verás cuando nos acerquemos más.

Estoy impaciente por ver el promontorio boscoso con sus verdes árboles. Siento que, si no puedo ver a Cassia, ver la Loma es lo más parecido. Estuvimos allí juntos. Nos escondimos entre los árboles y nos dimos el primer beso. Casi noto el viento en la piel y su mano en la mía. Trago saliva.

No obstante, cuando trazamos un círculo sobre Oria para iniciar el aterrizaje, no logro localizar la Loma.

Indie es la primera en atisbarla.

—¿Es eso marrón de ahí? —pregunta.

Así es.

Ese sitio pelado y marrón es la Loma.

Inicio el descenso. Cada vez estamos más cerca de las calles. Los árboles que las bordean crecen. El suelo viene a nuestro encuentro. Los edificios, antes anónimos, se tornan familiares.

En el último momento remonto.

Noto los ojos de Indie clavados en mí. Nunca había hecho esto en los meses que llevamos distribuyendo curas.

—He calculado mal —explico a los altavoces. Sucede. Quedará registrado en mi historial como un fallo. Pero tengo que ver la Loma otra vez, de cerca.

Hemos remontado en la dirección contraria y pongo rumbo a la Loma. Me abato más de lo debido para verla bien.

—¿Pasa algo? —inquire uno de los pilotos por el altavoz.

—No —respondo—. Voy a aterrizar.

He visto lo que necesitaba ver. La Loma está pelada. La han apisonado. Quemado. Masacrado. Es como si jamás hubiera tenido árboles. La tierra de las laderas, al no estar ya sujeta por las raíces de seres vivos, se ha desprendido en algunas partes.

El retal de seda verde del vestido de Cassia ya no está atado a un árbol en la cima de la Loma, blanqueándose a causa del viento, la lluvia y el sol. Los trocitos de poemas que ocultamos bajo tierra han sido desenterrados y vueltos a enterrar, más hondo si cabe.

Han matado la Loma.

Aterrizo. Detrás de mí, oigo que Caleb abre la bodega y comienza a sacar los maletines. Me quedo sentado y sigo mirando al frente.

Quiero volver a estar en la Loma, con Cassia. Lo anhele tanto que creo que el deseo podría consumirme. Han transcurrido meses y seguimos separados. Me llevo las manos a la cabeza.

—¿Ky? —pregunta Indie—. ¿Estás bien? —Me pone la mano en el hombro, pero enseguida la retira. Sin mirarme, baja a la bodega para ayudar a Caleb.

Le agradezco tanto la caricia como la soledad, pero ninguna de las dos cosas dura mucho.

—¿Ky? —me grita—. Ven a ver esto.

—¿Qué? —pregunto, y bajo a la bodega.

Indie señala un punto próximo al suelo, antes tapado por los maletines. Alguien ha rayado el metal y grabado imágenes en las paredes de la aeronave. Me recuerdan las pinturas de la Talla.

—Están bebiéndose el cielo —dice.

Tiene razón. No es lluvia lo que representan los dibujos, no como la que yo dibujé una vez en el distrito. Es otra cosa: el cielo derrumbándose y personas recogiendo los pedazos y bebiendo el agua que contienen.

—Me da sed —añade.

—Mira —digo, y señalo una figura que baja del cielo—. ¿Quién crees que es?

—El Piloto, por supuesto —responde.

—¿Los has hecho tú? —pregunto a Caleb, que ha aparecido en la escotilla de la bodega, listo para descargar más maletines.

—¿El qué? —repone.

—Los dibujos de la pared.

—No —contesta—. Deben de ser de otro mensajero. Yo nunca dañaré una propiedad del Alzamiento.

Le entrego otro maletín.

Terminamos el reparto y nos dirigimos a la aeronave. Mientras caminamos Indie se rezaga. Al volverme la veo hablando con Caleb. Él niega con la cabeza. Ella se acerca más a él. Ha levantado el mentón, y sé cuál debe de ser la expresión de sus ojos.

Lo está desafiando.

Caleb vuelve a negar con la cabeza. Parece tenso.

—Dímelo —oigo ordenar a Indie—. ¡Ahora! Deberíamos saberlo.

—No —replica Caleb—. Ni siquiera eres la piloto de este vuelo. Déjame en paz.

—Ky es quien pilota —aduce Indie—. Ha tenido que venir hasta aquí, la provincia en la que se crió. ¿Sabes lo duro que debe de ser eso? ¿Y si tuvieras que volver a Keya, o a donde sea que hayas nacido? Al menos debería saber qué hacemos.

—Traemos curas —dice Caleb.

—Eso no es todo —objeta Indie.

Caleb la sortea.

—Si el Piloto quisiera que lo supierais —arguye, con la cabeza vuelta hacia ella—, lo sabrías.

—Sabes que no eres más que un mensajero, incluso para el Piloto —dice Indie—. Él no tiene ningún lazo contigo.

Caleb da un paso atrás, y veo en su cara cuánto la odia.

Porque Indie tiene razón. Sabe lo que él desea. Es el sueño de todos los trabajadores huérfanos del Alzamiento: conseguir que el Piloto se sienta tan orgulloso de ellos que los considere uno de los suyos. También es el sueño de Indie.

Más tarde Indie viene a verme al campo próximo al campamento. Se sienta y respira hondo. Al principio creo que va a tratar de animarme hablando de cosas sin importancia, pero eso nunca se le ha dado muy bien.

—Podríamos intentarlo —dice—. Podríamos huir a Central si quieres.

—Ni hablar —declaro—. Los pilotos de combate nos derribarían.

—De no ser por mí, lo intentarías —arguye.

—Sí —reconozco—. Y por Caleb.

Ya he dejado atrás el egoísmo que me permitió abandonar a todos mis compañeros y huir a la Talla solo con Vick y Eli. Caleb forma parte del grupo. Cuando piloto está a mi cargo. No puedo ponerlo en peligro. Cassia no querría que

otras personas murieran solo para que yo pudiera ir a buscarla.

Y, si el Piloto dice la verdad, eso ya no es necesario. La Plaga está bajo control. Pronto todo se habrá arreglado. Entonces podré ir en busca de Cassia y podremos estar juntos. Quiero creer en el Piloto. A veces lo consigo.

—En el campamento donde recibimos la instrucción —digo—, ¿volaste alguna vez con él?

—Sí —responde Indie—. Así fue como supe que era el Piloto, incluso antes de que nos lo dijeran. Su forma de pilotar... —Le faltan las palabras, pero, al cabo de un momento, la cara se le ilumina—. Fue como el dibujo que hemos visto en la aeronave —dice—. Me pareció que me bebía el cielo.

—Entonces, ¿confías en él? —pregunto.

Indie asiente.

—Y, aun así, te arriesgarías a ir conmigo a Central.

—Sí —asegura—, si es lo que quieres.

Me mira como si tratara de ver dentro de mí. Me gustaría que sonriera. Ver su sonrisa ancha, sabia, cándida, astuta.

—¿En qué piensas? —pregunta.

—Quiero verte sonreír —respondo.

Y entonces sonrío, de golpe, con gusto, y también lo hago yo.

La hierba susurra mecida por el viento. Indie se acerca más a mí. Tiene el rostro radiante, esperanzado, vulnerable. Noto un vacío que me desgarran el corazón.

—¿Qué nos impide huir juntos? —me susurra—. ¿Tú y yo? —El murmullo del viento entre la hierba casi ahoga sus palabras, pero sé cuál es la pregunta que sale de sus labios. Ya me ha preguntado algo parecido.

—Cassia —respondo—. Estoy enamorado de Cassia. Lo sabes. —No hay ninguna indecisión en mi voz.

—Lo sé —dice, y no hay ningún tono de disculpa en la suya.

Cuando Indie desea algo lo suficiente, su instinto es saltar.

«Como Cassia.»

Indie respira y se mueve.

Se mueve hacia mí.

Me acaricia el pelo, me besa en los labios.

«Nada que ver con Cassia.»

Me aparto, sin aliento.

—Indie —digo.

—Tenía que hacerlo —declara—. No me arrepiento.

## Capítulo 17

### Cassia

Alguien entra en el escondrijo de los archivistas; oigo sus pasos en la escalera. Estoy esperando en la sala principal junto con todos los demás, así que levanto la linterna igual que ellos. La figura se detiene, sin sorprenderse.

Cuando veo quién es, una colaboradora a la que conozco de vista, bajo la linterna. Pero casi nadie más lo hace. La chica se queda quieta, como una polilla atrapada por la luz. Un archivista próximo me indica que vuelva a levantar la linterna. Lo hago y pestañeo, aunque la chica detenida en la escalera es la que está deslumbrada, no yo.

—Samara Rourke —dice la archivista mayor—, no deberías estar aquí.

La chica se ríe con nerviosismo. Lleva un voluminoso paquete y se dispone a dejarlo en el suelo.

—No te muevas —le ordena la archivista—. Te acompañaremos fuera.

—Estoy autorizada para realizar intercambios aquí —aduce Samara—. Me trajo usted misma.

—Ya no eres bienvenida —declara la archivista mayor. Se halla oculta entre las sombras, pero se adelanta y le enfoca a los ojos con la linterna. Esta es la guarida de los archivistas. Ellos deciden quién se queda entre las sombras y quién tiene que exponerse a la luz.

—¿Por qué? —le pregunta Samara, y por fin le tiembla un poco la voz.

—Tú ya sabes la razón —responde la archivista—. ¿Quieres que todos se enteren?

La chica se humedece los labios.

—Debería ver lo que he encontrado —insiste—. Le prometo que va a interesarle... —Se dispone a abrir el paquete.

—Samara nos ha estafado —dice la archivista, cuya voz es tan potente como la del Piloto. Resuena en toda la sala. Ninguna linterna vacila y, cuando cierro los ojos, sigo viendo sus haces y la expresión nerviosa y cegada de la chica—. Alguien le confió un artículo para que lo intercambiara por ella. Ella lo trajo aquí. Nosotros calculamos su valor, lo aceptamos y le dimos un artículo a cambio, junto con otro más pequeño como comisión. Y ella se ha quedado con los dos.

Hay muchos colaboradores sin escrúpulos en el mundo. Pero rara vez se atreven a trabajar con los archivistas.

—Ustedes no han perdido nada —arguye Samara—. Han recibido su pago. —Su intento de desafiarla me parte el alma. ¿Qué le ha inducido a hacer esto? Sabía que la descubrirían, ¿no?—. Si alguien debe castigarme, es la persona a la que he robado.

—No —dice la archivista mayor—. Los robos nos perjudican.

Tres de los archivistas bajan la linterna y echan a andar.

El corazón me palpita y doy un paso atrás. Aunque vengo aquí a menudo, no soy archivista. En cualquier momento, mis privilegios, que son más de los que goza la mayoría de los colaboradores, podrían revocarse.

Oigo un tijaetazo, y la archivista mayor retrocede con la pulsera de Samara en la mano. La chica está pálida pero incólume y, a la luz de las linternas que todavía la enfocan, veo que tiene la manga subida y ya no lleva nada en la muñeca.

—La gente debe saber —dice la archivista, dirigiéndose a toda la sala— que puede fiarse de nosotros. Lo que ha sucedido aquí lo trastoca todo. Ahora tendremos que pagar el precio del intercambio nosotros. —Todos hemos bajado las linternas y ya no le vemos la cara. La reconocemos sobre todo por la voz—. Y no nos gusta tener que pagar un precio que no nos corresponde. —Luego cambia de tono y el incidente queda zanjado, resuelto—. Ya podéis volver a vuestro trabajo.

No me muevo. ¿Quién dice que yo no haría lo mismo que Samara si cayera en mis manos un artículo que necesitara para otra persona? Porque creo que eso es lo que ha sucedido. No creo que Samara haya obrado en su propio beneficio.

Noto una mano en el codo y me vuelvo para ver quién es.

Es la archivista mayor.

—Ven conmigo —me indica—. Tengo que enseñarte una cosa.

Me lleva entre los estantes y por un largo pasillo, sin soltarme el brazo en ningún momento. Por fin entramos en otra vasta sala repleta de estantes metálicos, pero veo que no están vacíos, sino atestados de todo lo que cualquiera podría llegar a desear, cada retazo perdido de un pasado, cada fragmento de un futuro.

Otros archivistas deambulan entre los estantes mientras algunos montan guardia. Esta sala está iluminada de otra forma, con lucecitas colgantes por todo el techo que apenas dan luz. Veo maletines, cajas y recipientes de diversos tamaños. Haría falta un mapa para orientarse en un lugar como este.

Sé dónde estamos antes de que la archivista mayor me lo diga, aunque nunca había entrado aquí. Los archivos. En cierto modo es como ver al Piloto por primera vez; siempre he sabido que este lugar existía, pero, al tenerlo delante, me entran ganas de cantar, llorar o echar a correr; no estoy segura de qué.

—Los archivos están llenos de tesoros —explica la archivista—, y yo los conozco todos.

Bañados por esta luz, sus cabellos parecen dorados, como si fuera uno de los tesoros que ella misma custodia. Se vuelve y me mira.

—Pocas personas entran aquí —añade.

«¿Y por qué yo?», me pregunto.

—Hay muchos cuentos que han pasado por mis manos —continúa—. Siempre me ha gustado el que trata de una niña que debía convertir la paja en oro. Un cometido



imposible, pero lo consiguió más de una vez. Este trabajo es así.

Se adentra en un pasillo y coge un maletín de un estante. Cuando lo abre, veo que contiene montones de tabletas envueltas en papel. Coge una y me la enseña.

—Si pudiera —dice—, me pasaría el día aquí. Es donde comencé a trabajar como archivista. Clasificaba los artículos y los catalogaba. —Cierra los ojos e inspira. Me descubro haciendo lo mismo.

El olor que emana del maletín es familiar, evocador, pero, al principio, no logro identificarlo. El corazón me late un poco más aprisa y, de pronto, me embarga una ira antigua, inesperada, inexplicable. Entonces lo sé.

—Es chocolate —digo.

—Sí —conviene—. ¿Cuándo fue la última vez que tomaste chocolate?

—En mi banquete de emparejamiento —respondo.

—Claro —dice. Cierra el maletín, coge otro y lo abre.

Ve unos objetos plateados que me parecen las cajitas de los banquetes de emparejamiento, pero que son, en cambio, tenedores, cuchillos y cucharas. Abre un tercer maletín, incluso con más cuidado que los anteriores, y advierto que contiene una vajilla de porcelana, color hueso y frágil como el hielo. Enfilamos en otro pasillo donde me enseña sortijas con piedras rojas, verdes, azules y blancas, y en otro más, de cuyos estantes saca libros con ilustraciones tan coloridas y hermosas que tengo que entrelazar las manos para no tocarlos.

«Aquí hay muchísimas riquezas.» Aunque yo no cambiaría nada por plata o chocolate, comprendo por qué otros lo harían.

—Antes de la Sociedad —me cuenta la archivista mayor—, las personas utilizaban dinero. Había monedas, algunas de oro, y unos papeles rectangulares. La gente se los intercambiaba y representaban distintas cosas.

—¿Cómo funcionaba? —pregunto.

—Pongamos que yo tuviera hambre —dice—. Daría a una persona uno o dos papeles, y ella me daría comida.

—Pero, luego, ¿qué haría ella con los papeles?

—Utilizarlos para conseguir otra cosa —contesta.

—¿Escribían algo en los papeles?

—No —responde—. Nada que se parezca a tus poemas.

Niego con la cabeza.

—No entiendo por qué lo hacían. —Los intercambios que realizan los archivistas me parecen mucho más lógicos.

—Se fiaban unos de otros —responde—. Hasta que dejaron de hacerlo.

Aguarda. No estoy segura de qué espera que diga.

—Lo que te estoy enseñando —continúa— son las cosas que la mayoría de las personas consideraba valiosas. Y también tenemos montones de maletines llenos de

artículos más específicos para gustos más excéntricos. Llevamos mucho tiempo haciendo esto. —Volvemos sobre nuestros pasos hasta los estantes de las joyas. La archivista se detiene un momento para bajar un maletín. En lugar de abrirlo, se lo lleva cuando reanudamos la marcha—. Todo el mundo tiene un precio —sentencia—. Uno de los más interesantes es el afán de conocimiento, de saber cosas, no de poseerlas. Por supuesto, aquello que quieren saber las personas es un asunto igual de variado y complejo. —Se detiene cerca del final de un estante—. ¿Qué quieres saber tú, Cassia?

«Quiero saber si mi familia, Ky y Xander están bien. Qué quiso decir mi abuelo cuando mencionó el día del jardín rojo. Qué recuerdos he perdido para siempre.»

Una pausa, en esta sala silenciosa y decadente.

El haz de su linterna se refleja en los estantes y crea extraños juegos de luz. Su rostro, cuando alcanzo a verlo, parece pensativo.

—¿Sabes qué es extremadamente valioso en este momento? —me pregunta—. Los tubos que tenía la Sociedad, los que eran secretos. ¿Has oído hablar de ellas? ¿De las muestras que extraen antes del banquete final?

—He oído hablar de ellas —respondo. También las he visto. Dispuestas en filas y almacenadas en una cueva en mitad de un cañón. Cuando estuvimos en esa cueva, Hunter rompió varios tubos y Eli y yo robamos uno cada uno.

—No eres la única —dice la archivista mayor—. Algunas personas harán lo que sea para conseguir esas muestras.

—Los tubos no son importantes —arguyo—. No son personas de carne y hueso. —Repito las palabras de Ky y espero que la archivista no se dé cuenta de que miento. Porque, de hecho, robé el tubo de mi abuelo y se lo confié a Ky para que lo escondiera, dado que no parezco capaz de renunciar a la idea de que los tubos podrían ser importantes.

—Tal vez —contesta—. Pero hay personas que no opinan como tú. Quieren tener sus muestras, y las de sus parientes y amigos. Si pierden a un ser querido en la Plaga, querrán los tubos incluso más.

«Si pierden a un ser querido en la Plaga.»

—¿Es eso posible? —me pregunto en voz alta, pero, en cuanto lo digo, sé que lo es. La muerte siempre es posible. Lo aprendí en la Talla.

Casi como si me leyera el pensamiento, la archivista dice:

—Has visto los tubos, ¿verdad? Cuando estuviste en las provincias exteriores.

Por alguna razón, me entran ganas de reír.

«La Caverna por la que me preguntas, sí, la he visto, con montones de tubos ordenados en filas y almacenados bajo tierra. También he visto una cueva llena de papeles, y manzanas doradas en árboles negros que han crecido retorcidos por culpa del viento y la escasez de lluvia, y mi nombre grabado en un árbol, y pinturas

rupestres.

»Y, en la Talla, he visto cadáveres quemados bajo el sol y a un hombre cantando a su hija junto a su sepultura, dibujándole marcas azules en los brazos y pintándose las en los suyos. He sentido la vida en ese lugar, y he visto la muerte.»

—No has traído ningún tubo para intercambiarlo, ¿verdad? —me pregunta la archivista.

¿Cuánto sabe?

—No —respondo.

—Es una lástima —dice.

—¿Qué da la gente a cambio de un tubo? —inquiero.

—Todo el mundo tiene algo —contesta—. Por supuesto, nosotros solo garantizamos que el tubo pertenece a una determinada persona. No que es posible revivirla.

—Pero se sobreentiende —replico.

—Con unos pocos tubos, podrías ir a donde quisieras —dice—. A la provincia de Keya, por ejemplo. —Aguarda, para ver si muerdo el anzuelo. Sabe dónde está mi familia—. O a Oria, tu tierra natal.

—¿Y a un sitio completamente distinto? —le pregunto, pensando en Camas.

Nos quedamos mirándonos la una a la otra, esperando.

Para mi sorpresa, ella habla primero, y es entonces cuando comprendo lo desesperada que está por obtener las muestras.

—Si lo que me pides es un pasaje a las Tierras Ignatas —dice, en voz muy baja—, eso ya no es posible.

Nunca he oído hablar de las Tierras Ignatas. Solo conozco las Tierras Remotas. Las vi señaladas en un mapa en Oria y se correspondían con el país enemigo. No obstante, por la forma en que la archivista habla de las Tierras Ignatas, sé que se refiere a un lugar remoto completamente distinto, y me invade la emoción. Ni siquiera Ky, que vivió en las provincias exteriores, las ha mencionado nunca. ¿Qué son? Por un momento estoy tentada de decirle que sí, de intentar averiguar más cosas sobre unas tierras tan lejanas que no aparecen en ninguno de los mapas que he visto, ni siquiera en los que tenían los labradores de la Talla.

—No —respondo—. No tengo ningún tubo.

Nos quedamos calladas hasta que ella vuelve a romper el silencio.

—He observado que últimamente los intercambios han dejado de ser tu prioridad —dice—. He visto la Galería. Es todo un logro.

—Sí —convengo—. Todo el mundo tiene algo que merece la pena compartir.

Me mira con una mezcla de lástima y asombro.

—No —responde—. Todo lo que hacéis en la Galería ya se ha hecho, y mejor. Pero, de todas formas, es un logro extraordinario.

La archivista no es el Piloto. Ahora lo sé. Me recuerda a mi funcionaria de Oria. Ambas tienen en común el convencimiento de que aún aprenden, de que siguen evolucionando, cuando, en realidad, hace tiempo que perdieron esa capacidad.

Es un alivio salir de los archivos e ir a la Galería, que rebosa vida y no está bajo tierra. Cuando me acerco, oigo una voz.

Está cantando.

No conozco la canción; no es una de las Cien. No distingo las palabras porque estoy demasiado lejos, pero oigo la melodía. Una voz de mujer sube y baja, sufre y cura, y, en el estribillo, un hombre se une a ella.

Me pregunto si la mujer sabía que el hombre iba a cantar, si es algo que han planeado o si le ha sorprendido descubrir que no está sola en su canción.

Cuando terminan se hace un silencio. Al cabo de un momento, alguien aplaude en las primeras filas, y el resto no tardamos en sumarnos. Me abro paso entre la gente para tratar de ver las caras de quienes nos han traído la música.

—¿Otra? —pregunta la mujer, y nosotros gritamos la respuesta.

—¡Sí!

Esta vez canta otra cosa, una tonada breve y ligera. La melodía es rápida, pero fácil de seguir:

*Yo, piedra que rueda,  
a la más alta colina.  
Tú, amor, me llamas  
entre la fría neblina.  
Ahora ya nada nos para,  
te espero bajo la encina.*

¿Podría ser esta una de las canciones de las provincias exteriores? Me recuerda la historia de Sísifo, y Ky me explicó que los habitantes de las provincias exteriores conservaron sus canciones durante más tiempo. Pero todas esas personas ya no están. Quizá por eso las palabras debieran ser tristes, pero, apoyadas por la música, no me lo parecen.

Me sorprende tarareando la canción y, antes de darme cuenta, me he puesto a cantar junto con todos los que me rodean. Repetimos la canción hasta que nos sabemos la letra y la melodía. Al principio, cuando me sorprende moviéndome, me da vergüenza, pero luego ya no me importa, me da igual, y lo único que querría es que Ky estuviera aquí y pudiera verme, cantando y bailando delante de todos.

O Xander. Ojalá estuviera aquí. Ky ya sabe cantar. ¿Sabe hacerlo Xander?

Pisamos el suelo con fuerza y ya no olemos ni rastro de los peces muertos que en otro tiempo chocaban contra la orilla porque ya se han descompuesto, transformados en meras espinas, su olor disuelto en la fragancia de nuestra vida, nuestra carne, la sal de nuestras lágrimas y nuestro sudor, la frescura de la hierba y las plantas reverdecidas que pisamos. Respiramos el mismo aire, cantamos la misma canción.

## Capítulo 18

### Xander

A lo largo de la noche ingresan otros cincuenta y tres pacientes. No todos presentan erupción y hemorragia, pero algunos sí lo hacen. El doctor responsable ordena que los confinemos a todos en nuestro pabellón y me nombra doctor encargado de la mutación. Atenderé a los pacientes en planta mientras él observa desde el terminal.

—Quiere salvar el pellejo —me susurra una enfermera.

—No pasa nada —digo—. Quiero llegar al fondo de esto. Pero eso no quiere decir que tengas que arriesgarte tú. Puedo pedirle que te asigne a otro pabellón.

Ella niega con la cabeza.

—Estaré bien. —Me sonrío—. Además, lo has convencido para que incluya el patio en el área de confinamiento. Eso cambia las cosas.

—También tenemos la cafetería —arguyo, y ella se ríe. Ya no vamos casi nunca, excepto para recoger las bandejas de comida.

El virólogo entra para examinar a los pacientes. También está intrigado.

—Hay hemorragia porque el virus destruye plaquetas —me explica—. En consecuencia, es probable que a los pacientes afectados se les hinche el bazo.

Una médica próxima a nosotros asiente. Está realizando una exploración a uno de los primeros pacientes.

—Tiene el bazo hinchado —dice—. Se lo palpo por debajo del margen costal.

—Y los pacientes están perdiendo la capacidad para expectorar las secreciones de los bronquios y las vías respiratorias —añade otro médico—. La neumonía y las infecciones pronto serán un problema si no conseguimos que mejoren.

Unas camas más allá, oímos un grito.

—¡Tenemos una rotura de bazo! —exclama un médico—. Creo que hay hemorragia interna.

Pido un quirurgo por el miniterminal. Todos nos agrupamos alrededor del paciente, que ha palidecido. El monitor de signos vitales nos ensordece cuando el hombre sufre un descenso de la presión arterial y un aumento de la frecuencia cardíaca. Los médicos y los quirurgos gritan instrucciones.

Este paciente, y todos los demás, yacen completamente inertes.

No podemos salvarlo. Ni tan siquiera tenemos tiempo de trasladarlo al quirófano antes de que fallezca. Miro a los pacientes de las camas próximas. Espero que no hayan visto demasiado. ¿Qué pueden ver? El peso de esta muerte me aplasta cuando cojo el miniterminal, que no deja de pitar para avisarme de que he recibido un

mensaje privado del doctor responsable. Lo ha observado todo desde el terminal.

«Te estoy enviando datos sobre los pacientes. Revísalos de inmediato.»

¿Quiere que me ponga a revisar datos ahora? ¿Cuando acabamos de perder a un paciente? Todo el equipo parece desconcertado. El propósito del centro médico, y del Alzamiento, es que salvemos a las personas. No que las perdamos de este modo.

Me dirijo a un lado de la sala para leer los datos. Al principio no comprendo la urgencia. Son datos de los pacientes que han ingresado enfermos, al parecer sobre exploraciones médicas básicas. No estoy seguro de qué deben indicarme.

Entonces lo comprendo. Todas las exploraciones son recientes, del día que se administró la vacuna. «Los pacientes fueron vacunados y aun así tienen la mutación. Eso significa que un gran segmento de la población corre peligro.»

—Voy a tener que confinaros en el pabellón —me dice el doctor responsable por el miniterminal.

—Lo comprendo —respondo. No puede hacer otra cosa—. Van a confinaros aquí —informo a mis compañeros.

Ellos asienten, agotados. Lo entienden. Ya hemos pasado por esto un millón de veces en los simulacros. Estamos aquí para salvar vidas.

Oigo pasos detrás de mí, de alguien que ha echado a correr. Giro sobre mis talones.

El virólogo se dirige a las puertas del pabellón. ¿Han tenido tiempo de cerrarlas? ¿O va a exponer a todo un nuevo grupo de personas a la Plaga mutada?

Echo a correr entre las camas a toda velocidad. El virólogo es mayor que yo. No me cuesta nada alcanzarlo y derribarlo.

—No vas a huir —digo, sin molestarme en disimular mi indignación—. Vas a quedarte aquí para ayudar a los enfermos. Es parte de tu trabajo.

—Escucha —farfulla, y trata de incorporarse. Se lo permito, pero no le suelto el brazo—. Puede que no seamos inmunes a esta mutación. Puede que la vacuna no sirva de nada.

—Por eso precisamente no puedes poner en peligro a nadie más —arguyo—. Y tú lo sabes mejor que nadie. —Lo levanto agarrándolo por la espalda del uniforme y lo conduzco a uno de los armarios donde guardamos el material. Pese a que no quiero encerrarlo, no se me ocurre otro modo de proceder en este momento.

—A menos —dice y, por su tono, me parece un loco o un genio— que los pacientes con cicatrices estén protegidos. Las cicatrices de la espalda.

Sé a qué se refiere.

—Las primeras personas que contrajeron la Plaga —convengo.

El Alzamiento nos pidió que estuviéramos atentos a las marcas, y Lei y yo hablamos de ellas: las pequeñas cicatrices de la espalda, entre los omóplatos.

—Sí —contesta, con entusiasmo—. Podrían haber contraído una versión

ligeramente mutada del virus original, y su variante es lo bastante parecida a la forma mutante para no contraerla. Pero, en la vacuna que nos administraron a ti y a mí, solo había fragmentos del virus original. No se parece lo suficiente a esta nueva forma mutante para protegernos.

Sigo sin soltarlo, aunque asiento para indicarle que escucho.

—Nosotros no nos pusimos enfermos con la versión original de la Plaga —continúa—. Pero, de todas formas, estuvimos expuestos a ella. A pesar de que la vacuna nos protegió de los síntomas más graves, aun así, pudimos contraer el virus original. Así actúan las vacunas. Enseñan al organismo cómo reaccionar a un virus para que lo reconozca la próxima vez. No es que no se vea afectado por él, pero sabe cómo hacerle frente.

—Lo sé —digo—. Ya lo había deducido.

—¡Escúchame bien! —exclama—. Si pasó eso, si contrajimos la versión original de la Plaga, la que había cuando el Piloto habló por primera vez, tenemos la marca roja y no corremos peligro. No enfermamos, aunque sí nos contagiamos. Nuestro organismo simplemente venció al virus. Pero si no contrajimos el virus original durante ese período —Abre las manos—, estamos expuestos a la mutación. Y quizá no tengamos una cura eficaz para esa versión del virus.

Por un momento me parece un loco que solo farfulla, sin embargo, entonces ato cabos y creo que puede tener razón.

Se suelta el brazo y comienza a desabrocharse la camisa del uniforme negro. Luego se baja el cuello.

—Mira —dice—. No tengo la marquita, ¿verdad?

No la tiene.

—No —le respondo. Me contengo para no bajarme el cuello del uniforme e intentar comprobar si la tengo yo. Nunca se me ha ocurrido hacerlo—. Aquí te necesitamos. Y, si sales, podrías contagiar a otras personas. Ya has estado expuesto a la mutación, como todos nosotros.

—Iré al bosque. Los habitantes de las provincias fronterizas siempre han sabido sobrevivir. Hay sitios a los que puedo ir.

—¿Qué sitios? —pregunto.

—Los pueblos de las piedras —responde.

Enarco las cejas. ¿Está ofuscado? No conozco esos lugares. Nunca he oído hablar de ellos.

—¿Y tienen suero en esos pueblos? —pregunto—. ¿Tienen lo que necesitas para seguir con vida hasta que haya una cura? ¿Y no te importa exponerlos a la enfermedad?

Me mira con los ojos desorbitados por el pánico.

—¿No lo has visto? —replica—. ¿Al paciente? Ha muerto. No puedo quedarme



aquí.

—¿Es la primera vez que ves morir a alguien de verdad? —pregunto.

—En la Sociedad no moría nadie —dice.

—Sí moría —objeto—, pero la Sociedad lo escondía mejor. —Comprendo su temor. A mí también se me pasa por la cabeza salir huyendo, aunque solo fugazmente.

El doctor responsable decide mandarnos más pacientes y más personal antes de confinar el pabellón. Ha oído todo lo que me ha dicho el virólogo por el miniterminal y será él quién informe al Piloto de la situación. Me alegro de que no sea cometido mío.

Pero tengo una petición para el doctor responsable.

—Cuando mandes al personal nuevo —digo—, asegúrate de que todos saben que esta nueva forma del virus todavía no ha reaccionado a la cura. No necesitamos más intentos de fuga. Queremos que todos sepan dónde se meten.

Poco después, varios militares del Alzamiento, protegidos con trajes aislantes, entran en el pabellón con el nuevo personal. Los militares se llevan al virólogo. No sé dónde van a confinarlo, en una habitación vacía, quizá, pero se ha convertido en una carga y no puede quedarse aquí siendo tan imprevisible. Estoy tan centrado en asegurarme de que se lo llevan que tardo un momento en advertir que Lei es uno de los nuevos sanitarios.

Voy a verla al patio en cuanto tengo ocasión.

—No deberías haber venido —le digo, en voz baja—. No podemos garantizar que esto sea seguro.

—Lo sé —responde—. Me lo han dicho. No saben si la cura es eficaz con la mutación.

—Es más que eso —le respondo—. ¿Recuerdas cuando hablamos de la marquita roja que tienen las personas que contrajeron el virus original?

—Sí.

—El virólogo al que se han llevado tiene una teoría sobre eso.

—¿Cuál?

—Cree que, si una persona tiene la marca roja, significa que ha contraído el virus, como pensábamos, y también cree que eso significa que está protegida de la mutación.

—¿Cómo es posible? —pregunta.

—El virus cambia —contesto—. Como los peces de los que me hablaste. Antes era una cosa y ahora otra.

Lei niega con la cabeza.

Vuelvo a intentarlo.

—Los que recibimos la vacuna al principio habíamos estado expuestos a una forma del virus, una forma muerta. Entonces estalló el primer brote de la Plaga. Algunos pudimos contraer el virus, pero no nos pusimos enfermos porque ya habíamos estado expuestos a su forma atenuada. La vacuna hizo su trabajo y nuestro organismo combatió la enfermedad. Aun así estuvimos expuestos al virus vivo, lo que significa que podríamos estar protegidos de esta mutación. A pesar de que el virus muerto no era lo bastante parecido a la mutación para protegernos, nuestra exposición a la versión viva original de la Plaga podría serlo, siempre que contrajéramos el virus.

—Sigo sin entenderlo —dice.

Vuelvo a intentarlo.

—Según su teoría los que tienen la marca roja han tenido suerte —explico—. Han estado expuestos a las versiones correctas del virus en el momento oportuno. Y, en consecuencia, están protegidos de la mutación.

—Como las piedras del río —arguye, y sé, por su expresión, que lo ha comprendido—. Para cruzarlo y llegar a la otra orilla sin percances, hay que pisarlas en un determinado orden.

—Supongo —digo—. O como los peces de los que me hablaste. Cambian.

—No —objeta—. Los peces siguen siendo los mismos. Se adaptan; tienen un aspecto completamente distinto, pero, en lo esencial, no han cambiado.

—Está bien —concedo, aunque ahora el desconcertado soy yo.

Lei se da cuenta.

—Supongo —dice— que hay que verlos.

—¿Tienes la marca? —le pregunto.

—No lo sé —contesta—. ¿Y tú?

Niego con la cabeza.

—Tampoco estoy seguro —respondo—. No es que esté en un sitio fácil de ver.

—Te lo miro yo —se ofrece y, antes de que pueda reaccionar, se coloca detrás de mí y me baja el cuello del uniforme. Noto su respiración en la nuca.

»Si el virólogo tiene razón, tú no corres peligro —dice y, por el sonido de su voz, sé que sonrío—. Tienes la marca.

—¿Estás segura? —pregunto.

—Sí —responde—. Lo estoy. La tienes justo aquí. —Cuando retira la mano, sigo notando su dedo en la piel.

Sabe lo que estoy a punto de preguntarle.

—No —dice—. No me lo mires. Quiero seguir haciéndolo todo como hasta ahora.

Más tarde, cuando nos disponemos a salir del patio, Lei se detiene y me mira. En

ese momento me doy cuenta de que no hay muchas personas con su color de ojos: negro azabache.

—He cambiado de idea.

Al principio no sé muy bien a qué se refiere, pero se aparta la larga melena y añade:

—Creo que quiero saberlo. —Le tiembla un poco la voz.

«La marca. Quiere saber si la tiene.»

—De acuerdo —digo y, de pronto, me siento cohibido. Una reacción absurda, porque he explorado muchos cuerpos que solo son cuerpos. Sé que son personas, y quiero ayudarles, pero, hasta cierto punto, son anónimas, todas iguales.

Sin embargo, su cuerpo... será suyo.

Se pone de espaldas a mí, se desabrocha el uniforme y aguarda. Vacilo un momento y me quedo con la mano suspendida a poca distancia de su ropa. Respiro hondo y le bajo el cuello. Procuro no rozarle la piel.

No tiene ninguna marca.

Y entonces, sin pensar, la toco. Apoyo la base de la mano en su nuca y subo los dedos por su cabello. Como si pudiera ocultarle esto.

Respiro y retiro la mano. «Imbécil.» Que yo sea inmune no significa que no pueda ser portador de alguna forma de la Plaga mutada.

—Lo siento —farfullo.

—Lo sé —dice. Sin mirarme, me coge la mano y nos quedamos un instante con los dedos entrelazados.

Luego me suelta, abre la puerta del patio y entra en el edificio sin mirar atrás. Sin saber por qué, pienso: «Así que esto es lo que se siente al borde de un abismo».

# **CUARTA PARTE**

## **La plaga**

## Capítulo 19

### Ky

La ciudad de Oria tiene aspecto de que le hayan arrancado los dientes a patadas. Su barricada ya no forma un círculo perfecto, sino que está acribillada de agujeros. El Alzamiento debe de haberse quedado sin paredes blancas para cercar la zona inerte y ha tenido que utilizar tela metálica. La veo centellear bajo el sol primaveral cuando sobrevolamos la ciudad. Trato de no mirar en la dirección de la Loma.

Abajo militares del Alzamiento vestidos de negro nos saludan con la mano. Cuando descendemos, veo a personas armando alboroto y empujando contra la tela metálica. Están a punto de derribar la barricada. Incluso desde aquí, percibo el pánico.

—La situación ha empeorado demasiado para aterrizar —nos indica nuestro comandante—. Soltaremos los víveres en paracaídas.

Debo reconocer que algunas veces he deseado que a los habitantes de los distritos de Oria les ocurriera alguna desgracia. Eso sentí cuando la Sociedad me apresó y nadie excepto Cassia corrió para alcanzarme. O cuando la gente se reía durante las proyecciones porque no sabía qué era la muerte. Nunca deseé verles morir, pero me habría gustado que supieran qué era tener miedo. Quería que supieran que su cómodo estilo de vida tenía un precio. Pero es terrible ver esto. En las últimas semanas, el Alzamiento ya no tiene el control ni del pueblo ni de la Plaga. Se niega a dar explicaciones, pero sabemos que ha sucedido algo. Incluso los archivistas y los colaboradores parecen haberse esfumado. No tengo modo de mandar un mensaje a Cassia.

Uno de estos días, no voy a poder resistir el impulso de viajar a Central.

—La zona más segura está situada delante del Ayuntamiento —declara el comandante—. Soltaremos los víveres ahí.

—¿Vamos a soltarlos todos en el Ayuntamiento? —le pregunto—. ¿Qué pasa con los distritos?

—Soltaremos todo el cargamento delante del Ayuntamiento —insiste—. Es lo más seguro.

No estoy de acuerdo. Si no repartimos los víveres, habrá un baño de sangre. La gente ya está tratando de derribar la barricada. Cuando nos vea soltar el cargamento, querrá entrar incluso más y no sé cuánto tiempo puede aguantar el Alzamiento sin recurrir a la violencia en una situación como esta. ¿Mandaré las aeronaves de combate, como tuvo que hacer en Arcadia?

Indie y yo cerramos la formación, por lo que damos otra vuelta mientras las demás aeronaves sueltan el cargamento.

Nos alejamos de la ciudad y, cuando sobrevolamos los distritos, veo a personas

que salen de sus casas para vernos pasar. Han obedecido la orden del Alzamiento de quedarse esperando en vez de ir a la barricada.

Y eso significa que probablemente pasarán hambre, mientras sus conciudadanos se pelean en la barricada por los víveres que hemos traído.

De pronto siento por ellos una lástima y una lealtad que no me esperaba. Tratan de acatar órdenes y hacer lo correcto. ¿Es culpa suya que se haya desatado el caos?

No.

Sí.

—Preparaos para soltar la carga —señala el comandante. Es la primera vez que vamos a repartir víveres sin aterrizar, pero nos han adiestrado para esta eventualidad. Hay una escotilla en la parte inferior de la aeronave por la que podemos soltarlos.

—Caleb —digo, tras encender el altavoz que comunica con la bodega—, ¿estás listo?

No hay respuesta.

—¿Caleb?

—Estoy listo —contesta, pero su voz parece ahogada.

Esta vez soy yo el piloto, de manera que estoy al mando.

—Ve a ver qué le pasa —le pido a Indie.

Ella asiente y se dirige a la bodega, sin perder el equilibrio lo más mínimo pese al movimiento de la aeronave. La oigo abrir la escotilla y bajar la escalera.

—¿Algún problema? —pregunta el comandante.

—Creo que no —respondo.

—Caleb no tiene buen aspecto —dice Indie un momento después, cuando sale de la bodega—. Creo que está enfermo.

—Me encuentro bien —sostiene Caleb, pero todavía le cuesta un poco hablar—. Creo que es una reacción a alguna cosa.

—No soltéis la carga —ordena el comandante—. Volved de inmediato a la base.

Indie me mira y enarca las cejas. «¿Habla en serio?»

—Repito —insiste el comandante—, no soltéis la carga. Presentaos de inmediato en la base de Camas.

Miro a Indie, y ella se encoge de hombros. Doy media vuelta y volvemos a pasar por encima de los habitantes de los distritos. Como estaba descendiendo para soltar los víveres, puedo ver sus caras alzadas hacia nosotros. Parecen polluelos esperando comida.

—Ten —le digo a Indie. Le señalo los mandos de la aeronave y bajo a ver a Caleb.

Se ha desabrochado el cinturón de seguridad. Está de pie al fondo de la bodega, con las manos apoyadas en la pared, la cabeza gacha, el cuerpo rígido de dolor. Cuando me mira, veo temor en sus ojos.

—Caleb —digo—, ¿qué pasa?

—Nada —responde—. Estoy bien. Vuelve arriba.

—Estás enfermo —afirmo—. Pero ¿qué tienes? No podemos contraer la Plaga. A menos que algo haya salido mal.

—Caleb —repito—, ¿qué pasa?

Él niega con la cabeza. No me lo quiere decir. La aeronave se mueve un poco, y él se tambalea.

—Sabes qué pasa —insisto—, pero no me lo vas a decir. ¿Cómo quieres que te ayude?

—Tú no puedes hacer nada —arguye—. Además, no deberías estar aquí si estoy enfermo.

Tiene razón. Doy media vuelta y salgo. Cuando relevo a Indie, ella me mira con las cejas alzadas.

—Cierra bien la bodega —le indico—. Y no vuelvas a bajar ahí.

Casi hemos llegado a Camas cuando Caleb habla de nuevo. Estamos sobrevolando los llanos campos de Tana, y yo, por supuesto, estoy pensando en Cassia y en su familia cuando oímos su voz en el altavoz.

—He cambiado de opinión —dice—. Sí puedes hacer una cosa por mí. Necesito que escribas algo.

—No tengo papel —arguyo—. Estoy pilotando.

—No hace falta que lo escribas ahora —repone—. Puedes hacerlo después.

—De acuerdo —convengo—. Pero primero dime qué pasa.

El comandante está callado. ¿Nos escucha?

—No lo sé —responde Caleb.

—Entonces, yo no sé escribir —replico.

Silencio.

—Dime una cosa —insisto—, ¿qué había en los maletines que siempre traías cuando distribuíamos la cura?

—Tubos —responde de inmediato, para mi sorpresa—. Nos llevábamos tubos.

—¿Qué tubos? —pregunto, pero creo que ya sé la respuesta. Cabrían perfectamente en los maletines. Tienen más o menos el mismo tamaño que las curas. Debería haberlo deducido hace mucho.

—Los tubos que contienen las muestras de tejido —contesta.

He acertado. Pero no comprendo la lógica.

—¿Por qué? —pregunto.

—El Alzamiento se apoderó de las instalaciones donde la Sociedad guardaba los tubos —responde—, pero algunos miembros quisieron tener las muestras de sus familias bajo su control personal. El Piloto les proporcionó ese servicio.

—Eso no es justo —protesto—. Si el Alzamiento es para todos, tendría que haber devuelto todas las muestras.

—Piloto Markham —dice el comandante—, estás especulando sobre tus superiores, y eso es insubordinación. Te ordeno que no sigas por ese camino.

Caleb no dice nada.

—Entonces, ¿cree el Alzamiento que puede revivirnos? —pregunto.

El comandante empieza a hablar, pero, esta vez, también lo hacemos Caleb y yo.

—No —replica Caleb—. Sabe que no puede. Sabe que la Sociedad tampoco podía. Solo quiere las muestras. Como una póliza de seguros.

—No lo comprendo —digo—. El Piloto debería haber visto suficientes muertos para saber que los tubos no valen nada. ¿Qué razón podía tener para malgastar recursos en algo tan absurdo?

—El Piloto sabe que es imposible revivir a las personas con las muestras —responde Caleb—. Pero no todos los demás lo saben. Él se beneficia de eso. —Exhala—. Todo esto te lo cuento —añade— para que creas en el Piloto. Si no lo haces, estará todo perdido.

—No sabía que yo fuera tan importante —arguyo.

—No lo eres —dice—. Pero Indie y tú sois dos de los mejores pilotos. El Piloto va a necesitar a todas las personas que pueda conseguir antes de que esto termine.

—¿A qué te refieres con «esto»? —pregunto—. ¿A la Plaga? ¿Al Alzamiento? Tienes razón. El Piloto necesita toda la ayuda que pueda conseguir. De momento no ha logrado tener nada bajo control.

—Tú ni siquiera lo conoces —replica. Parece enfadado. Es buena señal. Su voz tiene un poco más de vida.

—No —admito—. Pero tú sí, ¿verdad? Lo conociste antes de que el Alzamiento subiera al poder.

—Los dos somos de Camas —explica—. Me crié en la base militar donde estaba destinado. Era uno de los pilotos que hacía viajes a las Tierras Ignoras. Llevó más gente a los pueblos de las piedras que cualquier otro piloto. Y nunca lo cogieron. Era el candidato ideal para encabezar el Alzamiento cuando llegó la hora de relevar al Piloto anterior.

—He vivido en las provincias exteriores —comento— y nunca he oído hablar de los pueblos de las piedras ni de las Tierras Ignoras.

—Pues existen —declara—. Las Tierras Ignoras están mucho más allá del país enemigo. Y los pueblos de las piedras fueron construidos por anómalos por todas las provincias exteriores cuando la Sociedad comenzó a gobernar. Son como las piedras por las que se atraviesa un río. Por eso se llaman así. Discurren de norte a sur, y todos están construidos a una jornada de viaje del siguiente. Cuando se llega al último, hay que cruzar el país enemigo para seguir hasta las Tierras Ignoras. ¿De verdad no has



oído hablar nunca de los pueblos de las piedras?

—No con ese nombre —respondo, aunque tengo la mente disparada. Los labradores de la Talla estaban lejos de cualquier otro anómalo, pero, en el mapa, tenían otro pueblo señalado en las montañas. Ese pueblo podría ser el pueblo de las piedras situado más al sur, el primero. Es posible—. ¿Y qué hacía el Piloto? —pregunto.

—Salvaba a gente —responde—. Él y algunos pilotos más sacaban a personas de la Sociedad y las llevaban hasta el primer pueblo de las piedras. Los ciudadanos tenían que pagar, pero los aberrantes y los anómalos viajaban gratis.

—Son ellos los que hicieron los dibujos, ¿verdad? —digo, al comprender—. Los pasajeros que iban escondidos en la bodega cuando el Piloto los sacaba.

—Fue una estupidez —declara, con un deje de enfado—. Podrían haber metido a los pilotos en un lío.

—Creo que fue su forma de rendirles homenaje —sugiero, al recordar el grabado de una de nuestras aeronaves más viejas que representaba al Piloto dando agua a la gente—. Eso me pareció a mí.

—Aun así fue una estupidez —insiste.

—¿Siguen habitados los pueblos? —pregunto.

—No lo sé —contesta—. Puede que ya se hayan ido todos a las Tierras Ignoras. El Piloto intentó que se unieran al Alzamiento, pero no quisieron.

Esto me recuerda a los anómalos que vivían en la Talla. Ellos tampoco quisieron unirse al Alzamiento. Me pregunto qué fue de Anna y los suyos cuando llegaron al pueblo que vimos señalado en el mapa. ¿Lo encontraron habitado? ¿Tenían los grupos suficientes cosas en común como para poder convivir? ¿Les ayudaron los habitantes del pueblo o los expulsaron... o algo peor? ¿Qué ha sido de Hunter y Eli?

—Otros niños crecieron oyendo hablar del Piloto —dice Caleb—. Sin embargo, yo crecí viéndolo volar. Sé que es el único que puede sacarnos de esto.

Caleb está muy mal. El dolor lo está venciendo. Lo noto en su voz pastosa. Y sé qué le sucede.

Se está quedando inerte.

Se suponía que era inmune. Algo ha ocurrido con la Plaga. ¿Es esta una nueva versión de la enfermedad? ¿Una versión de la que no nos protege la vacuna?

—Quiero que escribas todo lo que he dicho sobre el Piloto —dice Caleb—, incluso que creí en él hasta el final.

—¿Es este el final? —pregunto.

Silencio.

—¿Caleb?

Nada.

—¿Se ha quedado inerte? —pregunta Indie—. ¿O ha decidido que no quiere decir

nada más?

—No lo sé —respondo.

Se levanta como si se dispusiera a bajar a la bodega.

—No —digo—. Indie, no puedes exponerte a contagiarte, tenga lo que tenga.

—No te ha contado gran cosa —observa ella cuando vuelve a sentarse—. Seguro que había mucha gente que ya sabía eso sobre los tubos y el Piloto.

—Nosotros no lo sabíamos —le recuerdo.

—Crees a Caleb porque tiene muescas en las botas —arguye—, aunque eso no es garantía de que estuviera en los campos. Cualquiera podría haberse hecho muescas como esas.

—Yo creo que estuvo allí —digo.

—Pero no lo sabes.

—No.

—Pero lo del Piloto es cierto —añade Indie.

—Entonces le crees —digo—. En lo que respecta al Piloto, al menos.

—Me creo a mí en lo que respecta al Piloto —declara—. Sé que existe. —Se inclina hacia mí y, por un instante, creo que puede volver a besarme, como hizo varias semanas atrás—. Los pueblos también existen —añade—. Y las Tierras Ignotas. Todo.

Su tono es tan apasionado como el de Caleb. Y la comprendo. Indie me ama, pero la guía su instinto de supervivencia. Cuando le dije que no escaparía con ella, buscó otra razón para seguir adelante. Yo creo en Cassia. Indie cree en el Alzamiento y en el Piloto. Ambos hemos encontrado un motivo para no darnos por vencidos.

—Podría haber sido distinto —digo, casi para mis adentros. Si yo hubiera vuelto a besarla después de aquel primer beso. Si la hubiera conocido antes que a Cassia.

—Pero no lo es —declara, y tiene razón.

## Capítulo 20

### Cassia

El mundo está enfermo.

Miro por la ventana de mi piso y apoyo la mano en el cristal. Ha anochecido. Hay montones de personas congregadas junto a la barricada, como a menudo ocurre ahora por las noches, y pronto acudirán los militares del Alzamiento vestidos de negro y las dispersarán a todas, pétalos llevados por el viento, hojas arrastradas por la corriente.

El Alzamiento no nos ha explicado qué ha sucedido, pero, en las últimas semanas, hemos tenido que quedarnos recluidos en nuestras viviendas. Los que podemos trabajamos desde casa. Las comunicaciones con el resto de las provincias se han suspendido. El Alzamiento asegura que es una medida temporal. El propio Piloto promete que todo se arreglará pronto.

Ha comenzado a llover.

Me pregunto cómo habría sido ver una de las crecidas de la Talla desde un lugar tan alto como este. Me habría gustado estar asomada al borde del cañón y notar la vibración; cerrar los ojos para oír mejor el estruendo del agua; volver a abrirlos y ver el mundo devastado, las piedras y los árboles arrancados y arrastrados por la corriente. Habría sido extraordinario contemplar lo que parecía el fin del mundo.

A lo mejor lo estoy presenciando ahora.

Suena una campana en la cocina. Ha llegado la cena, pero no tengo hambre. Sé qué habrá en la bandeja: una ración para emergencias. Ahora solo comemos dos veces al día. Algún día, también se les agotarán las raciones para emergencias. Y entonces no sé qué harán.

Si empezamos a sentirnos enfermos y cansados, tenemos que mandar un mensaje por el terminal. Ellos vendrán y nos ayudarán. «Pero ¿y si nos quedamos inertes mientras dormimos?», me pregunto. Pensar en eso me mantiene toda la noche en vela. Ahora me cuesta mucho descansar.

Saco la comida de la ranura. Como siempre está fría insípida y es anodina: las reservas de la Sociedad servidas por el Alzamiento.

Me he enterado de unas cuantas cosas por los archivistas. Los alimentos se están agotando; por tanto, son valiosos. Y yo los utilizo para salir de mi piso. Llevo la bandeja al guardia del Alzamiento apostado en la entrada de nuestro edificio. Como es joven y tiene hambre, accede.

—Ten cuidado —dice. Me abre la puerta y yo me interno en la noche.

Bajo la escalera a ciegas, palpando las paredes, y noto en las manos el familiar olor del musgo y su fresca textura. La reciente lluvia lo ha vuelto todo resbaladizo, y

tengo que concentrarme para alumbrar bien con la linterna.

Cuando llego al final del pasillo, no me quedo deslumbrada como de costumbre. Ninguna linterna me enfoca, ningún haz oscila en mi dirección cuando me oyen entrar.

Los archivistas no están.

Me estremezco al acordarme de que este sitio me recordó la cripta de las Cien Lecciones de Historia. Cierro los ojos e imagino a los archivistas tendiéndose en los estantes, cruzando los brazos sobre el pecho, aguardando, completamente inmóviles, a que la muerte los visite.

Despacio, enfoco los estantes con la linterna.

Están vacíos. Claro. De una forma u otra, los archivistas siempre sobreviven. Pero no me han avisado de que se iban, y no tengo la menor idea de dónde pueden estar. ¿Han dejado algo en los archivos?

Me dispongo a echar un vistazo cuando oigo pasos en la escalera. Me doy la vuelta y alzo la linterna para cegar a quien haya entrado.

—¿Cassia? —pregunta una voz. Es ella. La archivista mayor. Ha regresado. Bajo la linterna para que pueda verme.

»Esperaba encontrarte aquí —dice—. Central ya no es segura.

—¿Qué ha pasado? —pregunto.

—Los rumores sobre la Plaga mutada —responde— han resultado ser ciertos. Y hemos confirmado que la mutación se ha propagado a Central.

—Y habéis huido —digo.

—Hemos decidido seguir vivos —precisa—. Tengo una cosa para ti. —Saca un papel de la mochila que lleva—. Al final ha llegado.

El papel es viejo, con letras oscuras bien grabadas en la página, no los superficiales caracteres negros impresos por los terminales. Hay dos estrofas; las que me faltan. Aunque tengo poco tiempo y el mundo está enfermo, no puedo evitar leer los primeros versos, ávida de poesía.

*El sol se pone, la noche cae.  
Mas antes de que se esconda,  
un mar habremos cruzado.  
Y casi deseamos que el final  
no llegue; tan inaudito parece,  
tan cerca de Él hallarse.*

Quiero leer el resto, pero noto los ojos de la archivista mayor clavados en mí y alzo la vista. El sol se ha puesto; la noche cae. ¿Me hallo cerca del final? Casi me lo parece. Casi tengo la sensación de que no puede quedarme mucho camino después de

haber llegado tan lejos. Y, no obstante, nada me parece terminado.

—Gracias —digo.

—Celebro que haya llegado a tiempo —declara—. Nunca he dejado un intercambio a medias.

Vuelvo a doblar el poema y me lo escondo en la manga. Mantengo la expresión neutra, pero sé que ella captará el desafío de lo que voy a decir:

—Te agradezco el poema, aunque el intercambio sigue a medias. Mi microficha no ha llegado.

Suelta una risita que resuena en los archivos vacíos.

—También ha llegado —dice—. Te la darán en Camas.

—No tengo suficiente para pagarme el viaje a Camas —protesto. «¿Cómo se ha enterado de adónde quiero ir?» ¿Tiene una forma de mandarme a Camas o solo me ha gastado una broma cruel? Se me acelera el corazón.

—El viaje no va a costarte nada —afirma—. Si vas a tu Galería y esperas, iré a buscarte alguien del Alzamiento.

La Galería. Nunca la he mantenido en secreto, pero me parece mal utilizarla para esto.

—No comprendo —contesto.

La archivista mayor tarda un rato en hablar.

—Tus artículos —explica, con mucha cautela— han despertado el interés de algunos de nosotros.

Es como mi funcionaria, otra vez. Yo no le interesaba, sin embargo, mis datos sí.

Cuando mi funcionaria me dijo que la Sociedad había introducido a Ky en la clasificación de parejas, vi en sus ojos que mentía. No sabía quién había sido.

Creo que la archivista mayor me oculta algo.

Tengo tantas preguntas...

«¿Quién introdujo a Ky en la clasificación?»

«¿Quién me ha pagado el viaje a Camas?»

«¿Quién me robó los poemas?»

Creo que eso lo sé. «Todo el mundo tiene un precio.» Me lo dijo la propia archivista. A veces es posible que ni siquiera sepamos cuál es hasta que lo tenemos delante. La archivista pudo resistirse a todos los otros tesoros de los archivos, pero mis papeles, que olían a tierra y agua y no eran suyos, le resultaron irresistibles.

—Ya me he pagado el viaje —digo—, ¿verdad? Con las páginas del lago.

Cuánto silencio hay aquí, bajo tierra.

¿Lo reconocerá? Estoy segura de que no me equivoco. Su pétrea impasibilidad no se parece en nada a la vacilación que percibí en la cara de la funcionaria cuando me mintió. Pero, en ambos casos, capto la verdad. La funcionaria no lo sabía. La archivista me robó los papeles.

—Mi compromiso contigo ha terminado —dice, y se vuelve para marcharse—. Ya sabes que tienes un pasaje a Camas. Es cosa tuya si lo usas o no. —Se aparta del haz de mi linterna—. Adiós, Cassia —añade.

Y se pierde en la oscuridad.

¿Quién irá a buscarme a la Galería? ¿Es real el pasaje a Camas o ha vuelto a traicionarme? ¿Lo ha tramitado ella, quizá para paliar su sentimiento de culpa por haberme robado? No lo sé. Ya no puedo fiarme de ella. Me arranco la pulsera roja que me identificaba como colaboradora de los archivistas y la dejo en el estante. Ya no la necesito, porque no significa lo que yo creía.

Encuentro mi caja, sola en su estante. Cuando la abro y veo los objetos que contiene, comprendo que no quiero ninguno. Forman parte de las vidas de otras personas, y ya no me parece que quepan en la mía.

Pero me quedaré con el poema que me ha dado la archivista. «Porque esto — pienso— es auténtico.» Aunque me haya robado, no la creo capaz de falsificar algo. El poema es auténtico. Lo sé.

*Nieve cual felpa pisamos...*

Me detengo en ese verso y recuerdo cuando estuve al borde de la Talla, buscando a Ky en la llanura mientras la nieve caía. Y recuerdo cuando nos dijimos adiós a orillas del río...

*Las aguas murmuran,  
tres ríos y la loma cruzados,  
¡Dos desiertos y el mar!  
Mas la Muerte me usurpa el premio  
de ser yo quien te mire.*

No.

No puede ser. Releo los dos últimos versos.

*Mas la Muerte me usurpa el premio  
de ser yo quien te mire.*

Apago la linterna y me digo que, después de todo, el poema no importa. Las palabras tienen el significado que nosotros queremos darles. ¿Es que no lo sé ya?

Por un momento, estoy tentada de quedarme aquí, escondida en este laberinto de estantes y salas. Podría salir al exterior de vez en cuando para reunir alimento y papel, ¿y no es eso suficiente para subsistir? Podría escribir relatos; ocultarme del

mundo y construirme uno en vez de intentar cambiarlo o vivir en él. Podría inventarme personas y también las querría; casi me parecerían reales.

En un relato podemos regresar al principio para volver a empezar, y todo el mundo vive otra vez.

Eso no sucede en la vida real. Y lo que yo más quiero son las personas de mi vida real. Bram. Mi madre. Mi padre. Ky. Xander.

¿Puedo confiar en alguien?

Sí. En mi familia, por supuesto.

En Ky.

En Xander.

Ninguno de nosotros nos traicionaríamos jamás.

Antes de que me destinaran a Central, Indie y yo descendimos por un río sin saber si nos envenenaría o nos conduciría a nuestro destino. Nos arriesgamos a morir en sus turbias aguas; incluso ahora, aún me parece notar el agua salpicándome, la corriente del fondo cuando volcamos.

En aquel momento mereció la pena.

Vuelvo a recordar la Caverna de la Talla. La cueva y los archivos se confunden en mi mente, aquellos fósiles enfangados y limpios tubitos, estos estantes desnudos y salas vacías. Y comprendo que jamás podría quedarme en estos lugares subterráneos durante mucho tiempo antes de tener que salir a respirar.

«El viaje a Camas —me digo— es un riesgo que estoy dispuesta a correr.» No podemos cambiar de rumbo si nos mostramos reacios a movernos.

Me escondo en los callejones, detrás de los árboles. Cuando me agarro al tronco de un pequeño sauce plantado en un espacio verde, palpo letras recién grabadas en la corteza y sé que no forman mi nombre. El árbol está pegajoso por la savia que mana de sus heridas. Me entristezco. Ky nunca apretaba tanto cuando grababa mi nombre en un ser vivo. Me limpio la mano en la ropa negra de diario y pienso en que ojalá hubiera una manera de dejar huella sin llevarse nada.

No estoy ni a medio camino del lago cuando oigo y veo las aeronaves.

Pasan por encima de mí, cargadas con pedazos de barricada que vuelven a llevar a Central.

«No —pienso—, la Galería no.»

Echo a correr por las calles. Rehúyo las luces y a la gente, y trato de no contar cuántas veces oigo pasar las aeronaves. Alguien me llama, pero no reconozco la voz y no me detengo. Es demasiado peligroso pararse. Hay una razón para que no salgamos de casa: la gente está enfadada, y asustada; y el Alzamiento cada vez tiene más dificultades para salvar vidas y mantener la paz.

Me abro camino entre la vegetación que rodea el lago. Militares del Alzamiento

se encaraman a los bloques de barricada para enganchar los cables mientras las aeronaves permanecen suspendidas sobre ellos, cortando el aire con las hélices. Alcanzo a ver lo que ocurre gracias a las luces de esas aeronaves y los faros más fijos de las que han aterrizado junto al lago.

La Galería continúa en pie, delante de mí. Ojalá la alcance a tiempo.

Me pego a un muro, jadeando. Ya estoy cerca. Huelo el agua del lago.

Una de las paredes de la Galería se separa del suelo, y sofoco un grito. Si la Galería desaparece, será mucho lo que se perderá. Todos nuestros papeles, todo lo que hemos creado, ¿y cómo voy a encontrar a la persona que debe llevarme a Camas si el punto de reunión ya no existe?

Echo a correr, tan aprisa como la vez que hui a la Talla para ir en busca de Ky.

Izan la otra pared de la Galería.

«¡No, no, no!»

Llego un momento después. Me quedo sin saber qué hacer, mirando los hondos surcos del suelo, donde los papeles flotan en charcos de agua como velas sin cascarón. Pinturas, poemas, relatos, todo ahogado. ¿Qué será de las personas que se reunían aquí y aún tienen palabras y canciones que expresar? ¿Y cómo viajaré yo a Camas?

—Cassia —dice alguien—, casi llegas demasiado tarde.

Sé quién es al instante, aunque llevo meses sin oírla hablar. Jamás olvidé la voz de la persona que me llevó por el río.

—¡Indie! —exclamo, y entonces la veo, vestida de negro, saliendo de su escondrijo entre las plantas y helechos lacustres.

—Te han mandado a ti para que me lleves a Camas —digo, y me río, porque ahora sé que llegaré, pase lo que pase. Indie y yo corrimos a la Talla, navegamos por el río y ahora...

—Iremos volando —me informa—. Pero tenemos que irnos ya.

Echo a correr detrás de ella hacia su aeronave.

—No vas a tener que viajar con ningún otro piloto o mensajero —me dice sin detenerse—. Soy la única que puede volar sola. Pero no podremos hablar a bordo. Las otras aeronaves podrían oírnos. Y tienes que ir en la bodega.

—De acuerdo —convengo, sin aliento. Me alegro de no tener ninguna caja que me estorbe; ya me cuesta seguir a Indie así, sin llevar nada aparte de livianos papelitos.

Llegamos a la aeronave, e Indie se encarama con rapidez. Yo la sigo y me detengo un momento, sorprendida de que haya tantas luces en la cabina. Nos miramos y las dos sonreímos. Luego me apresuro a bajar a la bodega. Indie cierra la escotilla y me quedo sola.

Esta aeronave es más pequeña y ligera que las aeronaves que nos transportaron a



los campos. Hay una hilera de lucecitas en el suelo, pero la bodega está prácticamente a oscuras y carece de ventanillas. Qué cansada estoy de volar a ciegas.

Paso las manos por las paredes para intentar distraerme descubriendo todo lo posible de donde estoy.

Ahí. Creo que he encontrado algo. Una rayita, grabada en la pared cerca del suelo.

«l»

¿Una ele, minúscula?

Sonrí para mis adentros, por cómo quiero encontrar letras en todo. Podría ser una raya fortuita, como las que se producen al subir y mover la carga. Sin embargo, cuanto más la toco, más me convengo de que está hecha a propósito. Trato de encontrar más, pero, con el cinturón de seguridad abrochado, el brazo no me llega.

Lanzo una mirada a la escotilla y me desato. Avanzo sin hacer ruido y sigo palpando la pared.

Hay muchas rayas, grabadas en fila.

«lllll»

«Esta letra debe de significar algo —pienso— para escribirla tantas veces», y entonces lo comprendo; no son letras, sino muescas. Como las que Ky me explicó que los señuelos se cortaban en las botas para llevar la cuenta del tiempo que habían sobrevivido en los campos de trabajo.

Recuerdo lo que Ky me dijo sobre su amigo Vick, para quien cada día señalado era un día que pasaba sin la chica a la que quería.

Ky y yo también hemos estado llevando la cuenta del tiempo. Con telas rojas en la Loma. Con poemas de otros y con nuestras propias palabras. Quienquiera que grabó estas marcas contaba los días y aguantaba.

Yo hago lo mismo: paso los dedos por cada minúsculo surco del metal y pienso en las paredes de la Galería izadas por las aeronaves. Me pregunto si, cuando el Alzamiento vuelva a depositarlas en el suelo para construir un muro, algunos de los papeles habrán soportado el viaje.

La escotilla de la bodega se abre e Indie me hace un gesto para que suba.

No sé cómo, pero la aeronave vuela sola. Indie vuelve a ocupar su asiento. Me indica que me siente a su lado, y yo obedezco, con el corazón palpitante. Hasta ahora siempre he volado a ciegas y, al mirar abajo, la sensación de ligereza que me invade casi me da vértigo.

«¿Es esto lo que me he perdido?»

Las estrellas han bajado a la tierra, y el mar ha removido el suelo; oscuras olas se juntan con el cielo. No se mueven y, de no ser por la luz del sol que asoma por detrás, apenas se verían.

«Montañas», advierto. El mar son montañas. Las olas son picos. Las estrellas son luces de casas y calles. La tierra refleja el cielo, y el cielo se junta con la tierra y, de vez en cuando, si tenemos suerte, nos da tiempo a ver lo pequeñas que somos.

«Gracias —quiero decirle a Indie—. Gracias por dejarme ver mientras vuelo. Llevaba mucho tiempo deseando hacerlo.»

## Capítulo 21

### Xander

«El paciente 73 presenta poca o ninguna mejoría.»

«La paciente 74 presenta poca o ninguna mejoría.»

Un momento, hay un error... Aún no he explorado a la paciente 74. Borro la anotación y la conecto al monitor de signos vitales. Aparecen números en la pantalla. Como tiene el bazo hinchado, la muevo con mucho cuidado durante la exploración. Cuando le enfoco los ojos con una linternita, no reacciona.

«La paciente 74 presenta poca o ninguna mejoría.»

Paso al siguiente paciente.

—Estoy volviendo a medirle los signos vitales —le explico—. Es pura rutina.

Han transcurrido semanas, y ninguno de los pacientes presenta ninguna mejoría. Las erupciones que afectan a los nervios infectados dan paso a furúnculos, que serían extremadamente dolorosos si los inertes tuvieran alguna sensibilidad. Creemos que no la tienen. Aunque no estamos seguros.

Solo unos cuantos de nosotros seguimos sin contraer la enfermedad. Continúo siendo doctor, pero, al estar tan faltos de personal, dedico casi todo el turno a cambiar el suero y las sondas a los pacientes, medirles los signos vitales y explorarlos. Luego duermo unas horas y vuelvo a empezar.

Ya no suelen ingresar pacientes, aparte de los trabajadores del pabellón que caen enfermos. No tenemos espacio para nadie más, porque los inertes no regresan a casa. Antes me preciaba de la rapidez con la que se recuperaban los pacientes. Ahora, mi satisfacción reside en tenerlos aquí el mayor tiempo posible, porque, últimamente, si un paciente sale del centro, significa que ha muerto.

Cuando acabe la ronda, podré descansar. Creo que me dormiré enseguida. Estoy agotado. Si no supiera que es imposible, pensaría que he contraído la Plaga mutada. Pero es el mismo cansancio que tengo desde hace días.

Casi todos los trabajadores del centro médico han deducido ya que las personas con la marquita roja son una excepción entre aquellos a los que el Alzamiento decidió inmunizar desde un principio. La teoría del virólogo parece correcta. Si alguno tuvo la suerte de verse expuesto a la Plaga original (al virus vivo), ahora es inmune y tiene una marca roja en la espalda. El Alzamiento no ha hablado a la población de la marca porque le preocupan las consecuencias. Y está tratando de encontrar una cura para la mutación.

Todo esto es demasiado para un solo Piloto.

Una vez más he tenido suerte. Lo menos que puedo hacer es quedarme. Son las personas como Lei las que me parecen admirables. Saben que no son inmunes, pero, aun así, se han quedado para ayudar a los pacientes.

Exploro a los pacientes hasta que llego a la última cama, donde el paciente 100 tiene la respiración entrecortada y flemosa. Intento no pensar demasiado en que la cura puede haber sido la causa de la mutación o en dónde puede estar mi familia o Cassia. A ellos ya les he fallado. Pero no puedo fallar a estos cien pacientes.

No veo a Lei en el patio cuando termino, de manera que me salto el protocolo y miro en el dormitorio. Tampoco está ahí.

Ella no habría huido. Entonces, ¿adónde ha ido?

Cuando paso por delante de la cafetería, veo una luz que parpadea en la oscuridad. El terminal está encendido. ¿Quién puede haber entrado? ¿Nos está hablando el Piloto? Normalmente, cuando lo hace, lo vemos en uno de los terminales más grandes. Abro la puerta de la cafetería y distingo la silueta de Lei recortada contra el terminal. Cuando me acerco, veo que está revisando los Cien Cuadros.

Estoy a punto de decir algo, pero me contengo y la observo un momento. Nunca he visto a nadie mirar las pinturas como hace ella. Se inclina hacia delante. Retrocede varios pasos.

Cuando aparece un determinado cuadro, contiene el aliento y pone la mano en la pantalla. Se queda tanto tiempo mirándolo que me aclaro la garganta. Ella gira sobre sus talones. La luz del terminal apenas le alumbra la cara.

—¿Aún te cuesta dormir? —pregunto.

—Sí —responde—. Este es el mejor remedio que he encontrado. Intento recordar las escenas cuando estoy acostada.

—Veo que no tienes ninguna prisa —digo, con intención de hacer una broma—. Nadie diría que ya has visto los cuadros.

Por un momento, creo que va a confiarme algo. Pero solo dice:

—Este no lo había visto. —Se aparta para dejarme ver la pantalla.

—Es el cuadro número noventa y siete —observo. Retrata a una chica con un vestido blanco, rodeada de agua y luz.

—Supongo que no me había fijado en él hasta ahora —arguye, y lo dice con contundencia, como si cerrara una puerta. No sé qué he dicho que la ha disgustado. Por alguna razón estoy desesperado por volver a abrir esa puerta. Aquí hablo con todo el mundo, a todas horas, sean pacientes, médicos o enfermeros, pero Lei es distinta. Ella y yo trabajamos juntos antes del Alzamiento.

—¿Qué te gusta del cuadro? —le pregunto, para intentar que siga hablando—. A mí me gusta que no se sepa si está dentro o fuera del agua. Pero ¿qué hace? Nunca lo he sabido.

—Pesca —responde—. Lo que lleva es una nasa.

—¿Ha pescado algo? —pregunto, y me fijo mejor.

—Es difícil saberlo —contesta.

—Por eso te gusta —digo, al recordar lo que me explicó sobre los peces que regresan al río de Camas—. Por los peces.

—Sí —confiesa—. Y por esto. —Toca una mancha blanca en la parte superior del cuadro—. ¿Es un barco? ¿El reflejo del sol? Y mira. —Me señala unas manchitas más oscuras—. No sabemos qué proyecta estas sombras. Pasan cosas fuera del cuadro. Te deja con la sensación de que hay algo que no ves...

Creo que la entiendo.

—Como el Piloto —digo.

—No —responde.

A lo lejos oímos gritos. Una aeronave de combate surca el cielo.

—¿Qué pasa ahí? —pregunta.

—Me parece que es lo de siempre —contesto—. Gente fuera de la barricada que quiere entrar. —La luz anaranjada de las fogatas encendidas al otro lado del muro resulta fantasmal, pero no es nueva—. No sé durante cuánto tiempo más podrán contenerles los militares.

—No querrían entrar si supieran lo que pasa —repone.

Ahora que los ojos se me han adaptado a la penumbra, veo que, en realidad, su cansancio es dolor. Está demacrada y parece que las palabras le pesen.

Se está poniendo enferma.

—Lei —digo. Casi la cojo por el codo para sacarla de la cafetería, pero no estoy seguro de cómo le sentaría el gesto.

Me sostiene la mirada un momento. Luego, despacio, se da la vuelta y se levanta la camisa. Tiene listas rojas en la espalda.

—No hace falta que digas nada —declara. Vuelve a meterse la camisa por dentro del pantalón y me mira—. Ya lo sé.

—Deberíamos ponerte una vía intravenosa y empezar a administrarte suero —propongo—. Ahora mismo. —Los pensamientos se me agolpan en la cabeza. «No tendrías que haberte quedado. Tendrías que haberte ido como han hecho los demás hasta que estuviéramos seguros de que teníamos una cura eficaz...»

—No quiero tumbarme —declara.

—Ven conmigo —digo, y esta vez sí la cojo del brazo. Noto el calor de su piel bajo la manga de su camisa.

—¿Adónde vamos? —me pregunta.

—Al patio —respondo—. Puedes esperar sentada en el banco mientras voy a buscar suero y una vía intravenosa. —Así no tendrá que estar dentro cuando se quede inerte. Puede quedarse fuera el mayor tiempo posible.

Me mira con sus ojos fatigados y hermosos.

—Date prisa —me suplica—. No quiero estar sola cuando me pase.

Cuando regreso con la vía y el suero, Lei aguarda en el banco con la espalda encorvada, vencida por el agotamiento. Es extraño verla en una postura que no sea impecable. Extiende el brazo, y yo le clavo la aguja.

El suero comienza a circular. Me siento junto a ella y sostengo la bolsa por encima de su brazo para que el flujo no se interrumpa.

—Cuéntame un cuento —dice—. Necesito oír algo.

—¿Cuál de los Cien Relatos prefieres? —pregunto—. Me acuerdo de casi todos. Percibo un deje de asombro en su voz, quebrada por el cansancio.

—¿No sabes nada más?

Guardo silencio. De hecho, no. El Alzamiento no ha tenido tiempo de darnos relatos nuevos, y yo no sé crear. Yo solo trabajo con lo que tengo.

—Sí —respondo, y trato de pensar en algo. Decido basarme en mi propia vida—. Hace más a menos un año, cuando aún gobernaba la Sociedad, había un chico que estaba enamorado de una chica. Llevaba mucho tiempo observándola. Tenía la esperanza de que lo emparejaran con ella. Y ocurrió. Y fue feliz.

—¿Ya está? —pregunta.

—Ya está —respondo—. ¿Demasiado corto?

De repente se echa a reír y, por un momento, parece la misma de siempre.

—Eres tú —afirma—. Salta a la vista. Eso no es ningún cuento.

También me río.

—Lo siento —digo—. Esto no se me da muy bien.

—Pero quieres a tu pareja —arguye, ya sin reírse—. Sé eso de ti. Y tú lo sabes de mí.

—Sí —reconozco.

Me mira. El suero sigue circulando por la vía.

—Conozco una vieja historia de dos personas que no podían ser pareja —dice—. Él era un aberrante. Ella era una ciudadana y piloto. La suya fue la primera de las fugas.

—¿Las fugas? —pregunto.

—Había gente que quería marcharse de la Sociedad —aclara—. O sacar a sus hijos. Y había pilotos que lo hacían a cambio de otras cosas.

—Es la primera noticia que tengo —digo.

—Pues pasaba —afirma—. Lo vi con mis propios ojos. Algunos padres lo daban todo, lo arriesgaban todo, porque creían que sacar a sus hijos era la mejor manera de protegerlos.

—Pero ¿adónde los llevaban? —pregunto—. ¿Al país enemigo? Eso no tiene sentido.

—Los llevaban hasta la frontera del país enemigo —responde—. A los pueblos de las piedras. Después ellos decidían si se quedaban en los pueblos o intentaban

atravesar el país enemigo hasta un lugar conocido como las Tierras Ignatas. Ninguno de los fugados que decidió ir a las Tierras Ignatas ha regresado nunca.

—No lo entiendo —digo—. ¿Cómo podía ser más seguro que la Sociedad un lugar perdido más próximo al enemigo?

—A lo mejor conocían la existencia de la Plaga —sugiere—. Aunque es obvio que tus padres no pensaban eso. Ni los míos. —Me mira—. Casi parece que defiendas a la Sociedad.

—No la defiendo —replico.

—Lo sé —conviene—. Lo siento. No quería hablar de historia. Sino de una historia.

—Adelante —digo—. Soy todo oídos.

—Muy bien. —Levanta el brazo y mira el suero que circula por la vía—. La piloto quería al hombre, pero se debía a su familia, y también a sus superiores. Si se marchaba sufrirían demasiadas personas. Llevó al hombre al que quería hasta las Tierras Ignatas, una proeza que nadie había logrado.

—¿Qué pasó luego? —pregunto.

—El enemigo la derribó cuando volvía —responde—. No llegó a explicar a nadie lo que había visto en las Tierras Ignatas. Pero había salvado a la persona a la que amaba. Eso lo sabía. Lo demás no importaba.

Cuando termina la historia, se apoya en mí. Creo que ni siquiera se da cuenta. Se está quedando inerte.

—¿Crees que podrías hacerlo? —pregunta.

—¿Pilotar un avión? —repongo—. Quizá.

—No —dice—. ¿Crees que podrías dejar marchar a una persona si creyeras que es lo mejor para ella?

—No —le respondo—. Tendría que estar seguro de que es lo mejor.

Asiente, como si se esperara mi respuesta.

—Casi todo el mundo podría hacer eso —dice—. Pero ¿y si no lo supieras y solo lo creyeras?

No sabe si es cierto. Pero quiere que lo sea.

—Esta historia nunca podría ser uno de los Cien Relatos —añade—. Es una historia de las provincias fronterizas. La clase de historia que solo puede transcurrir allí.

¿Ha sido Lei piloto? ¿Es allí donde está su marido? ¿Lo sacó de la Sociedad y ahora está cayendo enferma? ¿Es verídica la historia? ¿Lo es una parte?

—Nunca he oído hablar de las Tierras Ignatas —declaro.

—Lo has hecho —dice, y yo niego con la cabeza.

»Sí —repite, con aire desafiante—. Aunque no hubieras oído nunca el nombre, tenías que saber que existían. El mundo no puede limitarse a las provincias. Y no es

plano, como en los mapas de la Sociedad. ¿Cómo explicarías el movimiento del sol? ¿Y el de la luna? ¿Y el de las estrellas? ¿No has mirado arriba? ¿No te has fijado en que cambian?

—Sí —respondo.

—¿Y nunca te has preguntado cuál puede ser la razón?

Me arden las mejillas.

—Claro —dice, en voz baja—. ¿Por qué iban a enseñártelo? Te prepararon para ser funcionario. Y eso no sale en las Cien Lecciones de Ciencias.

—¿Cómo lo sabes tú? —pregunto.

—Me lo enseñó mi padre —contesta.

Hay muchas cosas que quiero preguntarle. ¿Cómo es su padre? ¿De qué color fue vestida a su banquete de emparejamiento? ¿Por qué no lo he hecho antes? Ya no nos queda tiempo para nimiedades.

—Tú no apoyabas a la Sociedad —digo, en cambio—. Siempre lo supe. Pero, al principio, tampoco apoyaste al Alzamiento.

—Yo no apoyo ni al Alzamiento ni a la Sociedad —declara.

El suero gotea despacio. Su flujo es demasiado lento para la enfermedad.

—¿Por qué no crees en el Alzamiento? —pregunto—. ¿Ni en el Piloto?

—No lo sé —responde—. Ojalá pudiera.

—¿En qué crees? —pregunto.

—Mi padre también me enseñó que la tierra es una piedra gigantesca —dice—. Que rueda por el cielo. Y todos estamos juntos en ella. Creo en eso.

—¿Por qué no nos caemos? —pregunto.

—No podríamos aunque nos empeñáramos —contesta—. Hay una fuerza que nos mantiene sujetos al suelo.

—Entonces, ahora mismo, el mundo se está moviendo bajo nuestros pies —digo.

—Sí.

—Pero yo no lo noto.

—Lo harás —asegura—. Algún día. Si te tumbas y te quedas muy quieto.

Me mira. Los dos somos conscientes de que ella va a quedarse muy quieta.

—Esperaba volver a verlo antes de que me pasara esto —añade.

Casi digo «Estoy aquí». Pero, al mirarla, sé que eso no va a bastarle, porque no es a mí a quien quiere. No es la primera persona que me mira de esa forma. No sin verme, pero sí viendo a otro.

—Esperaba —dice— que él pudiera encontrarme.

Cuando Lei se ha quedado inerte, voy a buscar una camilla que se han dejado los médicos. La acuesto y cuelgo la bolsa de suero. Uno de los médicos responsables pasa por delante del patio.



—No tenemos sitio en este pabellón —dice.

—Es una de las nuestras —arguyo—. Le haremos sitio.

Él también tiene la marca roja, por lo que no vacila en agacharse para verla mejor. Pone cara de haberla reconocido.

—Lei —dice—. Una de las mejores. Trabajasteis juntos antes de la Plaga, ¿cierto?

—Sí —respondo.

Su expresión es compasiva.

—Parece que eso fue en otro mundo, ¿verdad?

—Sí —convengo. Tengo una extraña sensación de distanciamiento, como si estuviera observándome mientras cuido de Lei. Aunque sé que solo se debe al agotamiento, me pregunto si es así como se sienten los inertes. Su cuerpo se queda en un solo lugar, pero ¿va su mente a algún otro sitio?

Quizá haya una parte de Lei flotando por todo el centro médico, visitando los lugares que conoce. Se encuentra en las habitaciones, supervisando la atención de los pacientes. Se encuentra en el patio, respirando el aire nocturno. Se encuentra delante del terminal, estudiando el cuadro de la chica que pesca. O quizá haya salido del centro médico para ir en su busca. En este momento incluso podrían estar juntos.

La llevo con el resto de los pacientes. Ahora son ciento uno y todos miran fijamente el techo o hacia un costado.

—Es hora de que vayas a dormir —me informa el doctor responsable por el terminal.

—Voy enseguida —contesto—. Deja que acabe de instalarla.

Llamo a una médica para que me ayude a explorarla.

—Está bien, de momento —dice—. No tiene ningún órgano hinchado, y su presión arterial es aceptable. —Me toca la mano antes de irse—. Lo siento —añade.

Miro a Lei a los ojos, fijos en el techo. He hablado a muchos otros pacientes, pero a ella no sé muy bien qué decirle.

—Lo siento —digo, repitiendo las palabras de la médica. No es suficiente: no puedo hacer nada por ella.

Entonces se me ocurre una idea y, antes de que pueda arrepentirme, salgo al pasillo y me dirijo a la cafetería y al terminal en el que miraba los cuadros.

—Por favor, ten papel, por favor, ten papel —suplico al terminal. Si hablo a pacientes que no pueden responder, ¿por qué no hablarle también al terminal?

Él me escucha. Imprime los Cien Cuadros cuando le doy la orden. Reúno las páginas rebosantes de luz y color, y me las llevo. Esto es lo que hice por Cassia cuando ella me dejó: traté de darle algo que sabía que adoraba para que se lo llevase.

Casi todos mis compañeros creen que estoy loco, pero una de las enfermeras

coincide en que mi idea puede ayudar.

—Al menos me permitirá mirar otra cosa a mí —arguye. Encuentra cinta adhesiva e hilo de sutura en el armario del material y me ayuda a colgar los cuadros del techo, por encima de los pacientes.

—El papel de terminal se deteriora bastante rápido —digo—, así que habrá que volver a imprimirlos dentro de unos días. Y tendríamos que ir rotándolos, para que los pacientes no se hartan de ninguno. —Doy un paso atrás para ver el resultado—. Sería mejor si tuviéramos cuadros nuevos. No quiero que los pacientes crean que ha vuelto la Sociedad.

—Podríamos pintarlos nosotros —sugiere otra enfermera—. Siempre he echado de menos dibujar, como hacíamos en el centro de primera enseñanza.

—¿Con qué? —pregunto—. No tenemos pinturas.

—Ya se me ocurrirá algo —responde—. ¿No has querido siempre tener esa oportunidad?

—No —contesto. Creo que mi respuesta la sorprende, de manera que sonrío para suavizar la situación. Si hubiera querido tener esa oportunidad, ¿sería otra clase de persona, la clase de persona de la que Lei y Cassia podrían enamorarse?

—El doctor responsable no va a dejarte hacer el turno siguiente si no te acuestas ahora mismo —me dice la enfermera.

—Lo sé —convengo—. Lo he oído por el terminal.

Pero hay una persona con la que tengo que hablar antes de irme.

—Lo siento —le digo a Lei. Las palabras son tan inadecuadas como la primera vez, de modo que vuelvo a intentarlo—. Encontrarán una cura, ¿no crees? —Señalo los cuadros colgados por encima de ella—. Tiene que haber una brizna de luz en algún rincón. —Yo no habría visto la luz si ella no me la hubiera señalado, pero, en cuanto lo ha hecho, ya no he podido ignorarla.

Camino del dormitorio la puerta del patio se abre y una persona vestida de negro entra y me cierra el paso en el pasillo. Me paro en seco. Es una chica a la que he visto antes, pero estoy tan agotado mentalmente que no logro situarla. Aun así sé que no debería estar en nuestro pabellón aislado. El doctor responsable no me ha dicho que viniera nadie nuevo, e incluso si lo hiciera, tendría que entrar por la puerta principal.

—Menos mal —dice la chica, aliviada—. Aquí estás. Te estaba buscando.

—¿Cómo has venido? —pregunto.

—Volando —responde. Sonríe y entonces sé quién es: Indie, la chica que trajo las curas con Ky—. Puede que también tenga algunos códigos de acceso —añade.

—No deberías estar aquí —digo—. Este sitio está lleno de gente enferma.

—Lo sé —conviene—. Pero tú no estás enfermo, ¿verdad?

—No —respondo—. No lo estoy.

—Necesito que vengas conmigo —declara—. Ahora.

—No —replico. Eso no tiene sentido—. Soy uno de los doctores. —No puedo abandonar a los inertes y, desde luego, no puedo abandonar a Lei. Me dispongo a coger el miniterminal.

—Pero he venido para llevarte con Cassia —arguye Indie, y yo bajo la mano. ¿Dice la verdad? ¿Es posible que Cassia se encuentre cerca de aquí? De pronto, tengo miedo.

—¿Está en un centro médico? —le pregunto—. ¿Ha caído enferma?

—Oh, no —responde Indie—. Se encuentra bien. Está afuera. En mi aeronave.

Llevo muchos meses queriendo ver a Cassia, y esta podría ser mi oportunidad. Pero no puedo hacerlo. Hay demasiados inertes, y uno de ellos es Lei.

—Lo siento —digo—. Estos pacientes están a mi cargo. Y tú acabas de exponerte a la mutación. Tendrías que quedarte. Hay que ponerte en cuarentena.

Indie suspira.

—Él ya se imaginaba que sería difícil convencerte. Por eso debo decirte que, si me acompañas, podrás ayudarle a encontrar la cura.

—¿De quién hablas? —pregunto.

—Del Piloto, por supuesto. —Lo dice con tanta naturalidad que la creo.

El Piloto quiere que le ayude a encontrar la cura.

—Sabe que tienes experiencia directa con la Plaga mutada —añade—. Te necesita.

Miro el pasillo.

—¡Ahora! —exclama—. Te necesita ahora. No hay tiempo para despedidas. —Su tono de voz es sincero y resuelto—. Además, ¿crees que alguno te oye?

—No lo sé —respondo.

—Tú confías en el Piloto —dice.

—Sí.

—Pero ¿lo conoces?

—No —replico—. Pero tú sí.

—Sí —conviene. Introduce un código y abre la puerta. Ya casi ha amanecido—. Y haces bien en creer en él.

## Capítulo 22

### Ky

—Ky —me susurra—. Ky.

Noto su mano suave en la mejilla. No parezco capaz de despertarme. Quizá sea porque no quiero. Hace demasiado tiempo que no sueño con Cassia.

—Ky —repite. Abro los ojos.

Es Indie.

Sabe, por mi cara, que estoy decepcionado. Su expresión vacila un poco, pero, aunque es de madrugada y apenas hay luz, percibo triunfo en su mirada.

—¿Qué haces? —pregunto—. Tendrías que estar en cuarentena. —Cuando trajimos a Caleb enfermo, se lo llevaron y a nosotros nos encerraron en celdas de confinamiento aquí en la base. Al menos no nos trasladaron al Ayuntamiento—. ¿Cómo has entrado? —añado, y miro alrededor. La puerta de mi celda está abierta. El resto de las personas a las que veo están dormidas.

—Lo he conseguido —responde—. Tengo una aeronave. Y la tengo a ella. —Sonríe—. Mientras dormías he ido a Central.

—¿Has ido a Central? —inquiero mientras me incorporo—. ¿Y la has encontrado?

—Sí —responde—. No está enferma. Se encuentra bien. Ahora podéis huir juntos.

«Ahora podemos huir juntos.» Podemos salir de aquí. Sé que es peligroso, pero me siento capaz de todo si es cierto que Cassia está en Camas. Cuando me levanto, me siento mareado y pongo una mano en la pared de la celda para apoyarme. Indie se queda callada.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta al cabo de un momento.

—Claro —le contesto. Cassia ya no está en Central. Está aquí, a salvo.

Indie y yo salimos juntos de la celda y nos dirigimos a los campos. Las hierbas se susurran unas a otras en la semioscuridad y yo echo a correr. Indie sigue a mi lado, sin rezagarse.

—Tendrías que haber visto mis aterrizajes. Han sido perfectos. Mejor que perfectos. Algún día la gente contará historias sobre ellos. —Casi parece eufórica. Nunca la había visto así, y es contagioso.

—¿Cómo está Cassia? —pregunto.

—Como siempre —responde.

Me echo a reír, dejo de correr y alargo la mano para agarrarla, hacerle volverse, besarla en la mejilla y darle las gracias por conseguir lo imposible, pero entonces lo recuerdo.

Podría estar enfermo. Y ella también.

—Gracias —digo—. Ojalá no estuviéramos en cuarentena.

—¿Importa eso? —pregunta, y se acerca un poco más a mí. Su rostro rebosa felicidad, y yo vuelvo a sentir aquel beso en los labios.

—Sí —respondo—. Sí importa. —De pronto, siento miedo—. Te has asegurado de no exponer a Cassia al nuevo virus, ¿verdad?

—Ha ido casi todo el viaje en la bodega —dice—. La aeronave está desinfectada. De hecho ni siquiera he hablado con ella.

Intentaré tener cuidado. Llevaré mascarilla, no bajaré a la bodega ni me acercaré a Cassia... pero, al menos, podré verla. «Esto es demasiado bueno para ser real —me advierte mi instinto—. ¿Cassia y tú huyendo juntos, tal como imaginabas? Tú no tienes esa suerte.»

Si le abrimos la puerta, la esperanza nos invade. Se alimenta de nuestras vísceras y se nos encarama por los huesos. Crece tanto que, al final, se convierte en nuestra osamenta, en el sostén de nuestra existencia. Nos mantiene en pie hasta que ya no sabemos vivir sin ella. Sacárnosla de dentro nos mataría.

—Indie Holt —digo—. Eres demasiado buena para ser real.

Ella se ríe.

—Nadie me había dicho que soy buena.

—Seguro que sí —replico—. Cuando vuelas.

—No —declara—. Entonces me dicen que soy increíble.

—Es cierto —convengo—. Eres increíble. —Echamos de nuevo a correr hacia las aeronaves, que están apiñadas bajo el cielo como una bandada de pájaros metálicos.

—Es esta —me indica, y la sigo—. Tú primero —añade.

Subo a la cabina y me vuelvo para preguntarle:

—¿Quién va a pilotarla?

—Yo —responde una voz familiar.

El Piloto surge de las sombras que envuelven el fondo de la cabina.

—No te preocupes —me dice Indie—. Él es quien va a ayudaros a huir. Os llevará a las montañas.

Ni el Piloto ni yo decimos nada. Me resulta extraño no volver a oír su voz. Tan habituado estoy a que nos hable por los terminales.

—¿De verdad la has traído? —susurro a Indie, con la esperanza de que me haya mentido y Cassia no esté a bordo. Aquí hay gato encerrado. ¿Es que no se da cuenta?

—Ve a ver —responde, y me señala la bodega. Sonríe.

Entonces lo sé. Indie no cree que esto sea una trampa, y Cassia está aquí. Eso lo veo claro, aunque sea lo único. Algo me sucede. No puedo pensar con claridad y, cuando bajo a la bodega, casi pierdo el equilibrio.

Aquí está. Después de tantos meses, estamos en la misma aeronave. Todo lo que quiero, justo delante de mí. «Echemos al Piloto, huyamos, vayamos juntos a las

Tierras Ignoras.» Cuando Cassia me mira, su expresión es decidida, sabia, hermosa.

Pero no está sola.

Xander la acompaña.

¿Adónde va a llevarnos el Piloto? Indie confía en él, pero yo no.

«Indie, ¿qué has hecho?»

—No quisiste huir conmigo —dice—. Así que te la he traído. Ahora, podéis iros juntos a las montañas.

—Tú no vienes —deduzco.

—Si las cosas fueran distintas, lo haría —dice y, cuando me mira, me cuesta sostener su mirada, franca y anhelante—. Pero no lo son. Y yo quiero seguir volando.

—Luego, rauda, como un pez o un pájaro, se aparta de la escotilla. Nadie puede alcanzarla cuando decide que es hora de cambiar.

## Capítulo 23

### Cassia

Teníamos que vernos hace meses, una noche de principios de primavera junto al lago, donde podríamos estar solos.

Ky está demacrado y huele a salvia, tierra y hierba, a naturaleza. Conozco esa expresión pétrea, esa tensión en la mandíbula. Tiene la piel curtida. Y la mirada profunda.

Empezamos con su mano envolviendo la mía, enseñándome formas.

El amor y el deseo de sus ojos son tan completos que me atraviesan como el gorjeo de un pájaro de la Talla, una clara nota aguda que me resuena en todo el cuerpo. Siento que me ve y me conoce, aunque aún no me ha tocado.

La música cesa, y el tiempo vuelve a correr.

—No —dice Ky, y retrocede hacia la escalerilla—. Lo había olvidado. No puedo estar aquí con vosotros.

Reacciona demasiado tarde; el Piloto ya ha cerrado la escotilla. Ky la golpea con los puños mientras él enciende los motores y nos habla por los altavoces.

—Preparaos para despegar —ordena.

Me agarro a una de las correas que cuelgan del techo. Xander también lo hace. Ky sigue aporreando la escotilla.

—No puedo quedarme aquí —insiste—. Hay otra enfermedad, peor que la Plaga, y podría haberme contagiado. —Tiene los ojos desorbitados.

—No te preocupes —le dice Xander, pero el rugido de los motores y los fuertes golpes de Ky contra la escotilla ahogan sus palabras.

—¡Ky! —grito, lo más fuerte que puedo, entre cada puñetazo que asesta al metal—. No. Te. Preocupes. No. Puedo. Contagiarme.

Ahora sí se vuelve.

—Ni tampoco Xander —añado.

—¿Cómo lo sabéis? —pregunta.

—Los dos tenemos la marca —responde Xander.

—¿Qué marca?

Xander se da la vuelta y se baja el cuello de la camisa para enseñársela.

—Las personas que la tienen, son inmunes a la Plaga mutada.

—Yo también la tengo —digo—. Xander me lo ha mirado hace un rato.

—Trabajo con la mutación desde hace semanas —explica él.

—¿Y yo? —pregunta Ky. Se vuelve y se saca rápidamente la camisa por la cabeza. Apenas hay luz, pero veo los huesos y músculos de su espalda tersa y bronceada.

Y nada más.

Se me hace un nudo en la garganta.

—Ky —digo.

—No la tienes —afirma Xander, sin ambages, pero con tono compasivo—. No deberías acercarte a nosotros, por si no te has contagiado. Podríamos ser portadores.

Ky asiente y se pone la camisa. Cuando se vuelve hacia nosotros, veo resignación y alivio en sus ojos. No esperaba ser inmune; nunca ha tenido suerte. Pero se alegra de que yo lo sea. Lloro de rabia. ¿Por qué siempre tiene que ser así para él? ¿Cómo lo soporta?

«Nunca se queda parado.»

El Piloto nos habla por el altavoz de la pared.

—El vuelo no es largo —dice.

—¿Adónde vamos? —pregunta Ky.

Él no responde.

—A las montañas —digo, al mismo tiempo que Xander—. Para ayudar al Piloto a encontrar una cura.

—Eso es lo que Indie os ha dicho —arguye Ky, y nosotros asentimos.

Él enarca las cejas, como diciendo: «Pero ¿qué trama el Piloto?».

—Hay una cosa para Cassia en la bodega —indica el Piloto—. En el maletín del fondo.

Xander es el primero en encontrarlo y me lo acerca. Él y Ky me observan mientras lo abro. Dentro hay dos cosas: un miniterminal y un papelito blanco doblado.

Saco primero el miniterminal y se lo doy a Xander. Ky se queda en el otro extremo de la bodega. Después cojo el papelito. Es liso papel blanco de terminal. Pesa más de lo debido y está laboriosamente doblado para esconder algo dentro. Cuando lo despliego veo que se trata de la microficha de mi abuelo.

Después de todo Bram la envió.

También mandó otra cosa. Del centro del papelito irradian renglones de letras negras. Un texto cifrado.

Enseguida reconozco el dibujo: Bram quiere que parezca uno de los juegos que inventé para su calígrafo cuando era pequeño. «Esta es su letra.» Mi hermano ha aprendido solo a escribir y, en vez de limitarse a descifrar mi mensaje, ha inventado una sencilla clave propia. Lo creíamos incapaz de prestar atención a los detalles, pero, cuando le interesa, puede hacerlo. Al final habría sido un clasificador increíble.

Las lágrimas me empañan la vista cuando imagino a mi familia exiliada en su casa de Keya. Pese a que solo les pedía la microficha, ellos me han enviado más cosas. El texto cifrado de Bram, el papel de mi madre: creo ver su mano en los minuciosos dobleces. El único que no ha mandado nada es mi padre.

—Por favor —dice el Piloto—, ponte a ver la microficha. —Me habla con



educación, pero su tono es autoritario.

Inserto la microficha en el miniterminal. Es un modelo antiguo, pero la primera imagen solo tarda unos segundos en cargarse. Y ahí está. Mi abuelo. Su rostro afable, inteligente y maravilloso. Llevo casi un año sin verlo, excepto en sueños.

—¿Funciona el miniterminal? —pregunta el Piloto.

—Sí —respondo, con la garganta seca—. Sí, gracias.

Por un momento olvido que busco algo específico, el recuerdo preferido que mi abuelo tenía de mí, y me distraigo con las imágenes de su vida.

Mi abuelo, de pequeño, un niño que posa con sus padres. Unos años mayor, con ropa de diario, y, después, con el brazo alrededor de una mujer joven. Mi abuela. Vuelven a aparecer los dos juntos, mi abuelo con un bebé en brazos, mi padre, y mi abuela riéndose a su lado. Y después esa imagen también se desvanece.

Bram y yo aparecemos con mi abuelo en la pantalla.

Y nos desvanecemos.

La pantalla se detiene en un primer plano de mi abuelo al final de su vida. Su bello rostro y sus ojos oscuros miran a la cámara con humor y fortaleza.

«Al partir, como es costumbre, Samuel Reyes hizo una lista de su recuerdo preferido de cada uno de los miembros de la familia que lo sobreviven —dice el historiador—. El que escogió de su nuera, Molly, es del día en que se conocieron.»

Mi padre también se acuerda de ese día. En el distrito, me explicó que él y sus padres fueron a recibir a mi madre a la parada del tren aéreo. Dijo que todos se enamoraron de ella ese día, que jamás había visto a nadie tan cálido y lleno de vida.

«Su recuerdo preferido de su hijo, Abran, es del día que tuvieron su primera verdadera discusión.»

Debe de haber una historia detrás de ese recuerdo. Tendré que preguntársela a mi padre cuando lo vea. Él casi nunca discute con nadie. Me entristezco un poco. ¿Por qué no me ha mandado nada? Pero seguro que estuvo de acuerdo con el envío de la microficha. Mi madre jamás habría hecho nada a sus espaldas.

«Su recuerdo preferido de su nieto, Bram, es la primera palabra que dijo —continúa el historiador—. Fue “más”.»

Me toca a mí. Me descubro inclinándome hacia delante, como hacía cuando era pequeña y mi abuelo me explicaba cosas.

—«Su recuerdo preferido de su nieta, Cassia —explica el historiador—, es el día del jardín del rojo.»

Bram tenía razón. Oyó correctamente al historiador. Dice «día». No días. ¿Cometió un error? Ojalá hubieran permitido que mi abuelo hablara en su nombre. Me gustaría oír estas palabras de sus propios labios. Pero no es así como la Sociedad hacía las cosas.

Esto no me ha dicho nada aparte de que mi abuelo me quería, un dato importante,

pero que ya conocía. Y el día del jardín rojo puede hacer referencia a cualquier estación del año. Hojas rojas en otoño, flores rojas en verano, yemas rojas en primavera. Y a veces, cuando nos sentábamos al aire libre en invierno, el frío nos enrojecía la nariz y las mejillas y el sol poniente teñía el cielo de rojo. Días de jardines rojos. Hubo muchos.

Y estoy agradecida por ello.

—¿Qué pasó el día del jardín rojo? —pregunta el Piloto, y yo alzo la vista.

Por un momento, había olvidado que estaba escuchando.

—No lo sé —respondo—. No me acuerdo.

—¿Qué pone en el papel? —pregunta Xander.

—Todavía no lo he descifrado —respondo.

—Te ahorraré tiempo —dice el Piloto—. Pone: «Cassia, quiero que sepas que estoy orgulloso de ti por acabar lo que empiezas y por ser más valiente que yo». Es de tu padre.

¡Mi padre me mandó un mensaje! Bram lo cifró, y mi madre lo envolvió.

Miro el texto de mi hermano para asegurarme de que el Piloto lo ha interpretado bien, pero él me interrumpe.

—Este intercambio no llegó hasta hace poco —dice—. Parece que el colaborador que trató con tu familia se puso enfermo. Cuando por fin llegó, la microficha nos intrigó, y también el mensaje.

—¿Quién se lo dio? —pregunto.

—Cuento con personas atentas a todo lo que saben que puede interesarme —responde—. La archivista mayor de Central es una.

La archivista ha vuelto a traicionarme.

—Se supone que los intercambios son secretos —digo.

—En guerra, todo cambia —arguye.

—No estamos en guerra —objeto.

—Estamos perdiendo una guerra —declara— contra la mutación. No tenemos ninguna cura.

Miro a Ky, que no tiene la marca, que corre peligro, y comprendo la urgencia de sus palabras. No podemos perder esta guerra.

—No ayudarnos a encontrar y administrar la cura —añade— es entorpecer nuestros esfuerzos.

—Queremos ayudarle —interviene Xander—. Por eso nos lleva a las montañas, ¿verdad?

—Os llevo a las montañas, sí —dice el Piloto—. Pero aún no he decidido qué hacer con vosotros cuando lleguemos.

Ky se ríe.

—Si dedica tanto tiempo a decidir qué hacer con nosotros tres cuando hay un

virus incurable propagándose por las provincias, o es tonto o está desesperado.

—La situación —dice el Piloto— es desesperada desde hace tiempo.

—Entonces, ¿qué espera que hagamos nosotros? —pregunta Ky.

—Ayudaréis —responde—, de una forma u otra.

La aeronave vira, y me pregunto dónde debemos de estar.

—No hay muchas personas de las que pueda fiarme —continúa—. Y cuando dos se contradicen, me preocupo. Uno de mis confidentes cree que los tres sois traidores y debería encarcelaros e interrogaros fuera de las provincias, en un lugar donde sé que todos me son leales. El otro cree que podéis ayudarme a encontrar una cura.

«La archivista mayor es la primera persona —pienso—. Pero ¿quién es la segunda?»

—Cuando la archivista me habló de este intercambio —prosigue el Piloto—, me interesaron, tal como ella suponía, el nombre de la microficha y el mensaje del papelito doblado. Tu padre no se unió al Alzamiento. ¿Qué hiciste tú que él no se atrevió a hacer? ¿Diste un paso más y conspiraste contra el Alzamiento?

»Y, después, cuando me fijé mejor, me llamaron la atención más cosas.

Comienza a recitarme nombres de flores. Al principio creo que se ha vuelto loco, pero después sé a qué se refiere.

«Neorrosa, fucsia, protorrosa.»

—Escribiste eso y lo distribuiste —dice—. ¿Es un texto cifrado?

No es ningún texto cifrado. Solo son las palabras de mi madre, transformadas en poesía. ¿Dónde lo encontró? ¿Alguien se lo dio? Mi intención era compartirlo, aunque no así.

—¿A qué loma y a qué río te refieres? ¿Qué hay más allá del último confín conocido?

Planteado así, parece complicado, una suerte de acertijo. Y tenía que ser sencillo, una mera canción.

—¿Con quién te reunías allí? —pregunta el Piloto, sin alterar la voz. Pero Ky tiene razón. Está desesperado. Aunque logra disimular el miedo, las preguntas que hace, su modo de dedicarnos parte de su precioso tiempo, me da escalofríos. Si él no sabe cómo librarnos de esta nueva Plaga, ¿quién lo hace?

—Con nadie —respondo—. Es un poema. No necesita tener un sentido literal.

—Pero los poemas a menudo lo tienen —declara—. Y tú lo sabes.

Es cierto. He pensado en el poema que menciona al Piloto, en si puede ser el que mi abuelo quería que tomara como ejemplo. Él me dio la polvera, me habló de sus caminatas por la Loma, de su madre, que le cantaba poemas prohibidos. Siempre me he preguntado qué quería que hiciera.

—¿Por qué reunías a gente en la Galería? —pregunta el Piloto.

—Para que pudieran llevar lo que habían creado.

—¿De qué hablabais allí?

—De poesía —respondo—. De canciones.

—Y ya está —dice.

Advierto que su voz puede ser tan fría o tan cálida como la piedra. En ocasiones, es grata y acogedora, como la roca arenisca calentada por el sol, y en otras es tan dura como el mármol de la escalinata del Ayuntamiento.

Yo también tengo una pregunta para él.

—¿Por qué no se ha interesado por mi nombre hasta ahora? —pregunto—. La gente del Alzamiento ya debía de haberlo visto. Y no les llamó la atención.

—Han pasado cosas desde que te uniste al Alzamiento hace varios meses —responde—. Lagos envenenados. Claves misteriosas. La construcción de una Galería donde la gente podía reunirse e intercambiar textos que había escrito. Al parecer, valía la pena echar otro vistazo a tu nombre. Y, cuando se lo echamos, encontramos muchas cosas. —Ahora, su voz es heladora.

—Cassia no conspira contra el Alzamiento —declara Xander—. Es parte del Alzamiento. Yo respondo por ella.

—Y yo —añade Ky.

—Eso podría significar algo para mí —arguye el Piloto—, si no fuera por cómo convergen los datos sobre vosotros. Hay suficiente para que los tres seáis sospechosos.

—¿A qué se refiere? —pregunto—. Hemos hecho todo lo que nos ha pedido el Alzamiento. Yo vivía en Central. Ky pilotaba aeronaves. Xander salvaba vidas.

—Sin duda, vuestra aparente obediencia sirvió para ocultar vuestros otros actos a miembros del Alzamiento con menos autoridad e información que yo —replica el Piloto—. Al principio no tenían ningún motivo para advertirme sobre vosotros. Pero, cuando lo hicieron, pude ver más cosas y establecer más conexiones que ellos. Como Piloto que soy, tengo acceso a más información. Cuando indagué más, descubrí la verdad. Dondequiera que ibais, moría gente. Los señuelos del campo de trabajo, por ejemplo, muchos de los cuales eran aberrantes.

—A los señuelos no los matamos nosotros —objeta Ky—. Sino ustedes. Cuando la Sociedad los mandó a los campos para que murieran allí, ustedes se cruzaron de brazos.

El Piloto continúa, implacable:

—Un río próximo a la Talla fue envenenado mientras vosotros estabais en la zona. Detonasteis dinamita en la Talla y derribasteis parte de un pueblo que había estado habitado por anómalos. Destruisteis tubos en una cueva de los cañones, en la que se había infiltrado el Alzamiento. Conspirasteis para conseguir pastillas azules. Incluso matasteis a un chico con ellas. Encontramos su cadáver.

—Eso no es cierto —protesto, aunque, en cierto modo, lo es. Yo no tenía

intención de matarlo cuando le di las pastillas, pero lo hice. Y entonces comprendo las preguntas de la archivista mayor sobre las muestras de tejido—. Es usted quien quería averiguar cuánto sabía yo de los tubos —añado—. ¿De verdad los intercambia?

—¿Intercambia los tubos? —pregunta Ky.

—Por supuesto —responde el Piloto—. Haré lo que sea para obtener la lealtad y los recursos que exige encontrar una cura. Casi todo el mundo daría lo que fuera por una muestra de tejido.

Ky niega con la cabeza, indignado. No puedo evitar alegrarme de haber sacado el tubo de mi abuelo de la Caverna. Quién sabe qué uso le habría dado el Piloto.

—Hay una cosa más —dice—. Las dos ciudades en las que vivíais tienen el agua contaminada.

El lago. Recuerdo los peces muertos. Pero no sé qué significa. Los tres nos miramos. ¡Tenemos que resolver esto!

—La Plaga se ha propagado con demasiada rapidez —interviene Xander, y de pronto se le ilumina la mirada—. Estuvo circunscrita a Central durante mucho tiempo y luego, de repente, se extendió. Hasta que el virus infectó el agua, se trataba de una epidemia: se contagiaba de una persona a otra. Cuando el agua se contaminó, se convirtió en pandemia.

De inmediato, Ky y yo nos ponemos a atar cabos con Xander.

—Es una Plaga que se transmite a través del agua —dice Ky—. Como la Plaga con la que la Sociedad aniquiló al enemigo.

Las cifras de la Plaga cobran sentido para mí.

—El brote repentino que hubo al principio del Alzamiento, el que apareció en varias ciudades y provincias a la vez, indica que alguien infectó el agua potable con el virus para acelerar el proceso. —Niego con la cabeza—. Tendría que haberme dado cuenta. Por eso, de pronto, la enfermedad estaba en todas partes.

—Y por eso casi no dábamos abasto en el centro médico —razona Xander—. El Alzamiento no se esperaba el sabotaje. Pero, aun así, conseguimos salir adelante. Todo se habría resuelto de no ser por la mutación.

—¿No creerá que todo esto lo hemos coordinado los tres solos? —pregunta Ky.

—No —responde el Piloto—. Pero habéis formado parte de ello. Y es hora de que contéis todo lo que sabéis. —Guarda silencio—. Hay otra cosa para Cassia en el miniterminal.

Vuelvo a mirar la pantalla y veo un segundo archivo. Contiene dos fotografías, una de mi madre y otra de mi padre. La pantalla va alternándolas.

—No —digo—. ¡No! —Mis padres tienen los ojos vidriosos. Ambos están inertes.

—Han contraído la mutación —me informa el Piloto—. No hay cura. Están

ingresados en el centro médico de Keya. —Y al instante se adelanta a mi pregunta—. No hemos podido encontrar a tu hermano.

«Bram.» ¿Ha caído enfermo en un lugar donde nadie puede encontrarlo? ¿Está muerto como el chico de la Talla? No. No lo está. Me niego a creerlo. No puedo imaginármelo inerte.

—Ahora —declara el Piloto— tenéis un incentivo para deciros todo lo que sabéis. ¿Para quién trabajáis? ¿Sois partidarios de la Sociedad? ¿De otra facción? ¿Ha introducido vuestro grupo la mutación? ¿Tenéis una cura?

Por primera vez, le oigo perder el control mientras habla. Solo se aprecia en la última palabra, «cura», pero se nota lo desesperado y resuelto que está. Quiere la cura. Hará lo que sea para conseguirla.

Sin embargo, nosotros no la tenemos. Pierde el tiempo interrogándonos. ¿Qué deberíamos hacer? ¿Cómo podemos convencerle?

—Sé que puedes hacer lo correcto —continúa. Ha recuperado el dominio de la voz, y su tono se ha vuelto seductor, dulce—. Tu padre puede que tomara partido por la Sociedad y se negara a formar parte del Alzamiento, pero tu abuelo trabajó para nosotros. Eres, naturalmente, la biznieta de la Piloto Reyes. Ya nos has ayudado, aunque tú no te acuerdes.

Apenas oigo las últimas palabras porque...

Mi bisabuela. Fue el Piloto.

Fue la que cantó poemas a mi abuelo, aunque la Sociedad le hubiera dicho que solo podía escoger un centenar. Fue la que conservó la página que yo quemé.

—No conocí a la Piloto Reyes en persona —continúa el Piloto—. A ella la sustituyó mi predecesor. Pero, debido a mi posición, soy una de las pocas personas que sabe los nombres de los anteriores Pilotos. Y la conozco por sus escritos. Fue el Piloto idóneo para su época. Conservó documentos y reunió la información que necesitábamos para tomar medidas más adelante. No obstante, todos los Pilotos compartimos una característica: tenemos que comprender qué significa ser el Piloto. Tu bisabuela comprendía que, si no salvaba vidas, fracasaba. Y sabía que el rebelde más humilde es tan grande como el propio Piloto. No solo lo creía. Lo sabía.

—Nosotros no hemos hecho nada... —comienzo a decir, pero la aeronave se inclina bruscamente para iniciar el descenso.

Ky pierde el equilibrio y se estampa contra los maletines apoyados en la pared. Xander y yo hacemos ademán de ayudarlo.

—Estoy bien —dice.

Apenas le oigo con el estruendo de los motores y, un momento después, aterrizamos. El impacto es tan fuerte que me crujen todos los huesos del cuerpo.

—Cuando abra la bodega —declara Ky—, echaremos a correr. Nos escaparemos.

—Ky —digo—, espera.

—Podemos esquivarlo —insiste—. Somos tres contra uno.

—Sois dos —replica Xander—. Yo no voy.

Ky lo mira, atónito.

—¿Has prestado alguna atención?

—Sí —responde—. El Piloto quiere encontrar una cura. Y yo también. Lo ayudaré en todo lo que pueda. —Me mira, y veo que aún cree en el Piloto. Lo elige por encima de todo lo demás, al menos en esto.

¿Por qué no habría de hacerlo? Ky y yo lo abandonamos; yo nunca le enseñé a escribir. Nunca le pregunté por su historia porque ya creía conocerla. Cuando lo miro comprendo que nunca la supe toda y que ahora todavía la conozco menos. Él ha atravesado sus propios cañones y ha salido de ellos transformado.

Y tiene razón. Lo único que importa es la cura. Ahora nuestra batalla es esa.

Mi voto inclinará la balanza. Ambos esperan a que me decida. Y esta vez elijo a Xander o, al menos, elijo su bando.

—Hablemos con el Piloto —digo a Ky—. Solo un poco más.

—¿Estás segura? —pregunta.

—Sí —contesto, y el Piloto abre la escotilla de la bodega. Subo la escalerilla detrás de Ky, seguida de Xander, y entrego al Piloto el miniterminal con las fotografías de mis padres.

—La Galería era un lugar de reunión y poesía —explico—. Lo que ocurrió con las pastillas azules fue un accidente. No sabíamos que mataban. En la Talla utilizamos la dinamita para tapar la cueva de los labradores e impedir que la Sociedad se lo llevara todo. Envenenar ríos y el agua, eso lo hace la Sociedad. Y nosotros no formamos parte de ella ni tampoco la apoyamos.

Por un momento reina todo el silencio que puede haber dentro de una aeronave rodeada de montañas. Fuera, el viento azota los árboles, y su murmullo se mezcla con las respiraciones de los que no estamos inertes, todavía.

—No queremos boicotear el Alzamiento —continúo—. Creíamos en él. Lo único que queremos es una cura. —Y entonces comprendo quién debe de ser su otro confidente: la piloto a la que ha pedido que nos reúna para ganar tiempo y no ponerse en peligro—. Debería hacer caso a Indie —añado—. Podemos ayudarle.

El Piloto no parece sorprenderse de que lo haya deducido.

—Indie —dice Ky—. ¿Tiene la marca?

—No —responde él—. Pero haremos todo lo posible para que siga bien.

—Le ha mentado —protesta Ky—. La ha utilizado para juntarnos en la aeronave.

—Removeré cielo y tierra —declara el Piloto— con tal de encontrar la cura.

—Podemos ayudarle —repito—. Yo sé clasificar datos. Xander ha trabajado con los enfermos y ha visto la mutación. Y Ky...

—Puede ser el más útil de los tres —arguye el Piloto.

—Yo seré un cuerpo —dice Ky—. Igual que en las provincias exteriores. —Se aleja de mí para bajar de la aeronave. Se mueve más despacio que de costumbre, pero con la misma fluidez que siempre he asociado con él: es más dueño de su cuerpo que la mayoría y me aflige pensar que pueda verse obligado a quedarse parado, inerte.

—Eso aún no lo sabes —arguyo, con el corazón en un puño—. A lo mejor no estás enfermo. —Pero su expresión es resignada. ¿Sabe más de lo que dice? ¿Nota la mutación en su interior, corriéndole por las venas, minándole la salud?

—En cualquier caso, Ky ha estado expuesto al virus —dice Xander—. Usted no quiere correr el riesgo de que la gente que tiene trabajando en la cura se contagie.

—No hay ningún riesgo —aclara el Piloto—. Los lugareños son inmunes.

—Por eso busca una cura aquí —razona Xander, y sonrío. Su voz rebosa esperanza—. Existe una posibilidad de que la encontremos.

—Pero, si sabía lo de la marca roja, ¿por qué no ha traído ya aquí a algunos de los que la teníamos? —pregunto al Piloto—. Nuestros datos quizá podrían ser útiles. Si soy inmune mis datos podrían correlacionarse con los de la gente que vive aquí.

En cuanto acabo de hablar, niego con la cabeza.

—No funcionaría —digo, respondiendo a mi pregunta—, porque nuestros datos no sirven. Estamos vacunados, y hemos sufrido varias exposiciones. Hace falta un grupo de control puro para encontrar la cura.

—Sí —admite, y me escruta con la mirada—. Solo podemos utilizar a individuos que viven fuera de la Sociedad desde que nacieron. Los demás podéis ayudarnos a investigar la cura, pero vuestros datos no nos sirven.

—Y hay que dar más peso a los datos de la gente que lleva más tiempo viviendo fuera de la Sociedad —razono—. A la segunda y tercera generación de lugareños. Su información tendrá más importancia.

—Recientemente hemos adquirido algunos datos adicionales —dice—. Hay otro grupo que también es inmune, aunque hace poco que llegó.

Los labradores de la Talla. Tienen que ser ellos. Recuerdo la casita oscura, el símbolo de «caserío» que vimos en las montañas del mapa de los labradores. Ellos no sabían el nombre del pueblo ni si todavía estaba habitado, pero fue allí adonde huyeron cuando la Talla dejó de ser segura.

Ky me está mirando. Piensa lo mismo que yo. «¿Y si podemos ver a Eli? ¿O a Hunter?»

—Cuando llegó el grupo de la Talla, los lugareños de Última Piedra les permitieron construir un caserío en los alrededores —explica el Piloto—. Al principio no estábamos seguros de si también serían inmunes a la mutación. El clima era muy distinto donde vivían, y hacía muchos años que no tenían ningún contacto con la gente de Última Piedra. Pero eran inmunes. Y fue una suerte, porque...

—... pudieron correlacionar sus datos —digo, entendiéndolo al instante—.



Pudieron buscar similitudes entre ambos grupos. Les ahorró tiempo.

—¿Cuánto han avanzado? —pregunta Xander.

—Menos de lo que queríamos —responde el Piloto—. Hemos encontrado muchas coincidencias en la dieta y los hábitos de ambos grupos. Estamos descartando cada posibilidad lo más rápido posible, pero el proceso lleva tiempo, y necesitamos enfermos para los ensayos clínicos.

Nos mira a los tres. ¿Le hemos convencido?

Xander también me observa. Cuando lo miro y me sonrío, vuelvo a ver al Xander de siempre, al que lucía esa misma sonrisa cuando quería convencerme de que saltara a la piscina o jugara con él. Cuando me vuelvo hacia Ky, veo que las manos le tiemblan un poco, sus bonitas manos, que me enseñaron a escribir, que me tocaron cuando atravesamos los cañones.

Hace mucho tiempo, en la Loma, Ky me previno sobre la posibilidad de que nos viéramos atrapados en una situación como esta. Me habló del dilema del prisionero y de cómo tendríamos que protegernos el uno al otro. ¿Pensó alguna vez que podríamos ser tres en lugar de dos?

Aquí, entre la sonrisa de Xander y las manos de Ky, comprendo que la única manera de protegernos entre los tres es encontrar una cura.

—Podemos ayudarle —repito al Piloto, con la esperanza de que esta vez me crea.

Mi abuelo creyó en mí. En la palma de la mano, tengo la microficha. Está envuelta en un papel de mi madre que lleva las palabras de mi padre escritas por el puño de mi hermano.

# **QUINTA PARTE**

## **El dilema del prisionero**

## Capítulo 24

### Xander

Fuera de la aeronave, Ky camina de un lado a otro mientras esperamos en el claro a que lleguen los lugareños.

—Deberías descansar —le aconsejo—. No hay pruebas de que el movimiento continuado retrase el inicio de la enfermedad.

—Pareces un funcionario —dice.

—Lo era —respondo.

—Si no tenéis pruebas —replica—, es porque nunca le habéis pedido a nadie que lo pruebe.

Hablamos y bromeamos, con el mismo tono que cuando jugábamos en el centro recreativo. Una vez más, Ky va a perder, y no es justo. No debería tener que quedarse inerte.

Pero no ha perdido a Cassia. Se miran como si se tocaran. Y yo estoy en medio de los dos.

Ahora no hay tiempo de pensar en eso. Un grupo de personas sale del bosque. Son nueve. Cinco llevan armas, y el resto, camillas.

—Hoy no os traigo pacientes —les informa el Piloto—. Ni provisiones. Solo a estos tres.

—Me llamo Xander —digo, para romper el hielo.

—Yo soy Leyna —responde una de las mujeres. Lleva el largo cabello rubio recogido en una trenza y parece joven, aproximadamente de nuestra edad.

Ninguno de sus compañeros avanza para presentarse, pero todos parecen sanos. No veo ningún síntoma de enfermedad en ellos.

—Yo me llamo Cassia —dice Cassia.

—Ky —añade Ky.

—Somos anómalos —explica Leyna—. Probablemente los primeros a los que veis. —Aguarda nuestra reacción.

—Conocimos a otros anómalos en la Talla —repite Cassia.

—Ah, ¿sí? —pregunta Leyna, interesada—. ¿Cuándo?

—Justo antes de que vinieran aquí —responde Cassia.

—Entonces conocéis a Anna —dice uno de los hombres—, su líder.

—No —contesta Cassia—. Cuando llegamos ya se había ido. Solo conocimos a Hunter.

—Cuando los labradores llegaron a Última Piedra, fue una sorpresa para todos —dice Leyna—. Creíamos que en la Talla ya no quedaba nadie. Estábamos convencidos de que, entre la Sociedad y el resto del mundo, solo estábamos nosotros.

Esto se le da muy bien. Tiene la voz afable pero fuerte, y trata de calarnos

mientras nos mira. Sería una buena doctora.

—¿Qué pueden hacer ellos por nosotros? —pregunta al Piloto. No se dirige a él como a su líder, sino como a un igual.

—Yo soy un cuerpo —responde Ky—. Tengo la mutación. Solo que todavía no me he quedado inerte.

Leyna enarca las cejas.

—No hemos visto a nadie consciente —le dice al Piloto—. Los otros pacientes ya estaban inertes.

—Ky es piloto —interviene Cassia. Se nota que no le gusta la forma en la que Leyna habla de Ky—. Uno de los mejores.

Leyna asiente, pero no quita ojo a Ky. Tiene la mirada sagaz.

—Xander es médico —añade Cassia—, y yo sé clasificar.

—Un médico y una clasificadora —dice Leyna—. Magnífico.

—De hecho, ya no soy médico —preciso—. He estado trabajando en la dirección. Pero he visto a muchos enfermos y he ayudado a atenderlos.

—Eso será útil —replica Leyna—. Siempre viene bien hablar con alguien que ha visto el virus y cómo actúa en las ciudades y distritos.

—Volveré lo antes posible —interviene el Piloto—. ¿Hay alguna novedad?

—No —responde Leyna—, pero pronto la habrá. —Señala una camilla—. Podemos llevarte si lo necesitas. —Se ha dirigido a Ky.

—No —contesta él—. Seguiré en pie hasta que me caiga.

—Te fías mucho del Piloto —digo a Leyna mientras ascendemos por el camino que conduce al pueblo. Cassia y Ky van delante, a un paso constante pero lento. Sé que Leyna y yo los observamos. Y el resto del grupo también mira a Ky. Todos esperando el momento en que se quede inerte.

—El Piloto no es nuestro líder —responde Leyna—, pero nos fiamos lo suficiente para colaborar con él, y él piensa lo mismo de nosotros.

—¿De verdad sois inmunes? —pregunto—. ¿Incluso a la mutación?

—Sí —responde—. Pero no tenemos la marca. El Piloto nos ha dicho que algunos de vosotros la tenéis.

Asiento.

—¿Y por qué esa discrepancia? —me pregunto. Aunque he visto sus efectos devastadores, el mecanismo de la Plaga y la mutación me fascina.

—No estamos seguros —contesta Leyna—. Nuestro experto dice que el funcionamiento de los virus y la inmunidad es tremendamente complejo. Su mejor explicación es que lo que nos hace inmunes impide que la infección se instaure, lo que significa que no desarrollamos la marca.

—Y también significa que más vale que no modifiquéis demasiado vuestra dieta y entorno antes de descubrir qué es o podríais ponerlos enfermos —digo.

Ella asiente.

—Ha debido de hacer falta valor para exponeros voluntariamente a la mutación —observo.

—Sí.

—¿Cuánta gente vive en el pueblo? —pregunto.

—Más de la que parece —responde—. Los cantos nunca dejan de rodar.

¿Qué quiere decir?

—Cuando la Sociedad comenzó a mandar a los aberrantes y a los anómalos a los campos de señuelos —explica—, cada vez hubo más gente que escapó a estos pueblos, los pueblos de las piedras. ¿Has oído hablar de ellos?

—Sí —contesto, al recordar a Lei.

—Ahora nos estamos reuniendo todos en un solo pueblo, el último —continúa Leyna—. Se llama Última Piedra. Estamos juntando nuestros recursos para convertir nuestra inmunidad en vuestra cura.

—¿Por qué? —pregunto—. ¿Qué hemos hecho por vosotros los habitantes de las provincias?

Ella se ríe.

—No mucho —me responde—. Pero el Piloto nos ha prometido algo a cambio si lo conseguimos.

—¿Qué es? —pregunto.

—Si encontramos una cura —responde—, nos llevará a las Tierras Ignoras en sus aeronaves. Es lo que más queremos, y la cura es lo que más quiere él, así que el intercambio es justo. Y, si resulta que al macharnos dejamos de ser inmunes, vamos a querer llevarnos curas a las Tierras Ignoras por precaución.

—Entonces las Tierras Ignoras existen —digo.

—Claro —afirma.

—Si dejáis morir a todos los habitantes de las provincias, podríais coger vosotros mismos las aeronaves del Piloto —especulo—. O podríais esperar a que no quedara nadie e instalaros en sus casas y ciudades.

Por primera vez su máscara de cordialidad deja entrever el desdén que disimula.

—Sois como ratas —dice, y su voz continúa siendo agradable—. Aunque muráis la mayoría, sois demasiados para nosotros. Estamos dispuestos a dejaros a todos y marcharnos a algún sitio que no hayáis tocado.

—¿Por qué me explicas todo esto? —pregunto. Acabamos de conocernos. Todavía no puede fiarse de mí.

—Quiero que entiendas lo mucho que tenemos que perder —responde.

Y lo entiendo. Con tanto en juego, Leyna no va a tolerar nada que pueda poner en peligro su objetivo. Tendremos que ir con cuidado.

—Tenemos el mismo objetivo —afirmo—. Encontrar una cura.

—Bien —resuelve. Baja la voz y mira a Ky—. Dime —añade—, ¿cuándo va a quedarse inerte?

Ky ha apretado un poco el paso.

—Ya falta poco —respondo. Cassia está electrizada, encendida por el mero hecho de tener a Ky cerca, aunque le preocupa que pueda estar enfermo. «¿Me compensaría tener la mutación si supiera que ella me quiere? —me pregunto—. Si pudiera cambiarme por él en este momento, ¿lo haría?»

## Capítulo 25

### Cassia

Cuando sucede me parece a la vez repentino y lento.

Estamos andando por el estrecho camino cuando Ky se arrodilla.

Me agacho a su lado, lo cojo por los hombros.

Sus ojos, al principio desenfocados, me encuentran.

—No —dice—. No quiero que veas esto.

Pero yo no aparto la mirada y resisto. Le ayudo a tenderse en la hierba y dejo las manos debajo de su cabeza. Tiene el cabello suave y tibio; la hierba está fresca y tierna.

—Indie —dice—. Me besó. —Veo dolor en sus ojos.

Debería estar consternada, lo sé. Aunque no me importa. Lo que importa es esto, sus ojos mirándome, mis dedos aferrándose a él y tocando la tierra. Estoy a punto de decirle que no me importa, pero comprendo que para él es importante, o no me lo habría dicho.

—No te preocupes —contesto.

Ky suspira, aliviado y exhausto.

—Como la Talla —susurra.

—Sí —aseguro—. Atravesaremos esto.

Xander también se arrodilla. Nos miramos los tres; mis ojos se cruzan brevemente con los de Xander antes de volver a Ky.

¿Podemos confiar los unos en los otros? ¿Podemos protegernos?

Cerca del borde del camino, crecen flores silvestres, rosas, azules y rojas. El viento mece la hierba que pisamos e impregna el aire de un refrescante olor a flores y tierra.

Ky sigue mi mirada. Alargo la mano, arranco una flor y le doy vueltas en la mano. Es tan carnosa y colorida que casi espero verme la palma teñida de rojo, pero no lo está. La flor conserva su color.

—Una vez me dijiste —Le enseñé la flor roja y se la pongo en la mano— que el rojo era el color de los comienzos.

Sonríe.

«El color de los comienzos. —Un recuerdo fugaz me cruza el pensamiento—. Es un día de primavera, uno de los pocos en los que tanto las yemas de los árboles como las flores del suelo son de color rojo. El aire es fresco y, a la vez, cálido. Mi abuelo me observa, con la mirada brillante y resuelta.»

Primavera, entonces. El día del jardín rojo que mi abuelo mencionó en la microficha fue en primavera, para tener a la vez yemas rojas en los árboles y flores rojas en el suelo, para que me haya dejado esa sensación. De eso estoy segura. Pero

¿de qué hablé con mi abuelo?

Eso todavía no lo sé. Sin embargo, mientras noto la mano de Ky apretando la mía, pienso que él siempre es así conmigo, que siempre me da algo incluso cuando la mayoría pensaría que ya no hay nada que hacer.



## Capítulo 26

### Ky

—Ky —dice Cassia. Me pregunto si esta será una de las últimas veces que oiré el sonido de su voz. ¿Pueden los inertes oír algo en absoluto?

Me he dado cuenta de que estaba enfermo cuando no he podido mantener el equilibrio en la aeronave. Mi cuerpo no se ha movido cuando se lo ha dictado el instinto. Parece que los músculos se me hayan aflojado y los huesos me tiren.

Xander se arrodilla a mi lado. Vislumbro su cara. Cree que va a encontrar una cura. No está ciego. Solo esperanzado. Verlo me parte el alma.

Miro de nuevo a Cassia. Sus ojos verdes están serenos. Cuando los contemplo, me siento mejor. Por un segundo, el dolor se desvanece.

Pero enseguida regresa.

Ahora sé por qué los enfermos pueden no tardar mucho en abandonar la lucha.

Si dejara de luchar contra el dolor, el cansancio me vencería, y eso parece mejor que esto. Preferiría estar dormido a sentir este dolor. Me doy cuenta de que la Plaga era mucho más benévola que la mutación. No causaba las yagas que se me están formando en el torso y se me extienden a la espalda.

Veo lucecitas rojiblancas cuando los lugareños me colocan en una camilla. Se me pasa otra idea por la cabeza. «¿Y si cedo al agotamiento y me quedo inerte pero el dolor no se va?»

Cassia me toca el brazo.

Fuimos libres en la Talla. No por mucho tiempo. La piel le sabía a tierra, y el cabello le olía a agua y a piedra. Por el aroma del aire, me parece que va a llover. Cuando lo haga, ¿estaré demasiado enfermo para recordar?

Me alegra que Xander esté con nosotros. Así, cuando me quede inerte, ella no estará sola.

—Tú atravesaste la Talla para encontrarme —digo a Cassia—. Yo atravesaré esto para volver a estar contigo.

Me coge una mano. En la otra tengo la flor que me ha dado. El aire montano es fresco. Noto cuándo pasamos por debajo de los árboles. Luz. Oscuridad. Luz. Casi es agradable que otras personas carguen conmigo. El cuerpo me pesa muchísimo.

Y entonces el dolor se recrudece. Me inunda como una marea roja y, cuando cierro los ojos, rojo es lo único que veo.

Cassia me suelta la mano.

«¡No! —quiero gritar—. ¡No te vayas!»

Pero es Xander quien acude.

—Lo importante —dice su voz— es que te acuerdes de respirar. Si los bronquios se taponan, hay riesgo de neumonía. —Se queda un momento callado antes de añadir

—: Lo siento, Ky. Encontraremos una cura. Te lo prometo.

Xander se va y vuelve Cassia. Apenas noto su mano en la mía.

—Lo que ha recitado en la aeronave el Piloto —dice— es un poema que escribí para ti. Por fin lo acabé.

Me habla con ternura, casi cantándome. Respiro.

*Neorrosa, fucsia, protorrosa.*

*Agua, río, piedra y sol.*

*Viento en la loma y agua que corre  
más allá del último confín conocido.*

*Escalo en la oscuridad por ti.*

*¿Me esperas tú en las estrellas?*

Sí.

Y, pase lo que pase, ella me recordará. Ni la Sociedad, ni el Alzamiento ni nadie pueden arrebatarse eso. Han sucedido demasiadas cosas. Y ha transcurrido demasiado tiempo.

Sabrás que estuve aquí. Y que la amé.

Siempre sabrás eso, a menos que decida olvidarlo.

## Capítulo 27

### Xander

El pueblo está todo menos inerte. Hay gente por doquier. Veo niños corriendo por los caminos y jugando alrededor de una gran piedra que ocupa el centro del pueblo. A diferencia de las esculturas que adornan los espacios verdes de la Sociedad, la piedra no está alisada. Es áspera y desigual en la parte que se desgajó de la montaña. Resulta evidente que el pueblo está construido alrededor de ella. Los niños nos miran cuando pasamos, y me reconforta ver que lo hacen con curiosidad y no con miedo.

La enfermería es un largo edificio de madera erigido delante de la piedra del pueblo. Una vez dentro trasladamos a Ky con cuidado a una cama.

—Tenemos que llevaros al laboratorio de investigación y entrevistaros —nos dice Leyna. A nuestro alrededor, los médicos y los enfermeros atienden a los inertes. Realizo un rápido recuento y veo que Ky es el paciente 52—. Nos hace falta la información de Xander sobre la Plaga y su mutación, y necesitamos que Cassia eche un vistazo a los datos que hemos recopilado. Seréis de más utilidad allí. —Sonríe para disminuir el impacto de lo que va a decir—. Lo siento. Sé que es amigo vuestro, pero, de hecho, la mejor forma de ayudarlo...

—Es trabajar en la cura —dice Cassia—. Lo entiendo. Aunque podremos parar de vez en cuando, ¿no? Así vendría a visitarlo.

—Eso depende de Sylvie —responde Leyna, y señala a una mujer próxima a nosotros—. Yo me ocupo de la supervisión general de la cura, pero ella se ocupa de la enfermería.

—No me importa siempre que te laves las manos antes de entrar y te pongas mascarilla y guantes —dice Sylvie—. Puede ser interesante verlo. Ninguno de los otros pacientes ha tenido visitas. A lo mejor se recupera antes.

—Gracias —susurra Cassia, y la esperanza le ilumina la cara.

Prefiero no decirle: «De hecho, no parece que hablarles y acompañarlos cambie nada». Lo sé porque yo siempre hablaba a mis pacientes. Es instintivo. Aunque quizá dependa de si lo hace la persona idónea. ¿Quién sabe? Espero que, en el centro médico, Lei tenga a alguien que le hable. ¿Habría sido mejor que me hubiera quedado?

La puerta se abre de golpe. Cassia y yo nos volvemos, alarmados, y vemos que entra un hombre. Es alto y muy delgado. Tiene las cejas canas y pobladas, los ojos oscuros y sagaces, y la cabeza lisa y bronceada, sin un solo pelo.

—¿Dónde está? —pregunta—. Colin me ha dicho que hay un paciente que no lleva ni una hora inerte.

—Aquí —responde Leyna, y señala a Ky.

—Ya era hora —dice el hombre. Se acerca rápidamente a nosotros—. ¿Qué llevo diciendo al Piloto desde el principio? Traédmelos cuando todavía están frescos y quizá tenga alguna posibilidad de recuperarlos.

Cassia no se separa de Ky. Se queda a su lado, con actitud protectora.

—Soy Oker —dice el hombre, pero no hace ademán de estrecharnos la mano. Lleva una bolsa de suero en sus manos nervudas y la aprieta con tanta fuerza que parece a punto de reventar—. Maldita sea —se lamenta, al darse cuenta, y se la ofrece a Sylvie—. Ten —añade—. Me estoy agarrotando. No me rompas los dedos.

Sylvie le arranca la bolsa de las manos.

—Empezad a administrárselo —ordena Oker, y señala a Ky con la cabeza—. Acabo de prepararlo. Está fresco. Tan fresco como él. —Se echa a reír.

—Un momento —interviene Cassia—. ¿Qué es?

—Un suero mejor que el que les administra el Alzamiento —responde Oker—. Vamos —dice a Sylvie—. Date prisa.

—Pero ¿qué lleva? —insiste Cassia.

Oker resopla y fulmina a Sylvie con la mirada.

—Ocúpate tú. Yo no tengo tiempo para decirle todos los ingredientes. —Abre la puerta con el hombro y sale de la enfermería. Oigo sus pasos en el camino antes de que la puerta se cierre. Anda deprisa. Aunque tenga las manos retorcidas, a sus piernas no les pasa nada.

—Oker tiene razón —explica Sylvie—. Al principio, utilizábamos el suero que nos traía el Piloto de las provincias, pero un día se nos acabó antes de reponerlo. Oker preparó su propio suero para que los pacientes no murieran y pareció funcionar mejor, así que lo utilizamos desde entonces.

—Pero ¿no comprometerá eso nuestra investigación de una cura? —pregunto—. Es un suero distinto al que reciben los pacientes de las provincias.

—Eso quizá cambie —responde Sylvie—. Hace poco Oker dio al Piloto la fórmula del suero. Si puede va a intentar que también lo administren en las provincias.

—¿Qué opinas? —me pregunta Cassia en voz baja.

—Tienen mejor aspecto, sin duda —respondo—. Su color es bueno. Espera un momento. —Escucho la respiración de un paciente. No parece tener líquido en los bronquios. Le palpo la región costal: el bazo no está hinchado.

»Creo que Oker dice la verdad —concluyo. Ojalá hubiéramos tenido antes esta fórmula. Quizá habría supuesto un cambio para nuestros pacientes.

Cassia se arrodilla junto a Ky. Está más demacrado que el resto de los pacientes, pese a ser el que lleva menos tiempo inerte. Ella lo ve.

—De acuerdo —dice.

Sylvie asiente y conecta a Ky a la bolsa de suero que ha traído Oker. Cassia y yo le miramos la cara para ver si hay algún cambio, lo cual es absurdo. Pocas cosas surten efecto tan rápido.

Pero el suero de Oker es una. Después de solo unos minutos, el aspecto de Ky es un poco mejor. Esto me recuerda la rapidez con la que actuaba la cura de la Plaga original.

—Parece demasiado bueno para ser real —susurra Cassia. Tiene cara de preocupación—. ¿Y si lo es?

—No perdemos nada intentándolo —respondo—. El Alzamiento no está consiguiendo resultados en las provincias.

—¿Nunca has visto recuperarse a nadie? —pregunta Cassia.

—No —respondo—. De la mutación, no.

Nos quedamos un rato más, viendo cómo gotea el suero en la vía de Ky. Nos rehuimos la mirada.

Cassia respira hondo, y me pregunto si va a ponerse a llorar. Pero veo que sonrío.

—Xander —dice.

Ni siquiera trato de contenerme. La cojo para abrazarla y ella me lo permite. La sensación es agradable y, por un momento, no digo nada. Cassia me rodea con los brazos y noto cómo respira.

—¿Estás bien? —pregunta.

—Sí —contesto.

—Xander —repite—, ¿dónde has estado? ¿Qué te ha pasado mientras yo estaba en los cañones y en Central?

No estoy muy seguro de cómo explicárselo. «Yo no he atravesado ningún cañón, pero he administrado pastillas a bebés en su ceremonia de bienvenida. Y he extraído muestras de tejido a personas ancianas en su banquete final. He hecho una buena amiga, pese a que no he podido evitar que se quedara inerte. Ninguno de mis pacientes se ha recuperado.»

—Tenemos que irnos —declara Leyna—. Colin está reuniendo a los lugareños para que os hagan preguntas. No quiero hacerles esperar.

—Luego te lo cuento —digo a Cassia, y sonrío—. Ahora mismo tenemos que encontrar una cura.

Ella asiente. No quiero que parezca que pretendo desquitarme por todas las veces que me ha ocultado qué pasaba. Pero me resulta extraño darme cuenta de que, en este momento, Cassia sabe tan poco de mí como yo he sabido de ella en todos estos meses. Ahora es ella la que tiene preguntas.

No quiero que ninguno de los dos siga teniendo preguntas sobre el otro. Me gustaría que ambos supiéramos lo que pasa porque hemos estado juntos. Espero que encontrar esta cura nos permita empezar a hacerlo.

—¿Puedes darnos cifras concretas —me pregunta un lugareño— sobre cómo tratabais a los inertes?

La sala está al completo. A primera vista, no he sabido quiénes podían ser personas como nosotros, traídas aquí por el Piloto para investigar la cura, y quiénes podían ser los anómalos del pueblo. Pero, al cabo de unos minutos, creo que sé distinguir quién ha vivido en la Sociedad en un momento u otro.

Oker está sentado en una silla cerca de la ventana, con los brazos cruzados, escuchándome. Algunos clasificadores del pueblo han venido para tomar nota de todo. Oker es el único aparte de mí que no tiene un terminal portátil.

Leyna ve que me he fijado en los terminales.

—Nos los trajo el Piloto —explica—. Son muy útiles, pero no tan peligrosos como los miniterminales, que están prohibidos en el pueblo. —Asiento. Aunque los terminales portátiles almacenan información, a diferencia de los miniterminales, no pueden rastrearse.

—Tengo datos sobre tratamientos y pacientes tanto de la Plaga original como de la mutación —informo al grupo—. He trabajado en el centro médico desde la noche que el Piloto anunció la Plaga en los terminales.

—¿Hasta cuándo? —pregunta otra persona.

—Hasta esta madrugada —respondo.

Todos se inclinan hacia delante.

—¿En serio? —dice uno—. ¿Has trabajado en la mutación hasta hace tan poco? Asiento.

—Perfecto —afirma otro, y Leyna sonrío.

Los médicos quieren saber todo lo que pueda recordar de los pacientes: su aspecto, su edad, su grado de infección, cuánto tardaron en quedarse inertes, qué casos se deterioraron con más rapidez.

Cuando no estoy seguro, me cuido de decírselo.

Pero lo recuerdo casi todo, así que hablo y ellos escuchan, aunque ojalá fuera Lei la que estuviera aquí investigando la cura conmigo. Ella siempre sabía qué preguntas hacer.

Hablo durante horas. Todos toman notas, excepto Oker, y me doy cuenta de que, con sus manos, no puede manejar el terminal portátil con la misma soltura que ellos. Espero que me interrumpa como ha hecho cuando estábamos en la enfermería, pero no abre la boca. En un determinado momento, apoya la cabeza en la pared y da la impresión de que se ha quedado dormido. La voz comienza a fallarme justo cuando estoy hablando de la mutación y la marca roja.

—Eso ya lo sabemos —interviene Leyna—. Nos lo ha explicado el Piloto. —Se levanta—. Dejemos que Xander descanse unos minutos.

La sala se vacía. Algunas personas vuelven la cabeza y me miran, como si temieran que fuera a esfumarme.

—No os preocupéis —dice Leyna—. Él no va a ninguna parte. ¿Puede traerle alguno algo de comer? Y más agua. —Hace rato que me he terminado la jarra.

Oker sigue dormido en el fondo de la sala.

—Le cuesta descansar —explica Leyna—. Echa una cabezada siempre que puede. Mejor no lo despertamos.

—¿Eres médico? —le pregunto.

—Oh, no —responde—. No sé cuidar a las personas enfermas. Pero dirijo muy bien a las vivas. Por eso estoy al frente de la investigación. —Retira un poco la silla y se inclina hacia mí. Me recuerda a un oponente en un centro recreativo de la Sociedad. Está llevándome a su terreno, preparándose para mover ficha—. Debo reconocer —añade, con una sonrisa— que esto es bastante cómico.

—¿El qué? —pregunto. También me inclino hacia ella, hasta casi rozarla.

Se le ensancha la sonrisa.

—Esta situación. La Plaga. Su mutación. Que estés aquí.

—Explícate —digo—. Me encantaría coger el chiste. —Hablo con tono informal, relajado, pero he visto a demasiados inertes para que algo de lo que les ha sucedido me parezca gracioso.

—Vosotros nos llamabais anómalos —responde—. No nos considerabais aptos para vivir o casarnos con vosotros. Y ahora nos necesitáis para salvaros.

Le devuelvo la sonrisa.

—Es verdad —admito. Bajo la voz. No estoy seguro de que Oker duerma—. Vosotros me habéis hecho muchas preguntas —añado—. Deja que yo te haga un par.

—Por supuesto —dice, con los ojos chispeantes. Disfruta con esto.

—¿Hay alguna posibilidad de que podáis encontrar una cura?

—Por supuesto —repite, sin titubear—. Solo es cuestión de tiempo. Tú nos vendrás muy bien. No lo niego. Pero también la habríamos encontrado sin ti. Tú solo nos ayudarás a acelerar el proceso, lo cual es muy valioso, por supuesto. El Piloto no nos llevará a las Tierras Ignoras si muere demasiada gente antes de que podamos salvarla.

—¿Y si vuestra inmunidad no aporta ninguna pista? —le pregunto—. ¿Y si resulta que la base es genética?

—No lo es —declara—. Eso lo sabemos. Los lugareños tienen procedencias muy distintas. Algunos llegaron hace generaciones; otros, hace menos tiempo. El Piloto no quiere que incluyamos a los recién llegados en el estudio, de manera que no lo hacemos, pero somos todos inmunes. Tiene que ser ambiental.

—Aun así —objeto—, inmunidad y cura no son lo mismo. Puede que no descubráis cómo curar a la gente, que solo descubráis cómo impedir que contraiga el

virus.

—Si es así —arguye—, sigue siendo un descubrimiento extremadamente valioso.

—Pero solo si lo hacéis a tiempo —replico—. No podéis vacunar a la gente si ya se ha contagiado. Así que, de hecho, os venimos muy bien.

Oigo un resoplido en el rincón. Oker se levanta y se acerca.

—Enhorabuena —me dice—. Veo que no eres el típico funcionario de la Sociedad. No las tenía todas conmigo.

—Gracias —contesto.

—En la Sociedad eras doctor, ¿verdad? —me pregunta.

—Sí —respondo.

Mueve una mano agarrotada en mi dirección.

—Mándamelo al laboratorio cuando terminéis —dice a Leyna.

Sé que ella no está de acuerdo, pero asiente.

—Está bien —concede. Un buen líder sabe cuál es el jugador más importante de la partida y, si es Oker, Leyna debe asegurarse de que tiene lo que necesita para intentar ganar.

Los lugareños se pasan casi toda la noche haciéndome preguntas.

—Deberías descansar —dice Leyna cuando terminamos—. Te enseñaré dónde dormirás.

Cruza el pueblo conmigo, y oigo el canto de los grillos. Su música me suena distinta aquí que en el distrito, como si fuera más importante. No hay muchos otros ruidos que la ahoguen, de manera que es imposible no oírla.

—¿Te has criado en este pueblo? —pregunto a Leyna—. Es muy bonito.

—No —responde—. Antes vivía en Camas. Los habitantes de las provincias fronterizas fuimos los últimos en irnos. A veces nos dejaban trabajar en la base militar. Escapamos a las montañas cuando la Sociedad intentó agrupar a los últimos anómalos y aberrantes que quedaban.

Mira a lo lejos.

—El Piloto fue quien nos dijo que debíamos irnos —continúa—. La Sociedad nos quería a todos muertos. Capturó a los que no se marcharon y los mandó a morir a las provincias exteriores.

—Por eso te fías del Piloto —digo—. Os avisó.

—Sí —contesta—. Y había colaborado en las fugas. No sé si has oído hablar de ellas.

—Sí —digo—. Hubo gente que se fugó de la Sociedad y terminó aquí o en las Tierras Ignotas.

Leyna asiente.

—¿Y nunca ha vuelto nadie de las Tierras Ignotas?



—Todavía no —responde. Se detiene delante de un edificio con barrotes en las ventanas. El guardia de la puerta le saluda con la cabeza—. Lo siento, pero es la cárcel —añade—. Todavía no te conocemos lo suficiente para fiarnos de dejarte solo. Por eso habrá veces que tendrás que quedarte aquí, sobre todo de noche. Algunas de las personas a las que ha traído el Piloto no se han mostrado tan colaboradoras como tú. Están aquí de forma permanente.

Es lógico. Yo haría lo mismo, si estuviera en su situación.

—¿Y Cassia? —pregunto—. ¿Dónde va a vivir?

—También tendrá que dormir aquí —responde—. Pero vendremos a buscarte dentro de un rato. —Hace una seña al guardia para que me lleve dentro.

—Espera —digo—. No acabo de entenderlo.

—Pensaba que estaba claro —arguye—. No te conocemos. No podemos fiarnos de dejarte solo.

—No me refiero a eso —digo—. Me refiero a las Tierras Ignoras, y a por qué queréis ir allí. Ni siquiera estáis seguros de que existan.

—Existen —declara.

¿Sabe algo que yo desconozco? Es posible que no me lo haya contado todo. ¿Por qué habría de hacerlo? Tal como ha señalado, no me conoce y todavía no puede fiarse de mí.

—Pero nunca ha vuelto nadie.

—Para las personas como tú, eso es una prueba de que las Tierras Ignoras no existen —dice—. Para las personas como yo, es una prueba de que son un lugar tan maravilloso que nadie quiere volver.

## Capítulo 28

### Cassia

«¿Adónde has ido, Ky?»

Aquí está: mi peor miedo. Lo que temo desde que vi a los muertos de la Talla, yertos bajo el cielo. Un ser querido me está dejando.

La clasificadora responsable, Rebecca, tiene una edad parecida a mi madre. Me pide que ejecute unas cuantas clasificaciones de prueba. Cuando las revisa, sonrío y me dice que puedo empezar de inmediato.

—Verás que aquí funcionamos de otra forma a la que estás acostumbrada —me explica—. En la Sociedad los clasificadores trabajabais solos. Aquí tendrás que hablarlo todo con Oker y los médicos. —Deja el terminal portátil en la mesa—. Si cometemos un error y se nos pasa algo, alguna pauta, podría ser muy grave.

No me cabe duda de que esta clasificación va a ser distinta de todas las que he ejecutado hasta ahora. En la Sociedad no debíamos saber a qué se referían los datos, cuál era la visión de conjunto; todo estaba codificado.

—He creado un conjunto de datos con las personas de nuestro pueblo y de la Talla que no han vivido nunca en la Sociedad.

Quiero decirle que conozco a dos personas que vivían en la Talla: quiero preguntarle por Hunter y Eli. Pero, en este momento, tengo que centrarme en la cura, y en Ky y mi familia.

—Tenemos información sobre la dieta, la edad, los hábitos recreativos, la profesión, el historial familiar —continúa Rebecca—. Algunos de los datos están confirmados por otras fuentes, pero la mayoría los remiten los sujetos.

—De modo que no es un conjunto de datos especialmente fiable —digo.

—No —reconoce—. Pero es lo único que tenemos. Por supuesto, hay muchísimas cosas que coinciden. Aunque hemos podido reducir la lista extrapolando a partir de lo que tenemos. Por ejemplo, nuestros datos apuntan a una exposición ambiental o alimentaria.

—¿Quieres que me ponga a trabajar en encontrar los elementos de la cura? —pregunto, esperanzada.

—Más adelante sí —responde—, pero antes tengo otro trabajo para ti. Necesito que resuelvas un problema de optimización con restricciones.

Creo que ya sé a qué se refiere. Es el problema que no me he quitado de la cabeza desde que supe que la mutación no tenía cura.

—Quieres que averigüe cuánto tiempo falta para que el Alzamiento empiece a desconectar a los pacientes —digo—. Necesitamos saber de cuánto tiempo disponemos.

—Sí —conviene—. El Piloto no nos sacará de aquí si ya no quedan vidas que

salvar. Quiero que trabajes en eso mientras yo sigo analizando datos para la cura. Luego podrás ayudarme. —Me acerca un terminal portátil—. Aquí están las notas de la entrevista de Xander. Hay información sobre el grado de infección, el ritmo al que se consumían los recursos y las características de los pacientes. Tenemos datos adicionales del Piloto sobre estos mismos aspectos.

—Sigue faltándome información —digo—. No conozco la cantidad inicial de recursos ni la población total de la Sociedad.

—Tendrás que extrapolar la cantidad inicial de recursos a partir de la velocidad a la que se consumen —explica—. En lo que respecta a la población de todas las provincias, el Piloto nos ha dado la cifra aproximada de dos millones seiscientos mil.

—¿Solo? —pregunto, atónita. Creía que la Sociedad era mucho más grande.

—Sí —responde.

El Alzamiento estará tratando de determinar la mejor manera de distribuir sus recursos materiales y humanos. Obviamente hay que atender a los inertes. También hay que seguir repartiendo la comida y suministrando electricidad y agua a los edificios de las ciudades y distritos. Y, aunque hay un pequeño sector de la población que está protegido por haber contraído la Plaga inicial, las personas que lo forman no van a ser suficientes para cuidar de todas las demás.

Necesito saber cuántas son, cuántas personas tienen probabilidades de ser inmunes. Tendré que determinar cuántas personas tienen probabilidades de quedarse inertes, a qué porcentaje de esas personas inertes pueden mantener con vida las que son inmunes y la rapidez con que disminuirá ese porcentaje.

—Oker calcula que entre un cinco y un diez por ciento de la población es inmune a cualquier Plaga —explica Rebecca—. Ese será un grupo, y el otro lo formarán las pocas personas que, como tu amigo Xander, fueron vacunadas y después contrajeron el virus vivo en el momento apropiado. Deberás tener en cuenta esos dos grupos.

—De acuerdo —contesto. Y, como ya he tenido que hacer muchas otras veces, cuando clasifico los datos, debo dejar de pensar en Ky. En un momento de debilidad, quiero abandonar esta tarea imposible, dejar que los números se combinen al azar, ir a la pequeña habitación donde yace Ky y abrazarlo, estar juntos en las montañas después de haber atravesado los cañones.

«Es posible —me digo—. Ya queda poco.» Como el viaje del poema que comienza con «No te alcancé»:

*Nieve cual felpa pisamos...  
Las aguas murmuran,  
tres ríos y la loma cruzados,  
¡dos desiertos y el mar!  
Mas la Muerte me usurpa el premio*

*de ser yo quien te mire.*

Pero reescribiré los dos últimos versos. La muerte no se llevará a las personas a las que quiero. Nuestro viaje terminará de otra forma.

Tardo mucho tiempo, porque quiero hacerlo bien.

—¿Has terminado? —me pregunta Rebecca en voz baja.

Por un momento no puedo dejar de mirar el resultado que he obtenido. En la Talla, me habría gustado tener una oportunidad como esta, poder colaborar con personas que habían vivido en los confines de la Sociedad. Pero, en cambio, encontramos un caserío vacío en un paraje hermoso, habitado únicamente por páginas y papeles dejados en una cueva, un patrimonio atesorado y luego abandonado.

Ninguno de nosotros quiere entrar dócilmente, sin luchar.

—Sí —respondo.

—¿Y? —pregunta—. ¿Cuánto falta para que empiecen a dejar morir a la gente?

—Ya habrán empezado.

## Capítulo 29

### Ky

Alguien entra en la habitación. Oigo cómo se abre la puerta y, después, pasos que se acercan.

¿Es Cassia?

Esta vez no. Quiquiera que sea no tiene su olor a flores y a papel. Esta persona huele a sudor y a humo. Y su respiración es distinta. Más grave y fuerte, como si hubiera venido corriendo y tratara de contener el aliento.

Le oigo coger la bolsa de suero.

Sin embargo, no necesito más suero. Alguien acaba de cambiármelo. ¿Dónde está? ¿Sabe qué sucede?

Noto un tirón en el brazo. La persona ha separado la bolsa de mi vía intravenosa y ha comenzado a vaciarla. El suero gotea en algún tipo de cubo en lugar de fluir a mis venas.

El intruso me vuelve hacia la ventana y oigo todavía más la vibración del viento en los cristales.

¿Les está ocurriendo esto a todos? ¿O solo a mí? ¿Alguien quiere asegurarse de que no me recupere?

Oigo que el corazón me late cada vez más lento.

Me sigo hundiendo en el abismo.

El dolor remite.

Cada vez me cuesta más acordarme de respirar. Repito un verso del poema de Cassia para mis adentros y respiro con cada palabra.

«Agua. Río. Piedra. Y. Sol.»

Inspiro. Espiro. Inspiro. Espiro. Inspiro.

Espiro.

## Capítulo 30

### Xander

Debo de haberme quedado dormido, porque me sobresalto cuando abren la puerta de la cárcel.

—Sácalo —dice alguien al guardia. Luego Oker aparece delante de mi celda y observa al guardia mientras abre la puerta de mi celda.

—Vamos —me indica—. Es hora de volver al trabajo.

Miro la celda de enfrente. Cassia no ha llegado. ¿Ha velado por Ky toda la noche? ¿O ha tenido que trabajar? Ninguno de los otros prisioneros se mueve. Les oigo respirar, pero no parece que haya nadie más despierto.

Cuando salimos de la cárcel, advierto que aún es de noche; ni siquiera ha clareado.

—Trabajas para mí —prosigue Oker—, así que harás el mismo horario que yo. — Señala hacia el laboratorio de investigación construido enfrente de la cárcel—. Es mío —añade—. Haz lo que yo te digo y podrás pasar la mayor parte del tiempo ahí en vez de estar encerrado.

Si Leyna es la doctora de este pueblo, creo que Oker es el piloto.

—Sigue mis instrucciones al pie de la letra —continúa—. Lo único que necesito son tus manos, porque las mías no me sirven.

—A Oker no le van las presentaciones —dice un ayudante cuando Oker se va—. Soy Noah. Trabajo con él desde que llegó. —Noah aparenta unos treinta y cinco años—. Esta es Tess.

Tess me saluda con la cabeza. Es un poco más joven que Noah y tiene una dulce sonrisa.

—Yo soy Xander —me presento—. ¿Qué es todo esto?

Una pared del laboratorio está cubierta de retratos de personas a las que no conozco. Algunos son viejas fotografías y páginas arrancadas de libros, pero la mayoría parecen dibujos. ¿Los hizo Oker antes de que las manos se le agarrotaran? Es impresionante. Me hacen pensar en la enfermera del centro médico. Quizá soy el único que no sabe crear cosas, cuadros, poemas, sin ninguna preparación.

—Oker los llama los héroes del pasado —responde Noah—. Piensa que deberíamos conocer el trabajo de la gente que nos ha precedido.

—Se formó en la Sociedad, ¿verdad? —pregunto.

—Sí —contesta Tess—. Vino hace diez años, justo antes de su banquete final.

—¿Tiene noventa años? —pregunto. Nunca he conocido a nadie tan mayor.

—Sí —dice Noah—. Es la persona más vieja del mundo, que nosotros sepamos.

La puerta del despacho se abre de golpe, y todos volvemos al trabajo.

Unas horas después, Oker ordena a sus ayudantes que se tomen un descanso.

—Tú no —me dice—. Tengo que preparar una cosa y puedes quedarte a ayudarme.

Noah y Tess me lanzan miradas compasivas.

Oker deja en la mesa un montón de cajas y botes cuidadosamente etiquetados y me entrega una lista.

—Prepara esta fórmula —pide, y yo comienzo a medir las cantidades. Oker regresa al armario y se pone a buscar más ingredientes.

Oigo un tintineo de cristales.

Entonces, para mi sorpresa, empieza a hablarme.

—Has dicho que viste a unos dos mil pacientes mientras trabajabas en el centro médico de Camas —dice—. En un período de cuatro meses.

—Sí —respondo—. Por supuesto, había muchos más pacientes, a los que no trataba yo, en otros pabellones del centro y en otros edificios de Camas.

—De todos los que viste, ¿cuántos tenían mejor aspecto que mis pacientes cuando estaban inertes? —pregunta.

—Ninguno —digo.

—Has respondido enseguida —observa—. Piénsalo bien.

Pienso en todos mis pacientes. No recuerdo las caras de todos, aunque sí las del último centenar. Y, por supuesto, recuerdo a Lei.

—Ninguno —repito.

Oker se cruza de brazos y se recuesta en la silla, satisfecho. Me observa mientras mido unos cuantos ingredientes más.

—Bueno —dice tras una pausa—. Ahora puedes hacerme una pregunta tú.

No esperaba tener esta oportunidad, pero voy a aprovecharla.

—¿Qué diferencia hay entre el suero que usted prepara y el que administra el Alzamiento? —pregunto.

Oker me acerca un recipiente.

—¿Has oído hablar del mal de Alzheimer?

Eso es una pregunta, no una respuesta. Pero le sigo el hilo.

—No —respondo.

—Claro —conviene—. Porque yo lo curé antes de que nacieras.

—Lo curó —digo—. Usted solo. ¿Nadie más?

Oker señala dos de los retratos colgados de la pared.

—Yo solo no. En la Sociedad formaba parte de un equipo de investigación. Esa enfermedad colapsaba el cerebro al producir un exceso de proteínas. Ya se había investigado, pero nosotros descubrimos el modo de controlar el grado de expresión de esas proteínas. Las aislamos. —Se acerca para examinar la fórmula que he preparado—. Así pues, en respuesta a tu primera pregunta, la diferencia es que yo sé lo me que

hago cuando preparo la medicación. A diferencia del Alzamiento. Sé cómo evitar que algunas proteínas de la mutación se acumulen porque su acción es muy similar a las del mal de Alzheimer. Y sé cómo impedir que las plaquetas se acumulen en el bazo para evitar que los pacientes sufran una rotura y hemorragia interna. La otra diferencia es que no incluyo tantos narcóticos en el suero. Mis pacientes sienten algo de dolor. No es un dolor fuerte, sino un malestar. Eso les recuerda que deben respirar. Así las probabilidades de que se recuperen son mayores.

—Pero ¿eso es bueno? —pregunto—. ¿Y si pueden sentir el dolor de los furúnculos?

Oker resopla.

—Si sienten algo luchan —dice—. Si no tuvieras ningún dolor, ¿por qué ibas a esforzarte por recobrarte?

Me acerca una bandejita de polvos por la mesa.

—Mide esto y disuélvelo en la solución.

Leo las instrucciones y añado dos gramos de polvos al líquido.

—A veces esto me parece inaudito —masculla Oker. No sé si está hablando solo, pero entonces me mira—. Aquí me tienes, trabajando otra vez en una cura para la dichosa Plaga.

—Un momento —digo—. ¿Usted trabajó en la primera cura?

Asiente.

—La Sociedad conocía nuestro trabajo sobre la expresión de las proteínas. Puso a mi equipo a investigar la cura de la Plaga. Antes de contagiar al enemigo, quería asegurarse de tener una cura, por si la Plaga volvía.

—Entonces el Alzamiento miente —arguyo—. La Sociedad ya tenía una cura.

—Claro que la tenía —conviene—. No en cantidad suficiente para una pandemia, por lo que el mérito de producir más sí corresponde al Alzamiento. Pero la Sociedad descubrió la cura primero. Seguro que vuestro Piloto no lo mencionó.

—No —admito.

—Pagué bastante para escapar —dice—. El Piloto actual es el que me trajo aquí. —Se dirige al armario para coger otra cosa—. Lo hizo cuando todavía era un piloto normal y corriente —añade, con la cabeza metida en el armario—. Cuando el Alzamiento le pidió que liderara la rebelión, yo le dije que no mordiera el anzuelo. «No son rebeldes. Son la Sociedad, con otro nombre, y solo os quieren a ti y a tus partidarios», le advertí. Pero él estaba convencido de que saldría bien. —Regresa a la mesa—. Puede que no lo estuviera tanto —dice—. Tomó nota de que me había quedado aquí en Última Piedra.

Así que Oker fue uno de los fugados de los que me habló Lei.

—¿Le molestó? —pregunto—. ¿Que lo tuviera tan localizado?

—No —responde—. Yo quería estar fuera de la Sociedad, y lo estaba. No me



molesta sentirme útil de vez en cuando. Ten. —Me da el terminal portátil—. Desplaza esta lista por la pantalla.

Cuando lo hago refunfuña.

—¿No pueden restringirlo más? Todos suponemos que es un factor ambiental. Como nos comemos todo lo que encontramos y cultivamos, la lista es larga. Encontraremos algo que les ayude. Pero quizá no lleguemos a tiempo.

—¿Por qué no le ha llevado el Piloto a Camas o a Central? —pregunto—. Serían mejores sitios para investigar la cura. Podrían llevarle alimentos y plantas de las montañas. En las provincias tendría acceso a todos los datos, al equipo...

Oker ha tensado las facciones.

—Porque accedí a colaborar con él con una sola condición —contesta—: quedarme aquí.

Asiento.

—Cuando se sale —dice—, ya no se vuelve.

Tiene las manos tan avejentadas que parecen huesos recubiertos de papel, pero las venas sobresalen, rebosantes de sangre y vida.

—Sé que tienes otra pregunta —continúa, con un tono a la vez irritado e interesado—. Adelante.

—El Piloto nos dijo que alguien contaminó el agua —le explico—. ¿Cree que también creó la mutación? Las dos cosas pasaron con mucha rapidez. Da la impresión de que la mutación pudo ser manipulada, igual que la Plaga.

—Es una buena pregunta —arguye—, aunque estoy seguro de que la mutación ocurrió de forma espontánea. En la naturaleza a menudo se producen pequeños cambios genéticos, pero, a menos que una mutación represente una ventaja, no prospera porque las versiones no mutadas predominan. —Me señala otro bote. Lo bajo del estante y lo abro—. Sin embargo, si una mutación se ve favorecida por algún tipo de presión selectiva, acaba proliferando y sobreviviendo a las formas no mutadas.

—Eso me dijo un virólogo de Camas —repongo.

—Tiene razón —asegura—. Al menos en mi opinión.

—También me dijo que probablemente fue la propia cura la que ejerció la presión selectiva y provocó la mutación.

—Es posible —conviene—, pero, aun así, no creo que fuera intencionado. Fue, como a veces decimos los que vivimos fuera de la Sociedad, mala suerte. Una de las mutaciones era inmune a la cura. Por eso prosperó y se estableció.

Oker lo ha confirmado. La cura ha sido la causa de la pandemia.

—Me he adelantado —continúa—. Todavía no te he explicado cómo actúa el virus. Tú ya has deducido una parte solo. Pero la mejor forma de explicarlo —dice, y su tono es seco— es con un relato. Uno de los Cien, de hecho. El tercero. ¿Lo

recuerdas?

—Sí —respondo, y es cierto. Nunca se me olvida porque el nombre de la niña, Xanthe, se parece un poco al mío.

—Cuéntamelo —dice.

La última vez que intenté contar un cuento fue a Lei y no salió nada bien. Ojalá lo hubiera hecho mejor. Pero ahora volveré a intentarlo, porque me lo ha pedido Oker y creo que la cura va a encontrarla él. Tengo que contenerme para no sonreír. «Es posible. Vamos a conseguirlo.»

—El relato trata de una niña llamada Xanthe —comienzo—. Un día decidió que no quería tomarse su comida. Cuando repartieron las bandejas a su familia, se comió las gachas de su padre. Pero estaban demasiado calientes, y se pasó todo el día con fiebre. Al día siguiente se tomó las gachas de su madre, pero estaban demasiado frías y se pasó todo el día tiritando. Al tercer día se comió sus gachas y estaban perfectas. Ese día se encontró bien. —Me interrumpo. Es un relato bastante absurdo, concebido por la Sociedad para recordar a los niños que deben ser obedientes—. Hay un montón de ejemplos más —observo—. La niña termina con tres citas por conducta indebida antes de comprender que la Sociedad sabe lo que más le conviene.

Para mi sorpresa, Oker asiente.

—No está mal —dice—. Solo se te ha olvidado lo del pelo.

—Es verdad —admito—. Lo tenía como el oro. Es lo que significa el nombre «Xanthe».

—De todos modos da igual —agrega—. Lo importante es la idea de que una cosa puede estar demasiado caliente, demasiado fría o perfecta. Eso es lo que debes tener presente para entender cómo actúan los virus. Emplean lo que yo llamo la estrategia de Xanthe. A un virus no le interesa quedarse sin dianas demasiado rápido. Mata al organismo que infecta, pero no puede hacerlo demasiado deprisa. Necesita poder trasladarse a otro organismo a tiempo.

—Entonces, si el virus lo mata todo demasiado rápido —digo—, está demasiado caliente.

—Y si no se traslada a otro organismo lo bastante rápido, muere —añade—. Está demasiado frío.

—Pero, entre los dos extremos —concluyo—, está perfecto.

Oker asiente.

—Esta mutación —dice— estuvo perfecta. Y no solo gracias a la Sociedad y al Alzamiento y a lo que hicieron. Ambos contribuyeron a algunas de las condiciones, sí. Pero el virus mutó por sí solo, como los virus han hecho durante años. La historia está sembrada de plagas, y la nuestra no será la última.

—Entonces nunca estamos verdaderamente seguros —digo.

—No, hijo, no —responde, casi con ternura—. Esa quizá fuera la mayor victoria

de la Sociedad: que tantos de nosotros llegáramos a creer que lo estábamos.

## Capítulo 31

### Cassia

Tendría que ir a ver a Ky.

Tendría que quedarme aquí trabajando en la cura.

Cuando me permito pensar, no sé qué camino tomar, y la preocupación me aturde. Con eso no consigo nada ni ayudo a nadie, por lo que no pienso, no de esa forma. Pienso en plantas, curas y números, analizo los datos e intento encontrar algo que reviva a los inertes.

Las listas no son tan fáciles de comparar como parece. No solo incluyen los nombres de los alimentos que han comido los lugareños y los labradores, sino también la frecuencia con que lo han hecho; el tipo de suelo en el que se han cultivado, si son productos vegetales o animales y muchísima más información pertinente. Que un alimento se haya consumido a menudo no significa que tenga que causar la inmunidad; por el contrario, es poco probable que esté inducida por un alimento que solo se ha consumido una vez.

Hay gente entrando y saliendo. Entran médicos para darnos el parte después de explorar a los pacientes; Oker y Xander van y vienen mientras hacen su trabajo; salen clasificadores a tomarse un respiro; entra Leyna para ver nuestros avances. Me acostumbro al trasiego de gente y, al final, ni siquiera miro la puerta cuando oigo que alguien la abre y luego la cierra; apenas noto el viento montano que se cuele en la sala y me desordena el cabello.

Una voz de mujer me desconcentra.

—Se nos han ocurrido varias cosas más —anuncia—. Quiero asegurarme de que las hemos incluido todas en la lista.

—Claro —conviene Rebecca.

La voz me resulta familiar. Miro a la mujer.

Es mayor de lo que sugiere su voz. Tiene el pelo cano recogido en un moño trenzado, la piel curtida y una forma muy delicada de mover las manos. En una lleva un papelito con una lista. Incluso desde mi silla, veo que está manuscrita, no impresa.

—Anna —digo en voz alta.

Ella se vuelve y me mira.

—¿Nos conocemos? —pregunta.

—No —respondo—. Lo siento. Pero he visto su caserío y conozco a Hunter y a Eli. —Quiero ver a Eli. Sin embargo, entre las visitas a Ky y mi trabajo, no he tenido tiempo de buscar el nuevo caserío de los labradores, aunque sé que no está lejos del pueblo. Me atenaza la culpa, si bien no sé si Leyna y sus compañeros me dejarían ir si se lo pidiera. Estoy aquí para trabajar en la cura.

—Tú debes de ser Cassia —dice Anna—. Eli siempre habla de ti.

—Sí —contesto—. Dígale que he venido con Ky. —¿Le ha hablado Eli de Ky? Por cómo le brillan los ojos, creo que sí—. Pero Ky es uno de los pacientes.

—Lo siento mucho —repone.

Me agarro bien a la mesa y me recuerdo que no debo pensar mucho en Ky o me desmoronaré y ya no le serviré de nada.

—¿Hunter y Eli están bien?

—Sí —responde.

—Quería ir a verlos... —comienzo a explicar.

—Tranquila —dice—. Lo entiendo.

Rebecca cambia ligeramente de postura, y Anna capta la indirecta. Me sonrío.

—Cuando termine iré a decirle a Eli que te he visto. Querrá verte. Y Hunter también.

—Gracias —contesto, sin acabar de creerme que la he conocido. Esta es Anna, la mujer de la que Hunter me habló y cuyos escritos vi en la cueva. Cuando comienza a leer la lista, me resulta imposible no escucharla.

—Lirios mariposa —dice a Rebecca—. Flores pincel, pero solo en pequeñas dosis. Si no son tóxicas. Utilizábamos salvia como aderezo, y efedra en infusión...

Palabras tan bellas como canciones. Y sé por qué he reconocido su voz. Es idéntica a la de mi madre.

Cojo un papelito y anoto los nombres que recita. Es posible que mi madre ya sepa algunos, y le encantará conocer el resto. Se los cantaré cuando le lleve la cura.

—Es hora de que te tomes un descanso. —Rebecca me da un pan plano envuelto en un trapo. Aún está caliente y, al olerlo, me ruge el estómago. Aquí elaboran los alimentos ellos mismos. ¿Cómo sería eso? ¿Y si tuviera tiempo para aprender?—. Toma —añade, y me entrega una cantimplora—. Deberías comer mientras lo visitas.

Sabe adónde voy, por supuesto.

Enfilo el camino de la enfermería y respiro el aire del bosque. Hay flores en todos los lugares por los que no camina la gente; moradas, rojas, azules y amarillas. Las nubes, de un color rosa deslumbrante, se arremolinan por encima de los árboles y los picos de las montañas. Es entonces cuando lo sé: «Podemos encontrar una cura». Jamás había estado tan convencida.

Cuando llego me siento al lado de Ky y lo miro, le acaricio la mano.

Las víctimas de la Plaga no cierran los ojos. Ojalá lo hicieran. Ky los tiene vidriosos y grises; no azules o verdes, los colores a los que estoy acostumbrada. Le toco la frente y noto bajo la mano su piel tersa y su hueso frontal. Me parece que está caliente. ¿Puede haber desarrollado una infección?

—No tiene buen aspecto —digo a una médica—. Se le ha acabado el suero. ¿Le habéis regulado bien el flujo?

Ella consulta sus notas.

—El paciente aún debería tener suero.

No me muevo. No es culpa de Ky que alguien haya cometido un error. Al cabo de un momento, la médica se levanta y va a buscar más suero. Parece desbordada. Solo hay dos médicos de guardia.

—¿Necesitáis ayuda? —pregunto.

—No —repone, con aspereza—. Leyna y Oker quieren que solo nos ocupemos de los inertes los que tenemos formación médica.

Cuando termina me siento al lado de Ky, pongo mi mano sobre la suya y pienso en lo vivo que estaba en la Loma, en los cañones y, por un momento, en las montañas. Y después ya no estuvo. Pienso en todo el tiempo que pasé tratando de saber de qué color tenía los ojos cuando empecé a enamorarme de él. Lo encontraba voluble y difícil de encasillar, imposible de describir en pocas palabras.

La puerta se abre y me vuelvo, pensando que será alguien que viene a decirme que mi descanso ha terminado y es hora de que vuelva al trabajo. Y no quiero irme. Es extraño. Cuando estaba clasificando tenía la certeza de que no había nada más importante que eso. Cuando vengo aquí sé que estar con los inertes es lo que más importa.

Sin embargo, no es nadie del laboratorio de investigación. Es Anna.

—¿Se puede? —pregunta.

Después de desinfectarse las manos y ponerse una mascarilla, se acerca a mí. Me levanto, dispuesta a ofrecerle mi silla, pero ella niega con la cabeza y se sienta en el suelo, cerca de la cama. Me resulta extraño mirarla desde arriba.

—Así que este es Ky —dice. Ky está tendido de lado, y Anna lo mira a los ojos y le toca la mano—. Eli quiere verlo. ¿Crees que es buena idea?

—No lo sé —respondo. Para Ky podría ser beneficioso que Eli lo visitara, porque, de ese modo, oiría algo más aparte de mi voz hablándole, llamándolo. Pero ¿sería conveniente para Eli?—. Usted lo conoce mejor que yo. —Es duro decirlo, pero es cierto. Yo solo estuve unos días con él. Ella lo conoce desde hace meses.

—Eli me explicó que el padre de Ky trabajó como colaborador —cuenta Anna—. No sabía cómo se llamaba, pero se acordaba de que Ky le había dicho que aprendió a escribir en nuestro caserío.

—Así es —convengo—. ¿Se acuerda de él?

—Sí —contesta—. Es imposible que me olvide de él. Se llamaba Sione Finnow. Yo le enseñé a escribir. Por supuesto, lo primero que quiso escribir fue el nombre de su mujer. —Sonríe—. Realizaba intercambios para ella siempre que podía. Le llevaba pinceles, incluso cuando no podía conseguirle pintura.

Me pregunto si Ky la oye.

—Sione también realizó un intercambio para Ky —continúa.

—¿Qué quiere decir? —pregunto.

—Algunos de los colaboradores solían trabajar con los pilotos rebeldes —explica—. Los que sacaban a gente de la Sociedad. Sione colaboró con ellos, una vez.

—¿Intentó sacar a Ky? —pregunto, sorprendida.

—No —responde—. Sione realizó un intercambio en nombre de otras personas para traer a alguien, su sobrino, a los pueblos de las piedras. Los labradores nunca nos mezclamos en eso. Pero Sione me lo contó.

Me da vueltas la cabeza. «Matthew Markham. El hijo de Patrick y Aida. ¿No está muerto?»

—Sione no se llevó ninguna comisión por ese intercambio porque lo realizó para una persona de su familia. La hermana de su mujer. Su marido sabía que la Sociedad estaba corrompida. Quería sacar a su hijo. Fue un intercambio extremadamente delicado y peligroso.

Anna se queda con la mirada ausente, recordando al padre de Ky, un hombre al que no conocí. «¿Cómo era?», me pregunto. Me resulta imposible no imaginármelo como a una versión más madura e intrépida de Ky: inteligente, audaz.

—Sin embargo —continúa Anna—, Sione lo consiguió. Pensó que la Sociedad preferiría anunciar una muerte a informar de una fuga, y así fue. La Sociedad se inventó una historia para justificar la desaparición del chico. No quería que se difundieran rumores acerca de las fugas, como las llamaban. No quería que la gente creyera que podía huir.

—Se arriesgó mucho por su sobrino —digo.

—No —precisa—. Lo hizo por su hijo.

—¿Por Ky?

—Sione no podía dejar de ser quien era. No podía reclasificarse. Pero quería una vida mejor para su hijo de la que él podía darle.

—Pero el padre de Ky fue un rebelde —arguyo—. Él creía en el Alzamiento.

—Y, al final, creo que también fue realista —dice—. Sabía que las probabilidades de que una rebelión triunfara eran remotas. Y se ocupó de asegurar el futuro a Ky. Si algo salía mal y él moría, Ky tendría un lugar en la Sociedad. Podría irse a vivir con sus tíos.

—Y lo hizo —convengo.

—Sí —dice—. Ky no corrió peligro.

—No —preciso—. Al final lo mandaron a los campos de señuelos. Yo lo mandé allí.

—Pero lo habrían mandado mucho antes —arguye—. Probablemente no habría vivido tanto si se hubiera quedado atrapado en las provincias exteriores.

—¿Dónde está ese chico ahora? —le pregunto—. ¿Matthew Markham?

—No tengo ni idea —responde Anna—. No lo conocí, ¿sabes? Solo supe de él por Sione.

—Yo conocí al tío de Ky —digo—. Patrick. Me parece increíble que enviara a su hijo aquí, donde no conocía nada ni a nadie.

—Los padres hacen lo increíble cuando saben que sus hijos están en peligro —repite.

—Pero Patrick no hizo lo mismo por Ky —observo, enfadada.

—Sospecho —dice— que quiso respetar lo que los padres de Ky le habían pedido, que era dar a su hijo la oportunidad de salir de las provincias exteriores. Y al final estoy segura de que sus tíos no quisieron renunciar a él. Separarse de un hijo casi debió de acabar con ellos. Y luego, cuando no sucedió nada terrible durante años, debieron de preguntarse si habían hecho bien mandándolo aquí. —Respira hondo—. Hunter debió de explicarte que los abandoné a él y a su hija. Mi nieta Sarah.

—Sí —contesto. Vi a Hunter enterrar a Sarah. Vi el verso de su tumba: «De pronto por junio un viento con dedos avanza».

—Hunter nunca me culpó —continúa Anna—. Sabía que tenía que llevar a los labradores a las montañas. Había poco tiempo. Los que se quedaron murieron. En eso tuve razón.

Me mira. Tiene los ojos muy oscuros.

—Pero yo sí me culpo —dice. Alarga la mano y, cuando mueve los dedos, me parece verle restos de marcas azules en la piel, o quizá sean venas. Es difícil saberlo con la poca luz que hay en la enfermería.

Se levanta.

—¿Cuándo tendrás el próximo descanso? —pregunta.

—No lo sé —respondo.

—Intentaré que Eli y Hunter vengan a verte. —Se inclina y toca el hombro a Ky—. Y a ti —añade.

Cuando se ha ido, me apoyo en Ky.

—¿Lo has oído todo? —le pregunto—. ¿Has oído cuánto te querían tus padres?

Él no responde.

—Y yo te amo —digo—. Seguimos buscando tu cura.

No se mueve. Le recito poemas y le digo que lo amo. Una y otra vez. Mientras lo miro me parece que el suero que le corre por las venas le hace bien; parece que la cara se le haya entibiado, como una piedra al sol cuando llega el día.



## Capítulo 32

### Ky

Su voz es lo primero que perturba mi letargo. Hermosa y dulce. Me recita poesía. Luego lo hace el dolor, pero ahora es distinto. Antes lo notaba en los músculos y los huesos. Ahora es todavía más hondo. ¿Se ha extendido la infección?

Cassia quiere que sepa que me quiere.

El dolor quiere devorarme.

Ojalá pudiera sentir lo uno sin lo otro, pero ahí radica el problema de estar vivos.

En general, no podemos elegir cuánto sufrimiento o cuánta alegría sentimos.

No merezco ni su amor ni esta enfermedad.

Qué idea tan absurda. Las cosas suceden se merezcan o no.

De momento soportaré el dolor concentrándome en la melodía de su voz. No pensaré en qué sucederá cuando tenga que marcharse.

Ahora está aquí y me quiere. No deja de decírmelo.

## Capítulo 33

### Cassia

Xander me encuentra sentada junto a Ky.

—Leyna me ha pedido que venga a buscarte —explica—. Tienes que volver al trabajo.

—Ky se había quedado sin suero —digo—. Quería quedarme hasta que tuviera mejor aspecto.

—No tendría que haber pasado —observa Xander—. Informaré a Oker.

—Bien —contesto. Los líderes del pueblo se tomarán mucho más en serio el enfado de Oker que el mío.

»Volveré —le prometo a Ky, por si acaso me oye—. Lo antes posible.

Fuera de la enfermería, los árboles crecen hasta la misma linde del pueblo. Las ramas se rozan y se susurran entre ellas cuando el viento las mece. Cuánta vida hay aquí. Hierba, flores, hojas y personas que caminan, hablan, viven.

—Siento lo de las pastillas azules —dice Xander—. Podrías... haber muerto. Habría sido culpa mía.

—No —afirmo—. No lo sabías.

—No te tomaste ninguna, ¿verdad?

—Sí —respondo—. Pero estoy bien. No me quedé parada.

—¿Cómo? —pregunta.

«No me quedé parada porque pensaba en Ky.» Pero ¿cómo voy a decirle eso a Xander?

—Lo conseguí, no sé cómo —le explico—. Y los papelitos de las pastillas me ayudaron.

Xander sonrío.

—El secreto que mencionabas en uno —continúo—, ¿cuál es?

—Que estoy en el Alzamiento —contesta.

—Pensé que podía ser eso. Me lo dijiste por el terminal. ¿Verdad? No en palabras, lo sé, pero creí que intentabas decirme eso...

—Así es —confirma—. Te lo dije ese día. No tenía mucho de secreto. —Sonríe, pero después se pone serio—. Hace tiempo que quiero preguntarte por la pastilla roja.

—No soy inmune —respondo.

—¿Estás segura?

—Tuve que tomármela en Central —digo—. Estoy segura.

—El Alzamiento me prometió que eras inmune a la pastilla roja, y a la Plaga —insiste.

—Pues o te mintieron o se equivocaron —afirmo.

—Eso significa que eras vulnerable a la versión original de la Plaga —dice—. ¿Te contagiaste? ¿Te administraron la cura?

—No. —Sé qué es lo que le desconcierta—. Si la pastilla roja me hace efecto, significa que no me vacunaron cuando nací. En consecuencia tendría que haberme puesto enferma al contraer la Plaga original. Pero no enfermé. Solo me salió la marca.

Xander niega con la cabeza y trata de entenderlo. Yo también analizo los datos.

—La pastilla roja me hace efecto —digo—. Nunca he tomado la verde. Y he sobrevivido a la azul.

—¿Ha sobrevivido alguien más a la azul? —pregunta.

—No que yo sepa —respondo—. Indie estaba conmigo y me ayudó a no quedarme parada. A lo mejor fue por eso.

—¿Qué más pasó en los cañones? —pregunta.

—Estuve mucho tiempo sin Ky —respondo—. Nos llevaron a un campo de trabajo lleno de aberrantes. Luego, tres de nosotros huimos a la Talla; Indie, el chico que murió y yo.

—Indie está enamorada de Ky —declara.

—Sí —digo—. Creo que ahora sí. Aunque primero se enamoró de ti. Solía robar cosas. Me quitó la microficha y, siempre que podía, miraba tu cara en un miniterminal que no era suyo.

—Pero, al final, se ha quedado con Ky —insiste. Detecto un deje de amargura en su voz; no es un tono que le haya oído a menudo.

—Pilotaban aeronaves en el mismo campamento —digo—. Lo veía continuamente.

—No parece enfadada con ella —observa.

Y no lo estoy. Cuando me enteré de que había besado a Ky, me sorprendió, y también me dolió, pero se me pasó en cuanto él se quedó inerte.

—Indie va a la suya —arguyo—. Siempre hace lo que quiere. —Niego con la cabeza—. Cuesta enfadarse con ella.

—No lo entiendo —replica.

No creo que pueda. De hecho, no conoce a Indie; nunca le ha visto mentir y engañar para salirse con la suya, ni sabe que, bajo esa fachada, anida una honradez peculiar e inexplicable que nadie más tiene. No la ha visto cortar las aguas plateadas y llevarnos a buen puerto contra todo pronóstico. No sabe qué pensaba del mar ni cuánto le habría gustado tener un vestido azul de seda.

Hay cosas que no se pueden compartir. Aunque le explicara todo lo que sucedió en la Talla, él no ha estado allí conmigo.

Y a él le ocurre lo mismo. Aunque me lo explicara todo sobre la Plaga, la mutación y lo que ha visto, yo no estaba allí.

Al observar su expresión, veo que también se ha dado cuenta. Traga saliva. Está a punto de preguntarme algo. Cuando lo hace no es lo que imagino.

—¿Has escrito alguna vez algo para mí? Aparte del mensaje.

—Lo recibiste —digo.

—Todo excepto el final —precisa—. Se estropeó.

Se me cae el alma a los pies. Entonces no sabe lo que le decía, que le pedía que dejara de pensar en mí en ese sentido.

—Me preguntaba —continúa—, si alguna vez me habías escrito un poema.

—Espera —digo. Aquí no hay papel, pero hay un palo, y tierra oscura en el suelo. Además, así es como aprendí a escribir. Me vuelvo para mirar la enfermería y vacilo un momento, aunque enseguida lo comprendo. «La época para mantener esto en secreto ha pasado. Y, si intenté compartirlo con todo el mundo en Central, ¿por qué no voy a hacerlo con Xander?»

De todas maneras, escribir para él me parece íntimo. Significa más.

Cierro los ojos un momento para inspirarme. No tardo en componer los versos, una continuación del poema con una palabra que me hizo pensar en Xander. Comienzo a escribir.

—Xander —digo, y me quedo callada.

—¿Qué? —pregunta. No despega los ojos de mis manos, como si fueran capaces de obrar un milagro y él por fin pudiera presenciarlo.

—En la Talla también pensé en ti —respondo—. Soñé contigo.

Me mira a los ojos, y soy incapaz de sostenerle la mirada; siento algo muy hondo que me obliga a bajar la vista. Escribo:

*Todo era negra oscuridad  
salvo la mano del doctor.  
Él curaría la enfermedad  
y nos ayudaría a volar.*

Xander lo lee. Mueve los labios.

—Doctor —dice, en voz baja. Parece preocupado—. Crees que puedo curar a la gente —añade.

—Sí.

En ese momento, algunos niños del pueblo se acercan por el camino próximo a nosotros. Como si fuéramos una sola persona, nos levantamos al mismo tiempo para verlos pasar.

Es la primera vez que veo un juego como este en el que se juega a ser otra cosa. Todos van disfrazados de un animal. Algunos han utilizado hierba para el pelaje, otros han empleado hojas para las plumas y aun otros se han fabricado alas con ramas

y las mantas que los abrigan por las noches. Crear a partir de la naturaleza y objetos inanimados me recuerda la Galería y me pregunto si los habitantes de Central habrán encontrado otro lugar para reunirse o si ya no tendrán tiempo para eso con una mutación arrasando y sin ninguna cura a la vista.

—¿Cómo habríamos sido si hubiéramos podido hacer eso? —pregunta Xander.

—¿El qué? —digo.

—Ser lo que quisiéramos —aclara—. ¿Y si nos hubieran dejado hacer eso cuando éramos pequeños?

Ya he reflexionado sobre ello, sobre todo cuando estuve en la Talla. «¿Quién soy? ¿Qué quiero ser?» Pienso en lo afortunada que soy, pese a la Sociedad, por haber tenido tantos sueños, y tan locos. Por supuesto, en parte es gracias a mi abuelo, quien siempre me desafiaba.

—¿Te acuerdas de Oria? —me pregunta Xander.

Sí. Sí. Me acuerdo. De todo. Parece que fue ayer; los dos, emparejados, cogidos de la mano en el tren aéreo camino de casa después del banquete. Mi mano en su nuca cuando le metí la brújula de Ky por el cuello de la camisa para que los funcionarios no la encontraran. Incluso entonces, los tres hicimos todo lo posible por cumplir nuestra palabra.

—¿Te acuerdas del día que plantamos neorrosas? —pregunta.

—Sí —respondo, y pienso en aquel beso, el único que nos hemos dado, y el corazón se me encoge por los dos. En las montañas, el aire es crudo incluso en verano. Nos azota, nos despeina, nos hace llorar. Estar con Xander entre estas montañas es igual y distinto de estar con Ky al borde de la Talla.

Voy a cogerle la mano. El palo que he utilizado para escribir me ha dejado la palma llena de tierra y, cuando me la miro y pienso en él y en las raíces de las neorrosas que plantamos, se levanta aire y los niños se alejan danzando hacia la piedra del pueblo. Entonces, tan liviano como una semilla de álamo de Virginia arrastrada por el viento, veo pasar otro fragmento de recuerdo:

*Mi madre tiene las manos negras de tierra, pero le veo las líneas blancas de las palmas cuando levanta las plántulas. Estamos en el invernadero del arboreto. Por el vaho condensado en el techo de cristal, nadie diría que fuera hace fresco y es primavera.*

*—Bram ha llegado puntual a clase —digo.*

*—Gracias por la información —señala, y me sonrío. Los pocos días que tanto ella como mi padre empiezan a trabajar temprano, yo me ocupo de dejar a Bram en el tren aéreo que lo lleva al centro de primera enseñanza—. ¿Adónde vas ahora? Tienes unos minutos antes de entrar a trabajar.*

*—A lo mejor hago una visita al abuelo —respondo. Ahora puedo apartarme un poco de mi rutina habitual, porque el banquete de mi abuelo está al caer. Y también*

*el mío. Tenemos muchas cosas de que hablar.*

*—Claro —dice. Está sacando las plántulas de las bandejas de germinación para trasladarlas a su nuevo hogar, unas macetitas llenas de tierra. Levanta una.*

*—No tiene muchas raíces —digo.*

*—Aún no —confirma—. Todo llegará.*

*Me apresuro a darle un beso y me marchó. No debo entretenerme en su lugar de trabajo, y tengo que coger un tren. Levantarme temprano con Bram me ha dado cierto margen de tiempo, pero no mucho.*

*El viento juguetea conmigo y me zarandea. Cuando levanta un torbellino de hojarasca, me pregunto si la espiral de viento me recogería y me haría girar en el aire si saltara al vacío desde el andén del tren aéreo.*

*No puedo pensar en caer sin pensar en volar.*

*Creo que me atrevería a hacerlo, si hallara el modo de fabricarme unas alas.*

*Alguien me alcanza cuando paso por delante del frondoso mundo de la Loma camino del tren aéreo.*

*—¿Cassia Reyes? —me pregunta la trabajadora.*

*Tiene las rodillas del pantalón de diario manchadas de tierra, como mi madre cuando regresa del arboreto. Es joven, solo unos años mayor que yo, y lleva una planta en la mano, también con raíces. ¿La ha arrancado o va a plantarla?*

*—¿Sí?*

*—Tengo que hablar contigo —responde.*

*Detrás de ella, un hombre sale de la Loma. Tiene su misma edad y, al verlos juntos, pienso: «Harían buena pareja». Nunca me han dado permiso para entrar en la Loma, y observo la maraña de plantas y árboles que se alza detrás de los trabajadores. ¿Cómo debe de ser estar en un sitio tan agreste?*

*—Necesitamos que realices una clasificación —dice el hombre.*

*—Lo siento —me excuso, y echo de nuevo a andar—. Solo clasifico en el trabajo. —No son funcionarios, ni mis superiores o supervisores. No han seguido el protocolo, y yo no me salto las reglas por personas desconocidas.*

*—Es para ayudar a tu abuelo —dice la chica.*

*Me detengo.*

*—Cassia... —pregunta Xander—, ¿estás bien?*

*—Sí —respondo.*

*Aún me miro la mano: ojalá pudiera cerrarla para apresar el resto del recuerdo. Sé que pertenece al día del jardín rojo que he olvidado. Estoy segura, aunque no sabría decir por qué.*

*Xander parece a punto de decir algo más, pero los niños regresan después de haber dado la vuelta completa a la piedra del pueblo. Arman escándalo y se ríen, como es propio de la infancia. Una niña sonrío a Xander y él también lo hace. Alarga*

la mano para tocarle un ala cuando ella pasa por delante de nosotros, aunque la niña gira antes de lo previsto y él no llega a hacerlo.

## Capítulo 34

### Xander

Oker está tan motivado que resulta casi inhumano. Yo opino como él —hay que encontrar la cura—, pero su perseverancia es única. No me lleva muchos días habituarme a la rutina del laboratorio de investigación, que consiste en trabajar cuando Oker lo ordena y descansar cuando él decide que es hora de parar. A veces veo fugazmente a Cassia en las salas de clasificación, pero me paso casi todo el día preparando fórmulas según las instrucciones de Oker.

Oker come en el laboratorio. Ni siquiera se sienta. Y eso es lo que también hacemos los demás: nos quedamos de pie y nos vemos masticar. A mí siempre me entran ganas de reírme a la hora de comer, aunque, probablemente, se deba a la tensión y a la falta de sueño. Las conversaciones que tenemos entonces son un indicador de nuestros progresos con la cura. Oker es distinto de la mayoría de la gente porque, cuando nos va bien, no dice una palabra y, cuando nos va mal, está más hablador.

—¿Qué tienen las Tierras Ignotas —le pregunto hoy—, que todos están deseando ir?

Oker resopla.

—Nada —responde—. Yo soy demasiado viejo para volver a empezar. Me quedaré aquí. Y no soy el único.

—Entonces, ¿por qué investigas la cura si no vas a disfrutar del premio? —pregunto.

—Por el altruismo que me caracteriza —dice.

No puedo evitar reírme, y él me fulmina con la mirada.

—Quiero ganar a la Sociedad —explica—. Quiero encontrar la cura antes que ellos.

—La Sociedad ya no existe —le recuerdo.

—Claro que existe —replica, y bebe de la cantimplora. Se enjuga la boca con el dorso de la mano y vuelve a fulminarme con la mirada—. Solo los necios creen que algo ha cambiado. El Alzamiento y la Sociedad están tan mezclados que ya no saben quién es quién. Son como una serpiente que se muerde la cola. Esto, este pueblo, es la única verdadera rebelión.

—El Piloto cree en el Alzamiento —sostengo—. Él no es un fraude.

Oker me mira.

—Quizá no —reconoce—. Aunque no por eso debes creer en él. —Me mira con perspicacia—. O en mí.

No digo nada, porque los dos sabemos que ya creo en ambos. Creo que el Piloto hará posible la revolución y Oker hará posible la cura.



Los pacientes aún tienen mucho mejor aspecto que los enfermos de las provincias. Oker ha curado todos los síntomas secundarios de la Plaga mutada, como la acumulación de plaquetas y las secreciones bronquiales. Sin embargo, se pasa el día murmurando sobre proteínas y el cerebro, y sé que no ha descubierto cómo prevenir o invertir el efecto de la mutación en el sistema nervioso. Pero lo conseguirá.

Oker suelta un taco. Se ha derramado parte del agua de la cantimplora en la camisa.

—La Sociedad tenía razón en una cosa —dice—. Estas dichosas manos dejaron de funcionar uno o dos años después de cumplir los ochenta. La cabeza, claro, aún me funciona mejor que a la mayoría.

Cassia ya está en su celda cuando llego, pero me ha esperado despierta. No la veo muy bien porque es de noche, pero la oigo cuando me habla. Alguien nos grita que nos callemos desde el fondo del pasillo, aunque parece que todos los otros presos duermen.

—Rebecca dice que caes bien a los médicos investigadores —explica—. También dice que eres el único que lleva la contraria a Oker.

—A lo mejor tendría que dejar de hacerlo —repongo. No quiero molestar a mis compañeros. Tengo que quedarme en el laboratorio, investigando la cura.

—Rebecca dice que eso es bueno —arguye Cassia—. Cree que a Oker le caes bien porque le recuerdas a él.

¿Es eso cierto? Yo no creo que sea tan orgulloso como Oker, ni tan inteligente. Naturalmente, siempre me he preguntado si yo podría ser el Piloto algún día. Me gustan las personas. Quiero estar con ellas y mejorar su situación.

—Nos estamos acercando —dice Cassia—. Seguro. —Su voz se aleja un poco. Debe de haberse apartado de la puerta de la celda para sentarse en la cama—. Buenas noches, Xander —añade.

—Buenas noches —respondo.

## Capítulo 35

### Cassia

En ocasiones, cuando estoy cansada, me parece que nunca he vivido en otro lugar. Que nunca he hecho nada aparte de esto. Ky siempre ha estado inerte, y Xander y yo siempre hemos trabajado en encontrar una cura. Mis padres y Bram están lejos de mí, y tengo que encontrarlos, y lo que hago me parece una tarea ingente, excesiva para cualquier persona o grupo de personas.

—¿Qué haces? —me pregunta una clasificadora. Señala los papelitos y la barra de carboncillo que utilizo para tomar notas.

He descubierto que, en ocasiones, tengo que apuntar los datos que veo en la pantalla del terminal para poder entenderlos. Escribir me aclara las ideas. Y, últimamente, trato de dibujar todo lo que describen las listas, porque, de lo contrario, soy incapaz de imaginármelo como un posible componente de la cura. La clasificadora entrecierra los ojos y se ríe de mi intento de dibujar una flor. Me acerco el papelito.

—No hay dibujos en el terminal portátil —arguyo—. Solo descripciones escritas.

—Eso es porque ya sabemos cómo es todo —afirma un clasificador, al parecer enfadado.

—Lo sé —digo, sin levantar la voz—, pero yo no. Y eso afecta a nuestras clasificaciones. Están mal.

—¿Estás diciendo que no hacemos bien nuestro trabajo? —pregunta la primera clasificadora, con frialdad—. Sabemos que los datos pueden tener errores. Sin embargo, los clasificamos con toda la eficacia que podemos.

—No —digo, y niego con la cabeza—. No me refiero a eso. No se trata del principio ni del final de la clasificación, no son los datos ni cómo los clasificamos. Algo falla en la mitad, en la correlación de las listas. Es como si hubiera un fenómeno subyacente que no observamos, una variable latente que no está incluida en los datos. —Estoy segura de que no comprendemos bien la relación entre los dos conjuntos de datos. Tanto como lo estoy de que me falta la parte intermedia del recuerdo del jardín rojo.

—Lo importante —sostiene el clasificador— es que Oker siga recibiendo listas. —Todos los días, le mandamos una lista con posibles componentes de la cura, basada en información detallada sobre los pacientes y todo lo que no ha dado resultado.

—De todas formas, no sé si Oker nos hace mucho caso —repongo—. Creo que no se fía de nadie que no sea él mismo. Pero si podemos ponernos de acuerdo en cuáles deberían ser los ingredientes más importantes y le damos eso, es más probable que nos tenga en cuenta si nuestro análisis coincide.

Leyna me observa.

—Es lo que estamos haciendo —protesta otro clasificador.

—Pues yo tengo la sensación de que no lo hago bien —digo.

Frustrada, separo la silla de la mesa y me levanto, con el terminal portátil en la mano.

—Creo que voy a tomarme un descanso.

Rebecca asiente.

—Te acompaño a la enfermería —se ofrece Leyna, para mi sorpresa. Se está dejando la piel en esto, y sé que las Tierras Ignatas son para ella lo que Ky es para mí, el lugar más hermoso que existe, aún por alcanzar, pero rico en promesas.

Atravesamos la plaza del pueblo y pasamos junto a la inmensa piedra que ocupa el centro. Delante tiene dos abrevaderos.

—¿Para qué sirven? —pregunto a Leyna.

—Para votar —responde—. Los labradores también votan así. Cada lugareño tiene una piedrecita con su nombre. Las piedras se echan a estos abrevaderos. El que tiene más piedras gana la votación.

—¿Y siempre votáis entre dos opciones? —pregunto.

—Por lo general, sí —responde. Me hace una señal para que la siga y rodea la piedra—. Mira.

Hay nombres grabados en la piedra, dispuestos en columnas. Comienzan en la parte superior y llegan casi hasta la base.

—Esta columna —dice— es una lista de todos los que han muerto en este pueblo, en Última Piedra. Y esta —Señala otra parte de la piedra— es la lista de las personas que continuaron hasta las Tierras Ignatas. Este es el punto de partida, por así decirlo. Por eso cualquiera que haya ido a las Tierras Ignatas, viniera de donde viniera, tuvo que pasar por aquí y dejar su nombre grabado.

Me pongo a mirar la columna de las Tierras Ignatas, con la esperanza de encontrar un nombre. Al principio lo paso de largo, sin atreverme a creer que lo he visto, pero, cuando vuelvo a mirar, sigue ahí.

«Matthew Markham.»

—¿Lo conocías? —le pregunto, ilusionada. Pongo la mano sobre el nombre.

—No mucho —responde—. Era de otro pueblo. —Me mira con interés—. ¿Y tú?

—Sí —contesto, exaltada—. Vivía en mi distrito. Sus padres lo sacaron de la Sociedad. —Tendría que haberseme ocurrido preguntarlo antes. Estoy deseando explicar a Ky que su primo estuvo aquí, que puede estar vivo, aunque sea en un lugar del que nadie regresa.

—Muchos fugados continuaron hasta las Tierras Ignatas —dice Leyna—. Algunos, y no recuerdo si Matthew era así, decidieron que, si sus padres no los querían en la Sociedad, se irían todavía más lejos de lo que esperaba su familia. Para algunos casi fue una especie de venganza. —También coloca la mano sobre el

nombre—. Pero ¿has dicho que utilizaba este nombre en el distrito?

—Sí —repongo—. Es su verdadero nombre.

—Eso es importante —apunta—. Muchos se cambiaron el apellido. Él no. Eso significa que no quiso borrar su rastro por si alguien decidía buscarlo.

—No tenían aeronaves —digo—. Así que tuvieron que ir a pie.

—Por eso no vuelven —explica Leyna—. El trayecto es demasiado largo. Sin aeronaves, se tardan años en llegar. —Señala la base de la piedra—. Solo hay espacio para los nombres de los que quedamos —añade—. Es una señal de que debemos irnos.

—Entiendo —digo. Los riesgos son grandes, casi insuperables, para todos nosotros.

Cuando llego a la enfermería, hablo de la piedra a Ky.

—Es una prueba de que Anna tiene razón, de que no murió en Oria —digo—, a menos que exista otro Matthew Markham, pero esa probabilidad es... —Dejo de hacer cálculos y respiro—. Creo que es él. Lo intuyo.

Trato de recordar a Matthew. Pelo moreno, mayor que yo, guapo. Guardaba suficiente parecido con Ky para que se apreciara su parentesco, pero eran distintos. Matthew era menos callado que Ky; tenía una risa más sonora, más presencia en el distrito. Aunque era igual de amable que él.

—Ky —digo—, cuando encontremos la cura, te llevaré a ver la piedra. Y después podemos volver para explicárselo a Patrick y a Aida.

Voy a contarle otra cosa cuando abren la puerta. Anna por fin ha traído a Eli.

Pese a que Eli ha crecido, aún me deja que lo abrace como espero que haga Bram cuando lo vea: contra mi pecho, bien fuerte.

—Lo conseguiste —digo. Huele a naturaleza, a pino y a tierra, y me alegro tanto de ver que está bien que lloro a lágrima viva, aunque también sonrío.

—Sí —conviene.

—Viví en tu ciudad —le explico—. En Central. Pensaba en ti continuamente, en si pasaba por las calles donde viviste, y vi el lago.

—A veces lo echo de menos —admite—. Pero esto es mejor.

—Sí —digo—. Es verdad.

Cuando Eli se separa de mí, veo a Hunter. Aún lleva marcas azules en los brazos y tiene la mirada hastiada.

—Quiero ver a Ky —dice Eli.

—¿Estás segura de que es inmune? —pregunto a Anna.

—Sí. No tiene la marca —explica—, pero ninguno la tenemos.

Me aparto para que Eli pueda colocarse al otro lado de la cama. Se agacha junto a Ky y lo mira a los ojos.

—Ahora vivo en las montañas —le cuenta, y yo tengo que apartar la mirada.

Anna señala mi terminal portátil.

—¿Estáis más cerca de encontrar la cura? —me pregunta.

Niego con la cabeza.

—No les sirvo de nada —respondo—. No sé suficiente sobre los componentes de las listas. Leo las descripciones, pero no sé cómo son las plantas y los animales que coméis.

—¿Y crees que es importante? —pregunta.

—Sí —respondo.

—Puedo dibujártelos —sugiere—. Hazme una lista de las cosas que no has visto nunca.

Saco un papel y se las escribo. La lista es larga y me da vergüenza.

—Me pondré ahora mismo —dice—. ¿Por dónde empiezo?

—Por las flores —le respondo. Se trata de una intuición—. Gracias, Anna.

—Me alegro de poder ayudarte —observa.

—Y gracias por venir a ver a Ky —digo a Hunter.

Él mueve la cabeza, como diciendo «No es nada». Quiero preguntarle cómo está, saber cómo es su vida aquí en las montañas, pero él inclina la cabeza para despedirse y se marcha. Yo también debería irme. Tengo que seguir clasificando, sin pausa, hasta que encontremos una cura.

## Capítulo 36

### Ky

Siempre que se marcha Cassia promete que regresará.

Tengo la sensación de que hace mucho tiempo que se ha ido, pero, de hecho, no lo sé. Ahora que no está, oigo otras voces, igual que oí la voz de Vick después de que muriera junto al río.

Esta vez es Indie la que me habla, aunque eso es imposible, porque ella no está aquí.

—Ky —dice—, llevé a Cassia a Camas por ti.

—Lo sé —concedo—. Lo sé, Indie.

No la veo. Sin embargo, su voz es tan clara que me cuesta creer que, en realidad, sea yo, inventándomelo todo. Porque no es posible que Indie me esté hablando, ¿verdad?

—Estoy enferma —dice—. Por eso tuve que escapar. Todavía no hay cura.

—¿Adónde vas? —pregunto.

—Lo más lejos posible antes de quedarme inerte —responde.

—No —digo—. No, Indie. Vuelve. Encontrarán una cura. Y quizá tengas la Plaga original. A lo mejor pueden ayudarte.

No me puedo creer que le esté diciendo esto, pero ¿qué otra opción tiene?

No va a hacerme caso.

—No —dice—. Es la mutación.

—No puedes estar segura —objeto.

—Lo estoy —replica—. Tengo marcas rojas en la espalda. Me duelen, Ky. Por eso corro. —Se ríe—. O, mejor dicho, vuelo. He cogido una aeronave del Piloto.

Repito su nombre, varias veces, para tratar de detenerla.

—Indie, Indie, Indie.

—Incluso cuando te odiaba, tu voz me gustaba —dice.

—Indie... —repito, pero ella no me deja continuar.

—¿Soy la mejor piloto que has visto? —pregunta.

Lo es.

—Lo soy —dice y sé, por su voz, que sonrío. Se pone muy guapa cuando sonrío.

»¿Te acuerdas de cuando creía que el Piloto vendría del mar? —pregunta—. Porque mi madre me cantaba aquella canción. —Empieza a tarareármela, con voz fuerte y clara. «Llegará el día en que un farol / por fin la lleve a la orilla.» —Se queda un momento callada—. Pensé que a lo mejor quería decirme que yo sería el Piloto algún día. Por eso construí una barca e intenté escapar.

—Da media vuelta —insisto—. Vuelve. Deja que te administren suero para seguir con vida.

—No es que quiera morir —dice—. O me derribarán o encontraré un sitio donde pueda aterrizar. Y luego voy a correr hasta que ya no pueda más. ¿No lo entiendes? No me estoy rindiendo. Solo quiero correr hasta el final. No puedo volver.

Y yo no sé qué decir.

—Él no es el Piloto —continúa—. Ahora estoy segura. —Respira de forma entrecortada—. ¿Te acuerdas de cuando creí que el Piloto eras tú?

—Sí —respondo.

—¿Sabes quién es el verdadero Piloto? —pregunta.

—Claro —digo—. Tú también.

Contiene la respiración y, por un momento, creo que puede estar llorando. Cuando habla, lo hace con voz llorosa, pero también sé que vuelve a sonreír.

—Soy yo —declara.

—Sí —convengo—. Por supuesto.

Hay un breve silencio.

—Creo que tú también me besaste —dice.

—Así es —admito.

Ya no me arrepiento.

Cuando Indie me besó, percibí todo su dolor, anhelo y necesidad. Me desgarró saber cómo se sentía y darme cuenta de cuánto la amaba yo también, pero no de un modo que pudiera funcionar. Lo que siento por Indie es una afinidad tan dolorosa y profunda que me haría pedazos.

Lo extraño es que lo que ella sentía por mí le permitía seguir entera.

Yo podría hacer por ella lo que Cassia hace por mí. Lo sé, y por eso le devolví el beso.

Me parece estar corriendo con ella: veo momentos de su vida. Una barca que se llena de agua en Sonoma cuando los funcionarios la hunden delante de ella. Su triunfal descenso por el río para unirse al Alzamiento que no la ha salvado. Nuestro beso. Un vuelo, un aterrizaje, una carrera, pasos que se suceden. Indie corriendo cuando cualquier otra persona se quedaría paralizada...

Luego todo se torna oscuro.

O quizá rojo.

## Capítulo 37

### Xander

—Oker —dice Leyna—, los clasificadores han elaborado una nueva lista.

—¿Otra? —pregunta él—. Deja el terminal ahí. —Señala una esquina de la mesa.

En teoría Oker necesita las listas porque aportan información valiosa. Los clasificadores tratan de descubrir cuáles son los factores con más probabilidades de causar la inmunidad. Y Oker tiene que deducir qué significa eso en el mundo real. Si un posible factor es comer una determinada planta, ¿cuál de sus componentes es importante? ¿Cómo puede incorporarse a la cura? ¿En qué concentración? La colaboración debería ahorrarnos tiempo a todos y aumentar las probabilidades de encontrar una cura eficaz cuanto antes.

Pero Oker nunca parece dispuesto a dejar lo que está haciendo para leer las listas. Sé cuánto se ha esforzado Cassia en analizar la información. Su aportación es valiosa. Me aclaro la garganta para intervenir, pero Leyna se me adelanta.

—Tienes que echarle un vistazo —dice—. Los clasificadores lo han revisado todo incorporando los últimos datos de la enfermería y tus propias observaciones. Han partido del supuesto de que todos estos ingredientes podrían tratar eficazmente la enfermedad.

—Bien —concede Oker—. No me cuentas nada nuevo. —Echa a andar hacia su despacho con su terminal portátil bajo el brazo.

—¡Oker! —exclama Leyna—. Como supervisora de la cura, debo insistir en que leas la lista. O te relevaré de tus funciones.

—Ya —dice él—. No hay ningún otro farmacólogo cualificado.

—Tus ayudantes están perfectamente capacitados —objeta Leyna.

Oker rezonga y vuelve sobre sus pasos. Coge el terminal portátil de la mesa.

—Me mandan listas continuamente —arguye—. ¿Por qué es tan urgente esta?

—Ahora hay otra clasificadora —le recuerda Leyna—. Y no te quepa ninguna duda de que el Alzamiento está utilizando clasificadores para investigar la cura.

—Por supuesto que lo está haciendo —dice Oker—. Antes era la Sociedad. Es incapaz de tener una sola idea original. No sabe hacer nada sin números.

Leyna vuelve a intentarlo.

—La clasificadora nueva, Cassia...

Oker agita la mano.

—No necesito saber nada de los clasificadores. Ahora le echo un vistazo. —Vuelve a dirigirse a su despacho, con el terminal portátil de la lista bajo el brazo, y cierra de un portazo.



Solo un momento después, oigo cómo se abre la puerta del despacho de Oker. Espero que haga algún comentario mordaz sobre el hecho de que Leyna ya tendría que haberse marchado, y, en cambio, parece haberse quedado petrificado. Está concentrado, con los ojos entrecerrados.

—Camasia —dice.

—Es Cassia —comienzo a decir, pensando que, por alguna razón, trata de recordar los nombres de los clasificadores, pero me interrumpe.

—No —replica—. ¡Camasia! Es una planta. Apenas la hemos investigado todavía. —Habla entre dientes, como si de pronto no recordara que podemos oírlo—. Es comestible. Incluso nutritiva. Tiene un sabor parecido al de la patata, pero es más dulce. La flor es morada. La provincia de Camas se llama así por ella. —Vuelve a enfocar la vista y me mira de hito en hito—. Iré a recoger unos cuantos especímenes.

—La camasia no aparece muy arriba en la lista de los clasificadores —objeta Leyna.

—¡Esto no es la Sociedad! —refunfuña Oker—. No necesitamos ceñirnos a los números. En este pueblo hay cabida para la intuición y la inteligencia, ¿no? Podemos encontrar una cura antes que la gente de las provincias, pero solo si dejamos de pensar como ellos.

Leyna mueve la cabeza. Sé que intenta decidir cuál es el mejor modo de enfocar esto y se está haciendo las mismas preguntas que ya habrá tenido que hacerse antes: ¿es la contribución de Oker tan valiosa como para dejarle hacer lo que quiere, aunque sea justo lo contrario de lo que ella considera mejor?

—Tengo una idea —dice Oker—. Tráeme los otros ingredientes y también prepararé esas curas. —Mira a Noah y a Tess—. Vosotros quedaos y encargaos del suero.

—Tenemos de sobra.

—Vamos a necesitar mucho más —declara Oker, con impaciencia—. No dejéis que se le acabe a ningún paciente, sobre todo al último. —Me mira—. Vamos. Tú me ayudarás a recoger plantas.

—Ahora mismo solo contamos con siete pacientes para probar las curas —arguye Leyna mientras Oker me señala todo lo que quiere que meta en una bolsa: tiras de arpillera, cantimploras y dos palas pequeñas—. Los otros todavía necesitan tiempo para que su organismo expulse la última cura que hemos probado.

—Entonces solo utilizaremos siete pacientes —dice Oker, apenas capaz de dominar su frustración.

—El Piloto necesitará más pruebas que unos cuantos pacientes curados... —comienza a decir Leyna.

—Entonces adminístrales mi cura a todos —le propone Oker. Abre la puerta—.

Así no avanzamos. Prepararé las curas. Tú decide a qué pacientes se las administras. Solo asegúrate de que algunos reciben la mía. Y de que uno de ellos sea el último paciente que ha llegado. —Se vuelve y la mira—. Deberías pedir a los clasificadores que calculen las probabilidades de que resolvamos esto antes que el Alzamiento. No somos la mejor baza del Piloto. Está lanzándolo todo al aire por si algo echa a volar. Y nosotros somos su pajarillo más débil.

—Tu medicación ha supuesto una mejora —arguye Leyna—. El Piloto lo sabe.

—No he dicho que no vayamos a ser los que resolvamos esto —declara Oker—. Pero solo si me dejas hacer lo que necesito.

—Tenemos camasias en el almacén —dice Leyna, antes de desistir—. No hace falta que vayáis a buscar más.

—Las quiero recién cogidas —arguye Oker.

—En ese caso mandaré a alguien —sugiere Leyna—. Será más rápido que si vas tú.

—¡No! —exclama Oker—. No, de ningún modo. —Respira hondo—. No quiero que nada ponga en peligro la cura. Haré esto de principio a fin.

Esas sí parecen las palabras de un auténtico Piloto. Salgo del laboratorio detrás de él.

No caigo en el error de pensar que Oker me ha elegido como acompañante porque soy la persona en quien más confía. Sabe que Noah y Tess prepararán bien el suero, pero todavía no puede fiarse de que yo sepa hacerlo sin supervisión.

Además, le gusta hablarme de la mutación porque soy la persona que ha trabajado con los inertes hasta hace menos tiempo. He visto la mutación con mis propios ojos. Es lógico que todo eso le interese. Él fue quien descubrió la cura de la Plaga original. Y uno de los primeros en conocer su existencia.

—¿Está lejos? —pregunto.

—A unos kilómetros —responde—. El campo que me interesa está un poco alejado, más cerca del próximo pueblo de las piedras, en dirección a Camas.

Lo sigo. Todo me parece piedra y hierba. No distingo ningún camino.

—Ya no debéis de ir a los otros pueblos a menudo —digo.

—No después de reunirnos en Última Piedra —responde—. A veces sale gente a recoger plantas silvestres, pero la vegetación enseguida invade el camino.

De vez en cuando, pasamos junto a piedras redondas que apenas sobresalen del suelo. Oker me explica que señalan el camino.

—Yo vine a pie —dice. Su voz es serena, contemplativa, pero camina tan rápido como puede—. En mi época, los pilotos solían llevar a los fugados hasta el primer pueblo de las piedras. Después cada uno decidía adónde quería ir. Yo me decidí por Última Piedra porque era el pueblo que estaba más lejos. Creía que no lo conseguiría,

porque, según la Sociedad, ya tenía edad de morirme, pero no me paré. —Se ríe—. El día de mi banquete final me lo pasé andando.

—Es lo que intentó hacer mi amigo —digo—. Intentó neutralizar el efecto de la mutación andando. Estaba convencido de que, si no se paraba, no se quedaría inerte.

—¿De dónde sacó esa idea? —pregunta.

—Creo que lo hizo porque Cassia sobrevivió así a la pastilla azul. Después de tomársela, siguió andando.

Me figuro que dirá que eso es imposible, pero, en cambio, declara:

—Puede que tus amigos tengan razón. Cosas más raras se han visto. —Sonríe—. Cassia es un nombre poco común. Es botánico. La corteza se utiliza como especia.

—¿Tiene algo que ver con la planta que buscamos? —pregunto—. Los nombres se parecen mucho.

—No —responde—. Que yo sepa.

—Ha colaborado en la lista —digo—. Deberías echarle otro vistazo cuando hayamos recogido las camacias. —No le menciono, todavía, que ella, no él, debería ser quien decidiera qué cura recibe Ky.

Oker se detiene para orientarse. Yo podría ir más rápido, pero, para la edad que tiene, su forma es magnífica.

—Las camacias tienen que estar por aquí —dice—. Este es el prado al que vienen a recogerlas los lugareños. Pero no las habrán arrancado todas. Siempre dejan algunas para que crezcan al año siguiente, aunque tengan la esperanza de no estar aquí. —Abandona el camino y echa a andar entre los árboles.

Le sigo. En la ladera de la montaña crecen pinos y algunos otros árboles que no conozco. Tienen la corteza blanca y finas hojas verdes. Me gusta cómo susurran cuando pasamos por debajo.

Oker señala el suelo.

—¿Las ves?

Tardo un momento, aunque enseguida veo las flores. Están un poco marchitas, pero son moradas, tal como ha dicho.

—Ponte a cavar aquí —dice—. No las cojas todas. Desentierra una de cada dos. No necesitamos las flores, sino solo la raíz. Envuélvelas en tiras de arpillera y mójalas en el arroyo. —Señala un minúsculo riachuelo que serpentea entre la hierba y la encharca—. Date prisa.

Me arrodillo y comienzo a cavar alrededor de la planta. Cuando desentierro el bulbo, es marrón, está sucio y tiene las raíces enmarañadas. Me hace pensar en Cassia y en cómo plantamos neorrosas juntos en el distrito el día que nos besamos. Ese beso es lo que me ha permitido seguir adelante durante todos estos meses.

Mojo las tiras de arpillera en el arroyo y envuelvo los bulbos uno a uno. Cuando me pongo de nuevo a cavar, noto el calor del sol y decido que me gusta el olor a

tierra. Me duele un poco la espalda y me levanto para estirla. Ya casi no queda espacio en la bolsa.

Oker está impaciente por que termine. Se agacha a mi lado y comienza a tirar torpemente de la planta. Las flores se bambolean y oscilan. Desentierra las raíces con sus manos agarrotadas y me da la planta.

—No puedo envolverla —dice—. Tendrás que hacerlo tú.

Envuelvo la camasia de Oker y termino de llenar las bolsas. Cuando voy a echarme la suya al hombro junto con la mía (debería cargarla yo ahora que está llena), Oker niega con la cabeza.

—Puedo llevarla yo.

Asiento y se la doy.

—¿Crees de verdad que estas camasias son la cura?

—Creo que es muy probable —responde—. Vamos.

En el camino de regreso, Oker tiene que detenerse a descansar.

—Esta mañana se me ha olvidado comer —me cuenta.

Es la primera vez que lo veo agotado. Se apoya en una roca con el entrecejo fruncido y espera con impaciencia a que el corazón vuelva a latirle con normalidad.

—Hay una cosa que me intriga —digo. Oker refunfuña, pero no me ordena que me calle, de modo que sigo adelante—. ¿Cómo supieron los lugareños que eran inmunes a la Plaga original, antes de que surgiera la mutación?

—Saben que son inmunes desde hace años —responde—. Cuando la Sociedad propagó la Plaga al país enemigo, uno de los pilotos que soltaba el virus escapó de su base militar y llegó al primer pueblo de las piedras, el más próximo a Camas.

Se toma un momento para recobrar el aliento.

—Lo que ese idiota no sabía cuando huyó —continúa— es que había contraído la Plaga. Creía que solo se transmitía a través del agua, porque así era como él la había propagado en los ríos y arroyos del país enemigo. Pero también se contagia por contacto directo, y él lo había tenido con algunos enemigos. Al parecer intentó ayudarlos antes de escapar al pueblo de las piedras.

—¿Por qué huyó allí? —pregunto.

—Era uno de los pilotos que tomó parte en las fugas —responde—. Así que conocía a la gente del pueblo, y ellos lo conocían a él. Una semana después de que se refugiara allí, cayó enfermo. —Se separa de la roca—. Vamos.

Los pájaros cotorrean en los árboles alrededor de nosotros, y la hierba del camino está tan crecida que nos azota las perneras de los pantalones.

—Naturalmente la Sociedad tenía curas para todos los trabajadores que se contagiaran —continúa—. Pero, como el piloto no regresó, no recibió tratamiento. Vino a los pueblos de las piedras y murió.

—¿Porque los lugareños no tenían una cura —pregunto— o porque lo mataron?

Oker me mira con perspicacia.

—Lo dejaron en el bosque, con comida y agua, aunque sabían que moriría.

—No tuvieron más remedio —arguyo—. Pensaban que contagiaría a todo el pueblo.

Oker asiente.

—Cuando el piloto cayó enfermo, les habló de la Plaga y el enemigo y de lo que había ocurrido. Les suplicó que volvieran a la Sociedad para conseguirle una cura. Para entonces ya había expuesto a la mayor parte del pueblo. Toda la comunidad creía que iba a morir, y todos sabían que nunca conseguirían la cura a tiempo. Tenían que protegerse. —Se ríe—. Por supuesto, en ese momento no tenían ni idea de que eran inmunes.

—¿Echaron a alguien más? —pregunto.

—No —responde—. Pusieron en cuarentena a los que podían haberse contagiado, pero ninguno de ellos cayó enfermo.

Respiro, aliviado.

—Por supuesto, la Sociedad no habría dado ninguna importancia a su inmunidad, dado que ya tenía una cura. Para ellos, sin embargo, sí era importante. Sabían que, si la Sociedad intentaba contaminar sus ríos, ellos no contraerían la Plaga. En su mayor parte, mantuvieron su inmunidad en secreto. Alguien se lo explicó al Piloto, pero él no hizo nada con esa información hasta que surgió la mutación.

—Y se preguntó si los lugareños también podían ser inmunes a la mutación.

—Exacto —confirma—. Vino para preguntarnos si había gente dispuesta a exponerse al virus mutado, y para averiguar si podíamos ayudarle a encontrar una cura.

—Sé que hubo voluntarios —digo—. ¿Por qué?

—Comidas envasadas en papel de aluminio —contesta, con repugnancia—. Nos trajo un cargamento entero y nos dijo que podía traer más.

—¿Por qué iba a quererlas alguien? —pregunto—. Vuestra alimentación es mucho mejor.

—Para el viaje a las Tierras Ignotas —aclara—. Esas comidas duran años. Serían ideales para el trayecto. El Piloto prometió que podría conseguir suficientes para todos los viajeros si unos pocos lugareños se exponían voluntariamente al virus. Les inyectaron la mutación y les pidieron que se quedaran en otro pueblo por si acaso. Pero ninguno se puso enfermo. —Sonríe de oreja a oreja—. Tendrías que haber visto la cara del Piloto. No daba crédito. Fue entonces cuando nos ofreció las aeronaves si encontrábamos una cura.

Sortea unas matas de flores azules que han crecido en mitad del camino.

—Tus dos amigos, los que intentaron sobrevivir a la enfermedad andando, están más cerca de la verdad sobre el virus y las pastillas azules de lo que crees. Las

pastillas no son un veneno. Son un activador.

—¿Un activador? —pregunto.

—Cuando la Sociedad creó la Plaga para utilizarla contra el país enemigo —explica—, experimentó con varios virus más. Uno de ellos actuaba de un modo muy parecido a la Plaga; dejaba paralizado, pero no se transmitía de una persona a otra. Solo afectaba a la que entraba en contacto directo con la pastilla. La Sociedad decidió que, en vez de utilizarlo contra el país enemigo, lo reservaría para su propia gente.

Vuelve la cabeza y me mira.

—La Sociedad puso nombre a los virus —continúa—. A ese lo llamó virus cerúleo.

—¿Por qué?

—«Cerúleo» significa «azul» —aclara—. En el laboratorio, lo distinguieron del resto de los virus utilizando etiquetas de color azul. A veces me pregunto si los funcionarios sacarían de ahí la idea de la pastilla azul. La Sociedad modificó el virus cerúleo y lo incorporó a las vacunas de los recién nacidos. De ese modo, si lo necesitaba, podría activarlo más adelante con la pastilla azul.

—Muy propio de la Sociedad —digo—. Por un lado nos protege y por otro nos implanta un virus para poder seguir controlándonos si le hace falta. Pero ¿por qué no se ha quedado más gente inerte hasta ahora?

—Porque el virus está latente —me comunica—. Se integra en el ADN, pero no se despierta sin el activador, que es la pastilla azul. Si alguien la toma se queda inerte hasta que la Sociedad interviene, si lo encuentra a tiempo. Si no muere. La Sociedad también tenía una cura para el virus cerúleo. Pero, hasta la fecha, no ha encontrado ninguna para la mutación.

—¿Por qué me cuentas todo esto?

—Porque podría caerme muerto en cualquier momento —responde—. Alguien tiene que saber lo que pasa.

—¿Y por qué me has elegido a mí? —pregunto—. Ni siquiera me conoces.

—Tú conoces a personas que han contraído la mutación —repite—. Tienes familiares y amigos en las provincias, y a ese amigo tuyo aquí. Quieres que las personas se curen por motivos personales. Y sabes que, si no salvas a tu amigo, siempre te preguntarás a cuál de los dos habría escogido ella.

Naturalmente Oker tiene razón. Se ha percatado de más cosas de las que yo creía, aunque eso no debería sorprenderme. Un verdadero Piloto tendría que ser así.

No hablamos durante el resto del camino.

Cuando llegamos al laboratorio, dejamos los bulbos en la mesa.

—Lavados —ordena Oker a Tess y a Noah—. Pero no los frotéis. Solo hay que quitarles la tierra.

Ellos asienten.

—Yo elegiré los mejores bulbos —me dice, y empieza a moverlos con los nudillos—. Tú ve a buscar el material. Necesitamos cuchillos, una tabla de cortar y un mortero. Asegúrate de desinfectarlo todo.

Corro a buscar el material. Oker ya ha terminado cuando regreso. Toca un montoncito de bulbos.

—Estos son los mejores —señala—. Comenzaremos por ellos. —Empuja uno hacia mí—. Pártelo en dos. Vas a tener que hacerlo tú. Yo no puedo.

Corto el bulbo por la mitad. Cuando lo abro, contengo la respiración. Tiene capas, como una cebolla, y un bonito color: perlado, casi blanco.

Oker me da el mortero.

—Pulverízalo —me indica—. Hay que hacer suficiente para todos.

La puerta del laboratorio se abre de golpe.

—Estáis aquí —dice Leyna, demudada—. Han ido a buscaros al prado.

—Acabamos de llegar —aclaro—. Hemos debido de cruzarnos.

—¿Qué pasa? —pregunta Oker.

—Son los inertes —responde Leyna—. Uno ha muerto ya.

Nos quedamos mudos.

—¿Es uno de los pacientes del primer grupo que trajo el Piloto? —pregunta Oker.

—Sí —responde Leyna.

Respiro aliviado. Eso significa que no es Ky.

—Solo era cuestión de tiempo —dice Oker—. El primer grupo lleva varias semanas aquí. Vamos a ver qué podemos hacer.

Leyna asiente. Pero, antes de salir, Oker me pide que envuelva los bulbos, los meta en el armario y eche la llave.

—Seguid preparando suero —pide a Noah y a Tess—. Pero no quiero que nadie trabaje en la cura a menos que yo esté presente.

Ambos asienten. Oker me coge la llave. Solo entonces seguimos a Leyna a la enfermería. En la entrada hay gente apiñada que se separa para dejar paso a Oker y a Leyna. Yo los sigo y actúo como si este fuera mi sitio. Como de costumbre tengo suerte, porque nadie me detiene ni me pregunta qué hago. Si alguien lo hiciera sería sincero. Le diría que he encontrado a mi verdadero Piloto y no pienso perderlo de vista hasta que tengamos la cura.

## Capítulo 38

### Cassia

Estaba en la enfermería cuando ha fallecido el primer paciente. No ha tenido una muerte dulce. Ni tampoco tranquila.

He oído un alboroto en el otro extremo de la enfermería.

—Neumonía —ha dicho un médico a otro—. La infección se ha extendido a los bronquios.

Alguien ha corrido una cortina y todos se han apiñado alrededor de la cama para tratar de salvar al paciente, cuya respiración era tan entrecortada y flemosa que parecía que se hubiera tragado el mar. Después ha tosido y ha escupido sangre. La he visto incluso desde lejos. Una mancha roja en su limpia sábana blanca.

Todos estaban demasiado ocupados para pedirme que me marchara. Me han entrado ganas de correr, pero no podía abandonar a Ky. Y no quería que oyera los esfuerzos del personal por salvar al hombre ni su propia respiración fatigosa.

Por eso me he agachado delante de él y le he tapado un oído con una mano temblorosa. Después he pegado los labios a su otro oído y le he cantado. Ni siquiera sabía que fuera capaz de hacerlo.

Aún canto cuando Leyna trae a Oker y a Xander. No puedo parar, porque otro paciente ha comenzado a asfixiarse.

Un médico se acerca a Oker y se encara con él.

—Esto es culpa suya, por mantenerlos lúcidos —dice—. Venga a ver lo que ha hecho. Se da cuenta de todo. No hay paz en sus ojos.

—¿Ha vuelto en sí? —inquire Oker, y percibo entusiasmo en su voz. Me repugna.

—Solo lo suficiente para saber que se está muriendo —responde el médico—. No está curado.

Xander se agacha a mi lado.

—¿Estás bien? —pregunta.

Asiento. Sigo cantando. Por cómo lo miro, sabe que no he perdido el juicio. Me toca el brazo, muy brevemente, y se une a Oker y al resto.

Comprendo que necesite saber qué les sucede a los pacientes. Y ha encontrado a un Piloto en Oker. Si yo tuviera que elegir un Piloto, escogería a Anna.

Pero también sé que no podemos esperar que otra persona venga a rescatarnos. Tenemos que hacerlo nosotros mismos. No puede haber ningún Piloto. Todos debemos tener la suficiente fortaleza para salir adelante sin creer que alguien puede bajar a salvarnos. Pienso en mi abuelo.



—¿Recuerdas lo que dije una vez sobre la pastilla verde? —me pregunta.

—Sí —le contesto—. Dijiste que era lo bastante fuerte para pasar sin ella.

—Espacio verde, pastilla verde —recita, como aquel otro día ya lejano—. Verde muchacha de ojos verdes.

—Siempre recordaré ese día —sostengo.

—Pero este te está costando recordarlo —dice. Veo complicidad en su mirada, compasión.

—Sí —admito—. ¿Por qué?

Él no responde, al menos de forma directa.

—Antes un día rojo en el calendario —dice, en cambio— era un día digno de recordar. ¿Te acuerdas de eso?

—No estoy segura —respondo. Me aprieto la cabeza con las manos. Me siento confusa, aturdida. Mi abuelo tiene el semblante triste, pero resuelto. Eso me infunde valor.

Me vuelvo para mirar otra vez las yemas rojas, las flores.

—Un día rojo —repito, y se me enciende una luz—, como el día del jardín rojo.

—Así es —dice—. El día del jardín rojo. Un día memorable.

Se inclina hacia mí.

—Va a costarte mucho recordar —añade—. Incluso esto se te va a difuminar. Sin embargo, eres fuerte. Sé que puedes rememorarlo todo.

He recordado otro fragmento del día del jardín rojo. Y sé que puedo rememorarlo todo. Lo ha dicho mi abuelo. Aprieto la mano de Ky con más fuerza y sigo cantando.

*Viento en la loma y agua que corre  
hasta el último confín conocido.*

Le cantaré hasta que los pacientes dejen de morir y luego encontraré la cura.

## Capítulo 39

### Ky

Hasta el último confín conocido.

Estoy en el mar.

Entro y salgo. Emerjo y me hundo. Cada vez más hondo.

Veo a Indie en el mar.

—Tú no tendrías que estar aquí —dice, enfadada. Justo como yo recuerdo—. Este sitio es mío. Lo he descubierto yo.

—Toda el agua del mundo no puede ser tuya —arguyo.

—Sí —dice—. Y el cielo. Ahora todo lo que es azul me pertenece.

—Las montañas son azules —digo.

—Entonces son mías.

Subimos y bajamos, sobre las olas, uno al lado del otro. Me echo a reír. Indie también. El cuerpo ya no me duele. Me siento liviano. A lo mejor ya ni siquiera tengo cuerpo.

—Me gusta el mar —afirmo.

—Siempre he sabido que te gustaría —dice—. Pero no puedes venir conmigo. —  
Sonríe. Se sumerge bajo las olas y desaparece.

## Capítulo 40

### Cassia

—Cassia —dice Anna desde la puerta de la enfermería—, ven con nosotros.

—No puedo —arguyo, y hojeo mis notas en busca de las flores que ella mencionó. «Lirio mariposa. Efedra. Flor pincel.» Se ofreció a dibujármelas. ¿Lo ha olvidado? Estoy a punto de preguntárselo cuando vuelve a hablar.

—¿Ni para ver la votación? —Los lugareños y los labradores se han reunido fuera para decidir qué hacer con las curas que han preparado Oker, Xander y los otros dos ayudantes. No se ponen de acuerdo en cuál probar primero y cómo proceder.

—No —replico—. Tengo que seguir pensando. Hay algo que se me pasa por alto. Y tengo que hacerlo aquí. Alguien le ha estado quitando suero a Ky. Me quedo.

—¿Es verdad eso? —pregunta Anna a un médico.

Él se encoge de hombros, con tristeza.

—Es posible —le responde—. Aunque no imagino cómo. Siempre hay médicos de guardia. ¿Y qué persona del pueblo tendría algún motivo para hacer daño a los pacientes? Todos queremos encontrar una cura.

Ni Anna ni yo afirmamos lo que es obvio. Puede que en el pueblo no todos opinen como él.

—Te he hecho la piedra yo misma —dice ella. Me enseña una piedrecita que lleva escrito mi nombre. «Cassia Reyes.» Cuando alzo la vista y la miro, veo que tiene marcas azules en la cara y en los brazos. Se percata de mi sorpresa—. Siempre me pinto las marcas ceremoniales cuando hay una votación —explica—. Es una tradición de la Talla.

Cojo la piedra.

—¿Puedo votar? —pregunto.

—Sí —responde—. El concejo del pueblo ha decidido que Xander y tú podíais tener una piedra cada uno, como todos los demás.

El gesto me conmueve. Los lugareños han acabado confiando en nosotros.

—No me gusta dejar a Ky sin vigilancia —digo—. ¿Puede votar alguien en mi lugar?

—Sí —responde—, pero creo que deberías ver la votación. Ningún líder debería perderse un acontecimiento así.

¿Qué quiere decir? Yo no soy una líder.

—¿Estarías tranquila si Hunter se queda vigilando? —pregunta—. ¿Solo un momento, para que puedas votar?

Miro a Hunter. Recuerdo la primera vez que lo vi. Enterró a su hija y señaló su sepultura con aquel hermoso poema.

—Sí —respondo. Será poco rato, y así podré preguntar a Anna por las flores.

Hunter entrega su piedra a Anna.

—Voto a favor de Leyna —dice.

Ella asiente.

—Votaré en tu lugar.

Anna tenía razón.

Lo que veo es extraordinario. Casi me olvido de respirar.

Todos han venido con una decisión en la mano. Algunos, como Anna, llevan dos piedras porque otra persona les ha pedido que voten en su lugar. Para que esto funcione, tiene que haber mucha confianza.

Oker y Leyna aguardan cerca de los abrevaderos, y otros lugareños, Colin entre ellos, vigilan para asegurarse de que nadie cambia las piedras de sitio. Esta vez hay dos opciones: votar a favor de Oker o de Leyna. Algunos están indecisos, pero casi todos dejan su piedra en el abrevadero más próximo a Oker. Piensan que deberíamos administrar su cura a base de camasia a todos los pacientes. Los más cautos votan a favor de Leyna, que quiere probar varias curas distintas.

El abrevadero de Oker está casi lleno.

La decisión se toma a la sombra de la gran piedra del pueblo y, mientras todos asen la piedrecita con su nombre, pienso en Sísifo y en la historia del Piloto, la que obtuve hace meses a cambio de la brújula de Ky. El vínculo entre mitos y creencias es tan estrecho que nunca se está seguro de qué tienen de cierto y qué de ficción.

Pero es posible que eso no importe. Ky lo dijo una vez, después de contarme la historia de Sísifo en la Loma. «Aunque Sísifo no viviera su historia, muchos de nosotros hemos tenido vidas como esa. Así que es cierta de todos modos.»

Xander se abre camino entre la gente para reunirse conmigo. Parece agotado y, a la vez, iluminado. Cuando le cojo la mano, él aprieta la mía con fuerza.

—¿Ya has votado? —pregunto.

—Todavía no —responde—. Quería preguntarte cuánto te fías de la última lista que nos habéis entregado.

Estamos lo bastante cerca de Oker para que nos oiga, pero, de todos modos, respondo con sinceridad.

—Nada en absoluto —digo—. Se me ha pasado algo por alto. —Percibo alivio en su cara; mi respuesta le ha facilitado la decisión. Ahora ya no es como si tuviera que elegir entre Oker y yo.

—¿Qué crees que es? —añade.

—Aún no estoy segura —reconozco—, pero creo que está relacionado con las flores.

Echa su piedra al abrevadero próximo a Oker.

—¿Qué vas a hacer tú? —pregunta.

Todavía no estoy lista para votar. No tengo suficiente información. Quizá lo esté

en la próxima votación, si sigo aquí. Me meto la mano en el bolsillo, saco el papel que me mandó mi madre y envuelvo la piedrecita en él, junto con la microficha.

—No voy a votar. —Procuro conservar la forma del papel, doblarlo por los pliegues de mi madre. Cuando alzo la vista, me tropiezo con la mirada de Oker. Está concentrado, pensativo, y su expresión me desconcierta un poco. Vuelvo a mirar a Xander.

—¿Qué crees que habría votado Ky? —me pregunta.

—No lo sé —contesto.

—El plan es administrarle la cura que gane —susurra—. Porque es el paciente que lleva menos tiempo inerte.

—No —replico—. Pueden probarla antes en los otros pacientes. —Pero ¿cómo voy a detenerlos?

—Creo que esta cura será eficaz —arguye Xander—. Oker está tan seguro que creo...

—Xander —dice Oker, interrumpiéndonos—, vamos.

—¿No te quedas al anegamiento? —le pregunta Leyna, sorprendida.

—No —responde.

—Ofenderás a los labradores —aduce ella—. Esta es su parte de la ceremonia.

Oker agita una mano y echa a andar.

—No hay tiempo —declara—. Lo entenderán.

—¿Estarás en la enfermería? —me pregunta Xander.

—Sí —contesto. Me quedaré con Ky, protegiéndolo, hasta que sepa que tenemos una cura eficaz. Aunque no me siento capaz de irme. Tengo que ver cómo termina la ceremonia.

Colin se adelanta y levanta la mano para acallar a los asistentes.

—Ya ha votado todo el mundo —dice.

Es obvio que ha ganado Oker. Hay muchas más piedras en su abrevadero que en el de Leyna. Pero Colin no lo anuncia todavía. Se retira, y algunos labradores se adelantan con cubos de agua. Llevan marcas azules en los brazos. Anna los sigue.

—Los labradores también votan con piedras —me susurra Eli—, pero, además, emplean el agua. El pueblo ha incorporado esa parte a sus votaciones.

Anna se vuelve y se dirige a todos nosotros.

—Como las crecidas que inundaban nuestra tierra de cañones —dice—, reconocemos el poder del agua en nuestras decisiones.

Los labradores arrojan el agua en los dos abrevaderos.

El agua corre por ellos como una crecida. Parte se cuela entre las piedras que taponan el extremo, incluso en el abrevadero de Oker. Pero es el que contiene más piedras y el que retiene más agua.

—La votación ha terminado —declara Colin—. Probaremos antes la cura de

Oker.

Me abro paso entre la gente tan aprisa como el agua entre las piedras y corro a la enfermería para proteger a Ky de la cura.

Cuando abro la puerta, no comprendo qué sucede. Llueve, ¡dentro de la enfermería! Oigo un ruido que parece agua cayendo al suelo de madera.

Todas las bolsas están desconectadas, y el suero se derrama al suelo.

Todas ellas, no solo la de Ky. Voy rápidamente a verlo. Su respiración es superficial y flemosa.

Le han quitado la vía y la han anudado al gotero que tiene junto a la cama. El suero gotea al suelo. Plop. Plop. Plop.

Y lo mismo les ocurre a todos los demás. Por un momento, no sé qué hacer. ¿Dónde están los médicos? ¿Han ido a votar? Y no sé cómo volver a conectar a Ky.

Oigo movimiento en el otro extremo de la enfermería y me vuelvo. Es Hunter. Está cerca de los primeros pacientes que el Piloto trajo al pueblo, envuelto en sombras, inmóvil.

—Hunter —digo, y me acerco despacio—, ¿qué ha pasado?

Alguien entra en la enfermería y me vuelvo para ver quién es.

Es Anna.

Está demudada. Se detiene a unos pasos de mí y mira a Hunter. Él no aparta los ojos. Los tiene cargados de dolor.

Entonces veo a los médicos desplomados cerca de Hunter. ¿Están muertos?

—Has intentado matarlos a todos —le reprocho, pero, nada más decirlo, sé que no es así. Si hubiera querido matarlos, le habría resultado más fácil mientras todos estábamos en la votación.

—No —repone—. He querido hacer justicia.

No comprendo a qué se refiere. Creía que podía confiar en él y estaba equivocada. Hunter se sienta y se lleva las manos a la cabeza. Oigo el llanto de Anna, y el goteo del suero en el suelo.

—No dejes que se acerque a Ky —digo a Anna, con aspereza.

Ella asiente. Hunter es mucho más fuerte, pero, en este momento, parece destrozado. Sin embargo, no sé cuánto tiempo va a seguir así, y necesito ir a buscar ayuda para los inertes. Necesito a Xander.

Él y Ky son las dos únicas personas del pueblo en las que puedo confiar. ¿Cómo he podido olvidarlo?

## Capítulo 41

### Xander

Oker echa la llave cuando entramos en el laboratorio.

—Necesito que hagas una cosa por mí —dice. Coge la misma bolsa en la que ha traído los bulbos de camasia y se la echa al hombro.

—¿Adónde vamos? —pregunto.

Él mira por la ventana.

—Tengo que marcharme ahora. Aún están todos distraídos.

—Un momento —replico—. ¿No vas a necesitar mi ayuda? —No puede desenterrar los bulbos solo. ¿Es eso lo que pretende?

—Quiero que te quedes —declara. Se introduce la mano en el bolsillo y saca la llave del armario en el que ha guardado las curas a base de camasia—. Destruye todas las curas. Volveré con otro ingrediente.

—Pero has ganado la votación —arguyo.

—Esta cura no surtirá efecto —declara—. Aunque ahora sé qué lo hará.

—No es necesario destruirlas todas —digo.

—Sí lo es —insiste—. El pueblo ha votado a favor de esta cura. No va a conformarse con menos. Hazlo. Tíralas todas por el fregadero. Deshazte también de las curas que Leyna me ha hecho preparar. No sirve ninguna.

No me muevo porque no puedo dar crédito a lo que dice.

—Esta vez estabas muy seguro. Podemos seguir probando la cura a base de camasia.

—No surtirá efecto —espetá—. Perderemos tiempo. Perderemos pacientes. Ya han empezado a morir. Haz lo que te digo.

No sé si puedo. Hemos trabajado mucho en esta cura, y Oker estaba seguro de que sería eficaz.

—Crees que soy el Piloto, ¿verdad? —pregunta, y me escruta—. ¿Quieres saber quién es el verdadero Piloto?

Ahora ya no estoy seguro de saberlo.

—Cuando investigábamos para la Sociedad, nos reíamos de las historias que se contaban sobre el Piloto —dice—. ¿Cómo podían creer las personas que alguien bajaría del cielo para salvarlas? ¿O que vendría del mar? Eran historias absurdas. Disparates. Solo los imbéciles necesitarían creer algo así. —Me da la llave del armario—. Ya te he dicho que la Sociedad ponía nombres a los virus.

Asiento.

—Cuando supimos que la Sociedad la soltaría desde el cielo y la propagaría por el agua, nos pareció gracioso poner a la Plaga el nombre de esas historias. Así que la llamamos el «Piloto».

«La Plaga es el Piloto.»

Oker no solo contribuyó a encontrar la cura. Primero contribuyó a crear la Plaga. La Plaga que ahora ha mutado y está dejando inerte a todo el mundo.

—¿Lo entiendes? —me pregunta—. Debo encontrar una cura.

Lo entiendo. Es lo único que puede redimirlo.

—Destruiré la cura a base de camasia —prometo—. Pero, antes de irte, dime: ¿qué planta vas a buscar?

Oker no responde. Se dirige a la puerta y me mira. Me doy cuenta de que no puede renunciar a ser el único piloto de la cura.

—Volveré —dice—. Cierra con llave cuando salga.

Y se va.

Oker está seguro de que haré lo que me ha pedido. Confía en mí. ¿Confío yo en él? ¿No es eficaz esta cura? ¿Nos retrasaría demasiado si la probáramos?

Tiene razón en que no queda tiempo.

Meto la llave en la cerradura del armario. ¿Sabía el Alzamiento que la Sociedad había puesto a la Plaga el nombre de Piloto? ¿Cómo íbamos a tener éxito con eso en contra?

El Alzamiento no podía triunfar nunca.

«No sé si puedo hacer esto», pienso.

«¿Qué es lo que no puedes hacer, Xander?», me pregunto.

«No puedo seguir adelante.»

«Ni siquiera estás inerte. Tienes que seguir adelante.»

Hago lo correcto. No me doy por vencido. Lo hago todo con una sonrisa. Siempre me he tenido por una buena persona.

¿Y si no lo soy?

Ahora no hay tiempo para pensar así. Confío en Oker y, en definitiva, también confío en mí: sé que mi decisión será la correcta.

Abro el armario y saco una bandeja de curas. Cuando destapo la primera y la vacío en el fregadero, me muerdo el labio con tanta fuerza que noto sabor a sangre en la boca.



## Capítulo 42

### Ky

Llueve. Así que debería recordar.

Algo.

A alguien.

El agua se acumula dentro de mí.

¿A quién recuerdo?

No lo sé.

Me ahogo.

Me acuerdo de respirar.

Me acuerdo de respirar.

Me acuerdo.

Me...

## Capítulo 43

### Cassia

La gente sigue congregada en la plaza del pueblo, comentando el resultado de la votación, de manera que echo a correr por detrás de las casas que bordean el pueblo para reunirme con Xander lo antes posible. Esta parte está oscura y húmeda, ceñida por árboles y montaña. Cuando aparezco detrás del laboratorio, casi tropiezo con algo retorcido en el barro. No es algo, sino alguien...

Es Oker.

Está tendido en el suelo, con una mueca o una sonrisa congelada en la cara. Tiene la piel tan tirante y la cara tan huesuda que es difícil saberlo.

—No, no —digo. Me detengo y me agacho para tocarlo. No le sale aire de la boca y, cuando pego el oído a su pecho, no le oigo el corazón, aunque todavía está caliente.

—Oker —susurro, y le miro los ojos abiertos. Me fijo en que tiene una mano manchada de barro y me pregunto, sin ninguna lógica, «¿Por qué?». Entonces veo que ha dibujado algo en el suelo, una forma que me resulta familiar.

Parece que haya hundido tres veces los nudillos en el suelo para dibujar una especie de estrella.

Cuando me pongo en cuclillas, tengo las rodillas sucias y me tiemblan las manos. No hay nada que pueda hacer por él. Pero, si alguien puede ayudarlo, es Xander.

Me levanto y me dirijo al laboratorio tambaleándome, suplicando: «Xander, Xander, que estés dentro, por favor».

La puerta trasera tiene la llave echada. La aporreo y grito su nombre. Cuando paro para recobrar el aliento, oigo que los lugareños se acercan por el camino de la parte delantera. ¿Me han oído?

—¡Xander! —vuelvo a gritar, y él abre la puerta trasera.

—Te necesito —digo—. Oker está muerto. Y Hunter ha desconectado a todos los inertes. —Antes de que pueda decir nada más, Leyna y sus compañeros rodean el laboratorio y se paran en seco.

—¿Qué ha pasado? —pregunta ella, con la vista clavada en Oker. La cara no le cambia en absoluto y sé por qué: esto es incomprensible, Oker no puede estar muerto.

—Parece un paro cardíaco —interviene un médico, blanco como el papel. Se arrodilla en el barro al lado de Oker. Trata de reanimarlo respirando por él y presionándole el pecho para que el corazón vuelva a latirle.

Nada da resultado. Leyna se acuclilla, se pasa la mano por la cara y se la llena de barro. Coge la bolsa que Oker lleva al hombro y mira dentro. Está vacía, salvo por una pala sucia y vestigios de tierra.

—¿Qué hacía? —pregunta a Xander.

—Iba a buscar algo —responde él—. No me ha dicho qué era. No me ha dejado

acompañarle.

Por un momento reina el silencio. Todos miramos a Oker.

—Los inertes de la enfermería —digo—. Los han desconectado a todos.

El médico me mira.

—¿Ha muerto alguno? —pregunta.

—No —respondo—. Pero no sé volver a conectarlos. ¡Por favor! Y no deberías ir solo. Han atacado a los médicos de la enfermería.

Colin hace una señal a varios compañeros, y ellos se marchan con el médico. Leyna se queda. Mira a Xander con la misma expresión neutra que tiene desde que ha visto a Oker.

Quiero irme con Ky. Pero, de repente, tengo la angustiosa sensación de que ahora es Xander el que más peligro corre. No puedo dejarlo solo.

—No está todo perdido —dice Leyna—. Oker nos ha dejado la cura. —La situación se me antoja cómica, aunque nada debería serlo en un momento como este. Hace unos minutos Leyna estaba en desacuerdo con Oker, pero ahora piensa que deberíamos hacer lo que él proponía. Su muerte ha hecho que cambie de opinión.

Tengo que aclarar qué ha ocurrido con Xander y descubrir qué puede curar a Ky. Debo averiguar por qué estaba Hunter dejando morir a los pacientes y qué trataba de decirnos Oker con la estrella dibujada en el barro que los lugareños ya han borrado por completo con sus pisadas y nadie ha visto aparte de mí.

—Vamos a buscar la cura —dice Leyna a Xander.

Yo me agarro a su mano cuando él entra en el laboratorio de investigación. Xander no me rehúye, pero le ocurre algo. No se aferra a mí como antes, y tiene los músculos tensos.

—¿Qué has hecho? —pregunta Leyna. Por primera vez desde que la conozco, se le quiebra la voz y parece consternada.

—Oker me ha pedido que me deshiciera de las curas —responde Xander.

El fregadero está repleto de tubos vacíos.

—Me ha dicho que se había equivocado con la cura a base de camasia —continúa—. Iba a preparar otra y no quería que perdiéramos el tiempo probando nada más antes de que la tuviera lista.

—¿Con qué ingredientes iba a prepararla? —pregunta Colin. Quiere saber. Él, al menos, parece escuchar, en vez de suponer que Xander ha destruido las curas por motivos que solo él conoce. Anna también escucharía, si estuviera aquí. «¿Qué está haciendo? ¿Qué va a pasarle a Hunter? ¿Cómo se encuentra Ky?»

—Se lo he preguntado —responde Xander—, pero no ha querido decírmelo.

Y, con esa respuesta, Xander pierde el respaldo de Colin.

—¿Dices que Oker sí se fiaba de ti para pedirte que te deshicieras de todas las curas pero no para decirte qué iba a buscar? ¿O cómo pensaba preparar la nueva

cura?

—Sí —reconoce Xander—. Eso digo.

Leyna y Colin lo miran durante un buen rato. En el fregadero, uno de los tubos tintinea al rodar.

—No me creéis —dice Xander—. Creéis que he matado a Oker y he destruido la cura. ¿Por qué iba a hacerlo?

—No necesito saber por qué lo has hecho —declara Colin—. Lo único que sé es que nos has robado un tiempo que no tenemos.

Leyna se dirige a los otros dos ayudantes.

—¿Podéis preparar más cura a base de camasia?

—Sí —responde Noah—. Pero tardaremos un poco.

—Empezad —ordena Leyna—. Ya.

Los lugareños se llevan a Xander y a Hunter a la cárcel. Los médicos de la enfermería no estaban muertos, sino solo inconscientes. No ha fallecido ningún inerte más, pero el pueblo pedirá cuentas a Hunter por los dos que han muerto y por desconectar al resto y poner en peligro su salud.

Y Xander, por supuesto, ha destruido la cura a base de camasia, la mejor oportunidad, y la última, que tenían los lugareños de viajar a las Tierras Ignoras. Pese a que algunos creen que ha matado a Oker, como no hay pruebas que lo demuestren, solo tendrá que rendir cuentas por la destrucción de la cura. Los lugareños lo miran como si fuera un asesino, y supongo que para ellos lo es, aunque solo haya destruido la cura y no a su creador. Es cierto que la posibilidad de salvar a los inertes parece mucho más remota ahora que Oker no está.

—¿Qué vais a hacer con Xander y Hunter? —pregunto a Leyna.

—Celebraremos otra votación cuando hayamos tenido tiempo de reunir pruebas —contesta—. El pueblo decidirá.

En la plaza, veo que los lugareños y los labradores han empezado a recoger sus piedras. El agua de los abrevaderos se derrama al suelo.

# Capítulo 44

## Ky

## Capítulo 45

### Cassia

Las sospechas van impregnando poco a poco el pueblo, frías y persistentes como la lluvia en invierno. Los labradores y los lugareños murmuran entre ellos. «¿Tuvo Hunter ayuda para desconectar a los inertes? ¿Sabía Cassia que Xander destruiría la cura?»

Los jefes del pueblo deciden encarcelar a Xander y a Hunter mientras se reúnen pruebas. Su suerte se decidirá en la próxima votación.

Yo estoy dividida en tres partes, como la estrella que Oker dibujó en el barro. Debería velar por Ky en la enfermería. Debería hacer compañía a Xander en la cárcel. Debería estar clasificando para encontrar una cura. Solo puedo tratar de hacerlo todo y esperar que estas tres facetas de mí se integren para hallar una solución.

—Vengo a ver a Xander —digo al carcelero.

Hunter me mira cuando paso por delante de su celda y me detengo. Me parece mal no hacerlo. Además, me gustaría hablar con él, así que lo miro a través de los barrotes. Tiene los hombros fuertes y las manos pintadas de azul, como de costumbre. Recuerdo cómo trituró los tubos en la Caverna. «Parece capaz de romper estos barrotes», pienso.

Entonces comprendo que ya no tiene fuerzas para nada. Parece destrozado, más incluso que en la Talla cuando Sarah acababa de morir.

—Hunter —digo, en voz muy baja—. Solo quiero saberlo. ¿Eras tú el que desconectaba a Ky?

Asiente.

—¿Solo se lo hacías a él? —pregunto.

—No —responde—. Los desconectaba a todos. Pero Ky era el único que recibía visitas, y tú te diste cuenta.

—¿Cómo eludías a los médicos? —pregunto.

—Era más fácil de noche —dice.

Recuerdo cómo seguía rastros, cazaba y se ocultaba para sobrevivir en los cañones e imagino que la enfermería y el pueblo han sido un juego de niños para él. Pero, al exponerse a la luz del día, se ha desmoronado por completo.

—¿Por qué Ky? —pregunto—. Salisteis juntos del cañón. Creía que os comprendíais.

—Tenía que ser justo —arguye—. No podía desconectar a todos y dejar tranquilo a Ky.

Detrás de mí la puerta de la cárcel se abre y entra luz. Me vuelvo un poco. Ha entrado Anna, pero se queda fuera de la vista de Hunter. Quiere escuchar.

—Hunter —digo—, algunos inertes han muerto. —Ojalá consiga que me

responda, que me dé una razón.

Él estira los brazos. Me pregunto con cuánta frecuencia se repasa las líneas para tenerlas tan marcadas.

—La gente muere cuando no se tienen medicinas para salvarla —declara.

Ahora lo comprendo.

—Sarah —digo—. No pudiste conseguir medicinas para ella.

Cierra los puños.

—Todos, la Sociedad, el Alzamiento, incluso la gente de este pueblo, nos estamos desviviendo por ayudar a estos pacientes de la Sociedad. Nadie hizo nada por Sarah.

Tiene razón. Nadie movió un dedo, salvo él, y no fue suficiente para salvarla.

—Y si encontramos la cura, ¿qué? —pregunta—. ¿Nos iremos todos a las Tierras Ignotas? Ya he visto demasiados éxodos.

Anna se acerca un poco más para que Hunter la vea.

—Es cierto —admite.

Hunter tiene lágrimas en los ojos. Baja la cabeza y solloza.

—Lo siento —susurra.

—Lo sé —dice Anna.

Yo no puedo hacer nada. Los dejo solos y voy a ver a Xander.

—Has dejado a Ky solo en la enfermería —dice él—. ¿Estás segura de que no corre peligro?

—Hay médicos y guardias vigilando —respondo—. Y Eli no se aparta de su lado.

—¿Te fías de Eli? —pregunta—. ¿Como te fiabas de Hunter? —Hay un tono de crispación en su voz que no es nada propio de él.

—Volveré enseguida —digo—. Pero tenía que verte. Voy a intentar averiguar cuál es la cura. ¿Tienes idea de qué buscaba Oker?

—No —responde—. No quiso decírmelo. Pero creo que era una planta. Se llevó lo mismo que cuando recogimos los bulbos.

—¿Cuándo cambió de idea sobre la cura? —pregunto—. ¿Cuándo decidió que se había equivocado con la camasia?

—Durante la votación —responde—. Pasó algo que le hizo cambiar de opinión.

—Y no sabes qué es.

—Creo que fue algo que dijiste tú —apunta—. Comentaste que te parecía que se te había pasado algo por alto, y que creías que estaba relacionado con las flores.

Niego con la cabeza. ¿Cómo pudo ayudar eso a Oker? Meto la mano en el bolsillo para asegurarme de que aún llevo el papel de mi madre. Sigue ahí, junto con la microficha y la piedrecita. Me pregunto si los lugareños todavía me dejarán votar.

—Estamos solos —dice Xander.

—¿Quiénes? —le pregunto. ¿Se refiere a que ya no tenemos a nadie ahora que Oker ha muerto?

—Todos. Cuando morimos —me contesta—. Aunque estemos acompañados, morimos solos.

—Sí —convengo.

—Estamos solos siempre —añade—. A veces me siento solo contigo. Nunca pensé que pudiera pasarme.

No sé qué decir. Nos miramos, apenados, anhelosos.

—Lo siento —digo, por fin, pero él niega con la cabeza. De algún modo, no he entendido qué quería decirme; fuera lo que fuera, no he sabido escucharle como él esperaba.

La luz que entra por las ventanas de la enfermería es etérea, gris. Ky tiene una expresión muy plácida. Muy abstraída. El suero fluye a sus venas. Él y Xander están atrapados. Tengo que encontrar el modo de liberarlos.

Y no sé cómo.

Vuelvo a mirar las listas. Las he repasado muchísimas veces. Los demás están preparando más cura a base de camasia. Pero yo creo que Oker tenía razón y todos estábamos equivocados. Hay algo que no vemos ni los clasificadores ni los farmacólogos.

Estoy agotada.

Hace meses me pregunté cómo sería contemplar una crecida, estar asomada al borde de un cañón y ver el agua pasar desde un lugar que fuera seguro pero vibrara. «Me gustaría ver cómo arranca los árboles y lo anega todo —pensé—, aunque solo desde un sitio en el que no pudiera alcanzarme.»

Ahora pienso que casi podría ser un alivio estar en el suelo del cañón y ver cómo se acerca la pared de agua, saber que «Ya está. Es el fin», y ser engullida por el agua, entera, antes siquiera de asimilar ese pensamiento.

Cuando anochece Anna se sienta a mi lado en la enfermería.

—Lo siento —dice, y mira a Ky—. No pensaba que Hunter...

—Lo sé —convengo—. Ni yo.

—La votación será mañana —añade. Por primera vez su voz me parece la de una anciana.

—¿Qué van a hacer? —pregunto.

—A Xander probablemente lo exiliarán —responde—. También podrían declararlo inocente, pero no lo creo. La gente está enfadada. No cree que Oker le ordenara que destruyera la cura.

—Xander es de las provincias —digo—. ¿Cómo esperan que sobreviva si lo exilian? —Xander es listo, sin embargo nunca ha vivido en el monte, y no tendrá nada cuando lo echen. Yo tenía a Indie.

—No creo que esperen que sobreviva —arguye Anna.



Si exilian a Xander, ¿qué haré yo? Me iría con él, pero no puedo abandonar a Ky. Y lo necesito para la cura. Aunque logre encontrar la planta apropiada, no sé cómo preparar una cura ni el mejor modo de administrársela a Ky. Para que esto dé resultado, hacemos falta los tres. Ky, Xander y yo.

—¿Y Hunter? —pregunto a Anna, en voz baja.

—En el mejor de los casos —contesta, apesadumbrada—, lo exiliarán. —Aunque sé que tiene otros hijos que vinieron con ella de la Talla, está tan triste que parece que Hunter sea su propio hijo, el último que le queda.

Entonces me tiende algo. Un papel, auténtico, la clase de papel que debió de traer de la cueva próxima a su caserío. Huele como los cañones, aquí en las montañas. Me invade la nostalgia y me pregunto cómo Anna fue capaz de abandonar su tierra.

—Son los dibujos de las flores que querías —dice—. Siento haber tardado tanto. He tenido que preparar los colores. Acabo de terminarlos, así que procura que no se te corra la pintura.

Me deja estupefacta que lo haya hecho, con todas las otras cosas que debía de tener en la cabeza esta noche, y me conmueve que aún me crea capaz de encontrar la cura.

—Gracias —digo.

Debajo de las flores, ha escrito los nombres.

«Efedra, flor pincel, lirio mariposa.»

Y, por supuesto, hay más. Plantas y flores.

Me echo a llorar, incapaz de contenerme. Compuse aquella nana para muchas personas. Y ahora es posible que las perdamos a casi todas. Hunter. Sarah. Ky. Mi madre. Xander. Bram. Mi padre.

«Efedra», ha escrito Anna. Encima, ha dibujado un arbusto de aspecto espinoso con florecillas cónicas. Lo ha pintado de amarillo y verde.

«Flor pincel.» Roja. La he visto, en los cañones.

«Lirio mariposa.» Es una hermosa flor blanca con un reborde rojo y amarillo en la base de sus tres pétalos.

Mis manos saben lo que veo antes que mi mente; me saco del bolsillo el papel que me mandó mi madre y reconozco la figura. Recuerdo el panal de Indie, su interior hueco. Tiro de las esquinas del papel y entonces lo sé.

Tengo una flor de papel en la mano. La hizo mi madre. Cortó o rasgó el papel de tal forma que se despliega desde el centro para formar tres pétalos.

Es idéntica a la flor del dibujo; blanca, de tres pétalos, con los bordes arrugados y puntiagudos como una estrella. Me percaté de que también la he visto grabada en el barro.

Es la flor que Oker iba a buscar.

Me vio sacar la flor de papel cuando envolví la piedrecita de la votación en ella.

Según el dibujo de Anna, esta flor se denomina «lirio mariposa». Pero yo nunca oí a mi madre llamarla por ese nombre. Y no es una neorrosa, ni tampoco una protorrosa ni una fucsia. ¿De qué otras flores me habló?

«Vuelvo a estar en la habitación de nuestra casa de Oria, donde ella me enseñó el retal del vestido azul de satén que llevó en su banquete de emparejamiento. Hace poco que ha regresado de un viaje por diversas provincias para investigar una serie de cultivos sospechosos. “El segundo cultivador tenía una planta que yo no conocía, con unas flores blancas incluso más bonitas que las primeras —dice—. Las llaman ‘azucenas’. El bulbo se puede comer.”»

—Anna —digo, con el corazón desbocado—, ¿tiene otro nombre el lirio mariposa? —De ser así eso podría explicar el problema de los datos. Hemos considerado esta flor como dos variables distintas, cuando, en realidad, es una.

—Sí —responde, al cabo de un rato—. Hay gente que la llama «azucena».

Cojo el terminal portátil y busco el nombre. Lo encuentro. Las propiedades son las mismas. Una flor, con dos nombres. Cuando los combino, pasa a ser el primer posible ingrediente de la lista. Ha sido un error grave y elemental de quienes han recopilado los datos, pero tendríamos que haberlo detectado antes. ¿Cómo es posible que se nos haya pasado? ¿Cómo es posible que yo no haya reconocido el nombre, cuando mi madre ya me lo había dicho? «Solo lo oíste una vez —me recuerdo—, y fue hace mucho tiempo.»

—¿Dónde crece? —pregunto.

—Tiene que haber azucenas en los alrededores —responde—. Es un poco pronto, pero puede que hayan florecido. —Mira la flor de papel que tengo en la mano—. ¿La has hecho tú?

—No —respondo—. La hizo mi madre.

Ya casi ha oscurecido cuando por fin las encontramos, en un pequeño prado alejado del pueblo y del camino.

Me arrodillo para examinarlas. Jamás había visto una flor tan hermosa. Es blanca, con tres sencillos pétalos cóncavos que parten de un tallo sin apenas hojas. Es una banderita blanca, igual que mis escritos, un símbolo no de rendición, sino de supervivencia. Saco la arrugada flor de papel.

Aunque me tiemblan las manos, veo que coinciden. Esta flor que crece entre la hierba es la misma que mi madre confeccionó antes de quedarse inerte.

La flor auténtica es mucho más bonita. Pero eso no importa. Pienso en la madre de Ky, que pintaba con agua en las piedras, que pensaba que lo importante era crear, no reproducir. Aunque la azucena de papel no sea una versión perfecta, continúa siendo un homenaje de mi madre a su belleza.

No sé si su intención era mandarme un objeto bonito o un mensaje, pero decido

que mi flor es ambas cosas.

—Creo —digo— que estas flores podrían ser la cura.

## Capítulo 46

### Xander

No veo a Cassia, pero las lámparas solares proyectan su sombra en la pared de la cárcel. Oigo su voz en la entrada.

—Creemos que hemos encontrado una posible cura —explica a los guardias—. Necesitamos la ayuda de Xander.

Uno se echa a reír.

—Me parece que no va a ser posible —dice.

—No les pido que lo suelten —insiste Cassia—. Solo necesitamos llevarle el material para que prepare la cura.

—Y después, ¿qué vais a hacer con ella? —pregunta el otro.

—Se la administraremos a un paciente —responde Cassia—. A nuestro paciente. Ky.

—No podemos desobedecer a Colin —arguye un guardia—. Es el jefe. Y si lo hiciéramos perderíamos nuestra oportunidad de ir a las Tierras Ignoras.

—Esta es su oportunidad de ir a las Tierras Ignoras —insiste Cassia. Habla bajo, con tono grave, con convicción—. Esto era lo que Oker iba a buscar. —Saca algo de la bolsa—. Lirios mariposa. —Por la sombra, sé que sostiene una flor—. Os coméis el bulbo, ¿verdad? Lo coméis cuando la planta florece en verano y lo almacenáis para el invierno.

—¿Ya están en flor? —pregunta un guardia—. ¿Cuántos has arrancado?

—Solo unos cuantos —responde Cassia.

Aparece otra sombra, y oigo la voz de Anna.

—En la Talla también teníamos estas flores —explica—. Y también las utilizábamos para alimentarnos. Sé cómo recogerlas para que al año siguiente rebroten.

—Además, ¿qué importa si las arrancan todas? —pregunta un guardia al otro—. Si estamos en las Tierras Ignoras, ya no nos harán falta.

—No —declara Anna—. Aunque no quede nadie, la flor debe rebrotar. No podemos llevárnoslo todo y no dejar nada.

—Los bulbos son diminutos —dice un guardia, dubitativo—. Me parece imposible que puedan ser la cura.

Por fin veo a Cassia. Sostiene la flor auténtica y la flor de papel que le mandó su madre. Son idénticas.

—Oker me vio sacar esta flor, la de papel, durante la votación. Creo que esta es la flor que iba a buscar. —Parece muy segura de lo que dice. Podría tener razón: Oker cambió de opinión justo después de verle sacar el papel.

»Por favor —insiste Cassia—. Dejen que lo intentemos. —Su tono de voz es

dulce, persuasivo—. Lo notan, ¿verdad? —pregunta, con tristeza—. Las Tierras Ignoras cada vez están más lejos.

Nos quedamos callados, conscientes de que Cassia tiene razón. Yo también noto que las Tierras Ignoras se alejan de mí, como debió de ocurrirles a Lei y a Ky con el mundo real cuando se quedaron inertes. Tengo la sensación de que todo se me escapa de las manos. He seguido al Piloto, a Oker y a Cassia, pero nada ha salido como yo esperaba. Creía que vería una rebelión, encontraría una cura y mi amor sería correspondido.

¿Y si todos se marcharan? ¿Y si los demás se fueran a las Tierras Ignoras o se quedaran inertes y yo estuviera aquí solo? ¿Seguiría adelante? Sí, sin duda. No parezco capaz de tratar esta vida que tengo como nada que no sea lo único.

—Está bien —dice un guardia—. Pero daos prisa.

Anna ha pensado en todo. Ha traído todo lo necesario del laboratorio: una jeringuilla, un mortero, agua limpia que ha sido hervida y tratada, y algunas de las mezclas base de Oker, con una lista de los ingredientes de cada una.

—¿Cómo sabías qué íbamos a necesitar? —le pregunto.

—Yo no lo sabía —responde—. Pero Tess y Noah sí. Creen que es posible que Oker cambiara de opinión. No tienen claro que digas la verdad, pero tampoco tienen claro que mientas.

—¿Te han dado todo esto? —pregunto.

Anna asiente.

—Pero, si nos preguntan, lo hemos robado. No quiero meterlos en un lío.

Cassia me alumbra con la linterna mientras me lavo las manos con el líquido desinfectante. Utilizo el canto de la mano del mortero para partir el bulbo por la mitad.

—Es precioso —dice Cassia.

Por dentro, es blanco y brillante como los bulbos de camasia. Lo machaco en el mortero. Cuando lo he reducido a una pasta homogénea, Anna me da un tubo. Cassia me observa y, para mi sorpresa, comienzo a vacilar. Quizá sea el recuerdo de la noche que obtuve las pastillas azules en Oria. Extraje sangre de forma clandestina y, al prestarme a ello, hice promesas implícitas que nadie estaba en situación de cumplir. Obré igual que la Sociedad y el Alzamiento: me aproveché del miedo de la gente para conseguir algo que quería.

¿Vuelvo a obrar así preparando esta cura? Miro a Cassia. Confía en mí. Y no debería hacerlo. Maté al chico de la Talla con las pastillas azules. No fue a propósito, pero, de no ser por mí, ella nunca las habría llevado encima.

No me he permitido pensar en esto, aunque lo sé desde que el Piloto nos trajo aquí. Noto el sabor amargo del miedo en la garganta y me entran ganas de salir

corriendo, de evadir esta responsabilidad. Soy incapaz de preparar una cura: he tomado demasiadas decisiones equivocadas.

—Sabes que no puedo garantizar que esto vaya a funcionar —digo a Cassia—. No soy farmacólogo. Puede que me equivoque con la dosis, o que la base tenga un agente reactivo que no conozco...

—Esto podría salir mal en muchos sentidos —conviene—. Yo podría haberme equivocado con el ingrediente. Pero no lo creo. Y sé que tú eres capaz de preparar la cura.

—¿Por qué? —pregunto.

—Porque, cuando alguien te necesita, te desvives por ayudarlo —responde, y parece triste. Como si supiera que lo que me pide va a salirme caro pero aun así me lo pidiera y eso le rompiera el corazón.

»Por favor —dice—. Una vez más.

## Capítulo 47

### Cassia

En la enfermería, Anna distrae a los médicos mientras yo inyecto la cura en la vía de Ky. No me lleva mucho tiempo; Xander me ha explicado cómo se hace. Antes podría haberme dado miedo intentarlo, pero, después de ver a Xander preparar una cura en una celda y a Ky afanarse por seguir respirando, mis miedos dejan de tener fundamento.

Vuelvo a poner el capuchón a la aguja y me la escondo en la manga junto con el tubo que contenía la cura y los poemas que siempre llevo conmigo.

Cuando me siento al lado de Ky, cojo el terminal portátil y finjo que clasifico, aunque no aparto los ojos de él. Observo y espero. Él se arriesga más que ninguno; es por sus venas por las que circula la cura. Pero los tres tenemos mucho que perder.

A veces nos he concebido como tres puntos separados en el espacio y, naturalmente, lo somos, cada uno un individuo distinto. Pero Ky, Xander y yo tenemos que confiar los unos en los otros para protegernos. Al final yo he confiado en que Xander podría preparar la cura de Ky; Ky ha confiado en que nosotros podríamos curarlo, y Xander ha confiado en mis clasificaciones. Formamos un círculo indisoluble que nunca deja de girar, siempre conectados por los lazos de nuestras promesas cumplidas.

## Capítulo 48

### Ky

Ya no estoy en el agua  
por qué no  
adónde ha ido Indie  
lucecitas parpadean en la oscuridad.  
Oigo la voz de Cassia.  
Me ha estado esperando en las estrellas.



## Capítulo 49

### Cassia

—Ky —digo. No es la primera vez que veo cómo se le ilumina la cara, pero, en esta ocasión, la luz no cesa de llegar, cada vez más intensa, conforme retorna al mundo de los vivos.

*No te alcancé,  
pero mis pies se acercan día a día.  
Tres ríos y una loma que cruzar,  
un desierto y un mar.  
No llamaré viaje al viaje  
cuando a ti te lo cuente.*

Ky y yo realizamos el viaje en nuestro propio orden. Comenzamos en la Loma, juntos. Cruzamos un desierto para llegar a la Talla, y ríos y arroyos dentro y fuera de los cañones. No hubo ningún mar, ningún océano, pero sí un lago que tuvimos que atravesar el uno sin el otro. Creo que eso lo convierte en un viaje.

Y creo, mientras lo miro, que el poema se equivoca. Él sí llamará viaje al viaje, y también lo haré yo.

Más tarde Anna me trae varias curas más de Xander.

—Dice que hará falta más de una dosis —me susurra—. Esto es todo lo que ha podido preparar por ahora. Dice que le administres la próxima dosis lo antes posible.

Asiento.

—Gracias —digo, y Anna se marcha. Al salir se despide de los médicos con un gesto de la cabeza.

Ellos han comenzado la ronda matutina. Uno coloca a Ky boca arriba para que no se llague.

—Tiene mejor aspecto —observa, y parece sorprendido.

—Yo también lo creo —digo y, en ese momento, oímos ruido fuera. Miro por la ventana y veo que los guardias conducen a Hunter y a Xander a la plaza del pueblo.

Hunter.

¡Xander!

Pese a que ambos se dirigen solos a los abrevaderos, están maniatados y flanqueados por guardias. Ojalá pudiera ver los ojos de Xander desde aquí, pero únicamente alcanzo a ver su forma de andar y lo cansado que parece. Se ha pasado la noche despierto, preparando curas.

—Es hora de votar —dice un médico.

—Abre la ventana —sugiere otro—. Así lo oiremos.

Aprovecho esta breve distracción para vaciar la jeringuilla en el gotero de Ky. Cuando me he escondido las pruebas en la manga, alzo la vista y descubro que uno me está mirando. No sé qué ha visto, pero mantengo la calma. Xander estaría orgulloso.

—¿Por qué celebran tan pronto el juicio? —le pregunto.

—Colin y Leyna deben de pensar que ya tienen suficientes pruebas —responde, y deja de mirarme.

Cuando el aire fresco y fragante de la mañana entra por la ventana, Ky respira hondo. Tiene los bronquios más despejados. Aún no está aquí, pero ya falta menos. Lo noto. Percibo su presencia, más que antes; sé que escucha aunque todavía no pueda hablar.

Los lugareños se congregan en la plaza. A pesar de que estoy demasiado lejos para ver las piedrecitas que llevan en las manos, oigo que Colin grita:

—¿Va a defender alguien a Hunter?

—Yo —contesta Anna.

—El reglamento dice que solo se puede defender a una persona —me explica el médico. Y sé a qué se refiere: si Anna defiende a Hunter, no podrá defender a Xander.

Anna asiente. Se dirige al centro de la plaza y se vuelve hacia los asistentes. Mientras habla, los veo acercarse más a ella.

—Lo que Hunter ha hecho está mal —dice—, pero su intención no era matar a nadie. Si lo hubiera sido, le habría resultado fácil matar y escapar. Lo que Hunter quería era hacer justicia. Pensaba que, como las provincias siempre nos han negado el acceso a sus medicamentos, nosotros deberíamos hacer lo mismo con sus pacientes.

Anna no manipula a sus oyentes. Expone los hechos y deja que ellos los sopesen. Naturalmente todos sabemos que el mundo no es justo. Pero comprendemos la sensación de querer que lo sea. Muchas de estas personas saben demasiado bien cómo es que la Sociedad las margine o, peor, las mande a morir a los campos de señuelos. Anna no menciona todas las pérdidas de Hunter que podrían justificar su actuación. No le hace falta. Él las lleva escritas en los brazos y en los ojos.

—Sé que podemos ser más duros —dice—, pero pido el exilio para Hunter.

La menor de las dos penas. ¿La fallará el pueblo?

Sí.

La gente echa las piedras al abrevadero próximo a los pies de Anna, y el otro se queda vacío. Los labradores se acercan con los cubos y arrojan el agua. La votación ha concluido.

—Hunter —dice Colin—, debes marcharte ahora.

Él hace un gesto afirmativo con la cabeza. No me parece que sienta nada. Alguien le da una mochila, y Eli provoca un alboroto cuando se arroja a sus brazos para despedirse. Anna los abraza a los dos y, por un momento, son una familia, tres

generaciones, no solo unidas por lazos de sangre, sino por viajes y despedidas.

Eli se retira. Se quedará con Anna, que debe permanecer en el pueblo con el resto de los labradores. Hunter se adentra en el bosque, sin enfilear el camino, sin mirar atrás. ¿Adónde irá? ¿A la Talla?

La gente se pone a murmurar, y Xander da un paso adelante. En ese momento comprendo que nadie va a tener piedad de él. Los lugareños han convivido y trabajado con Hunter durante varios meses. Conocían su historia.

Sin embargo, no conocen a Xander.

Él aguarda delante de la piedra, solo.

Xander hará lo que sea por las personas a las que quiere, cueste lo que cueste. Pero, al mirarlo, creo que ya ha pagado un precio demasiado alto. «Se parece a Hunter —pienso—. A alguien que ha estado sometido a demasiada presión y ha visto demasiado.» Hunter aguantó el tiempo suficiente para traer a Eli a las montañas sin percances. Durante años hizo todo lo necesario para ayudar a los demás, pero después se desmoronó.

No puedo permitir que a Xander le ocurra lo mismo.

## Capítulo 50

### Xander

—¿Quién va a defender a Xander? —pregunta Colin.

Nadie responde.

Anna me mira. Sé que lo lamenta, pero la comprendo. Es lógico que se haya empleado a fondo con Hunter. Para ella es como un hijo, y ha hecho bien en darlo todo por él.

Pero no hay nadie más. Cassia tiene que quedarse en la enfermería con Ky para administrarle la cura y asegurarse de que recobra la conciencia. Ky me defendería: pero está inerte.

Los asistentes cambian de postura y miran a Colin. Les impacienta que alargue tanto este momento. Yo también querría que acabara. Cierro los ojos y escucho mi corazón, mi respiración y el viento en las copas de los árboles.

Alguien grita; conozco la voz.

—¡Lo haré yo! —Abro los ojos y veo a Cassia abriéndose paso entre la gente. Al final ha venido. Tiene la cara radiante. La cura debe de estar surtiendo efecto.

¿Qué me pasa? Tendría que alegrarme de que esté aquí y de que la cura pueda ser viable. Pero solo soy capaz de pensar en los pacientes de las provincias, en Lei cuando se quedó inerte, y me preocupa que sea demasiado tarde. ¿Podremos curar a suficientes pacientes? ¿Volverá a surtir efecto la cura? ¿De dónde vamos a sacar suficientes bulbos? ¿Quién decidirá por qué pacientes empezamos? Hay muchas preguntas, y no estoy seguro de que podamos hallar las respuestas a tiempo.

Nunca me había sentido tan exhausto como ahora.

## Capítulo 51

### Cassia

Los asistentes recogen las piedras con las que han votado en el juicio de Hunter. Aún están mojadas y les dejan manchitas oscuras en la ropa. Algunos las manosean mientras esperan.

—Este abrevadero —dice Colin, y señala el más próximo a él— es para la pena máxima. El otro —El que está junto a los pies de Xander— es para pena menor.

No especifica cuáles son las penas. ¿Lo sabe ya todo el mundo? Anna supone que el peor castigo que puede recibir Xander es el exilio, porque su delito no ha sido tan grave como el de Hunter. Nadie ha muerto.

Sin embargo, para Xander el exilio significaría la muerte. No tiene adónde ir. No puede sobrevivir solo en el bosque, y el camino de regreso a Camas es largo y escabroso. Quizá podría ir en busca de Hunter.

Pero después, ¿qué?

Lo miro. El sol se ha colado entre los árboles y le dora los cabellos. Nunca he tenido que preguntarme de qué color tenía los ojos, como me ocurrió con Ky: siempre he sabido que eran azules, que su mirada era bondadosa y transparente. Ahora, en cambio, aunque el color no ha cambiado, sé que él lo ha hecho.

«A veces me siento solo contigo —me ha dicho en la enfermería—. Nunca pensé que pudiera pasarme.»

¿Te sientes solo ahora, Xander?

Ni siquiera me hace falta preguntárselo.

Hay pájaros en los árboles; hay gente moviéndose, y el viento sopla entre la hierba y en el camino, pero lo único que percibo es su silencio, y su fortaleza.

Xander se vuelve hacia los asistentes. Pone la espalda recta y se aclara la garganta. Puede hacer esto, pienso. Los cautivaré con su sonrisa, y su voz resonará entre ellos como el Piloto que algún día podría ser. Y todos percibirán su bondad y ya no querrán destruirlo. Querrán acercarse para dar vueltas a su alrededor y sonreírle. Xander siempre ha tenido ese efecto en la gente. Las chicas del distrito lo adoraban; los funcionarios lo querían para sus ministerios; los enfermos querían que fuera él quien les curara.

—Juro —dice— que solo hice lo que Oker me pidió. Él quiso que destruyera las curas porque se dio cuenta de que había cometido un error.

«Por favor —pienso—. Por favor, creedle. Dice la verdad.»

Pero habla sin convicción y, cuando me mira, veo que su sonrisa no es la de siempre. No es porque mienta. Es porque, ahora mismo, no le queda nada. Cuidó de los inertes durante meses, sin un momento de respiro. Vio cómo se quedaba inerte su amiga Lei. Creyó en el Piloto y luego en Oker, y ambos le pidieron cosas imposibles.

«Encuentra una cura», dijo el Piloto. «Destruye la cura», ordenó Oker.

Y yo no soy menos culpable. «Prepara otra cura —le pedí—. Vuelve a intentarlo.» Yo deseaba una cura tanto como cualquiera, a cualquier precio. Todos le hemos pedido, y él nos ha dado. En los cañones vi cómo sanó Ky. Aquí en las montañas, veo a Xander desmoronado.

Una piedra repica en el abrevadero próximo a Colin.

—Un momento —dice él, y se agacha a recogerla—. No le hemos dejado terminar de hablar.

—Da igual —masculla alguien—. Oker ha muerto.

Querían a Oker, y él ya no está. Necesitan achacarle la culpa a alguien. Cuando la votación termine, es posible que la condena de Xander no sea el exilio, sino algo peor. Miro a los guardias que lo han traído y le han permitido preparar las curas. Me rehúyen la mirada.

De repente veo el lado negativo de poder decidir. De que todos podamos hacerlo.

«A veces nos equivocaremos.»

—No —intervengo. Meto la mano en la manga para sacar una de las curas que ha preparado Xander. Si se la enseño a todos, junto con la flor de mi madre que vio Oker, seguro que lo comprenden. Tendríamos que haber hecho esto antes de que comenzara el juicio—. Por favor —suplico—, escuchad...

Otra piedra rebota en el abrevadero y, al mismo tiempo, una sombra gigantesca oculta el sol.

Es una aeronave.

—¡El Piloto! —grita alguien.

Pero, en lugar de seguir montaña abajo para aterrizar en el prado, la aeronave planea sobre el pueblo y pone en marcha las hélices para quedarse suspendida en el aire. Eli se estremece, y algunos lugareños se agachan de forma instintiva. Están recordando los ataques aéreos de las provincias exteriores. Oigo gimoteos entre la multitud.

La aeronave desciende unos metros y vuelve a elevarse. Su intención está clara, incluso para mí. El Piloto quiere que nos apartemos para aterrizar en la plaza del pueblo.

—Dijo que nunca intentaría aterrizar aquí —asegura Colin, con la cara lívida—. Lo prometió.

—¿Es la plaza lo bastante grande? —pregunto.

—No lo sé —responde.

Todo el mundo echa a correr. Xander y yo nos miramos, y él me agarra de la mano. Nos alejamos del centro de la plaza sin apenas rozar el suelo con los pies. Por encima de nosotros, las hélices azotan el aire: el Piloto está posándose. Quizá no sobreviva al aterrizaje, ni tampoco nosotros.

«¿Qué sería lo que empujaría al Piloto a actuar así? El prado está muy cerca del pueblo. ¿Por qué tiene tanta prisa? ¿Qué ocurre en las provincias?»

La aeronave desciende y se ladea; en las montañas siempre sopla aire. Las hélices giran a toda velocidad y levantan aire a nuestro alrededor. Su estruendo ahoga nuestros gritos mientras el Piloto desciende, derribando árboles, tratando de enderezar la aeronave.

«No va a conseguir aterrizar», pienso, y me vuelvo hacia Xander. Estamos apretujados contra la pared de una casa, y él tiene los ojos cerrados, como si no soportara ver lo que va a suceder.

—Xander —digo, pero no me oye.

La aeronave se ladea, vira y oscila en su descenso, demasiado próxima a las casas. Cada vez la tenemos más cerca. No podemos movernos. No nos da tiempo a rodear la casa, y tampoco hay espacio para hacerlo. Todo eso se me cruza por la cabeza como un relámpago.

También cierro los ojos y me arrimo a Xander como si pudiéramos protegernos el uno al otro. Él me abraza, y su cuerpo me parece acogedor y firme, un buen lugar donde esperar a que llegue el final. Imagino metal, piedra y madera saltando por los aires, fuego, calor y un final tan repentino como una crecida.

## Capítulo 52

### Ky

—Cassia ya no está —digo. Mi voz es un susurro. Débil y ronco.

No me siento como cuando me despierto después de dormir. Sé que ha transcurrido tiempo. Sé que he estado aquí y que, durante un tiempo, también he estado ausente. Trato de mover la mano. ¿Lo consigo?

—Cassia —repito—. ¿Puede ir alguien a buscarla?

Nadie me responde.

«A lo mejor va Indie», pienso, y entonces me acuerdo.

Indie se ha ido.

Pero yo he regresado.



## Capítulo 53

### Xander

Cuando abro los ojos, la aeronave ocupa toda la plaza del pueblo. Cassia está en mis brazos, aferrada a mí. Ninguno de los dos nos movemos cuando el Piloto se apea y se queda prácticamente en el mismo lugar que ocupaba yo hace un momento, junto a los abrevaderos.

Colin va a su encuentro.

—¿Se puede saber qué haces? —pregunta, furioso—. Casi has destruido una parte del pueblo. ¿Por qué no has aterrizado en el prado?

—No hay tiempo para eso —responde el Piloto—. En las provincias cunde el caos, y no puedo perder ni un minuto. ¿Tenéis una cura?

Colin no contesta. El Piloto mira el laboratorio de investigación.

—Id a buscar a Oker —dice—. Dejad que hable con él.

—No puedes —interviene Leyna—. Ha muerto.

El Piloto suelta un taco.

—¿Qué?

—Creemos que fue un paro cardíaco —explica Colin.

Todos me miran. Aún me consideran responsable de lo que le sucedió a Oker.

—Entonces no hay cura —se lamenta el Piloto, con la voz apagada—. Ni ninguna posibilidad de encontrarla. —Echa a andar hacia la aeronave.

—Oker nos dejó una cura —dice Leyna—. Estamos a punto de probarla...

—Necesito una cura que sea eficaz ahora —declara el Piloto, y se da la vuelta—. No sé si podré volver. Esto es el final. ¿Lo entiendes?

—Te refieres... —comienza a decir Leyna.

—Hay una facción del Alzamiento que quiere destituirme de mi cargo —explica el Piloto—. Sus partidarios ya controlan la desconexión de pacientes y el reparto de comida. Si consiguen destituirme, y van a conseguirlo, no tendré acceso a las aeronaves ni forma alguna de llevaros a las Tierras Ignoras. Necesitamos una cura. ¡Ahora! —Se queda callado—. El Alzamiento ha ordenado la desconexión de un determinado porcentaje de inertes.

—¿Qué porcentaje? —pregunta Cassia. Entra en la plaza como si tuviera todo el derecho a hacerlo. Leyna la mira con los ojos entrecerrados, pero deja que hable—. Proyectamos que empezarían desconectando a alrededor del dos por ciento de los inertes para tener más mano de obra con una pérdida mínima de vidas.

—Así empezaron —explica el Piloto—. Pero han aumentado el porcentaje. Ahora recomiendan un veinte por ciento, y pronto habrá otro incremento.

«Uno de cada cinco.» ¿Por quién habrán empezado? ¿Por los primeros que se quedaron inertes? ¿O por los últimos? ¿Qué le ha sucedido a Lei?

—Son demasiados —arguye Cassia—. No hace falta.

—El algoritmo suponía que la gente querría ayudar —dice el Piloto—. Que no querría abandonar a los inertes. Por eso el Alzamiento ha comenzado a distribuir las muestras de tejido. Las da si la gente accede a que desconecten a sus seres queridos para ahorrar espacio.

—Nadie está accediendo a eso, ¿verdad? —pregunta Cassia.

—Hay gente que sí —responde el Piloto.

—Pero no pueden revivir a nadie —objeta Cassia—. Nadie dispone de esa tecnología. Ni la Sociedad ni el Alzamiento.

—El objetivo de las muestras nunca ha sido resucitar a los muertos —arguye el Piloto—. Sino controlar a los vivos. Así que volveré a preguntarlo: ¿tenéis una cura?

—Necesitamos más tiempo —replica Leyna—. No mucho.

—No hay más tiempo —declara el Piloto—. La comida empieza a escasear. Los habitantes de las ciudades están huyendo a los distritos, donde atacan a los que quedan, o se van al campo, donde mueren a causa de la mutación porque no podemos atenderlos a tiempo. Se nos acaban los ingredientes que Oker recomendó incluir en el suero, y ningún científico de las provincias ha encontrado una cura.

—Hay una cura —dice Cassia—. Xander puede mostrar a sus farmacólogos cómo se prepara. —Ofrece un tubo al Piloto. Esta es nuestra única baza, y ella va a jugarla.

Por un instante creo que Leyna y Colin no van a dejar que se salga con la suya, pero ninguno de los dos dice nada. Todo el mundo está pendiente de cuál va a ser la siguiente jugada de Cassia.

—¿A cuántos pacientes se la habéis administrado? —pregunta el Piloto después de coger el tubo.

—Solo a uno —responde Cassia—, Ky. Pero podemos preparar más.

El Piloto se echa a reír.

—Una sola persona —dice—. ¿Y cómo sé que Ky se ha curado? La última vez que lo vi ni siquiera estaba inerte.

—Pero estaba enfermo —arguye Cassia—. Usted lo vio. Aquí todos se lo asegurarán.

—Claro —admite el Piloto—. Quieren que los lleve a las Tierras Ignotas. Estarán de acuerdo con todo lo que digas.

—Si esta es su última oportunidad de venir al pueblo —insiste Cassia—, al menos debería ver lo que tenemos. No nos llevará mucho tiempo.

Leyna se aproxima, con una sonrisa en los labios, como si estuviera al corriente de todo. Pero, cuando está lo bastante cerca de Cassia para que el Piloto no la oiga, susurra:

—¿Quién? ¿Quién te ha ayudado?

Cassia no responde a la pregunta. Protege a los que hemos colaborado en la cura:

los guardias, Anna, Noah, Tess y yo.

—Es la base de Oker —explica, en voz muy alta. Mira al Piloto, aunque se dirige a todos los lugareños. Trata de ganarse su confianza—. Y es el ingrediente que él quería añadir. Esta es la verdadera cura de Oker, y es eficaz. —Echa a andar hacia la enfermería—. Sería una lástima —añade, volviendo la cabeza para mirar al Piloto— que usted viniera hasta aquí y se fuera con las manos vacías.

El Piloto atraviesa la plaza del pueblo detrás de ella, y los demás le seguimos. Cassia abre la puerta de la enfermería como si estuviera completamente segura de que dentro todo va bien. Pero veo cómo le tiemblan los labios cuando Ky la mira, con los ojos lúcidos y brillantes. Cassia no sabía que la cura le estaba haciendo efecto, al menos no con esta eficacia. Por un instante parece que todos los demás nos hayamos desvanecido. Solo están ellos en el mundo.

—Ky —dice Cassia.

—¿Podemos escaparnos ya? —le pregunta él. Su voz no es más que un susurro.

Todos, incluso Leyna y Colin, nos agachamos para oírle, aunque lo que dice no va dirigido a ninguno de nosotros.

—No —responde Cassia—. Todavía no.

—Lo sé —contesta Ky, con una media sonrisa.

Cassia se inclina para besarlo, y él trata de alargar la mano hacia ella, pero le tiembla y apenas puede moverla todavía. Por eso se la levanto yo, y se la coloco sobre la mano de Cassia. Le ayudo a tocarla. Por un momento formo parte de todo. Aunque enseguida vuelvo a quedarme aparte.

El Piloto mira a Ky y después a mí. ¿Nos cree? Su cara no revela nada.

—¿Oker dijo que había que usar esto? —Me lo pregunta a mí.

Ha llegado mi turno de convencerlo. Cassia y Ky ya han hecho todo lo que podían.

—Oker me habló de sus investigaciones para la Sociedad —explico—. Sé que formó parte del equipo que originó los virus. Sé cuánto quería encontrar una cura. Y creo que lo hizo.

—Si lo que dices es cierto —arguye el Piloto—, tendríamos que probar la cura en otro sitio con una muestra representativa de pacientes.

—¿El centro médico de Camas al que fue a buscarme Indie es seguro?

—Aún está bajo nuestro control —responde.

Me produce una sensación extraña que alguien en quien he creído esté decidiendo si cree en mí. Lo tengo delante y le sostengo la mirada. Pese a que sabe que no se lo he explicado todo, decide que es suficiente.

—Puedo llevarme a los tres ahora —dice—. Si ven a Ky, los farmacólogos y los médicos estarán más dispuestos a probar la cura. ¿Dónde podemos encontrar la planta que habéis utilizado? ¿Tenéis más?

—Sí —responde Anna—. Me he pasado toda la noche recogiendo plantas.

—Y puede que yo sepa dónde conseguir más —añade Cassia—. Mi madre vio un campo de esas flores una vez. La Sociedad lo destruyó y reclasificó al cultivador, pero a lo mejor queda algo. Si curamos a mi madre, ella se acordará de dónde vio las flores.

—Entonces vámonos —declara el Piloto—. Subid a Ky a la aeronave. —Gira sobre sus talones y sale de la enfermería sin volver a mirarnos.

—Gracias —me dice Ky cuando Cassia y yo lo subimos a la aeronave.

—Tú habrías hecho lo mismo —arguyo.

Cassia mira alrededor, como si esperara ver a alguien más, pero el Piloto no va acompañado.

—¿Dónde está Indie? —pregunto al Piloto cuando nos sentamos—. ¿Está bien?

—No —contesta—. Contrajo la mutación y voló hasta que se quedó sin combustible. Su aeronave cayó en el antiguo país enemigo. No pudimos mandar a nadie a recuperar su cadáver.

Indie ha muerto. Miro primero a Ky para ver cómo se lo ha tomado, y su cara rebosa dolor; sin embargo, no está sorprendido. De algún modo, ya lo sabía. Cassia parece consternada, como si no pudiera creer que sea cierto. Aunque, naturalmente, lo es. Yo sé que un virus no piensa ni siente, pero, aun así, da la impresión de que este disfrute llevándose a los que estaban más vivos.

## Capítulo 54

### Cassia

Han sucedido dos cosas imposibles. Ky, curado.

E Indie, ¿muerta?

Tengo la cabeza llena de imágenes suyas. La veo escalando las paredes de la Talla, pilotando la barca río abajo, acunando el panal en las manos. ¿Cómo puede haberse ido? No puede. Es imposible.

Pero Ky lo cree.

¡Ky ha vuelto!

No hay tiempo para que me recree en el milagro, para ver cómo regresa, para quedarme sentada a su lado, cogerle la mano y hablar con él.

Solo hay prisa y premura para que subamos a bordo y, unos minutos después de que el Piloto haya aterrizado en el pueblo, estamos despegando. No tengo tiempo de dar las gracias a Anna por los bulbos, de despedirme de Eli, de volverme para mirar a Leyna, a Colin y a los otros lugareños mientras nos ven partir, esperando que un día regresemos, esa vez con aeronaves que podrán llevarles hasta las Tierras Ignotas.

Xander ocupa el asiento del copiloto, y nosotros amarramos la camilla de Ky en la bodega, donde irá mejor sujeta. Xander ha explicado a Tess y a Noah qué ingrediente ha añadido a la cura, y ellos le han dado la fórmula de Oker para la base que hemos utilizado. Así nosotros podremos explicar a los expertos de la provincias qué hemos empleado y los lugareños podrán comenzar a curar a los inertes que se han quedado en el pueblo. Una colaboración, de nuevo: si no estuviéramos juntos en esto, todo nos llevaría muchísimo más tiempo.

«Será otra prueba de que la cura es eficaz —ha dicho Leyna al Piloto—. Cuando vuelvas para sacarnos de aquí, habremos curado a todos estos pacientes y podrás llevarlos con sus familias.» Parecía que nunca hubiera dudado de Xander; que nunca hubiera tenido intención de condenarlo al exilio o a algo peor por destruir la cura a base de camasia. Sin embargo, es cierto que la cura pertenece al pueblo. Anna y Oker, Colin y Leyna, Tess y Noah, los guardias: ellos también son los pilotos de la cura.

Ocupo el asiento del mensajero durante el despegue, pero, en cuanto la aeronave se estabiliza, me desabrocho el cinturón, me arrodillo al lado de Ky y le cojo la mano con fuerza. Él mira una de las paredes, y veo que tiene algo dibujado, un verdadero dibujo, no muescas ni marcas. Son personas que miran el cielo, el cual parece estar derrumbándose sobre ellas. Aunque algunas, no todas, han recogido los pedazos y beben de ellos.

—Están bebiéndose el cielo —explica Ky—. Es lo que Indie dijo que hacían.

Había un dibujo como este en una de nuestras aeronaves. —Respira hondo. Ya tiene la voz más fuerte—. Es un dibujo de usted llevando agua al enemigo para ayudarlo a sobrevivir a la Plaga —dice al Piloto—, ¿verdad?

El Piloto tarda un momento en responder. Cuando nos habla por el altavoz, lo hace en voz queda y triste, y creo que es la primera vez que oímos su verdadera voz.

—La Sociedad nos dijo que la Plaga debilitaría a nuestros enemigos y sería fácil vencerlos —cuenta—. Nos dijo que los trasladaría a nuestras cárceles. Pero, cuando la Plaga comenzó a propagarse, nos ordenó que los dejáramos donde estaban.

—Y usted los vio morir —añade Xander.

—Sí —reconoce el Piloto—. Cuando unos cuantos pilotos nos arriesgamos a llevarles agua, casi todos se negaron a beberla pese a la sequía. No se fiaban de nosotros. ¿Por qué iban a hacerlo? Llevábamos años matándonos los unos a los otros.

Pienso en aquellas personas sedientas y moribundas, que no podían beber nada aparte de una lluvia inexistente.

—Entonces hubo un verdadero enemigo —interviene Ky—. Pero, cuando fue aniquilado, el Alzamiento ocupó su lugar y se hizo pasar por él. ¿Mataron ustedes a los labradores de la Talla porque les habían descubierto?

—No —responde el Piloto—. Fue la Sociedad. Durante años utilizó a los habitantes de las provincias exteriores como parachoques entre las provincias centrales y el país enemigo. —Se aclara la garganta—. Tendría que haber comprendido que ya no éramos una verdadera rebelión cuando dejamos que los labradores, y muchos otros anómalos y aberrantes, murieran. Pese a que nos dijimos que no era un buen momento para destaparlo todo, aun así, tendríamos que haberlo intentado.

La mano de Ky, cálida en la oscuridad, aprieta la mía. Si el Alzamiento hubiera intervenido, muchas personas se habrían salvado. Sus padres, Vick, el chico que tomó la pastilla azul.

—Deberíais saber que el Alzamiento era real —dice el Piloto—. Los científicos que descubrieron la vacuna para la pastilla roja eran verdaderos rebeldes. Tu bisabuela también lo era. Y muchos otros, sobre todo militares como yo. Pero, un buen día, la Sociedad se dio cuenta de que perdía poder y descubrió que había rebeldes infiltrados entre sus funcionarios. Al principio trató de recuperar el control deshaciéndose de los aberrantes y los anómalos. Después comenzó a infiltrarse en el Alzamiento como habíamos hecho nosotros. Ahora ya no sé quién es quién.

—Entonces ¿quién introdujo la Plaga en el agua que abastecía las ciudades? —pregunto—. ¿Quién intentó sabotear al Alzamiento, si no fueron los partidarios de la Sociedad?

—Al parecer —contesta el Piloto— la contaminaron partidarios del Alzamiento bien intencionados que pensaban que la rebelión iba demasiado lenta y decidieron

acelerarla.

Durante un rato nadie dice nada. Cuando suceden cosas como esta, cuando lo que se ha hecho para ayudar solo perjudica, cuando un bálsamo causa dolor en vez de curar, está claro lo desacertadas que pueden ser incluso las decisiones que pretenden ser justas.

—Pero, si sabía que el Alzamiento existía, ¿por qué no lo destruyó la Sociedad? —Xander es el primero en romper el silencio—. Podría haber curado a todo el mundo sin ayuda. Oker me dijo que siempre había tenido la cura. Podría haber elaborado suficiente cura, dejar que la Plaga se extendiera y ser ella la que administrara la cura, ¿no?

—La Sociedad decidió que sería más fácil convertirse en el Alzamiento —arguye Ky—. ¿No es así?

En cuanto lo dice, sé que tiene razón. Por eso ha sido tan fluido el traspaso de poder, sin apenas oposición.

—Porque, si se convertía en el Alzamiento —añado—, podría predecir el resultado.

«Habría sido interesante observaros hasta el final que he predicho.» Eso dijo mi funcionaria en el museo de Oriá. Eso era lo que quería ver en mi caso, y lo que la Sociedad siempre tuvo en cuenta.

—La Sociedad había descubierto que inmunizábamos a la gente contra la pastilla roja —explica el Piloto.

—Por lo que cada vez había más personas que no olvidaban —digo, al comprenderlo—. La gente daba muestras de querer un cambio, una rebelión. De esa forma la tendrían, y la Sociedad seguiría en el poder sin que nadie, incluidos muchos de los partidarios del Alzamiento, se diera cuenta de nada. Habría algunos cambios, pero, en general, todo seguiría igual.

La Sociedad ya debía de saber que el pueblo acaba impacientándose. Es posible que incluso lo hubiera predicho. ¿Por qué no tener una rebelión, si podía calcular el resultado y seguir gobernando con otro nombre? ¿Por qué no utilizar el Alzamiento, una verdadera rebelión en sus inicios, para que todo pareciera auténtico? La Sociedad sabía que el pueblo creía en el Piloto y se aprovechó de ello.

Sin embargo nada ha salido como planeaba la Sociedad. La Plaga ha mutado. Y la gente sabe más y quiere más de lo que creía la Sociedad, incluso la gente que no fue elegida para ser inmune a la pastilla roja. La gente como yo.

La Sociedad está muerta, aunque todavía no lo sepa.

Creo en un nuevo comienzo. Y también lo hacen muchos otros: los que escribían en trocitos de papel para colgarlos en la Galería, los que continúan esforzándose por atender a los enfermos, los que se atreven a creer que todos podemos ser los pilotos de un mundo nuevo y mejor.

*Nieve cual felpa pisamos.  
Las aguas murmuran,  
tres ríos y la loma cruzados,  
¡dos desiertos y el mar!*

Miro a Ky y reescribo mentalmente el final del poema.

*Pero llamaré viaje al viaje,  
pues me ha llevado hasta ti.*

La escotilla de la bodega se abre y la luz de la cabina entra a raudales cuando Xander baja.

—He pensado que debería venir a ver cómo está Ky —dice.

Le sonrío, él me devuelve la sonrisa y, por un momento, todo es como antes. Xander me mira con anhelo y dolor; volamos sin control por un mundo que podría pertenecer a cualquiera, y sé por qué Ky también besó a Indie.

Pero el momento pasa y entonces sé con certeza que ya es demasiado tarde para nosotros, para Xander y yo, en ese sentido. No porque no pueda seguir amándolo, sino porque ya no está a mi alcance.

—Gracias —le digo y, para mí, estas palabras significan tanto como «te quiero», tanto como cualquier otra cosa que he dicho. Y me invade un pesar grave y nostálgico. Pues, al final, no le he defraudado por no corresponderle, porque sí le correspondo. Le he defraudado porque no puedo hacer por él lo que Ky hace por mí. No puedo ayudarle a cantar.

Cuando aterrizamos en Camas, descubro que enseguida volveré a volar. Solo nos detenemos el tiempo suficiente para que Xander prepare las curas que llevaré a Keya. Y, aunque estoy deseando realizar este viaje, me cuesta separarme de Ky y Xander.

—Volveré pronto —les prometo, y lo haré, dentro de unas horas, no dentro de días o semanas. Pero veo preocupación en los ojos de Ky y sé que también inunda los míos. Nos atormentan otros adioses. Demasiados.

También a Xander. Hunter tenía razón en una cosa. Ya hemos visto demasiados éxodos.

Aterrizamos en un campo alargado que ni siquiera es una pista, cerca de la pequeña ciudad de Keya, en la que vivían mis padres. Cuando el Piloto, el médico y yo nos apeamos, veo varias figuras en tierra que se acercan a la aeronave. Una de



ellas, más menuda que el resto, echa a correr, y también yo me lanzo a la carrera.

Me abraza. Ha crecido, aunque todavía soy más alta, y la mayor, y no he estado aquí para protegerlo.

—Bram —digo, pero noto tal dolor en la garganta que no puedo seguir hablando.

Un militar del Alzamiento aparece detrás de mi hermano.

—Lo hemos encontrado justo antes de que aterrizárais.

—Gracias —consigo contestar. Doy un paso atrás para verlo bien.

Bram me sostiene la mirada. Está muy sucio y delgado, y tiene los ojos cambiados y más oscuros. Pero aún lo conozco. Le doy la vuelta y suspiro aliviada cuando veo que tiene la marca roja.

—Se pusieron enfermos los dos —dice—. A pesar de la vacuna.

—Creemos que hemos encontrado una cura —explico. Respiro hondo—. ¿Es demasiado tarde? ¿Sabes dónde están?

—Sí —responde, y después niega con la cabeza. Los ojos se le llenan de lágrimas y sé que me suplica que no diga más, que no le pregunte a cuál de las cosas ha respondido.

—Sígueme —dice, y echa de nuevo a correr, como siempre quiso hacer, a la vista de todos, por las calles de la ciudad.

Ningún funcionario nos detiene, ni a él ni al resto, cuando nos apresuramos por las calles vacías bajo el sol indiferente.

Para mi sorpresa Bram me lleva al diminuto museo de la ciudad, no al centro médico. Dentro han forzado todas las vitrinas y han barrido los cristales del suelo. Ya no queda ninguna de las reliquias que debían de contener; el mapa de la Sociedad está rayado, modificado. Me gustaría mirarlo con más atención para ver qué tiene señalado, pero no disponemos de tiempo.

Hay muchos inertes, tendidos en el suelo por toda la sala. Varias personas nos miran cuando entramos y la expresión se les relaja un poco al ver a Bram. Aquí lo conocen.

—Ya no había sitio en el centro médico —me explica—. Por eso la traje aquí. Tuve suerte, porque tenía artículos para intercambiar. Otra gente tuvo que hacer lo que pudo en sus casas. Aquí al menos les administran suero de vez en cuando.

«La traje.» A mi madre. Pero ¿y a él? ¿Qué ha sido de mi padre?

Bram se arrodilla.

Mi madre está muy desmejorada. Trato de no dejarme llevar por el pánico. Tiene la tez pecosa muy pálida, y más canas de las que recuerdo. Pero parece joven, con los ojos tan abiertos, joven y ausente.

—La vuelvo cada dos horas tal como me dijeron —me cuenta Bram—, y las llagas se le han curado. Aunque las tenía muy mal. —Habla muy deprisa—. Pero,

mira, ahora mismo le están administrando suero. Eso es bueno, ¿verdad? El suero es caro.

—Sí —respondo—. Es muy bueno. —Vuelvo a abrazarlo—. ¿Cómo lo has conseguido? —pregunto.

—He colaborado con los archivistas —contesta.

—Creía que se habían ido todos —digo.

—Algunos volvieron —aclara—. Los que tenían la marca roja empezaron a realizar intercambios otra vez.

No debería sorprenderme. Naturalmente algunos de los archivistas no pudieron resistirse a regresar al ver el vacío que podían llenar con sus trapicheos y cachivaches.

Me acerco más a Bram para poder susurrarle.

—Nos la llevamos —digo.

—¿Es seguro? —me susurra.

—Sí —responde el médico del Alzamiento—. Se la puede trasladar. Está estable, y no tiene ningún síntoma de infección.

—Bram —Hablo con dulzura—, todavía no tenemos muchas curas. El Alzamiento piensa que mamá puede ayudarles. Por eso ha accedido a que sea una de las primeras en recibirla. —Contemplo a mi madre, cuyos ojos fijos miran al frente—. Y también he intercedido por él, aprovechando que veníamos. Pero ¿dónde está? ¿Dónde está papá?

Mi hermano no responde a mi pregunta. Me rehúye la mirada.

—Bram —repito—, ¿dónde está papá? ¿Lo sabes? Podemos llevárnoslo para administrarle la cura. Me lo han prometido, pero hay poco tiempo. Tenemos que ir a buscarlo ya.

Bram empieza a sollozar, con hipidos y suspiros.

—Llevan a los muertos a los campos —explica—. Solo los que somos inmunes podemos ir a ver dónde están. —Me mira con los ojos anegados en lágrimas—. Eso es lo que he estado haciendo para los archivistas —añade—. Puedo salir a buscar caras.

—No —digo, horrorizada.

—Es mejor que vender muestras —arguye—. Es el otro trabajo que da dinero. —Sus ojos son distintos, mucho más sabios, después de haber visto tanto, pero también son los mismos, con ese brillo obstinado que conozco tan bien—. Me niego a hacer eso. Vender muestras es una mentira. Decir a la gente que sus amigos o familiares han muerto es la verdad.

Se estremece.

—Los archivistas me dieron a elegir —continúa—. Siempre va a verlos gente que quiere información, muestras o saber dónde están sus seres queridos. Así que

colaboré con ellos. Podía encontrar a gente, si tenía una fotografía. Y, a cambio, ellos me daban lo que necesitaba para mí. Y para ella.

Ha hecho todo lo posible para cuidar de nuestra madre y me alegro de que la haya salvado, pero lo ha pagado caro. ¿Qué es lo que ha visto?

—Con él no llegué a tiempo —dice.

Casi le pregunto si está seguro; casi digo que a lo mejor se equivoca, pero lo sabe. Lo ha visto.

Mi padre se ha ido. La cura llega demasiado tarde para él.

—Tenemos que marcharnos —me indica el médico mientras ayuda al militar a colocar a mi madre en una camilla—. Ya.

—¿Adónde se la llevan? —pregunta alguien desde el otro extremo de la sala, pero nosotros no respondemos.

—¿Ha muerto? —grita otra persona. Percibo su desesperación.

Pasamos entre los inertes y las personas que los cuidan. Nos vamos sin ellos, y se me encoge el corazón. «Volveremos —quiero decirles—. Con suficientes curas para todos, la próxima vez.»

—¿Qué tienen? —inquire alguien, abriéndose paso a empujones. Es un archivista—. ¿Tienen otra clase de medicina? ¿Cuánto cuesta?

El militar se ocupa de él mientras nosotros salimos a toda prisa del museo.

En la aeronave Bram baja a la bodega conmigo y con el médico, que pone una vía intravenosa a mi madre. Abrazo a mi hermano, y él llora, y llora, y llora. Se me rompe el corazón y creo que sus lágrimas no van a cesar, pero lo hacen y entonces es peor, unos temblores y estremecimientos que le sacuden el cuerpo entero. No sé cómo puedo sentir tanto dolor y soportarlo y, a la vez, saber cuánto me queda por vivir. «Por favor —pienso—, que Bram también sienta esa segunda parte, pese a su desesperación, porque seguimos juntos, aún nos tenemos el uno al otro.»

Cuando Bram se queda dormido, cojo la mano a mi madre. En lugar de cantarle nombres de flores, como tenía pensado, digo su nombre, porque es lo que habría hecho mi padre.

—Molly, estamos aquí.

Le pongo la flor de papel en la palma de la mano, y los dedos se le crispan de forma involuntaria. ¿Sabía ella que esta azucena nos curaría? ¿Que, de algún modo, era importante? ¿O solo fue su forma de enviarme un objeto hermoso?

Sea como fuere, ha dado resultado.

Pero no a tiempo para mi padre.

## Capítulo 55

### Xander

«Esto no te supone ningún esfuerzo, ¿verdad?», me dijo Lei en una ocasión. Me pregunto si los médicos que me observan mientras inyecto la cura en la vía intravenosa opinan lo mismo. El paciente al que estamos tratando se quedó inerte en el mismo período que Ky: un requisito para este primer ensayo clínico.

—Es lo único que tenéis que hacer —les indico—. Inyectar la solución y esperar a que surta efecto.

Los médicos asienten. Ya han hecho esto antes. Y también yo, durante la Plaga original, cuando administré tratamientos y di charlas en el centro médico. Ya no quedamos muchos.

—El ensayo clínico solo incluye a estos cien pacientes —explico—. Estamos intentando encontrar más plantas, aunque no seguirán en flor mucho más tiempo. Conocemos la estructura del compuesto original, por lo que tenemos a personas que trabajan día y noche para encontrar el modo de sintetizarlo en un laboratorio. Pero vosotros solo tenéis que preocuparos de atender a los pacientes.

»Tendréis que administrarles otra dosis cada dos horas. —Señalo el armario que contiene las curas. Está cerrado con llave y vigilado por varios militares armados. No sé a quién son leales. Solo sé que sirven al Piloto—. Es posible que observéis alguna mejoría cuando les administréis la segunda dosis. Si se recuperan tan deprisa como nuestro primer sujeto, empezarán a hablar al cabo de solo unas horas y andarán en menos de dos días. Pero aquí no preveo una recuperación tan rápida. Aseguraos de no desperdiciar ni una gota de cura.

Como si necesitaran que se lo recordara. Lo que necesitamos son más flores, y que la madre de Cassia se recupere. Lleva inerte varias semanas, mucho más que Ky, y le está llevando más tiempo curarse. El Alzamiento todavía no ha encontrado su informe sobre los cultivos sospechosos en la base de datos de la Sociedad, de manera que necesitamos su ayuda con urgencia.

Entretanto el Piloto ha organizado batidas en todos los campos y prados próximos a la ciudad de Camas, con instrucciones de no arrancar todas las flores para que puedan rebrotar si volvemos a necesitarlas.

Me pregunto si serán capaces de contenerse. No es nada fácil preservar cosas para el futuro cuando el presente es tan incierto.

—Pareces seguro de que la cura será eficaz —dice un médico.

Tienen los uniformes sucios y parecen agotados. A algunos los recuerdo de cuando estuve aquí. Parece que haga años de eso, no semanas.

—No sé si hubiera aguantado mucho más —añade otro—. Ahora hay una razón para seguir con esto.

Ojalá pudiera quedarme a ayudarles, pero tengo que regresar al laboratorio para supervisar a los farmacólogos del Alzamiento que preparan más cura.

—Volveré más tarde para ver cómo siguen los pacientes —digo.

Los médicos comienzan a inyectar las curas. Aquí ya he terminado, por el momento, y creo que tengo el tiempo justo para visitar mi antiguo pabellón.

Lei tiene los ojos vidriosos y huele a infección. No obstante la han cambiado de postura hace poco y le han trenzado el largo cabello negro para apartárselo de la cara. Y los cuadros siguen colgados del techo. Los médicos del pabellón han hecho todo lo posible.

«A veces sí me supone un esfuerzo —quiero decirle mientras inyecto la cura en su vía intravenosa—. Como ahora. Por favor, reponte. Me ayudaría tenerte conmigo.»

Esta es una de las curas que preparé en el pueblo. No se las entregué todas al equipo de investigación que trata de sintetizar los ingredientes en el laboratorio. He guardado una parte para ella. No se quedó inerte mucho antes que Ky, de modo que hay una posibilidad. Aunque no le hayan administrado el suero de Oker.

Oigo pasos detrás de mí y me vuelvo. Es uno de los médicos que trabajaban aquí cuando lo hice yo.

—No sabía que administraríamos la cura nueva —dice.

—No lo haréis —aclaro—. Los pacientes del ensayo tenían que haberse quedado inertes en un período determinado. Ella no entra por muy poco. —Termino de vaciar la jeringuilla y lo miro—. Pero yo tenía unas cuantas curas de sobra. —Le enseño varios tubos—. Quizá no pueda venir en un buen rato. Tendría que volver para ponerme a preparar más.

El médico se mete los tubos en el bolsillo del uniforme.

—Ya se la administro yo —se ofrece.

—Cada dos horas —digo. No parezco capaz de dejarla aquí sola. Sé cómo se sintió Cassia en la enfermería. ¿Puedo fiarme del médico? Seguro que hay alguien más a quien querría curar si pudiera.

—No voy a inyectársela a otro —declara—. Primero quiero ver si surte efecto.

—Gracias —contesto.

—¿Surte efecto?

—En el primer ensayo clínico, su eficacia fue del cien por cien —respondo. Omito el hecho de que la cura solo se administró a un paciente.

—Te lo tengo que preguntar —dice—. ¿Eres el Piloto?

—No —respondo.

Me detengo un instante en la puerta y miro a Lei. No habría que hacer lo que nosotros hemos hecho con esta cura y Ky y permitir que un único paciente adquiriera tanta importancia. Es solo una persona. Por supuesto, una persona puede ser un

mundo.

Obtenemos los primeros datos: «Se están recuperando. Tienen mejor aspecto».

Según las cifras cincuenta y siete de los cien pacientes pueden seguir el movimiento con los ojos. Tres han hablado. Ochenta y tres presentan alguna clase de mejoría: si no es hablar o ver, es mejor color, un incremento de la frecuencia cardíaca y una frecuencia respiratoria más próxima a los valores normales. Han tardado el doble que Ky en presentar estas primeras mejorías, pero al menos la cura surte efecto.

—Diecisiete no reaccionan —me informa el médico responsable—. Creemos que pueden llevar inertes más tiempo del que pensábamos. Es posible que haya un error en los datos.

—Seguid intentándolo —le indico—. Tratadlos dos días completos.

El médico asiente. Cojo el miniterminal e informo al Piloto de las novedades.

—¿Qué opinas? —me pregunta.

—No creo que debamos esperar más —le contesto—. He enseñado a todos los médicos del centro a preparar la cura. Si montamos laboratorios en otras ciudades, podrán supervisarlos. Pero aún no hemos descubierto la forma de sintetizarla. ¿Tenéis suficientes bulbos?

—Hemos encontrado suficientes para empezar —responde—. Necesitamos más.

—Has visto los datos que estamos obteniendo —digo—. El tiempo es importante.

—¿Qué crees que deberíamos hacer primero? ¿Llevar la cura a otras ciudades o ir avanzando desde aquí?

—No lo sé —repongo—. Pregúntaselo a Cassia. Ella lo analizará mejor. Yo me vuelvo al centro médico para ver cómo siguen los pacientes.

—Bien —dice.

Me dirijo al centro médico. Hay otra paciente a la que necesito ver cuyos datos no están incluidos en el informe inicial. No se le ha hecho ningún seguimiento porque desconocen su existencia. Los otros médicos me saludan con la cabeza cuando entro, pero me dejan tranquilo, y me alegro.

El cuadro colgado encima de su cama es el mismo, la pintura de la chica que pesca. Lei tiene los ojos fijos en el agua y yo sonrío, solo por si acaso.

—Lei —susurro. Es lo único que consigo decir antes de que ella mueva mínimamente los ojos y los enfoque en mí.

¡Está aquí!

Me ve.

## Capítulo 56

### Cassia

«No preguntes a tu madre por tu padre ni por las flores enseguida —me ha dicho Xander—. Dale un poco de tiempo. Ya sé que todos dicen que no lo tenemos, pero lleva inerte mucho más tiempo que Ky. Tenemos que ser cuidadosos.»

Decido seguir su consejo. No le hago preguntas. Me limito a hacerle compañía, con Bram. Le cogemos la mano y le decimos que la queremos. Y la cura le hace efecto. Parece alegrarse de que yo esté aquí, y de ver a Bram, pero pasa de la consciencia a la inconsciencia. Su recuperación es distinta de la de Ky. Llevaba inerte más tiempo que él.

Sin embargo, es fuerte. Al cabo de unos días, habla, su voz un susurro, liviano como una semillita.

—Estáis los dos bien —dice, y Bram apoya la cabeza junto a la suya y cierra los ojos.

—Sí —respondo.

—Te mandamos una cosa —me explica—. ¿La recibiste? —Mira al médico que ha venido a cambiar el suero y comprendo que prefiere no hablar en su presencia. Y no menciona a mi padre. ¿Le da miedo preguntar porque no quiere saberlo?

—No te preocupes —sostengo—. Aquí podemos hablar. Y, sí, la recibí. Gracias por mandarme la microficha. Y la flor... —Me interrumpo, porque no quiero presionarla, pero me parece el momento oportuno. Ella ha sacado el tema del regalo—. Es una azucena, ¿verdad?

Sonríe.

—Sí. Te acordabas.

—He visto azucenas silvestres —digo—. Son tan bonitas como tú decías.

Mi madre se aferra a esta conversación sobre flores, como hice yo cuando estaba asustada y sola. Si cantamos y hablamos de flores y pétalos que reviven después de un largo letargo invernal, no tenemos que pensar en lo que no lo hace.

—¿Estuviste en Sonoma? —pregunta—. ¿Cuándo?

—No fue allí —contesto—. Las vi en otro sitio. ¿Fue en Sonoma donde viste tú las flores?

—Sí —responde, sin vacilación ni inseguridad—. En los territorios agrarios de Sonoma, justo a las afueras de una ciudad llamada Vale.

Miro al médico, que asiente antes de salir para transmitir la información. Mi madre se acordaba.

Quiero contarle muchísimas cosas, pero es suficiente por ahora.

—Me alegro de que hayas vuelto —digo. Apoyo la cabeza en su hombro, y los tres estamos juntos sin él

—¿Aún tienes la microficha? —me pregunta más tarde mi madre—. ¿Puedo volver a verla?

—Sí. —Acercó más la silla a la cama y levanto el terminal portátil para que vea la pantalla.

Ahí están otra vez. Las fotografías: mi abuelo con sus padres, con mi abuela, mi padre.

«Al partir, como es costumbre, Samuel Reyes hizo una lista de su recuerdo preferido de cada uno de los miembros de la familia que lo sobreviven», dice el historiador.

«El que escogió de su nuera, Molly, es del día que se conocieron.» La voz del historiador está henchida de orgullo, como si esto fuera una confirmación de la validez del sistema de emparejamientos, lo cual, en cierto sentido, supongo que es. Pero también es una confirmación del amor. De la libertad que mi abuelo concedió a mi padre para que decidiera por sí mismo.

Mi madre tiene lágrimas en las mejillas. Aparte de ella ya no queda ninguna de las personas que asistieron a aquel encuentro. Mi abuelo, quien dijo que mi madre aún tenía el sol en la cara. Mi abuela. Mi padre.

«Su recuerdo preferido de su hijo, Abran, es del día que tuvieron su primera verdadera discusión.»

Esta vez encuentro el botón para pausar la microficha. ¿Qué pudo impulsar a mi abuelo a escoger un recuerdo como ese? Yo tengo muchísimos recuerdos de mi padre: su risa, el brillo de sus ojos cuando hablaba de su trabajo, cuánto quería a mi madre, los juegos que nos enseñó. Mi padre era, por encima de todo, un hombre de carácter dulce y, aunque el poema de Thomas aconseja lo contrario, espero que su muerte fuera dulce.

—¿Por qué? —pregunto en voz baja—. ¿Por qué elegiría el abuelo ese recuerdo de papá?

—Es raro, ¿verdad? —dice mi madre. Cuando la miro, veo lágrimas corriéndole por las mejillas. Sabe que mi padre ya no está, aunque no me lo ha preguntado ni yo se lo he dicho.

—Sí —corroboro.

—Es un recuerdo de antes de que tu padre y yo nos conociéramos —me explica—. Pero él me lo contó. —Se queda callada y se lleva la mano al pecho. Creo que le cuesta respirar sin él, que el vacío de su pérdida aún la ahoga—. Tu padre me contó que tu abuelo te dio los poemas, Cassia —añade—. También intentó dárselos a él.

Ahora soy yo la que no puede respirar.

—¿De veras? —susurro—. ¿Los leyó papá?

—Solo una vez —responde—. Después se los devolvió. No los quería.



—¿Por qué?

Mi madre mueve la cabeza.

—Él siempre me decía que era porque tenía una vida feliz. Quería la máxima seguridad posible. Quería lo que la Sociedad podía ofrecerle. Era su decisión.

—¿Qué hizo el abuelo? —pregunto. Imagino hacer un regalo así y que lo rechacen. Los padres a menudo dan cosas que los hijos no aceptan. Mi abuelo intentó dar los poemas a mi padre y hablarle de la rebelión. Mis padres intentaron darme seguridad.

—Fue cuando tuvieron la discusión —contesta—. Tu bisabuela había conservado los poemas, que tenían una cierta vinculación con la rebelión. Pero Abran pensaba que era demasiado peligroso, que tu abuelo corría demasiados riesgos. Al final tu abuelo acabó aceptando la decisión de tu padre. —Se quita la mano del pecho y respira más hondo.

—¿Sabíais que el abuelo me daría los poemas a mí? —pregunto.

—Lo imaginábamos —contesta.

—¿Por qué no se lo impedisteis?

—Queríamos que decidieras tú —responde.

—Pero el abuelo no me habló nunca del Alzamiento —objeto.

—Creo que quería que encontraras tu propio camino. —Sonríe—. En ese sentido era un verdadero rebelde. Creo que por eso eligió esa discusión con tu padre como su recuerdo preferido de él. Aunque se disgustó cuando se pelearon, más adelante comprendió que tu padre tenía suficiente carácter para elegir su propio camino y lo admiró por ello.

Comprendo por qué mi padre tuvo que respetar la última voluntad de mi abuelo (destruir su muestra de tejido), aunque no estuviera de acuerdo con la decisión. Era su turno de corresponderle, de ser quien respetara y honrara una decisión. Y también me hizo ese regalo a mí. Recuerdo lo que escribió en su nota: «Cassia, quiero que sepas que estoy orgulloso de ti por acabar lo que empiezas y por ser más valiente que yo».

—Por eso no nos inmunizó el Alzamiento contra la pastilla roja —dice Bram—. Porque pensaba que nuestro padre era débil. Pensaba que era un traidor.

—¡Bram! —exclamo.

—No he dicho que yo opinara lo mismo —arguye—. El Alzamiento se equivocaba.

Miro a mi madre. Tiene los ojos cerrados.

—Por favor —dice—. Pon el resto de la microficha.

Pulso el botón del terminal portátil, y el historiador vuelve a hablar.

«Su recuerdo preferido de su nieto, Bram, es la primera palabra que dijo —explica—. Fue “más”.»

Mi hermano hace un amago de sonrisa.

«Su recuerdo preferido de su nieta, Cassia —continúa el historiador, y yo me inclino hacia delante para escuchar—, es el día del jardín rojo.»

Ya está. La pantalla se queda en blanco.

Mi madre abre los ojos.

—Tu padre se ha ido —dice, con los labios temblorosos.

—Sí —confirmando.

—Murió mientras tú estabas inerte —explica Bram. Ya no sonrío, y tiene la voz cargada de tristeza, cansada de dar esta terrible noticia.

—Lo sé —dice mi madre. Sonrío a pesar de las lágrimas—. Vino a despedirse de mí.

—¿Cómo? —pregunta Bram.

—No lo sé —responde—. Pero lo hizo. Cuando estaba inerte lo vi. Vino y se fue.

—Yo lo vi muerto, pero no como lo viste tú —explica Bram—. Encontré su cadáver.

—Oh, Bram, ¡no! —dice mi madre, su voz un susurro desgarrado—. No, no —repite, y lo arrima a ella—. Lo siento —añade—. Lo siento mucho.

Mi madre estrecha a Bram entre sus brazos. Yo respiro de forma entrecortada, como hacemos cuando el dolor es demasiado hondo para llorar, cuando no podemos llorar porque solo somos dolor y, si lo dejamos salir, podríamos cesar de existir. Quiero hacer algo para aliviar nuestro sufrimiento, aunque sé que nada puede cambiar el hecho de que mi padre está muerto y enterrado.

Mi madre me mira con aire suplicante.

—¿Puedes traerme algo que crezca —dice—, lo que sea?

—Por supuesto —respondo.

No conozco las plantas tan bien como mi madre, por lo que ni siquiera estoy segura de qué desentierro en el pequeño jardín del centro médico. Podría ser una mala hierba o una flor. Pero creo que ella estará contenta con cualquiera de las dos: solo quiere, necesita, algo que combata la asepsia de su habitación y el vacío de un mundo sin mi padre.

Formo una especie de taza con el recipiente de papel de aluminio que he traído, meto tierra y arranco la planta.

Las raíces cuelgan, algunas gruesas, otras tan finas que la brisa se cuele entre ellas como si fueran hojas. Cuando me pongo de pie, tengo las rodillas sucias y las manos embadurnadas de tierra oscura. Llevo una planta a mi madre porque no puedo devolverle a mi padre. Comprendo por qué la gente quiere las muestras; yo también estoy desesperada por encontrar algo a lo que aferrarme.

Y entonces, mientras la tierra que se desprende de las raíces me cae en los pies, rememoro la parte intermedia del recuerdo del jardín rojo. Mi madre, mi padre, mi

abuelo, su muestra de tejido, semillas de álamo de Virginia, flores silvestres y flores de papel, apretadas yemas rojas, la pastilla verde, los ojos azules de Ky y, de pronto, siento que puedo seguir la pista que mi abuelo me dio sobre el día del jardín rojo, puedo apresarla y seguirla por las hojas y las ramas hasta alcanzar las raíces.

Y se me corta la respiración al recordar...

Toda la escena.

*Mi madre tiene las manos negras de tierra, pero le veo las líneas blancas de las palmas cuando levanta las plántulas. Estamos en el invernadero del arboreto. Por el vaho condensado en el techo de cristal, nadie diría que fuera hace fresco y es primavera.*

—Bram ha llegado puntual a clase —digo.

—Gracias por la información —señala, y me sonrío. Los pocos días que tanto ella como mi padre empiezan a trabajar temprano, yo me ocupo de dejar a Bram en el tren que lo lleva al centro de primera enseñanza—. ¿Adónde vas ahora? Tienes unos minutos antes de entrar a trabajar.

—A lo mejor hago una visita al abuelo —respondo. Ahora puedo apartarme un poco de mi rutina habitual, porque el banquete de mi abuelo está al caer. Y también el mío. Tenemos muchas cosas de que hablar.

—Claro —dice. Está sacando las plántulas de las bandejas de germinación para trasladarlas a su nuevo hogar, unas macetitas llenas de tierra. Levanta una.

—No tiene muchas raíces —digo.

—Aún no —confirma—. Todo llegará.

Me apresuro a darle un beso y me marcho. No debo entretenerme en su lugar de trabajo, y tengo que coger un tren. Levantarme temprano con Bram me ha dado cierto margen de tiempo, pero no mucho.

El viento juguetea conmigo y me zarandea. Cuando levanta un torbellino de hojarasca, me pregunto si la espiral de viento me recogería y me haría girar en el aire si saltara al vacío desde el andén del tren aéreo.

No puedo pensar en caer sin pensar en volar.

Creo que me atrevería a hacerlo, si hallara el modo de fabricarme unas alas.

Alguien me alcanza cuando paso por delante del frondoso mundo de la Loma camino del tren aéreo.

—¿Cassia Reyes? —me pregunta la trabajadora. Tiene las rodillas del pantalón de diario manchadas de tierra, como mi madre cuando regresa del arboreto. Es joven, solo unos años mayor que yo, y lleva una planta en la mano, también con raíces. ¿La ha arrancado o va a plantarla?

—¿Sí?

—Tengo que hablar contigo —responde.

Detrás de ella, un hombre sale de la Loma. Tiene su misma edad y, al verlos

juntos, pienso: «Harían buena pareja». Nunca me han dado permiso para entrar en la Loma, y observo la maraña de plantas y árboles que se alza detrás de los trabajadores. ¿Cómo debe de ser estar en un sitio tan agreste?

—Necesitamos que llesves a cabo una clasificación —me informa el hombre.

—Lo siento —me excuso, y echo de nuevo a andar—. Solo clasifico en el trabajo. —No son funcionarios, ni mis superiores o supervisores. No han seguido el protocolo, y yo no me salto las reglas por personas desconocidas.

—Es para ayudar a tu abuelo —dice la chica.

Me detengo.

—Ha habido un problema —añade—. Es posible que, al final, no lo consideren apto para conservar su muestra de tejido.

—Eso no puede ser verdad —digo.

—Lo siento, pero lo es —afirma el hombre—. Hay pruebas de que ha estado robando a la Sociedad.

Me río.

—¿Robando qué? —pregunto. Mi abuelo apenas tiene nada en su piso.

—Los robos ocurrieron hace mucho tiempo —aclara la mujer—, cuando tu abuelo trabajaba en obras de restauración.

El hombre me enseña un terminal portátil. Es viejo, pero las imágenes se ven bien. Mi abuelo, más joven, con reliquias en las manos. Mi abuelo, enterrándolas en una zona boscosa.

—¿Dónde es eso? —pregunto.

—Aquí —responden—. En la Loma.

Las imágenes abarcan un período de muchos años. Mi abuelo envejece conforme las paso. Lo hizo durante muchísimo tiempo.

—¿Y la Sociedad no ha descubierto estas imágenes hasta ahora? —pregunto.

—La Sociedad no lo sabe —replica la mujer—. Nos gustaría que no se enterara. Así tu abuelo podrá celebrar su banquete y le extraerán la muestra de tejido. A cambio necesitamos que nos ayudes. Si te niegas lo delataremos.

Hago un gesto negativo con la cabeza.

—No os creo —digo—. Estas imágenes podrían estar modificadas. Podrías habéroslo inventado todo. —Sin embargo, el corazón se me acelera un poco. No quiero que mi abuelo tenga problemas. Y saber que conservarán su muestra de tejido es lo único que me ayuda a soportar el dolor de su inminente banquete.

—Pregunta a tu abuelo —sugiere el hombre—. Él te contará la verdad. Pero no disponemos de mucho tiempo. La clasificación para la que necesitamos tu ayuda se ejecuta hoy.

—Habéis acudido a la persona equivocada —repongo—. Yo solo estoy en prácticas. Ni siquiera me han asignado un puesto de trabajo definitivo.

*Debería ignorarlos por completo, o denunciarlos. Pero me han inquietado. ¿Y si se lo cuentan todo a la Sociedad, sea o no verdad? Me agarro a un clavo ardiendo: si lo hacen, ¿pospondrá la Sociedad el banquete de mi abuelo mientras investiga? ¿Tendríamos un poco más de tiempo? Pero sé que eso no va a suceder. La Sociedad celebrará el banquete y extraerá la muestra de tejido según lo previsto y, más adelante, si hay pruebas suficientes, quizá decida destruirla.*

*—Necesitamos añadir datos a la clasificación —dice el hombre.*

*—Eso es imposible —objeto—. Cuando trabajo, solo clasifico datos que ya existen. No introduzco nada nuevo.*

*—No hace falta que introduzcas nada —aclara la mujer—. Lo único que tienes que hacer es acceder a otro conjunto de datos y transferir una parte.*

*—Eso también es imposible —aseguro—. No tengo las contraseñas. La única información que veo es la que me dan.*

*—Tenemos una clave que te permitirá manejar más datos —explica el hombre—. Te permitirá acceder simultáneamente al ordenador central de la Sociedad mientras clasificas la información.*

*Me quedo clavada en mi sitio, escuchando, mientras ellos me explican qué quieren que haga. Cuando terminan, me siento extraña e ingrávida, como si al final una espiral de viento me hubiera recogido y me hubiera hecho girar en el aire. ¿Es esto real? ¿Haré lo que me piden?*

*—¿Por qué me habéis elegido a mí? —pregunto.*

*—Cumples los criterios —responde el hombre—. Te han asignado a la clasificación de hoy.*

*—Además, eres una de las más rápidas —añade la mujer—. Y la mejor. —Luego me parece oírle decir—: Y olvidarás.*

*Cuando terminan de explicarme qué quieren que haga, me queda muy poco tiempo. Aun así, me apeo del tren aéreo en la parada más próxima al piso de mi abuelo. Tengo que hablar con él antes de decidir qué hago. Y los trabajadores del arboreto tienen razón. Mi abuelo me contará la verdad.*

*Él está en el espacio verde y, al verme, su cara refleja sorpresa y felicidad. Yo también le sonrío, aunque no tengo tiempo que perder.*

*—Tengo que ir a trabajar —le digo—. Pero necesito saber una cosa.*

*—Claro. ¿Qué es? —Tiene la mirada aguda y perspicaz.*

*—¿Alguna vez has cogido algo que no te pertenecía? —le pregunto.*

*No me responde. Percibo sorpresa en sus ojos. No sé si le sorprende la pregunta o imaginar que ya sé la respuesta. Asiente.*

*—¿De la Sociedad? —susurro, tan quedo que apenas me oigo.*

*No obstante, él me entiende. Lee las palabras en mis labios.*

*—Sí —contesta.*

*Y, al mirarlo, sé que tiene más que contarme. Pero yo no quiero saberlo. Ya he oído suficiente. Si admite esto, lo que han dicho los trabajadores del arboreto podría ser cierto. La Sociedad podría decidir no extraerle una muestra de tejido.*

*—Volveré más tarde —le prometo. Doy media vuelta y echo a correr por el camino, bajo los árboles repletos de yemas rojas.*

*Hoy el trabajo es distinto. No veo a Norah, nuestra supervisora habitual, por ninguna parte ni reconozco a muchas de las personas del centro de clasificación.*

*Un funcionario asume el mando en cuanto todos hemos ocupado nuestros puestos.*

*—La clasificación de hoy será ligeramente distinta —dice—. Es una clasificación exponencial por pares, que maneja datos personales de un subconjunto de la Sociedad.*

*Los trabajadores del arboreto tenían razón. Han dicho que hoy ejecutaríamos este tipo de clasificación. Y me han dado más información de la que ahora me da la Sociedad. La mujer me ha explicado que los datos son para el próximo banquete de emparejamiento. ¡Mi banquete! La Sociedad no debería ejecutar una clasificación cuando falta tan poco para un banquete. Además, los trabajadores del arboreto me han dicho que la Sociedad ha excluido de la clasificación, a propósito, a varios de los candidatos aptos para formar pareja. Sus datos existen en la base de datos de la Sociedad, pero no van a incluirse en la clasificación. Si hago lo que los trabajadores me piden, cambiaré eso.*

*Ellos me han dicho que son candidatos aptos, que es injusto excluirlos. Tan injusto como excluir a mi abuelo de la extracción de muestras de tejido.*

*Hago esto por él, aunque también lo hago por mí. Quiero tener a mi verdadera pareja, con todas las posibilidades incluidas.*

*Cuando accedo al subconjunto de datos y no sucede nada, no salta ninguna alarma, doy un levísimo suspiro de alivio. Por mí, dado que no me han pillado, y por las personas a las que he vuelto a incluir en la clasificación.*

*Como los datos son numéricos, no sé sus nombres ni a qué corresponden los números; solo sé qué es lo ideal, quiénes deberían formar pareja, porque el funcionario nos ha dicho qué debemos buscar. No modifico el procedimiento de la clasificación; solo añado datos.*

*La Sociedad debería disponer de clasificadores especiales para esto, en Central. Pero no ha recurrido a ellos, sino a nosotros. Me pregunto por qué. Pienso en los criterios que los trabajadores del arboreto han dicho que me convertían en la persona ideal para esta tarea. ¿Puede la Sociedad haberse regido por esos mismos criterios? ¿Soy rápida, soy la mejor y... olvidaré? ¿Qué significa eso?*

*—¿No me relacionarán con la clasificación? —he preguntado a los trabajadores del arboreto.*

—No —me ha respondido la mujer—. Tenemos acceso a los archivos de la Sociedad y podemos redirigir tus selecciones para asignarles un número identificativo falso en lugar del tuyo. Si alguien decide investigar más adelante, será como si nunca hubieras estado ahí.

—Pero mi supervisora me conoce —he protestado.

—Tu supervisora no estará presente en esta clasificación —ha dicho el hombre.

—Y los funcionarios...

La mujer me ha interrumpido.

—Los funcionarios no se acordarán de las caras ni de los nombres —ha asegurado—. Vosotros sois máquinas para ellos. Si introducimos una clave identificativa falsa y una fotografía falsa, no se acordarán de quién estaba y quién no.

Y he comprendido que por eso no se fía la Sociedad de la tecnología. Se puede invalidar y manipular. Igual que las personas, de quienes la Sociedad tampoco se fía.

—Pero los otros clasificadores... —he comenzado a decir.

—Confía en nosotros —me ha interrumpido el hombre—. No lo recordarán.

Por fin termino de clasificar.

Despego los ojos de la pantalla. Por primera vez me tropiezo con las miradas del resto de las personas que han participado en esta clasificación. Y me entra miedo. Los trabajadores del arboreto se equivocan. Este día ha sido distinto, fuera de lo corriente, para todos los clasificadores de esta sala. Pase lo que pase, recordaré a mis compañeros, las pecas de esa chica, los ojos cansados de ese hombre. Y ellos me recordarán a mí.

Van a descubrirme.

—Por favor —dice uno de los funcionarios que aguardan al principio de la sala—, saquen la pastilla roja. No se la tomen hasta que pasemos para ver cómo lo hacen.

La sala entera contiene la respiración. Sin embargo, todos obedecemos. Me pongo la pastilla en la palma de la mano. Llevo años oyendo rumores sobre la pastilla roja. Pero nunca pensé que tendría que tomarla. ¿Qué sucederá cuando lo haga?

El funcionario se detiene delante de mí. Titubeo, al borde del pánico.

—Ahora —dice. Me meto la pastilla en la boca y me la trago mientras él me observa.

Tengo un ligero sabor a lágrimas en la boca y voy sentada en el tren aéreo camino de casa sin recordar cómo he llegado aquí ni qué ha sucedido hoy.

Me siento extraña. Pero sé que tengo que ir a casa de mi abuelo. Tengo que verlo. Es en lo único que pienso. Mi abuelo. ¿Se encuentra bien?

—¿Dónde has estado? —me pregunta, cuando llego.

—En el trabajo —respondo, porque sé que vengo de allí. No obstante, estoy descentrada. No sé qué ha ocurrido exactamente. Pero aquí me siento bien. El espacio verde está precioso.

Es un día de primavera, uno de los pocos en los que tanto las yemas de los árboles como las flores del suelo son de color rojo. El aire es fresco y, a la vez, cálido. Mi abuelo me observa, con la mirada brillante y resuelta.

—¿Recuerdas lo que dije una vez sobre la pastilla verde? —pregunta.

—Sí —le contesto—. Dijiste que era lo bastante fuerte para pasar sin ella.

—Espacio verde, pastilla verde —recita, como aquel otro día ya lejano—. Verde muchacha de ojos verdes.

—Siempre recordaré ese día —sostengo.

—Pero este te está costando recordarlo —dice. Veo complicidad en su mirada, compasión.

—Sí —admito—. ¿Por qué?

Él no responde, al menos de forma directa.

—Antes un día rojo en el calendario —dice, en cambio— era un día digno de recordar. ¿Te acuerdas de eso?

—No estoy segura —respondo. Me aprieto la cabeza con las manos. Me siento confusa, aturdida. Mi abuelo tiene el semblante triste, pero resuelto. Eso me infunde valor.

Me vuelvo para mirar otra vez las yemas rojas, las flores.

—Un día rojo —repito, y se me enciende una luz—, como el día del jardín rojo.

—Así es —dice—. El día del jardín rojo. Un día memorable.

Se inclina hacia mí.

—Va a costarte recordar —añade—. Incluso esto se te va a difuminar. Sin embargo eres fuerte. Sé que puedes rememorarlo todo.

Y lo he hecho. Gracias a mi abuelo. Él ató el día del jardín rojo a mi memoria como una bandera, igual que Ky y yo atamos retales rojos a los arbustos para señalar obstáculos en la Loma.

Mi abuelo no podía devolverme todo el recuerdo, porque yo nunca le expliqué lo ocurrido, pero sí podía darme una parte, ayudarme a saber qué había olvidado. Una pista. «El día del jardín rojo.» Yo he podido construir el resto en retrospectiva, como si atravesara piedra a piedra el río del olvido para encontrar el recuerdo en la otra orilla.

Mi abuelo creía en mí y en que podía rebelarme. Y yo siempre cometí pequeños actos de rebeldía, aunque también creyera en la Sociedad. Pienso en el juego que inventé para el calígrafo de Bram cuando él era pequeño. En lo enfadada que estaba cuando me tragué aquel último trozo de tarta en mi banquete de emparejamiento. En el día que Xander y yo ocultamos a los funcionarios que él había perdido el pastillero



en la piscina. En cómo transgredimos las normas por Em cuando le dimos la pastilla verde.

Por lo que ahora sé, creo que los trabajadores del arboreto debían de ser rebeldes del Alzamiento. Hice lo que me pidieron porque amenazaron a mi abuelo. Añadí candidatos a la clasificación de los emparejamientos. No conocía su identidad. No sabía que eran aberrantes.

Tanto el Alzamiento como la Sociedad me utilizaron porque sabían que yo olvidaría. La Sociedad sabía que olvidaría la clasificación y su proximidad al banquete de emparejamiento, y el Alzamiento sabía que no podría traicionarle si no recordaba lo que había hecho. El propio Piloto lo mencionó cuando nos llevó a Última Piedra. «Ya nos has ayudado —dijo—, aunque no te acuerdes.»

Pero ahora me acuerdo.

¿Por qué me obligó el Alzamiento a añadir aberrantes a la clasificación? ¿Esperaba que eso sirviera para reclasificarlos? ¿O solo trataba de sembrar la confusión?

¿Y por qué nos utilizó la Sociedad ese día a mí y al resto de los clasificadores? ¿Ya habían empezado los clasificadores de Central a caer enfermos por culpa de la Plaga?

Otro recuerdo aflora a la superficie, de la mano del anterior.

*Ejecuté otra clasificación para un banquete de emparejamiento, en Central.*

Sucedió el día que encontré en la manga de mi ropa de diario el papelito en el que había escrito una sola palabra: «recuerda». La Sociedad estaba en apuros por culpa de la Plaga; no daba abasto con tantos inertes. ¿Durante cuánto tiempo utilizó a personas como yo para clasificar parejas y después nos dio una pastilla roja para que olvidáramos las prisas, las intervenciones de última hora?

Mi funcionaria no sabía quién había introducido a Ky como candidato.

Pero yo sí. Al menos puedo analizar los datos y deducirlo.

Fui yo.

Lo introduje sin saber qué hacía. Y después, alguien, algún otro clasificador o yo, los emparejé a él y a Xander conmigo.

¿Llegó a descubrirlo mi funcionaria? ¿Pudo haber predicho ese final? ¿Ha sobrevivido siquiera a la Plaga y a la mutación?

De todas las personas de la Sociedad, ¿son realmente Ky y Xander las dos con las que mejor me compenetro? ¿No habría la Sociedad detectado que yo tenía dos parejas o dispondría de algún método para evitar esa clase de errores? ¿O ni siquiera tenía un procedimiento para esa eventualidad porque no creía que pudiera ocurrir, ya que confiaba en sus datos y en su convicción de que solo podía haber una pareja ideal para cada persona?

Son muchas preguntas, y es posible que nunca conozca las respuestas.

No quiero hacer demasiadas preguntas a mi madre, ahora que acaba de recobrase, pero ella es fuerte. Mi padre también lo era. Ahora comprendo cuánto valor hace falta para escoger la vida que queremos, sea cual sea.

—El abuelo —digo—. Estaba en el Alzamiento. Robaba a la Sociedad.

Mi madre coge la planta que le ofrezco y asiente.

—Sí —responde—. Cogía reliquias de las obras de restauración donde trabajaba. Pero no robaba a la Sociedad en nombre del Alzamiento. Esa era su misión personal.

—¿Era un archivista? —pregunto, con el corazón en un puño.

—No —responde—, pero sí realizaba intercambios con ellos.

—¿Por qué? ¿Qué quería?

—Nada para él —contesta—. Lo hacía para sacar de la Sociedad a los anómalos y a los aberrantes.

No me extraña que mi abuelo se sorprendiera tanto cuando le hablé de la microficha y le dije que me habían emparejado con un aberrante. Confiaba en que todos estarían a salvo.

Me resulta imposible pasar por alto la paradoja. Mi abuelo trató de ayudarles sacándolos de la Sociedad; yo los introduje en la clasificación de los emparejamientos. Los dos pensábamos que hacíamos lo correcto.

La Sociedad y el Alzamiento me han utilizado cuando les hacía falta y han prescindido de mí cuando no me necesitaban. Pero mi abuelo siempre supo que yo era fuerte, siempre creyó en mí. Me creyó capaz de pasar sin la pastilla verde, de recobrar los recuerdos borrados por la roja. ¿Qué pensaría si supiera que también sobreviví a la azul?

## Capítulo 57

### Ky

—Tenemos una pista —dice el Piloto.

No me hace falta preguntar «¿Sobre qué?». La pista siempre es sobre lo mismo: un posible campo de la flor con la que se prepara la cura.

—¿Dónde? —pregunto.

—Ahora te mando las coordenadas —responde. La impresora de mi cuadro de mandos comienza a escupir información.

—Es una ciudad de Sonoma.

Indie era oriunda de esa provincia.

—¿Está cerca del mar? —pregunto.

—No —contesta—. Cerca del desierto. Pero nuestra informadora está totalmente segura de la ubicación. Se acuerda del nombre de la ciudad.

—Y la informadora es... —digo, aunque ya creo saberlo.

—La madre de Cassia. Se ha recuperado.

Al abatirme desde el este, veo una larga franja de campos alejados de la ciudad, donde la tierra está toda removida. Es por la mañana. Una capa de rocío cubre los campos y, según cómo incidan los rayos del sol, su superficie casi brilla como el mar.

«No te hagas ilusiones —me digo—. No es la primera vez que creemos haber encontrado un campo entero de azucenas y después solo hay unas cuantas flores.»

Me vienen a la mente los versos del poema de Thomas:

*Llorando los hombres buenos, al llegar la última ola,  
por el brillo con que sus frágiles obras pudieron haber danzado en  
una verde bahía,  
se enfurecen, se enfurecen ante la muerte de la luz.*

Esta podría ser la última ola que llegue, nuestra última oportunidad de curar a un número significativo de inertes antes de perderlos para siempre. Estas obras, mis viajes en aeronave, las clasificaciones de Cassia, la cura de Xander, puede que sean frágiles o tal vez brillarán.

Hay dos aeronaves posadas cerca del campo.

Externamente no vacilo: inicio el aterrizaje. Pero, en mi fuero interno, siempre me inquieto cuando veo otras aeronaves esperando. ¿Quién las tripula? En este momento parece que la Sociedad está inactiva y el Piloto y su rebelión se han afianzado en el poder, gracias a la cura que él trajo de las montañas. Sus partidarios mantienen el

orden; bajo su supervisión, hay trabajadores distribuyendo las reservas de alimentos que quedan. Las personas que no están enfermas permanecen en sus casas, las inmunes colaboran en la atención de los inertes, y reina un orden frágil y provisional. De momento el Piloto tiene el suficiente respeto de todos los pilotos y militares para seguir al mando, y la Sociedad se ha retirado, lo que ha permitido al Alzamiento dedicarse a buscar más flores para la cura. Pero algún día volverá. Y, algún día, el pueblo va a tener que decidir qué es lo quiere.

Solo hace falta que antes curemos a suficientes personas.

Aterrizo en la larga carretera desierta donde se han posado las otras aeronaves.

El Piloto se reúne conmigo y, a lo lejos, veo un automóvil aéreo que viene de la ciudad.

—Los militares creen que han encontrado a alguien que puede ayudarnos —me explica—. Un hombre que conoció al cultivador que sembró estos campos y está dispuesto a hablar de ello.

Los dos atravesamos la cuneta invadida por la hierba entre el campo y la polvorienta carretera. Espirales de alambre de espino cercan el terreno. Aunque ya veo las azucenas.

Asoman sin orden ni concierto entre los surcos y caballones de la tierra removida, pero ahí están: flores blancas que ondean como banderas de esperanza. Meto la mano por la alambrada y vuelvo una hacia nosotros; su forma es perfecta. La corola está compuesta por tres pétalos cóncavos, todos con una pizca de rojo en el anverso.

—La Sociedad removió la tierra el año pasado para enterrarlas —dice el hombre de la ciudad al acercarse por detrás—. Pero esta primavera han rebrotado. —Niega con la cabeza—. Con la Plaga no sé cuántos nos hemos dado siquiera cuenta o se nos ha ocurrido venir.

—El bulbo es comestible —asegura el Piloto—. ¿Lo sabían?

—No —responde el hombre.

—¿Quién sembró los campos antes de que la Sociedad los removiera? —pregunta el Piloto.

—Un hombre que se llamaba Jacob Childs —contesta el hombre—. No tendría que acordarme de que removieron los campos, pero me acuerdo. Ni tampoco de que se llevaron a Jacob. Pero se lo llevaron.

—Tenemos que organizar la recogida de estos bulbos —dice el Piloto—. ¿Puede ayudarnos? ¿Conoce a personas dispuestas a colaborar?

—Sí —responde el hombre—. No muchas. La mayoría están enfermas o escondidas.

—También traeremos a nuestra gente —añade el Piloto—. Pero hay que empezar cuanto antes.

Un viento suave agita las flores. Son pequeñas olas que danzan en una verde

bahía de hierba.

Días después, en el vuelo de regreso tras haber transportado otro cargamento de curas a Central, el Piloto me habla por el altavoz. Su voz me sobresalta, y también lo hace el momento que ha elegido para comunicarse conmigo: ¿sabe qué pienso hacer? Mi ruta no debería haberle dado ninguna pista todavía. El plan de vuelo que me ha asignado es ideal: pasa lo bastante cerca del lugar al que necesito ir para permitirme seguir cumpliendo con mi deber.

—No hay ninguna constancia de un hombre que se llame Jacob Childs —me informa—. Se ha esfumado.

—No me sorprende —digo—. Estoy seguro de que la Sociedad lo reclasificó y lo envió a los campos de señuelos en cuanto lo descubrió.

—También les he pedido que busquen a Patrick y a Aida —añade—. No aparecen en ninguna base de datos, ni de la Sociedad ni del Alzamiento.

—Gracias por tu interés —digo.

Muchos de nosotros queremos conocer el paradero de nuestras familias, pero los recursos de que disponemos para buscarlas, incluso en las bases de datos, son limitados.

—Ahora no puedo dejar que los busques tú —arguye—. Aún os necesitamos a ti y a tu aeronave para distribuir la cura.

—Lo comprendo —replico—. Los buscaré en mi tiempo libre.

—Ahora mismo no tienes tiempo libre —declara—. Tus horas de descanso son para descansar. No podemos permitir que vuelas agotado.

—Tengo que encontrarlos —digo. Se lo debo todo. Por Anna sé que Patrick y Aida realizaron intercambios y se sacrificaron incluso más de lo que yo creía en un principio. Le hago una pregunta que antes me habría parecido inconcebible plantearle—. ¿No hay nadie a quien aún tengas que encontrar?

Me he pasado de la raya. El Piloto no responde.

Miro abajo. La tierra está sumida en la oscuridad hasta que aparecen unas luces brillantes justo donde deberían.

En las semanas que llevo distribuyendo curas, he aterrizado varias veces en todas las provincias de la Sociedad.

Excepto en Oria.

El Piloto no nos permite aterrizar en las provincias de las que somos originarios porque sabe que conoceremos a demasiadas personas y tendremos la tentación de modificar la distribución de la cura.

—Había gente a la que tenía que encontrar —dice por fin el Piloto—, pero sabía dónde buscar. Esto es como intentar encontrar una piedra en el río Sísifo. No sabrías ni por dónde empezar. Te llevaría demasiado tiempo. Ahora. Sin embargo, más tarde,

podrás.

No le respondo. Los dos sabemos que «más tarde» a menudo significa «demasiado tarde».

La cura es eficaz, y también los análisis de Cassia, que nos indican cómo debemos proceder. Estamos salvando las máximas vidas posibles. Ella nos dice lo que cree que deberíamos hacer, y los ordenadores y el resto de los clasificadores lo corroboran: tiene la mente más precisa y clara que conozco.

Pero no podemos salvarlos a todos. En torno al once por ciento de los inertes no se recupera. Y otros sucumben a infecciones.

Inicio el descenso.

—Creía que te había dejado claro que no los puedes buscar ahora —precisa el Piloto.

—Así es —digo—. No voy a dejar que muera gente mientras busco algo que a lo mejor no encuentro.

—Entonces, ¿qué haces? —me pregunta.

—Necesito aterrizar aquí —respondo.

—No están en Oria —arguye—. Según Cassia es extremadamente improbable que estén en esa provincia.

—Ella determinó que lo más probable es que murieran en las provincias exteriores —digo—, ¿verdad?

Se queda un momento callado.

—Sí —contesta.

Vuelo en círculos hasta que veo un buen lugar para aterrizar. Al pasar por encima de la Loma, me pregunto dónde estará ahora el retal del vestido verde de Cassia, una banderita hecha jirones enterrada bajo tierra. O blanqueada por el sol, desteñida por la lluvia o transportada por el viento.

—Oria todavía es inestable, y tú eres un recurso —dice—. Da media vuelta.

—No tardaré —repito. Viro e inicio el descenso. Esta aeronave no es como la del Piloto. Carece de las hélices que permiten aterrizar en tan poco espacio.

La calle apenas tiene la longitud suficiente, pero me la sé de memoria. Di muchos paseos por ella. Con Patrick y Aida, y ellos solían ir cogidos de la mano.

Las ruedas tocan el firme, y los alerones se levantan para frenar el avance de la aeronave. Las casas pasan a toda velocidad y, cuando la calle se acaba, detengo la aeronave justo a tiempo. Desde mi ventana veía el interior de las habitaciones que tenía enfrente si sus ocupantes no tenían los postigos cerrados.

Me apeo y aprieto el paso. Mi casa está un poco más adelante. Las malas hierbas pueblan los jardines, donde las flores crecen en descuidados matojos. Me detengo en la puerta de la casa donde vivía Em. Tiene las ventanas rotas. Miro dentro, pero está vacía, y lleva así el tiempo suficiente para tener hojas en el suelo. Debe de haberlas

traído el viento de otro distrito, porque en el nuestro ya no hay árboles.

Sigo adelante.

Mientras estaba inerte, oí lo que Anna explicó sobre mis padres y sobre Patrick, Aida y Matthew. Mis padres no pudieron alejarme de la Sociedad. Por eso, cuando murieron, intentaron acercarme todo lo posible a ella y esperaron que diera resultado. Y Patrick y Aida me acogieron y me quisieron como a su propio hijo.

Jamás olvidaré los gritos de Aida ni la cara de Patrick cuando los funcionarios fueron a buscarme, ni cómo trataron de abrazarme y abrazarse.

La Sociedad sabía lo que hacía cuando emparejó a Patrick y a Aida.

Si me hubieran emparejado a mí con Cassia, si hubiera sabido que podría vivir ochenta años con buena salud y que la mayoría los pasaría con ella, me pregunto si habría tenido la fortaleza de intentar derrocar a la Sociedad.

Xander la ha tenido.

Enfilo el camino y llamo a la puerta de la casa donde vivíamos.

## Capítulo 58

### Xander

En las últimas semanas, hemos hecho varios grandes avances en la administración de la cura. Primero los campos de los que nos habló la madre de Cassia nos permitieron elaborar más cantidad de cura y distribuirla con más rapidez. Después descubrimos cómo sintetizar las proteínas de la azucena en el laboratorio. Los mejores cerebros que quedan en el Alzamiento y la Sociedad han aunado esfuerzos para intentar conseguir que esto funcione.

Hasta ahora lo hace. Los pacientes mejoran. Y, si la mutación vuelve a aparecer, tenemos una cura. A menos, naturalmente, que el virus vuelva a mutar. Pero por ahora los datos indican que lo peor ha pasado. Yo no me fiaría de los datos si no fuera porque la clasificadora que los analiza es Cassia.

Ahora nos encaminamos a una época distinta: cuando todos se hayan recuperado, tendremos que decidir en qué clase de mundo queremos vivir. No sé si superaremos ese reto tan bien como hemos superado la Plaga.

—Has salvado el mundo —le gusta decir a mi padre.

—Ha sido suerte —arguyo—. Siempre hemos tenido suerte.

Y es cierto. Solo hay que echar un vistazo a mi familia. Mi hermano regresó al distrito desde la ciudad de Oria cuando la Plaga estalló, y todos evitaron contagiarse casi hasta al final. E incluso cuando cayeron enfermos, Ky llegó justo a tiempo de traerlos al centro médico para que pudiéramos curarles.

—Intentamos mantener el distrito unido —dice mi padre.

Y lo consiguieron. Racionaron y compartieron la comida, y cuidaron los unos de los otros el mayor tiempo posible.

No es que no merezcan su suerte. Ellos siempre han creído que, si una persona se esfuerza y hace lo correcto, es probable que todo le vaya bien. Y no son estúpidos. Saben que no siempre es así. Han visto suceder calamidades y se les ha desgarrado el corazón. Pero ese ha sido todo su sufrimiento.

Además, soy un hipócrita, porque, de hecho, a mí tampoco me ha ocurrido nada malo. La familia de Ky ha desaparecido. Cassia ha perdido a su padre. Sin embargo, nosotros, los Carrow, no. Nosotros estamos todos bien. Incluso mi hermano, que nunca se unió al Alzamiento. Estaba equivocado con él. Estaba equivocado en muchas cosas.

Pero la cura que preparamos es eficaz.

Cuando tengo un descanso, salgo del centro médico y me dirijo al río que fluye por el centro de la ciudad de Camas. Ahora que han derribado la barricada y la



mutación está bajo control, la gente ha vuelto a pasear por la orilla. No lejos del centro médico, hay un dique de hormigón con unas escaleras que llegan al agua.

Ky y Cassia se ven ahí algunas veces, cuando él regresa de una misión, y una vez lo encontré solo, contemplando el agua.

Me senté a su lado.

—Gracias —dije. Era la primera vez que lo veía desde que había traído a mi familia a Camas para que le administráramos la cura.

Él asintió.

—No podía traer a mi propia familia —arguyó—. Esperaba poder encontrar a la tuya.

—Y lo hiciste —contesté, y traté de hablar sin resentimiento—. Justo donde la Sociedad la dejó.

Ky enarcó las cejas.

—Me alegro de tenerlos aquí —añadí—. Siempre estaré en deuda contigo por haberlos traído. Quién sabe cuánto tiempo habrían tardado en administrarles la cura.

—Era lo menos que podía hacer —dijo—. Tú y Cassia sois los que me curasteis.

—¿Cómo supiste que la querías? —le pregunté—. Cuando te enamoraste, ella no te conocía de verdad. No sabía nada de tu pasado.

Ky no respondió enseguida. Contempló el agua.

—Una vez tuve que dejar un cadáver en un río —dijo por fin—, antes de que estallara la Plaga. En el campo de trabajo murió un aberrante, antes de lo que había previsto la Sociedad, y los militares nos obligaron a deshacernos de la prueba. Fue entonces cuando conocí a mi amigo Vick.

Asentí. Les había oído hablar de Vick.

—Vick estaba enamorado de alguien a quien no podía tener —continuó Ky—. Al final murió por eso. —Me miró—. Yo quise seguir vivo después de que mi familia muriera —añadió—. Pero no volví a sentirme así hasta que conocí a Cassia.

—Pero no sentiste que te conocía de verdad, ¿no? —vuelvo a preguntarle.

—No —respondió—, aunque sentí que podía hacerlo.

Comienzo a bajar los anchos escalones que conducen al agua. Ky no está, pero veo a otra persona que conozco. Es Lei, con su larga melena negra.

Hace días que no nos vemos, ni siquiera por los pasillos. Cuando se recuperó, se reincorporó al trabajo y, desde entonces, nuestros caminos apenas se han cruzado. Cuando lo han hecho, nos hemos sonreído y saludado. Probablemente sabe que trabajo en la cura, pese a que no he tenido ocasión de hablar con ella.

Vacilo, pero Lei me mira, sonrío y me hace una seña para que me acerque. Tomo asiento a su lado y me siento estúpido. No sé por dónde empezar.

Ella, sin embargo, sí.

—¿Adónde fuiste? —me pregunta.

—A las montañas —respondo—. El Piloto nos llevó a varios. Allí es donde encontramos la cura.

—Y tú fuiste quien la encontró —dice.

—No —admito—. Fue Cassia.

—Tu pareja —dice.

—Sí. Está viva, y bien. Está aquí.

—Creo que la he visto —observa—, hablando contigo. —Me escruta con la mirada, trata de descubrir lo que no he dicho.

—Está enamorada de otro —explico.

Por un momento, pone la mano sobre la mía con mucha suavidad.

—Lo siento —dice.

—¿Qué hay de tu pareja? —pregunto—. ¿Has dado con él?

Vuelve la cara y, cuando su larga melena oscila y le roza la espalda y la nuca, recuerdo la vez que comprobamos si teníamos la marca durante los días que pasamos en el centro médico.

—Murió —responde—. Antes de que estallara la Plaga.

—Lo siento —digo.

—Creo que lo supe antes de que me lo dijeran —explica—. Creo que pude sentir su ausencia. —Su voz vuelve a sorprenderme. Es preciosa. Me gustaría oírle cantar—. A ti debe de parecerle absurdo.

—No —repongo—. En absoluto.

Algo salta en el río, y me sobresalto un poco.

—Un pez —dice, y vuelve a mirarme.

—¿Uno de los que me hablaste? —pregunto.

—No —contesta—. Este era plateado, no rojo.

—¿Adónde fuiste tú? —pregunto.

Sabe bien a qué me refiero: «¿Adónde fuiste cuando te quedaste inerte?».

—Estuve nadando casi todo el tiempo —responde—. Como uno de los peces de los que te hablé. Y tenía otro cuerpo. Sabía que en realidad no era pez, pero era más fácil que pensar en lo que estaba pasando.

—Me pregunto por qué piensa todo el mundo en el agua —digo.

Ky hizo lo mismo. Nos contó que estuvo en el mar con la chica que murió. Indie.

—Yo creo que es porque el cielo nos parece demasiado alejado —arguye—. Nos parece que no podrá sostenernos como hace el agua.

O porque los pulmones se llenan de un líquido que no siempre se puede expectorar. Pero ninguno de los dos menciona la explicación médica, aunque ambos la conocemos.

No sé qué decir. Cuando la miro, pienso que quizá es la clase de persona capaz de

hacer lo que ha dicho que hace el agua: sostener a otro. Me imagino abrazándola y besándola, y puedo verme abandonándome, hundiéndome, con ella.

Lei cambia la cara. Debe de haberme leído el pensamiento.

Me levanto, indignado conmigo mismo. No estoy en condiciones de querer a nadie, y ella acaba de perder a su pareja y recuperarse de la mutación. Los dos estamos solos.

—Tengo que irme —digo.

## Capítulo 59

### Cassia

Vacilo un momento al principio de los escalones, escondida detrás de uno de los árboles que bordean el embarcadero. Espero a que pase Xander. No me ve.

Me armo de valor y bajo, hacia el agua y la chica. Me siento a su lado, y ella se vuelve y me mira.

—Soy Cassia —digo—. Creo que las dos conocemos a Xander.

—Sí —responde—. Yo soy Lei. Nea Lei.

Le escruto el rostro con todo el disimulo de que soy capaz. No es mucho mayor que nosotros, aunque parece más sabia. Habla con mucha claridad, pero su tono no es seco, sino dulce. Es hermosa, con una belleza muy particular, el pelo muy oscuro, la mirada profunda.

—Las dos conocemos a Xander —dice—, pero tú estás enamorada de otro.

—Sí —respondo.

—Xander me habló un poco de ti —continúa—. Cuando trabajamos juntos. Siempre hablaba de su pareja, y yo siempre hablaba de la mía.

—Tu pareja, ¿ha...? —No me atrevo a terminar la frase.

—Mi pareja se ha ido —dice. Le resbalan lágrimas por las mejillas y se las enjuga con la palma de la mano—. Perdona —añade—. Lo sospechaba desde hacía meses. Pero, ahora que lo sé, parezco incapaz de no llorar siempre que hablo de él. Sobre todo aquí. El agua le encantaba.

—¿Hay alguien a quien pueda ayudarte a encontrar? —pregunto—. ¿Algún pariente...?

—No —responde—. No tengo familia. Todos han muerto. Soy una anómala.

—¿De veras? —pregunto, estupefacta—. ¿Cómo te escondiste de la Sociedad?

—Ante sus propios ojos —responde—. Los datos pueden falsificarse, si conoces a la persona apropiada, y mis padres la conocían. Ellos creían en el Piloto, pero, después de ver a cuántos anómalos había dejado morir, al final decidieron que la Sociedad sería más segura. Dieron todo lo que tenían para comprarme una identidad falsa impecable. Entré en la Sociedad y, poco después, me hicieron funcionaria. —Hace un amago de sonrisa—. La Sociedad se llevaría una sorpresa si supiera que nombró funcionaria a una anómala en tan poco tiempo. —Se levanta—. Si ves a Xander, ¿podrás decirle adiós de mi parte?

—Deberías despedirte de él en persona —digo, pero ella sigue.

»¡Espera! —exclamo. Hay una cosa que no entiendo—. Si no fuiste una ciudadana hasta hace poco, es imposible que fueras a un banquete de emparejamiento. Así que ¿cómo...?

—Nunca necesité a la Sociedad —responde— para encontrar a mi pareja.

Mira el agua. Y, en ese momento, creo saber quién es.

—Tu nombre —digo—. ¿Era el mismo o te lo cambiaste cuando entraste en la Sociedad?

—No lo cambié del todo —responde—. Solo lo invertí.

Voy corriendo al centro médico en busca de Xander. Lo encuentro trabajando en el laboratorio y aporreo la ventana para captar su atención.

El padre de Xander, que también trabaja en el laboratorio, me ve primero. Me sonrío, pese a que también veo recelo en su cara. No quiere que hiera a su hijo.

Y sabe que Xander está herido.

«No todo es culpa mía —quiero decir al señor Carrow—. Pero Xander ha cambiado. Ha sufrido mucho: su decepción con el Alzamiento, su duro período en el centro médico, el tiempo que pasó en las montañas.»

—Tu amiga —digo a Xander en cuanto me abre—. Se va. Me ha pedido que te diga adiós.

«Y tienes que ir a su encuentro. Porque ella ya ha perdido demasiado, y tú también.» He atado cabos junto a la orilla del río cuando Lei ha dicho que no necesitó a la Sociedad para encontrar a su pareja. Cuando ha dicho que ni tan siquiera tuvo que cambiarse el nombre, que solo lo invirtió. Nea Lei. Si se pronuncia con el orden cambiado, «leini», suena igual que Laney. Ky nunca lo había visto escrito cuando grabó el nombre de la chica a la que Vick quería en un trozo de madera. Y puede que Vick tampoco.

Xander da un paso hacia delante.

—¿Ha dicho adónde iba? —En su cara veo todo lo que necesito saber.

Y lo que iba a decirle ya no tiene la importancia que yo pensaba. Porque la historia de Lei, con Vick, no me corresponde contarla a mí. Le corresponde a ella hacerlo, a Lei. Y puede o no convertirse en una parte de su historia con Xander; sin embargo, eso tampoco lo decido yo.

—No —respondo—. Pero, Xander, puedes alcanzarla. Puedes averiguarlo.

Por un momento creo que lo hará. Pero él se sienta a su mesa de trabajo. Se inclina sobre ella, con la espalda recta, y se pone una máscara de seguridad y determinación.

¿Cómo es posible que sepa entender tan bien a los demás pero no se escuche a sí mismo?

Porque no quiere que vuelvan a herirlo.

—Eso no es todo —continúo. Me acerco más, para que nadie nos oiga—. El Piloto ha decidido que es hora de llevar a los lugareños a las Tierras Ignoras.

—¿Por qué ahora? —pregunta.

—El día de la votación se acerca —respondo—. Entonces no podrá prescindir de

las aeronaves. Las necesitará todas para mantener el orden. Corren rumores de que los partidarios de la Sociedad van a intentar hacerse con el control.

—Tampoco puede prescindir de las aeronaves ahora —protesta Xander—. Las necesitamos para distribuir las curas.

—No va a utilizar muchas —digo—. Solo unas pocas aeronaves de transporte, no las de combate. Aterrizarán en Última Piedra y llevarán a los lugareños lo más lejos posible. Ky y yo también vamos al pueblo para hablar con Anna y traerla a Camas, si ella accede. Quería que lo supieras.

—¿Por qué?

—No quería que te preocuparas —respondo. «No quería que sintieras que he vuelto a abandonarte.»

—¿Va a dejar el Piloto que vaya más gente a las Tierras Ignoras aparte de los lugareños? —pregunta.

—Si hay sitio imagino que sí —respondo.

—Puede que los lugareños me dejen ir con ellos —dice. Sonríe y veo una pizca del Xander que era. ¡Y cuánto lo echo de menos!—. A lo mejor se fían de mí ahora que saben que no mentía.

—No —protesto, aturdida—. Xander, tú no puedes irte a las Tierras Ignoras. Te necesitamos.

—Lo siento —dice—, pero ya no puedo dejar que eso me ate.

## Capítulo 60

### Ky

Cassia y yo esperamos la orden del Piloto.

No hay nadie más en la aeronave. Esta vez viajamos solos. Llevamos provisiones al pueblo y espero poder sacar a algunos lugareños de él. Cassia ha decidido que necesitamos que Anna se presente como candidata en la votación. «Es una buena líder —me ha dicho—. Lleva años demostrándolo.»

—¿Cuántas aeronaves tienen que despegar antes que nosotros? —me pregunta Cassia.

—Diez —respondo—. Somos de los últimos.

—Entonces tenemos un poco de tiempo —dice.

«Tiempo.» Es lo que siempre hemos querido, lo que rara vez tenemos.

Cassia ocupa el asiento del copiloto y se vuelve hacia mí. Veo malicia en sus brillantes ojos verdes y contengo la respiración.

Me coge por la nuca con ambas manos y yo me inclino hacia ella.

Cierro los ojos y la recuerdo, hermosa como la nieve, cuando salió de los cañones. La recuerdo sosteniendo el retal verde de seda junto a su mejilla en la Loma. Recuerdo su piel y la tierra de los cañones, y su cara mirándome desde arriba en las montañas, ayudándome a regresar.

—Te quiero —susurra.

—Te quiero —digo.

La elijo otra vez, y otra, y otra. Hasta que el Piloto nos interrumpe y es hora de despegar.

Subimos al cielo. Los dos juntos. Cuando pasamos entre jirones de nubes, finjo que son las pinturas de mi madre, evaporadas de la superficie de las piedras, camino de un mundo nuevo.

## Capítulo 61

### Cassia

Él nos lleva más alto, y la aeronave se estremece y protesta. El corazón me late deprisa, y no tengo miedo.

Veo las montañas, una enorme silueta verde y azul recortada sobre el cielo, que va menguando y alejándose hasta que todo lo que nos envuelve es azul.

El azul está salpicado de blanco y dorado, jirones de nubes que flotan en el cielo como la semilla de álamo de Virginia que una vez di a mi abuelo. «Desgarradas nubes de fuego», susurro, al acordarme, y me pregunto dónde leyó esas palabras y si este es un viaje que realizó después de morir, si subió hasta aquí para que el sol lo calentara, si cogió estos pedazos de cielo entre los dedos y luego los soltó.

«Y después, ¿dónde? —me pregunto—. ¿Puede haber mejor lugar que este?»

A lo mejor es ahí adonde iban los ángeles cuando subían al cielo. Puede que sea donde mi padre está ahora, calentándose al sol. Quizá sería cruel revivirlo y tomarlo pesado. O, quizá, cuando son ingrátidos, se sienten solos.

Miro a Ky. Su cara irradia una honda serenidad que rara vez he visto en él.

—Ky —digo—, el Piloto eres tú.

Sonríe.

—Lo eres —insisto—. Mira cómo vuelas. Igual que Indie.

La sonrisa se le tiñe de tristeza.

—Debes de pensar en ella cuando vuelas —añado y, aunque lo entiendo, noto una punzada de dolor. Hay lugares, momentos, en los que siempre pensaré en Xander. Cada vez que vea una piscina azul, una neorrosa roja, las raíces de una planta arrancada del suelo.

—Sí —responde—. Pero en ti pienso siempre.

Me acerco a él y le pongo la mano en la mejilla. No quiero distraerlo demasiado de lo que hace.

El vuelo, con el hombre al que quiero, es sublime, glorioso. Pero abajo hay muchas personas atrapadas.

Descendemos y, cuando atravesamos las nubes, las montañas nos aguardan. La luz vespertina que las baña torna rosa la nieve blanca y dora la roca gris. Árboles oscuros e hilos de agua, planos al principio pero cada vez más brillantes y tridimensionales a medida que nos acercamos, se aferran a las laderas; piedras desprendidas abren hondos surcos en las colinas más bajas.

Cogidos de la mano, nos alejamos del prado donde hemos aterrizado para hablar con Anna y Eli en el pueblo. «Espero que vuelvan con nosotros —pienso—. Los



necesitamos en las provincias.» Aunque quizá quieran ir a las Tierras Ignatas, o quedarse en las montañas, o ir en busca de Hunter, o regresar a la Talla. Ahora hay muchas posibilidades.

Ky se para en seco.

—Escucha —dice—. Música.

Al principio solo oigo el murmullo del viento entre los altos pinos. Pero, al cabo de un momento, oigo cantar en el pueblo.

Apretamos el paso. Cuando llegamos, Ky señala a una persona.

—Xander —dice.

Tiene razón. Xander está más adelante: veo su pelo rubio, su perfil. Debe de haber viajado en una de las otras aeronaves.

Va a intentar ir a las Tierras Ignatas.

Debe de saber que estamos aquí, en alguna parte, pero no nos busca. En este momento lo único que hace es escuchar.

Los lugareños no solo cantan, sino que también danzan alrededor de la piedra del pueblo, como despedida. También danza el fuego y, de algún modo, con instrumentos hechos de madera y provistos de cuerdas, los lugareños hacen música.

Uno de los militares se adelanta para parar la celebración, pero Ky se lo impide.

—Nos han salvado —le recuerda—. Deles un poco de tiempo.

El militar asiente.

Ky me mira. Yo le paso los dedos por los labios. «Está tan vivo.»

—Y ahora, ¿qué?

—Baila conmigo —sugiere—. Te dije que te enseñaría.

—Ya he aprendido —digo, y pienso en la vez de la Galería.

—No me sorprende —susurra Ky.

Me coge por la cintura. Oigo música dentro de mí y comenzamos a movernos. No le pregunto si lo hago bien. Sé que sí.

—Cassia. —Ky dice mi nombre como una canción. Su voz siempre ha tenido música.

Repito mi nombre, sin cesar, mientras nos movemos juntos, hasta que estoy atrapada en un lugar extraño entre la vulnerabilidad y la fortaleza, entre la confusión y la claridad, la necesidad y la saciedad, dar y recibir y...

—Ky —digo.

Durante mucho tiempo, nos ha preocupado quién nos veía. Quién podía estar observando, a quién podíamos hacer daño. Pero, en este momento, solo bailamos.

Vuelvo a la realidad cuando termina la canción, cuando los instrumentos de cuerda emiten un sonido que parece corazones desgarrándose. Entonces no puedo evitar buscar a Xander. Cuando lo encuentro, veo que nos mira, pero no hay celos en

su mirada. Solo hay nostalgia, aunque ya no es por mí.

«Encontrarás el amor, Xander», quiero decirle. La luz del fuego danza en el rostro de Leyna. Es muy bella, muy fuerte. ¿Podría llegar a amarla Xander? ¿Algún día? ¿Si partieran juntos a las Tierras Ignoras?

—Podríamos quedarnos aquí —me dice Ky al oído—. No hace falta que volvamos.

Ya hemos tenido esta conversación. Sabemos la respuesta. Nos queremos, pero también debemos pensar en otras personas. Ky tiene que buscar a Patrick y a Aida, por si siguen vivos. Yo tengo que estar con mi familia.

—Antes, cuando volaba —dice Ky—, solía imaginarme que bajaba a recogeros a todos y nos íbamos muy lejos.

—A lo mejor podemos hacerlo algún día —señalo.

—Es posible que no tengamos que ir tan lejos para buscar un mundo nuevo —repite—. Es posible que la votación sí sea un comienzo.

Nunca lo había visto tan esperanzado como ahora.

Anna se acerca a Xander, le dice algo y ambos vienen a nuestro encuentro. El fuego llamea y vacila y, cuando vuelve a avivarse, veo que Anna lleva una tiza azul en la mano.

—Lo habéis conseguido —nos dice a los tres—. Habéis encontrado la cura, y todos habéis desempeñado un papel. —Le coge la mano a Ky y le pinta una raya azul repasándole una vena—. El piloto —afirma. Me levanta la mano y continúa la raya—. La poeta. —Por último, coge la mano a Xander y termina la raya en su brazo—. El doctor —concluye.

La noche de las montañas, con sus aromas a pino y madera de leña, sus luces y su música, nos envuelve cuando Anna se retira. Estoy agarrada a Xander y a Ky al mismo tiempo, y los tres formamos un pequeño círculo al filo del mundo conocido. Y, aunque el momento todavía existe, me descubro lamentando su paso.

La niña a la que Xander y yo vimos la otra vez se acerca bailando. Lleva las mismas alas de entonces y nos mira. Está claro que quiere bailar con uno de los chicos. Ky permite que se lo lleve y me deja a solas con Xander para que nos despedamos.

La música, esta vez animada, nos acompaña, nos envuelve, nos impregna, y Xander está conmigo.

—Sabes bailar —dice—. Y cantar.

—Sí —respondo.

—Yo no —se lamenta.

—Aprenderás —declaro, y le cojo las manos.

Él se mueve con fluidez. A pesar de lo que cree, tiene la música dentro. Nunca le han enseñado a bailar y, no obstante, me lleva. No se da cuenta porque está

demasiado concentrado en lo que le falta, en lo que cree que no sabe hacer.

—¿Puedo preguntarte por una cosa?

—Por supuesto —responde.

—Recuerdo algo que no debería —digo—. De un día que tomé la pastilla roja.

Le explico cómo desenterré el recuerdo del día del jardín rojo.

—¿Cómo he podido recuperar parte de la memoria? —pregunto.

—Quizá tenga que ver con la pastilla verde —responde. Su voz me parece muy tierna y cansada—. Es posible que, al no haberla tomado, ni una sola vez, puedas recuperar tus recuerdos de alguna forma. Y sobreviviste a la azul. Oker me explicó que la pastilla azul y la Plaga están relacionadas. A lo mejor contribuiste a volverte inmune. —Niega con la cabeza—. La Sociedad creó las pastillas como un puzle. Cada una es una pieza. Gracias a los farmacólogos y los científicos, estoy empezando a comprender lo complejo que es todo. Cómo interaccionan los medicamentos, y cómo surten un efecto distinto según las personas. Podría pasarme la vida intentando entenderlo.

—Entonces, según tú —digo—, es posible que no lo sepa nunca.

—Sí —responde—. Puede que siempre te hagas esa pregunta.

—«Hacerse preguntas está bien» —digo. Aparte de las palabras de la microficha, eso fue lo último que me dijo mi abuelo antes de morir. Me dio los poemas. Y me dijo que estaba bien hacerse preguntas. Por tanto, no debe preocuparme no saber qué poema quería que tomara como ejemplo. Puede incluso que su intención fuera esa. No pasa nada si no puedo entenderlo todo aquí y ahora.

—O a lo mejor simplemente eres tú... —arguye Xander. Creo que sonrío—. Siempre has sido una de las personas más fuertes que conozco.

Eli se ha puesto a bailar con Ky y la niña. Están cogidos de las manos y se ríen mientras el fuego parpadea en las alas de la niña. Me recuerda a Indie en el abandono con que se mueve, en lo rojos que el fuego le torna los cabellos. «Ojalá estuviera Indie aquí ahora —pienso—, y mi padre, y todas las otras personas a las que hemos perdido.»

Xander y yo dejamos de bailar. Nos quedamos muy juntos y quietos, rodeados de gente en movimiento.

—En el distrito —dice—, te hice una pregunta: si pudiéramos elegir, ¿me habrías elegido a mí en algún momento?

—Me acuerdo —convengo—. Te dije que sí.

—Así es. Pero no podemos volver atrás.

—No —reconozco.

Los viajes de Xander acontecieron en las habitaciones y largos pasillos del centro médico mientras trabajó allí con Lei. Cuando volví a verlo en la aeronave del Piloto, ya había estado en lugares a los que yo no iría nunca y se había convertido en otra

persona. Pero yo no lo presencié. Yo lo creía inalterable, una roca en el buen sentido de la palabra, firme, digno de confianza, un pilar en el que apoyarse. Sin embargo, es como todos nosotros: ligero como el viento, pasajero como jirones de nubes delante del sol, hermoso y fugaz, y, si alguna vez ejercí alguna influencia sobre él, eso ha terminado.

—Xander —digo, y él me da un último abrazo.

Las aeronaves despegan y, en su ascenso, tapan las estrellas. La fogata sigue encendida; algunos habitantes del pueblo, en su mayoría labradores, han decidido quedarse en las montañas.

Xander parte con rumbo a un lugar diferente, un lugar lejano del que ni siquiera tengo la certeza de que haya retorno.

## Capítulo 62

### Xander

Parece que un millón de pájaros bata las alas a la vez, pero solo son las aeronaves surcando el cielo. En el último momento, he comprendido que no puedo marcharme a las Tierras Ignotas. Sin embargo, tampoco he sido capaz de regresar a Camas. Como de costumbre, estoy estancado, en medio.

Se hace de día. Rodeo el pueblo para no tener que hablar con nadie y me dirijo al riachuelo próximo al prado donde Oker y yo recogimos las camacias. Dentro de un rato, regresaré y preguntaré a los labradores si puedo hacer algo por ellos: quizá pueda trabajar en el antiguo laboratorio de Oker.

Las raíces de los árboles que crecen junto al riachuelo están parcialmente sumergidas en el agua. Son minúsculas y rojas. No sabía que hubiera raíces de este color.

Y entonces veo un manchón rojo más grande. Y otro. Y otro más. Son casi grotescos, con la mandíbula extraña y los ojos redondos, pero el color es impresionante.

Son los peces rojos de los que me habló Lei. Por fin los veo.

Me duele la garganta y me escuecen los ojos. Me acerco más al agua.

Oigo un ruido detrás de mí. Me vuelvo, cambio de cara y sonrío, preparado para saludar a quienquiera que haya encontrado el camino hasta aquí.

—Xander —dice.

Es Lei.

—¿Han vuelto? —me pregunta—. ¿Los peces rojos?

—Sí —respondo.

—No sabía que estabas aquí. No te vi en las aeronaves que vinieron de Camas.

—Debimos de viajar en una distinta —arguyo—. Pensaba irme a las Tierras Ignotas.

—Yo también —contesta—. Pero no he podido marcharme.

—¿Por qué? —pregunto, y pese a que no sé qué deseo que responda, el corazón me palpita y oigo un sonido en los oídos que parece agua corriendo o el rumor de las aeronaves al despegar.

Lei no responde, sino que mira hacia el riachuelo. Por supuesto. Los peces.

—¿Por qué vuelven desde tan lejos? —le pregunto.

—Para reunirse. —Me mira a los ojos—. Solíamos venir juntos al río —dice—. Se parecía un poco a ti. Tenía los ojos muy azules.

Los oídos dejan de pitarme. Todo parece haberse quedado en silencio. Lei ha regresado porque no ha podido abandonar la tierra donde lo conoció. No tiene nada que ver conmigo.

Me aclaro la garganta.

—Me explicaste que estos peces son azules en el mar —digo—. Como si fueran otro animal.

—Sí y no —precisa—. Han cambiado. Todos podemos cambiar. —Es muy dulce conmigo. Me habla con mucha ternura.

Se acerca hasta quedarse justo delante de mí.

Quiero decir una cosa que no he dicho nunca, y no va a ser a Cassia, como siempre había creído.

—Te quiero —declaro—. Sé que aún amas a otro, pero...

—Te quiero —contesta.

No está todo perdido. Ella ha querido a otra persona, y yo también. La Sociedad, el Alzamiento y el mundo siguen ahí, presionando contra nosotros. Lei, sin embargo, los mantiene alejados. Ha conseguido hacer sitio para que dos personas quepan juntas, lo autorice o no la Sociedad o el Alzamiento. Ya lo ha hecho antes. Lo asombroso es que no le dé miedo volver a hacerlo. Cuando nos enamoramos por primera vez, no sabemos nada. Arriesgamos mucho menos que cuando decidimos volver a querer.

La sensación de enamorarse por primera vez es increíble.

Pero la sensación de estar en tierra firme con una persona que me sostiene, me ancla, y saber que yo hago lo mismo por ella, es incluso mejor.

—¿Te acuerdas de la historia que te conté? —pregunta Lei—. ¿Sobre la piloto y el hombre al que quería?

—Sí —respondo.

—¿Quién crees que tuvo que ser más valiente? —continúa—. ¿La piloto, que lo dejó marchar, o el hombre, que tuvo que volver a empezar en un mundo nuevo?

—Los dos fueron valientes.

Tiene los ojos a la altura de los míos. Por eso veo cuando los cierra y se abandona a mí: justo cuando nuestros labios se encuentran.

## Capítulo 63

### Cassia

Ky y yo estamos juntos en lo alto de la escalera del Ayuntamiento de Camas. Vamos cogidos de la mano, y el fuerte sol de finales de verano nos obliga a parpadear. Nadie repara en nosotros. Las personas que suben la escalera tienen otras cosas en la cabeza. Algunas parecen indecisas; otras, ilusionadas.

Una anciana se detiene al llegar arriba y me mira.

—¿Cuándo escribo mi nombre? —pregunta.

—Cuando vote, dentro —respondo.

La mujer asiente y entra en el edificio.

Miro a Ky y sonrío. Nosotros acabamos de escribir nuestros nombres para elegir a la persona que queremos que gobierne.

—Cuando el pueblo eligió a la Sociedad, casi supuso el fin de todos nosotros —comento—. A lo mejor vuelve a serlo, esta vez para siempre.

—A lo mejor —conviene Ky—. O a lo mejor elegimos otra cosa.

Hay tres posibles candidatos para gobernar el país. El Piloto representa al Alzamiento. Una funcionaria representa a la Sociedad.

Y Anna representa a todos los demás. Ella y Eli regresaron a Camas con nosotros. «¿Y Hunter?», le preguntó Ky. Anna respondió: «Sé adónde ha ido», y sonrió con una mezcla de tristeza y esperanza, un sentimiento que conozco demasiado bien.

Esta votación es una tarea ingente e imposible, un experimento hermoso y formidable, y podría salir mal en muchos sentidos. Pienso en todos los papelitos blancos que hay dentro del Ayuntamiento, en todas las personas que han aprendido a escribir, al menos su nombre. ¿Qué votarán? ¿Qué será de nosotros y de nuestras tierras de cielo azul, piedra roja y verde hierba?

«Sin embargo —me recuerdo—, la Sociedad no puede volver a arrebatárnoslo todo a menos que se lo permitamos. Podemos recuperar nuestros recuerdos, aunque tendremos que comunicarnos y fiarnos unos de otros. Si lo hubiéramos hecho antes, quizá habríamos tardado menos en encontrar la cura. ¿Quién sabe por qué sembró azucenas aquel cultivador? A lo mejor sabía que necesitaríamos las flores para elaborar una cura. O puede que solo le parecieran bonitas, como a mi madre. Pero casi siempre la belleza nos da la respuesta.»

El porvenir no se presenta nada fácil. No obstante, todos juntos, hemos sobrevivido a la Plaga y a su mutación. Los partidarios del Alzamiento, los simpatizantes de la Sociedad y los que tenían convicciones completamente distintas trabajaron hombro con hombro para ayudar a los inertes. Algunos no lo hicieron. Otros huyeron o mataron. Pero muchos trataron de salvar vidas.

—¿A quién has votado? —susurro a Ky mientras bajamos la escalera.

—A Anna —responde. Me sonrío—. ¿Y tú?

—A Anna —digo.

Ojalá gane.

Es hora de que gobiernen los anómalos y los aberrantes.

«Pero ¿se lo permitiremos?»

En los debates retransmitidos por los terminales, la funcionaria fue clara y concisa, estadística. «¿No creéis que ya hemos visto esto antes? —inquirió—. Todo lo que hacéis ya se ha hecho. Deberíais dejar que la Sociedad volviera a ayudaros. Por supuesto, esta vez habrá más libertad de expresión. Os daremos más opciones. Pero, si todo el mundo hiciera lo que se le antojara, ¿qué pasaría?»

«Escribiríamos. Cantaríamos», pensé yo.

«Sí —continuó la funcionaria, como si me hubiera leído el pensamiento, como si nos lo hubiera leído a todos—. Exacto. Escribiríais los mismos libros que han escrito otras personas. Compondríais los mismos poemas: tratarían de amor.»

Tiene razón. Compondríamos poemas de amor y no contaríamos ninguna historia nueva. Aunque sería la primera vez que nosotros los sintiéramos y contáramos.

Recuerdo cómo nos llamó Anna a los tres.

«El piloto. La poeta. El doctor.»

Ellos están en cada uno de nosotros. Sé a ciencia cierta que todos tenemos una forma de volar, un verso que escribir para que otros lo lean, una mano con la que curar.

Xander nos envió un mensaje para decirnos dónde está. Lo escribió él. Fue la primera vez que vi su letra y se me saltaron las lágrimas al leer los ordenados renglones manuscritos.

«Sigo en las montañas. Con Lei. Por favor, decid a mi familia que estoy bien. Soy feliz. Y algún día volveré.»

Espero que sea cierto.

Mi madre y Bram nos esperan en los escalones del dique.

—Ya habéis votado —dice mi hermano—. ¿Cómo ha sido?

—Silencioso —respondo, al recordar el Ayuntamiento atestado de gente y el sonido de los lápices sobre el papel, de personas escribiendo su nombre despacio y con esmero.

—Debería poder votar —replica Bram

—Sí —convengo—. Pero han decidido que sea a los diecisiete.

—La edad del banquete —precisa él—. ¿Crees que voy a tener un banquete?

—Puede —contesto—. Aunque espero que no.

—Tengo algo para ti —dice Ky. Abre la mano y veo el tubo de mi abuelo, el que encontramos en la Caverna, el que Ky escondió en el nudo de un árbol porque yo se lo pedí.



—¿Desde cuándo lo tienes? —pregunto.

—Desde ayer —responde—. Estuvimos en las provincias exteriores otra vez, buscando supervivientes. —Cuando la Plaga mutada se controló, el Piloto permitió que Ky y varios pilotos más trataran de encontrar a las personas que siguen en paradero desconocido, como Patrick y Aida. Puede que algunas consiguieran llegar al antiguo campamento del Alzamiento, el que había junto al lago.

De momento seguimos buscando.

—También he traído este —dice Ky—. Es el que cogió Eli. —Me enseña el tubo y leo la etiqueta. «Roberts, Vick.»

—Pensaba que no creías en los tubos —dice Bram.

—Y no creo —declara Ky—. Pero creo que este se lo tendríamos que dar a alguien que lo quiso para que decida qué hacer con él.

—¿Crees que lo querrá? —pregunto a Ky. Por supuesto, se refiere a Lei.

—Creo que sí —responde—, aunque no se lo quedará.

Porque ahora Lei quiere a Xander. Ha decidido volver a amar.

En ocasiones me enfurecía que mi abuelo no me hubiera dicho qué poema quería que tomara como ejemplo. Pero ahora sé lo que me dio. Me dio la posibilidad de elegir. Ese fue su regalo.

—Cuesta hacer esto —digo, con el tubo de mi abuelo en la mano—. Ojalá hubiera guardado los poemas. Eso lo haría más fácil. Me quedaría algo suyo.

—A veces el papel es solo papel —observa mi madre—. Las palabras son solo palabras. Modos de reflejar la realidad. No te dé miedo recordar eso.

Sé a qué se refiere. Escribir, pintar, cantar, no puede detenerlo todo. No puede parar en seco la muerte. Pero sí puede impregnar de belleza las pausas entre cada paso que da, convertir la espera en un lugar donde podamos quedarnos sin tanto temor. Porque todos nos acompañamos en nuestro camino hacia la muerte, y el viaje que transcurre entre sus pasos constituye nuestra vida.

—Adiós —digo a mi abuelo, y a mi padre. Acercó el tubo al agua y vacilo. Tenemos las decisiones de nuestros padres en nuestras manos y, cuando las asimos o dejamos que se nos escurran entre los dedos, esas decisiones se convierten en las nuestras.

Abro el tubo y lo sumerjo para que la corriente se lleve el último pedacito de mi abuelo, tal como él quería y pidió a mi padre que hiciera.

Ojalá pudieran ver todo esto los dos: un campo verde sembrado con curas para el futuro; un cielo azul; una bandera roja en la cúspide del Ayuntamiento que señala que ha llegado la hora de decidir.

—Como en la Loma —asegura Ky. Cuando lo miro, me señala la bandera.

—Sí —confirmo, y recuerdo su mano en la mía mientras atábamos los retales a los arbustos para señalar por dónde pasábamos.

Más allá de la ciudad de Camas, las montañas se alzan a lo lejos, azules, moradas y blancas.

Ky y yo subimos a la Loma juntos. Xander se ha marchado a las montañas.

Aunque Xander no esté, aunque no todo pueda ser como todos queríamos, me satisface saber que hemos formado parte de algo bueno, justo y genuino. Que hemos tenido la bendición, el regalo, la buena fortuna, la suerte, de conocer a alguien así, de atravesar el fuego, el agua, la piedra y el cielo juntos y salir, todos nosotros, con la fortaleza suficiente para saber cuándo resistir y cuándo abandonar la lucha.

Ya he empezado a sentir que algunas cosas se me escurren entre los dedos como la tierra y el agua, como reliquias y poemas, como todo a lo que queremos aferrarnos y no podemos.

Pero lo hemos conseguido. Pase lo que pase ahora, hemos ayudado a encontrar una cura y a celebrar una votación.

El río alterna el color azul con el verde según refleje la hierba o el cielo, y veo una fugaz forma roja surcándolo.

Ky se inclina para besarme y yo cierro los ojos para saborear la espera y el deseo antes de que nuestros labios se encuentren.

Hay flujo y reflujo. Partidas y llegadas. Vuelos y caídas.

Canciones y silencios.

Manos tendidas y manos estrechadas.

## Nota de la autora

A lo largo de la trilogía Juntos, he hecho mención y/o incluido citas de diversas obras de arte. Aunque la mayoría están reseñadas en el texto, he querido proporcionar aquí una lista completa para los lectores que estén interesados en leer o ver más de las bellas obras de estos artistas.

### CUADROS

*Abismo del Colorado*, de Thomas Moran (descrito como cuadro número diecinueve de los Cien Cuadros)

*Muchacha pescando en San Vigilio*, de John Singer Sargent (descrito como cuadro número noventa y siete de los Cien Cuadros)

### POESÍA

«No entres dócil en esa buena noche», de Dylan Thomas

«Poema de octubre», de Dylan Thomas

«Cruzando la barrera», de Alfred Lord Tennyson

«Cayeron como copos», de Emily Dickinson

«No te alcancé», de Emily Dickinson

«En tiempos de la Plaga, 1953», de Thomas Nashe

En *Caminos cruzados*, también menciono a Ray Bradbury y Rita Dove, cuya obra, junto con las de Wallace Stegner y Leslie Norris, me sirvió de inspiración mientras escribía esta serie.

## ***Agradecimientos***

Quisiera expresar mi agradecimiento a:

mi marido, que ve belleza tanto en la poseía como en las ecuaciones y nunca pierde la fe ni el afán de superación.

Nuestros cuatro hijos, que son el cómo y el porqué de todo lo que escribo.

Mis padres, mi hermano y mis hermanas.

El doctor Gregory F. Burton (quien tuvo la generosidad de dejarme utilizar su analogía de Ricitos de Oro/Xanthe y me ayudó con las partes de la novela que tratan de inmunología) y el doctor Matthew O. Leavitt (quien me aportó su experiencia como patólogo). Todos los datos científicos referentes a la Plaga, su mutación y las pastillas son gentileza de los doctores Burton y Leavitt; la ficción es toda culpa mía.

La enfermera Ashlee Child, quien respondió a muchas preguntas sobre enfermería y atención hospitalaria.

Dale Hepworth, biólogo especializado en ictiología, quien me envió información y fotografías del salmón rojo (el «pez rojo» del que Lei habla a Xander en *Liberación*).

Mi primo Peter Crandall, piloto de aviación comercial, quien me ayudó con las escenas de la novela donde aparecen aeronaves y me habló del Águila Pescadora, el avión que me sirvió de inspiración para la aeronave del Piloto.

Mi antepasada, Polly Rawson Dinsdale, y el resto de los pioneros que comieron bulbos de azucena para sobrevivir en los períodos de penuria y me dieron la idea de utilizar la flor en este relato.

Josie Lauritsen Lee, Lisa Mangum y Robison Wells, quienes tuvieron el valor de leer los primeros borradores y me hicieron valiosos y enriquecedores comentarios.

Lizzie Jolley, Mikayla Kirkby y Mylee Sanders, quienes siempre fueron pacientes y amables con mis hijos y conmigo.

Mi agente, Jodi Reamer, quien ha pilotado esta serie de principio a fin y siempre ha corregido el rumbo con entusiasmo y buen humor para llevarla a buen puerto (y a lugares que ni tan siquiera había imaginado).

Mi correctora, Juli Strauss-Gable, quien me sirvió de doctora y poeta, nutrió mi manuscrito y le dio forma con una inteligencia y percepción incomparables.

El maravilloso equipo de Writers House, incluidos Alec Shane y Cecilia de la Campa.

El estupendo grupo de Penguin: Scottie Bowditch, Erin Dempsey, Theresa Evangelista, Felicia Frazier, Erin Gallagher, Anna Jarzab, Liza Kaplan, Lisa Kelly, Eileen Kreit, Rosanne Lauer, Jen Loja, Shanta Newlin, Emily Romero, Irene Vandervoort y Don Weisberg.

Y a ti, el lector, por emprender este viaje con Cassia, Ky, Xander y conmigo.